Memorias de un piloto de combate

Pablo Echenique

La historia de un *cascao* que se doctoró en Física, dirigió Podemos e hizo posible el primer gobierno de coalición

Prólogo de Pablo Iglesias

arpa

Memorias de un piloto de combate

Pablo Echenique

La historia de un *cascao* que se doctoró en Física, dirigió Podemos e hizo posible el primer gobierno de coalición

Prólogo de Pablo Iglesias

arpa

MEMORIAS DE UN PILOTO DE COMBATE

Pablo Echenique

MEMORIAS DE UN PILOTO DE COMBATE

© del texto: Pablo Echenique, 2023

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-18741-99-9

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Imagen de cubierta: Dani Gago

Maquetación: Nèlia Creixell

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

SUMARIO

PRÓLOGO

El piloto de combate leninista

CAPÍTULO 1

En lo alto de la calle Tucumán

CAPÍTULO 2

Vete a tu país

CAPÍTULO 3

Donde hice la secundaria

CAPÍTULO 4

No poder limpiarte el culo

CAPÍTULO 5

La maquinita entre oreja y oreja

CAPÍTULO 6

Un idiota político hasta la treintena

CAPÍTULO 7

La inteligencia, los bares, el amor y el asco

CAPÍTULO 8

La abducción alienígena

CAPÍTULO 9

El Parlamento Europeo y la tortura de volar

CAPÍTULO 10

Vistalegre 1, Pablo contra Pablo

CAPÍTULO 11

Aragón, gente valiente

CAPÍTULO 12

El malvado secretario de organización

CAPÍTULO 13

Pactar con botellines y atarse los cordones

CAPÍTULO 14

Vistalegre 2, la gran batalla

CAPÍTULO 15

El odio a los «rojos»

CAPÍTULO 16

2019, el año que vivimos peligrosamente

CAPÍTULO 17

Negociar el Gobierno de España

CAPÍTULO 18

La mayoría que siempre existió

CAPÍTULO 19

El portavoz improbable

CAPÍTULO 20

Un final y un nuevo principio

NOTAS

PRÓLOGO

EL PILOTO DE COMBATE LENINISTA

El libro de memorias que el lector tiene entre sus manos no solo es un relato trepidante sobre los seis años más intensos de política en España en el siglo XXI, sino también el autorretrato de una de las personalidades más singulares e interesantes de nuestra historia política reciente. Léanlo; se divertirán, se emocionarán y se sorprenderán de cómo se ve a sí mismo. Pero ahora permítanme contarles cómo le veo yo.

Echenique, a mi juicio, encarna como nadie las virtudes políticas (una audaz capacidad de diagnóstico de los mecanismos de funcionamiento del poder) y humanas (valor y desinterés por la comodidad de uno mismo) del leninismo, sin haber participado jamás de la cultura comunista. A mí, que sí vengo de ahí, siempre me sorprendió la lucidez de Echenique para entender una lección política que quizás él no expresaría así pero que vendría a ser lo siguiente: el comunismo es básicamente una voluntad de poder para representar los intereses de los de abajo, mucho antes que un conjunto de utopías sobre la emancipación humana.

Lo mejor del movimiento comunista no tiene que ver ni con las experiencias de regímenes autoritarios en contextos de guerra geopolítica, ni con proyectos de superación del capitalismo, sino con una cultura de lucha política. Echenique es y ha sido un gran dirigente comunista sin haber tenido jamás un póster de la Pasionaria y sin tan siquiera identificarse con esa etiqueta. Podríamos decir que es un gran dirigente comunista sin saberlo. Los aficionados a santificar personalidades y a convertir sus despachos en santuarios de la religiosidad comunista suelen ser después los más propensos a las conversiones innobles respecto a alguien que viene de la física teórica y nunca necesitó una religión laica ni santos a los que adorar.

Permítanme hablarles de la lucidez del pensamiento político de Echenique con una pequeña historia para politólogos. Suele decirse que, para diseñar un programa de estudios de ciencias políticas, habría que contar con una serie de materias imprescindibles (teoría política, sistemas políticos comparados, historia política, análisis electoral…) entre las que siempre debería destacar una asignatura que podríamos llamar «política italiana». Estoy de acuerdo con esta tesis, pero permítanme añadir, al menos para los politólogos de izquierdas, otra asignatura obligatoria que llamaríamos «política chilena». Voy con un ejemplo de política chilena para explicarles el pensamiento de nuestro piloto de combate de origen argentino.

Una de las claves para entender el golpe militar contra Salvador Allende de 1973 fue el infame papel jugado por la democracia cristiana chilena, dando una absoluta cobertura política al golpe de Estado. Aunque entre los democristianos hubo posiciones y matices diferentes respecto a qué política hacer frente a Allende y el gobierno de la UP, finalmente el conjunto de los parlamentarios del PDC apoyaron el que fue conocido como «Acuerdo de la Cámara de Diputados sobre el grave quebrantamiento al orden constitucional y legal de la República». Aquel infame documento fue el intento de legitimación parlamentaria del golpe de Pinochet y de hecho el dictador chileno siempre lo reivindicó como prueba de legitimación del golpe. Pronto los democristianos se fueron dando cuenta de que los caballeros de la Junta militar no iban a devolver el poder al primer partido de Chile ni a restaurar la democracia sin Allende y sin la UP.

Después, algunos dirigentes democristianos se convirtieron, desde el exilio, en fervientes opositores a la dictadura. Uno de ellos, Bernardo Leighton, que había sido presidente del partido y ministro en los gobiernos de Frei y González Videla, fue tiroteado junto a su esposa por pistoleros fascistas italianos en Roma por orden de la policía política de Pinochet. Su mujer quedó parapléjica y Leighton, debido a las heridas en el cerebro, nunca volvió a ser el mismo. Pero es que la dictadura asesinó también al propio Eduardo Frei aprovechando una cirugía digestiva por una hernia de hiato. El expresidente Frei había sido una pieza política insustituible de legitimación del golpe y siguió legitimándolo tiempo después del 11 de septiembre, hasta que fue comprendiendo poco a poco el dicho

latino que, cuenta la leyenda, Quinto Servilio Cepión dijo a los asesinos de Viriato: Roma traditoribus non praemiat.

Frente a esta historia chilena, muchos dirigentes políticos (y en particular muchos de tradición comunista) llegarían a la conclusión de que la política posterior de la concertación chilena (pactarlo todo con la derecha, básicamente para que no te maten) era efectivamente la única posible y deseable y que el error de Allende fue su incapacidad de mantener el apoyo del PDC. Echenique, el piloto leninista que aprendió a volar en algún momento de mil novecientos ochenta y pico con su amigo Tomás —¿o era Leo?— en una cuesta abajo de Rosario, no compraría esa receta. De la escuela de ciencia política chilena, Echenique aprendería que la democracia no es un virtuoso contrato social, sino una correlación de fuerzas, y aprendería también que el poder jamás acepta los resultados de la democracia si estos ponen en cuestión los privilegios de las oligarquías. Y que, por lo tanto, la clave de la política no es tanto la habilidad para pactar ni el arte del consenso, sino la capacidad de acumular todas las fuerzas posibles (sociales, económicas, militares…) para lograr el mejor pacto posible.

Gracias a las virtudes leninistas y éticas de Echenique, España tiene hoy el gobierno de coalición en el que Unidas Podemos ha logrado sacar adelante medidas progresistas inéditas en nuestro país. Muchos que, en buena medida, le deben su cargo no se lo reconocerán nunca, pero si alguien fue imprescindible para que Unidas Podemos llegara al gobierno fue el piloto leninista de Rosario. Lean estas memorias; se divertirán y aprenderán ciencia política.

Pablo Iglesias

CAPÍTULO 1

EN LO ALTO DE LA CALLE TUCUMÁN

Corren los años ochenta del siglo pasado. Tengo nueve o diez años y me hallo con mi amigo Tomás —o quizás es Leo— en la parte más alta de la calle Tucumán, preparándonos para una aventura infantil un poco (bastante) salvaje. Nuestras madres no están al corriente.

En una determinada zona de Rosario —mi ciudad natal y también la de Messi y del Che Guevara (aunque este último por puro accidente)—, el anchísimo río Paraná está bastante más abajo que la cuadrícula casi perfecta donde viven sus habitantes. Ese desnivel hace que una serie de calles bajen en empinada y larga pendiente desde lo alto de la ciudad hasta la ribera del río. La calle Tucumán es precisamente una de ellas y ahí arriba del todo estoy yo con mi amigo Tomás allá por el año mil novecientos ochenta y tantos… ¿o era con Leo?

Mientras miramos con respeto y anticipación la larga pendiente, mi amigo coloca una plancha de madera justo encima de mi regazo y la apoya en dos tubos horizontales de metal que forman parte de los apoyabrazos de mi silla de ruedas manual. Esto permite que mi amigo se pueda sentar sólidamente encima de mi regazo pero sin descargar su peso sobre mis piernas. Después de colocar la plancha de madera y sentarse encima de mí, mi amigo coge dos trozos de cartón de caja de embalaje con las manos (para poder frenar las ruedas de atrás sin quemarse la piel de las palmas) y nos disponemos para el lanzamiento, con los corazones agitados.

Enfilamos la silla en dirección al río en el medio de la calzada y ¡arrancamos!

Al principio, mi amigo tiene que dar un poco de ímpetu a la silla empujando las ruedas traseras con las manos. Pero, rápidamente, la pendiente nos acelera y, al poco de partir, ya alcanzamos una

velocidad importante y ciertamente peligrosa; quizás unos 50 km/h. Los coches aparcados van quedando atrás como una exhalación y las ruedas de delante —pequeñas y libres para girar— se agitan frenéticamente, obligadas a hacer algo que sus fabricantes jamás habían imaginado. Mi amigo va regulando la dirección y también la velocidad agarrando con fuerza las ruedas grandes de atrás con los cartones. Porque una cosa es 50 km/h y otra muy distinta sería 80.

Mientras bajamos gritando de emoción y con el fuerte viento en la cara, no nos da tiempo a analizar que la baja densidad poblacional de Rosario y el escaso poder adquisitivo de sus gentes hace que haya pocos coches… sin duda uno de los factores detrás de que aún sigamos con vida. Especialmente, si pensamos en los tres o cuatro cruces sin semáforos que atravesamos a toda velocidad o en la ancha avenida de varios carriles que hay abajo del todo y que funciona como nuestra pista de frenada.

Mi infancia en Argentina fue una infancia de escasez; sin teléfono, sin caprichos y haciendo una fiesta en casa cada vez que podíamos permitirnos el «lujo» de comprar una botella de Coca-Cola. Pero también fue una infancia feliz, de juegos en la calle, de cielos amplios y de libertad.

En todo caso, lanzarme —muchas veces— a 50 km/h en una silla de ruedas por la calle Tucumán, jugándome mi jovencísima vida, creo que es algo más que una anécdota de una infancia de libertad callejera. Podría ser incluso una metáfora del resto de mi vida y una forma de resumir mi motivación para escribir este libro y las cosas que te quiero contar.

Argentina, con Nube y la silla de calle Tucumán (1988 aprox.).

Desde luego, aquel jueves 23 de enero de 2014 (casi tres décadas más tarde), en el Centro de Historias de Zaragoza (España), podemos decir con todas las de la ley que me encontraba —política

y vitalmente— en la parte alta de la calle Tucumán preparándome para otro lanzamiento. Solo que, esta vez, no lo sabía.

Son aproximadamente las 19:00 y ya es de noche. El taxi adaptado (en cuyo maletero viajo) aparca junto a la rampa del paso de cebra que cruza la calle Asalto hacia el parque Bruil.

—Bueno, ya estamos aquí —dice el taxista.

A continuación, el procedimiento habitual: el taxista baja del coche, levanta el capó trasero, despliega la rampa y la apoya en el asfalto, me suelta los enganches de las ruedas traseras, me quita el cinturón de seguridad —también anclado al suelo del maletero— y presiona el botón que libera las cintas acabadas en gancho que aseguran, por el chasis, la parte delantera de la silla (en 2014 ya eléctrica) para que no se pueda desplazar hacia atrás ante un acelerón.

—¡Piii, piii, piii, piii, piii!

Siempre me ha hecho gracia que el código sonoro para «ojo, peligro, grúa gigante dando marcha atrás» sea idéntico al de «ojo, peligro, cascao motorizado dando marcha atrás». Las solemnidades exageradas me resultan ridículas y graciosas.

Pues nada, allá que voy. Mano firme en el joystick, un poquito hacia delante para liberar las cintas y luego marcha atrás recto controlando la dirección. Una vez que mis cuatro ruedas están sobre el asfalto, el taxista quita los ganchos del chasis y los deja en el suelo para que las cintas se recojan automáticamente —como un cinturón de seguridad—, presiona el botón que desactiva el pitido, pliega la rampa y baja el capó trasero con energía para que cierre bien.

—Tarjeta ciudadana, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí. La llevo en la bolsa de atrás si la puedes pillar. Está en una billetera marrón, en el bolsillo exterior.

El taxista sigue mis indicaciones, coge la tarjeta, introduce el importe en el móvil y acerca el chip de la tarjeta al lector NFC del

teléfono para registrar el pago.

—Está conectándose al servidor —dice para rellenar la espera.

Antes, el Ayuntamiento de Zaragoza tenía un sistema distinto para el desplazamiento de las personas con movilidad reducida. Nos movían en unos microbuses amarillos que funcionaban puerta a puerta, como un taxi, pero que tenían muchos problemas. Había que reservarlos el día anterior como muy tarde (con lo cual, no servían para imprevistos), no trabajaban de madrugada (adiós «ocio nocturno»), no podían aparcar en cualquier calle debido a su tamaño y a veces pasaban a recoger a otras personas durante tu viaje, convirtiendo trayectos de quince minutos en paseos de una hora por toda la ciudad.

El sistema de los taxis adaptados funciona mucho mejor para los usuarios, le cuesta la mitad de dinero al Ayuntamiento y da trabajo a los taxistas. Es incomprensible que no esté implantado en todas las ciudades de España.

—Ya está. ¿Te guardo la billetera en la bolsa?

—Sí, por favor.

—Bueno, listo… Venga, Pablo, que vaya bien.

—Gracias, Manuel. Hasta la próxima —hay unas cuantas decenas de taxis adaptados en Zaragoza, así que conozco a todos los taxistas por su nombre.

Aprovecho que el semáforo está en rojo para los coches y subo a la acera por la rampa del paso de cebra. Siguiente paso: la larga cuesta en zigzag que salva las escaleras de entrada al recinto. La recorro a toda velocidad y me pongo delante de la puerta batiente de cristal, hasta que me ve el guardia de seguridad y me la abre. Cuando un cascao con casi un 90% de discapacidad insiste en moverse solo por la vida, tiene que utilizar todo el rato este tipo de «trucos» y muchos más.

Esa noche, en el Centro de Historias de Zaragoza, sin embargo, no tengo ni idea de que le queda bien poco a eso de moverme solo y

que lo voy a echar muchísimo de menos.

Media hora antes de que el guardia de seguridad me abriera la puerta, me había escapado de un congreso científico internacional sobre la aplicación de técnicas de supercomputación en biología molecular y en física que estaba celebrando ese mismo día el Instituto de Biocomputación y Física de Sistemas Complejos de la Universidad de Zaragoza —el BIFI, para los amigos— en la otra punta de la ciudad. Me interesaba mucho el congreso, pero también me interesaba, y mucho también, lo que iba a pasar esa noche en el Centro de Historias.

Apenas seis días antes de esa noche, el 17 de enero de 2014, un conocido profesor y tertuliano de televisión con característica coleta había anunciado en el Teatro del Barrio en Madrid su disposición para encabezar una candidatura a las elecciones europeas que se celebraban el 25 de mayo de ese mismo año.

—Algunos piensan que la política es una cosa de los políticos, unos señores encorbatados que ganan mucho dinero y encarnan unos privilegios; y que si la gente normal no hace política te la hacen otros. Y eso es peligrosísimo [...] Toca mover ficha. Voy a dar un paso adelante —había dicho (casi) sin despeinarse.

En el conjunto del ecosistema mediático tan solo algunos digitales se hicieron eco del acontecimiento, pero muchos por toda España lo seguimos con atención a través de internet.

El planteamiento, bautizado como Podemos, resonaba fuertemente con mis ideas y mi personalidad. Para empezar, contaba con un programa —el así llamado «Manifiesto Mover Ficha»— que era claro, conciso y a lo importante. Una página de medidas y ya está. Punto. Nada que ver con esos mamotretos de programas de trescientas páginas llenas de «fomentar», «potenciar» y «promover» que nadie se lee.

La propuesta contaba también con una hoja de ruta concreta y democrática. En un primer paso, se recabarían apoyos a través de una página web. Si el proyecto no conseguía 50.000 apoyos, sería abortado. En un segundo paso, si este primero se superaba, se crearían asambleas populares por todo el país (lo que luego se

llamarían «círculos»). Por último, se hacía una propuesta práctica de unidad: un llamamiento a todas las fuerzas políticas transformadoras, incluyendo a Izquierda Unida, a participar en unas votaciones primarias —conjuntas y abiertas a la ciudadanía— para confeccionar la papeleta electoral. Si Pablo Iglesias no gana esas primarias, Pablo Iglesias se pone a las órdenes de la persona más votada. Lo importante es ir todos juntos y el método es la democracia.

Como muchos españoles, yo sentía por aquel entonces mucha frustración. Era incapaz de entender cómo podía ser que, después del 15M —el movimiento popular que había cuestionado duramente al bipartidismo en las plazas y que llegó a tener tasas de apoyo de más del 70% en la población general—, el PP hubiera vuelto a ganar las elecciones con mayoría absoluta. No lo entendía. Y tenía claro que había que hacer algún movimiento audaz en la arena política. Ese tipo con coleta parecía inteligente y hacía una cosa que yo no había visto hacer en mucho tiempo —quizás nunca—: decir la puñetera verdad en la televisión. Pero, sobre todo y por encima de todo, algo dentro de mí me decía a gritos «esto (por fin) puede funcionar».

Por eso estaba allí esa noche y no profundizando en las simulaciones de dinámica molecular de proteínas en la otra punta de la ciudad.

Ese 23 de enero de 2014, mi olfato me dice que el auditorio se va a llenar. Zaragoza es, al fin y al cabo, la primera parada en la ruta de Pablo Iglesias por todo el país tras superar en pocas horas los 50.000 apoyos que se había marcado para la primera fase de Podemos. Por eso me estoy bajando del taxi media hora antes de que empiece el evento. Para coger sitio.

Pero da igual.

Cuando llego al auditorio, el lugar ya está a rebosar. Miro alrededor, descubro que no conozco a nadie e intuyo que la mayoría de los presentes estamos en la misma situación. Tras la preceptiva espera, llega el protagonista, se sube rápidamente al escenario, coge el micrófono y, después de recitar un poema, nos suelta:

—Me dicen que hay casi tanta gente fuera de aquí como dentro y os voy a proponer que pasemos frío. Yo sé que pasar frío es difícil, pero más jodido es estar en el paro y que te echen de tu casa [...] así que os voy a pedir a todos que salgamos a la plaza.

Enero, 19:30, Zaragoza. Efectivamente, hace mucho frío. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que en el auditorio del Centro de Historias caben cuatrocientas personas y se han quedado trescientas fuera. Una convocatoria que solamente había circulado por las redes sociales ha conseguido congregar a setecientas personas en una noche de invierno en Zaragoza. Hace frío, sí, pero también hay electricidad y expectativa en el ambiente.

Así que ahí estamos, en la débilmente iluminada plaza de detrás del Centro de Historias. Pablo Iglesias y Miguel Urbán, con un megáfono y setecientas personas que no nos conocíamos de nada, echando bocanadas de vapor de agua al respirar. En esa época, la única estructura organizativa con la que contaba el incipiente proyecto de Podemos era el pequeño partido Izquierda Anticapitalista y fueron los anticapitalistas de Zaragoza los primeros en levantar la mano y decir «nosotros podemos conseguir un recinto y podemos conseguir unos amplificadores y un equipo electrógeno». Por eso estábamos teniendo esa primera asamblea en mi ciudad y no en Valencia, en Valladolid o en Bilbao. Pero yo todo eso, entonces, no lo sabía.

Lo que sí sabía es que no voy a aguantar mucho en esa plaza porque voy bastante desabrigado. Al tener muy poquita fuerza debido a mi enfermedad, no puedo llevar mucha ropa de abrigo porque entonces me cuesta moverme y no puedo conducir la silla. Así que tengo que elegir entre la libertad de movimientos o estar calentito. Por eso siempre voy desabrigado en invierno y, por eso, seguramente me habrás visto en muchas ruedas de prensa en mangas de camisa. Mi estrategia para el invierno es utilizar ropa técnica muy ligera, de la que se usa para hacer trekking en alta montaña, llevar pocas capas —nunca más de dos— y no pasar mucho tiempo a la intemperie porque lo que primero se me queda frío es la mano de conducir y entonces tenemos un problema grave.

Podría quejarme, pero es lo que hay. Cuando no tienes otra opción, de poco sirve lamentarse.

Afortunadamente, la cosa va rápido. Primero coge el megáfono Pablo Iglesias y habla de las ideas políticas básicas, después complementa Miguel Urbán con algunas claves de la hoja de ruta práctica y, finalmente, pasamos al turno de preguntas. A medida que voy escuchando a la gente, me voy decidiendo a intervenir. Es una de las primeras veces que hablo en público en mi vida y estoy bastante nervioso. Pero necesito salir de esa asamblea con tareas. No quiero que se repita en mí esa frustración que sentí en el 15M cuando iba a las plazas y comentaba con la gente que estaba acampada allí: «Todo lo que estamos diciendo es correcto, pero ¿qué es lo que vamos a hacer para cambiar las cosas?».

Entonces, no obtuve respuesta y, esta vez, no podía volver a ser igual.

Por eso —porque no me podía permitir a mí mismo no hacerlo—, tomo la palabra con cierto temblor en la voz y me dirijo a Pablo Iglesias diciendo algo así como:

—Nos pides que nos organicemos. Nos dices: «Organizaos». Y eso está muy bien y parece muy lógico, pero es un poco como cuando dicen por la radio, en la operación salida de las vacaciones: «Hay que salir a la carretera de forma escalonada». Y tú lo escuchas en tu casa y piensas: «Claro, tiene todo el sentido del mundo, hay que salir de forma escalonada. Pero, ¿yo, exactamente, a qué hora tendría que salir? ¿Yo, exactamente, qué es lo que tendría que hacer?». Con la indicación de organizarnos, ocurre algo muy similar. Yo, que no tengo experiencia de organización política, no sé ni por dónde empezar. Por eso, te quería preguntar si no nos puedes dar algún tipo de directriz o consejo más concretos.

Como mi pregunta es un poco impertinente, obtengo la contestación que me merezco y que se puede resumir con las siguientes palabras:

—Organizarse políticamente es como follar. Uno no aprende a follar viendo porno. A follar se aprende follando. Del mismo modo, no vas a aprender a organizarte políticamente porque yo te explique cómo se hace. Se aprende haciéndolo.

Efectivamente, lo primero que me dijo Pablo Iglesias la primera vez que nos vimos fue que organizarse políticamente es como follar. Por

suerte, allá por enero de 2014, yo ya no era virgen, así que más o menos le entendí lo que me quería decir.

Flashforward. Martes, 7 de enero de 2020 a las 14:30, Congreso de los Diputados, Madrid. (Tan solo) seis años después del Centro de Historias.

Meritxell Batet, la presidenta del Congreso, acaba de anunciar el resultado de la votación de investidura del candidato a la Presidencia del Gobierno, Pedro Sánchez: 167 votos a favor, 165 en contra y 18 abstenciones.

Después de cuatro elecciones generales en cinco años y la primera moción de censura exitosa de nuestra historia reciente, se rompe la cláusula de exclusión histórica que había durado más de ochenta años y se va a formar en España el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia y el único en Europa con una fuerza política como Unidas Podemos en su seno.

Los diputados del Grupo Socialista aplauden. Los diputados del Grupo Confederal de Unidas Podemos-En Comú Podem-Galicia en Común aplaudimos también (cada uno en la medida de nuestras posibilidades) y gritamos «¡Sí se puede!».

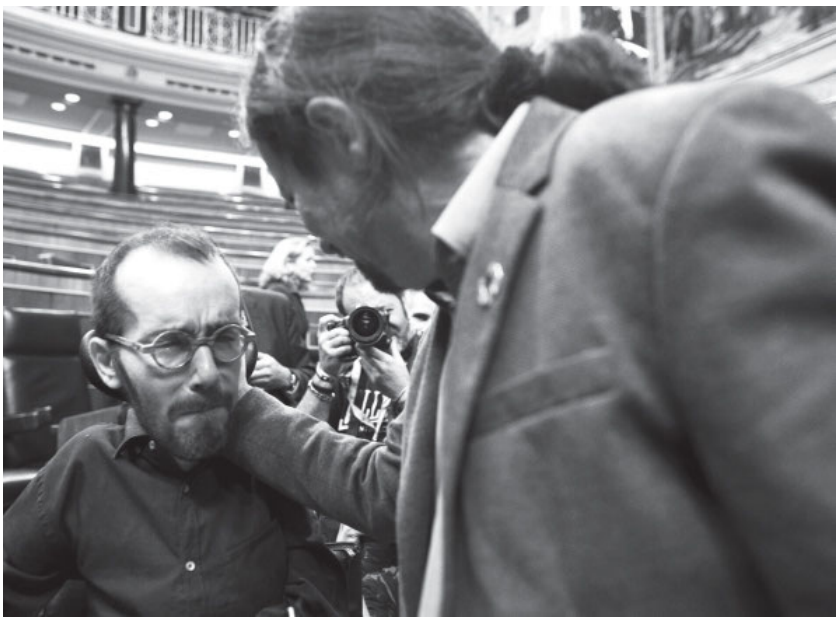
Después de abrazarse con Pedro Sánchez, un Pablo Iglesias visiblemente emocionado sube por la escalera del hemiciclo para entregar un ramo de flores a nuestra diputada Aína Vidal, quien, a pesar de estar peleando contra el cáncer, había querido venir desde Barcelona a este momento histórico en el que todo podía depender de un voto. Seguimos gritando «¡Sí se puede!», ahora con un significado añadido.

Al no disponer el Congreso de un escaño accesible, yo estoy contemplando la escena desde abajo del todo en el centro del hemiciclo, conteniendo también a duras penas la emoción. Hasta que veo a Pablo bajar y entonces ya no me puedo aguantar y nos echamos a llorar casi simultáneamente y sin remedio. Es el llanto de todo lo que hemos pasado (especialmente él y su familia, pero también yo mismo y la mía), es el llanto de tocar la orilla tras

largos años en el mar y es el llanto de ese final de película cuando —por una maldita vez— ganan los que siempre pierden. Es todo eso, pero es también la emoción de haber conseguido, contra viento y marea, que millones de personas decentes y buenas estén representadas —por fin y después de tantos años de injustificable exclusión— en el gobierno de su país.

Con las caras coloradas, llorando a moco tendido en el centro de un hemiciclo abarrotado y con todas las cámaras de España enfocándonos, nos abrazamos como si no nos estuviera viendo nadie y le digo: «Sí se pudo, jefe. Sí se pudo».

Este libro trata de esos seis vertiginosos años que van desde la plaza del Centro de Historias de Zaragoza a la formación del primer gobierno de coalición, pero también trata de lo que pasó antes, de lo que pasó después y de lo que puede pasar en el futuro. Y lo he querido escribir de la única forma que me parece sincera: en primera persona y dejando que veas también quién soy realmente, más allá de las mentiras, las anécdotas inconexas y las chorradas que se han publicado —aquí y allá— sobre mí.



Los dos Pablos llorando en el hemiciclo (enero de 2020).

Fuente: Eduardo Parra/Europa Press.

Tengo claro que no soy más listo ni más sabio que nadie para que valga la pena leerme o para que te interese lo que te pueda contar. Pero sí creo que tengo algo que muy pocas personas corrientes tienen el privilegio de vivir: la experiencia de haber visto alguno de los engranajes del sistema de cerca, de haber incluso peleado cuerpo a cuerpo con ellos y de haber estado no muy lejos —de al menos una parte— del poder.

Además —para qué vamos a engañarnos—, alguien tendrá que explicar cómo demonios puede ser que un tipo tan extraño como yo haya hecho este viaje y haya llegado hasta donde he llegado.

Nací en Argentina y provengo de una familia humilde, pero he conseguido ser doctor en Física y científico del CSIC, lidiando, cada minuto de mi vida, con una discapacidad de casi el 90%... bueno, casi el 90% la última vez que me la midieron hace ya muchos años. A lo mejor ahora rompo la escala. No puedo levantar un vaso de agua medio lleno —y no digamos ya levantarme de la cama solo— pero, desde hace más de tres años, soy el portavoz parlamentario de la cuarta fuerza política de ámbito estatal y primera desde hace ochenta años que (con nuestras ideas) consigue formar parte de un gobierno de coalición en España. Hace ocho años no me conocía nadie más que mi familia y amigos y todo el mundo me trataba con cortesía, pero hoy me conocen más del 90% de los españoles (según las encuestas), y hay un montón de ciudadanos enfadados que me quieren deportar a Venezuela o a Cuba (según Twitter y según el día). No puedo lanzar una bola de papel a 50 cm de distancia y nunca he matado una mosca, pero el telediario de Antena 3 me ha sacado como el violento y malvado líder de los disturbios y la quema de contenedores en Barcelona. No puedo escribir en un teclado ni ponerme yo solo una camisa, pero he sido eurodiputado, he volado por toda Europa, he estado en las diecisiete comunidades autónomas —solo me faltan Ceuta y Melilla—, he dado más de cien mítines en más de diez campañas electorales por todo el país, he sido secretario de organización de Podemos —el puesto más difícil

tras el del secretario general—, he coordinado los dos últimos programas electorales de esta formación política, he negociado la primera coalición de toda la izquierda transformadora no independentista desde la recuperación de la democracia, varios Presupuestos Generales del Estado y —por dos veces— un gobierno de España.

En este libro, te voy a contar cómo demonios lo he hecho y también las muchas cosas que me ha enseñado la vida durante esta extraña aventura.

El 25 de mayo de 2014 y contra toda probabilidad histórica, una nave espacial cogió de su casa de 63 metros cuadrados en el barrio popular de San José de Zaragoza a un científico aragonés nacido en Argentina y con una discapacidad de casi el 90% y lo depositó en el Parlamento Europeo en Bruselas. Desde entonces, no es que haya visto naves en llamas más allá de Orión o rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser, pero sí que he estado en algunos sitios y he visto algunas cosas que a la gente como tú y como yo casi nunca nos dejan ver. Cosas que, para la inmensa mayoría, siempre están detrás de la cortina. Desde ahí y con toda humildad, te las quiero contar y te quiero contar lo que pienso que significan. Para que no se pierdan en el tiempo como lágrimas en la lluvia, pero también porque creo sinceramente que puede serte útil lo que he aprendido en este viaje y porque me preocupa lo que le está pasando a nuestra democracia.

Si, encima, consigo sorprenderte y hacerte reír por el camino, entonces me podré dar enteramente por satisfecho.

CAPÍTULO 2

VETE A TU PAÍS

«Vete a tu país» es una de las cosas más habituales que me dicen ciertas personas en Twitter cuando discrepan de alguna argumentación que acabo de publicar. Normalmente, las personas que hacen esto llevan banderitas de España en el perfil y retuitean con entusiasmo al PP y a VOX, pero seguro que es pura coincidencia.

Y es gracioso porque utilizan el «vete a tu país» para todo.

Por ejemplo, si yo digo que hay que subir los impuestos a las grandes fortunas para tener un Estado del bienestar más potente, no me contestan —por ejemplo— que las grandes fortunas contribuyen a crear empleos en el país mediante la inversión de sus excedentes en innovación productiva y que esto genera nuevos retornos al Estado que sirven para pagar los hospitales (que a lo mejor no es verdad, pero no deja de ser un argumento articulado). Me contestan, en cambio, «vete a tu país». Si publico que convendría crear una gran empresa pública de energía como tiene Francia: «Vete a tu país». Si tuiteo que nos vemos dentro de una hora en un evento en Valladolid: «Vete a tu país». Si pongo la foto de un gatito en Twitter: «Vete a tu país».

Es gracioso porque un robot —de hecho, un bot de tres líneas de código— podría hacer el mismo trabajo intelectual, pero también es gracioso porque mi país es España y ya estoy dentro de sus fronteras mientras leo esos comentarios. ¿Te imaginas los problemones nacional-epistemológicos que tendríamos todo el rato si las personas fueran del país en el que nacen? Entonces —por ejemplo—, el rey emérito Juan Carlos I, que nació en Roma, sería italiano, y su aún mujer, la ex reina consorte Sofia Schleswig-Holstein Sonderburg Glücksburg, nacida en el palacio de Psykhikó,

cerca de Atenas, sería griega (a pesar de su nombre inquietantemente alemán). Menudo lío.

Desde luego, si esos tuiteros quisieran mantener intacto su deseo de deportarme inmediatamente debido a nuestras diferencias ideológicas, sería mucho más preciso que escribieran «vete al país en el que naciste». Porque lo que es completamente cierto es que soy un español —de hecho, un aragonés— nacido en Argentina. Eso es así.

Nací a las 21:20 de la noche del 28 de agosto de 1978 en la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe, Argentina; a 10.296 km de Zaragoza. Bien lo sabe mi señora madre, que, con 1 metro y 52 centímetros, tuvo que trabajar de lo lindo para dar a luz a los 3 kilos y 600 gramos de mi lozana y recién nacida persona.

¿Es tremendamente importante el país en el que nací para comprender la historia que quiero contar? Realmente, creo que no. Creo que hay otros factores de mi trayectoria vital que son más explicativos del camino que he podido recorrer y del punto al que he llegado: el apoyo denodado de mi familia, mi acercamiento y posterior pasión por las «ciencias exactas», la edad concreta a la que me pilló la crisis financiera de 2008 o —sobre todo— mi discapacidad. Es cierto que la migración marca mucho vitalmente a las personas (algo menos, creo, si migras cuando aún eres un niño) y te da una perspectiva especial sobre el país al que llegas. Pero también es cierto que no deja de ser un hecho relativamente habitual.

Estoy seguro de que tú que me lees conoces a bastantes personas migrantes, pero es muy posible que no conozcas ni a ningún físico teórico, ni a ningún cascao que no puede levantar un vaso de agua medio lleno. La probabilidad de que conozcas a una persona (que no sea yo) con las tres características a la vez —migrante, científico y con una discapacidad de casi el 90%— es directamente nula. Si ahora añadimos a eso portavoz parlamentario de la cuarta fuerza política de España y primera con nuestras ideas en formar parte de un gobierno desde la recuperación de la democracia, entonces ya podemos estar seguros de que, si reseteamos el universo y lo volvemos a arrancar 1080 veces —es decir, tantas veces como átomos contiene (aproximadamente) el propio universo; es decir, un

1 con 80 ceros detrás—, esto que ha pasado (o sea, yo) no vuelve a ocurrir en ninguno de los intentos.

A lo mejor estoy exagerando y lo que seguro estoy haciendo es usar una pequeña trampa estadística. Pero lo que está claro en cualquier caso es que se da en mi persona una muy inusual confluencia de improbables circunstancias y el hecho de haber nacido en Argentina —siendo la menos extraña de todas ellas— forma parte del guiso y quizás te ayude a pillarle correctamente el sabor.

Por eso, me voy a pasar algunas páginas contándote elementos y vivencias de mi infancia y mi adolescencia. Para que tengas más claves de análisis y me conozcas mejor.

Si ves en algún momento que el guiso está un poco soso como la magdalena de Proust —sí, la de Proust, ¿en qué magdalenas estabas pensando?—, si notas que le falta chicha, si te aburres, pasas al siguiente capítulo sin remordimientos y tan amigos. Este libro es en esto como Rayuela: se puede leer dando saltos.

Mi primer recuerdo (ese tótem de las biografías clásicas) no sé cuál fue. Creo que el muy recordable dolor de una inyección en el culo por tener enterocolitis. Pero qué más da.

Tampoco recuerdo gatear —mi máximo hito de movilidad sin la ayuda de artefactos ortopédicos—, aunque mis padres me han confirmado que llegué a conseguirlo.

Lo que sí recuerdo, cuando ya había perdido la capacidad de gatear, es cómo me movía por todo el apartamento arrastrándome de espaldas por el suelo, impulsándome con los brazos y, sobre todo, con los pies. Flexión de rodillas, empujar. Flexión de rodillas, empujar. Recuerdo vívidamente meterme así debajo de la cama de mi madre y mirar desde ahí las motas de polvo que danzaban suspendidas en el aire, iluminadas por el rayo de sol que entraba por la ventana de la habitación.

Hasta que tuve mi primera silla de ruedas manual (hacia los cinco años), me pasaba el día en diferentes «lugares» en los que mi madre

me colocaba como se coloca a un bebé. Y, por supuesto, no me quedaba más remedio que permanecer en cada uno de ellos hasta que mi madre volvía y me cambiaba de «lugar».

Para los desplazamientos en la calle, me ponía en un carrito de bebé plegable (creo que era azul). Cuando se tenía que ir a trabajar o tenía que salir por otro motivo, a veces me dejaba en el suelo para que yo pudiera divertirme reptando por toda la casa, pero también había otras opciones. Teníamos, por ejemplo, una mecedora que me venía muy bien cuando me quería quedar viendo televisión. Había una sillita alta de madera que me servía, o bien para quedarme en la mesa de la cocina dibujando o leyendo, o bien para permanecer —largas horas— mirando por la ventana los techos de Rosario. O la opción que más me gustaba de todas (porque también ofrecía la posibilidad de desplazamiento mediante el impulso con los pies): quedarme sentado en un orinal de plástico de estos de niños (llamado «pelela» en Argentina). Aunque seguramente sus diseñadores nunca pensaron que pudiera ser utilizado como un vehículo de tracción animal, doy fe de que se equivocaron.

Desde estos diversos «lugares» y desde algún otro, llevé a cabo como pude la mayor parte de mis actividades infantiles y la verdad es que, con los medios económicos que teníamos entonces, la cosa tampoco daba para más.

Pelela (1983 aprox.).

Debido a mi condición, tuve mucho tiempo para pensar, para leer, para escribir y para dibujar, pero también para hacer trastadas. Ya desde muy pequeño, supe compensar mi falta de movilidad mediante el reclutamiento de secuaces a los que daba indicaciones y cumplían fielmente mis órdenes. En los primeros años de mi vida y

antes de empezar el colegio, la más habitual era mi hermana Analía, un año y medio menor que yo.

Recuerdo claramente una ocasión en la que esta jovencísima asociación de malhechores funcionó como un reloj y conseguimos llevar a cabo uno de nuestros mejores trabajos.

Mi madre se había echado a descansar un rato y mi hermana y yo nos habíamos quedado temporalmente solos, sin vigilancia adulta. Así que aprovechamos para hacer un pequeño experimento de química. Siguiendo mis precisas instrucciones desde la pelela, mi hermana cogió un barreño grande y empezó a verter en su interior todo lo que había en la cocina. Detergente, harina, aceite, lejía, sal y azúcar, todas las especias… y porque no había más cosas. Del mismo modo que un bebé lanza sus juguetes desde la cuna para interiorizar instintivamente la trayectoria parabólica producida por la ley de la gravedad de Newton, mi hermana y yo quisimos comprobar qué ocurría —en clave de las leyes de la alquimia— cuando tan diversos ingredientes se ponían en contacto y la mezcla se removía un poco.

Lamentablemente, he de decir que el aromático mejunje de color indescriptible que resultó del experimento no nos permitió extraer grandes conclusiones respecto del funcionamiento de la Naturaleza y, por lo que sea, nuestra iniciativa científica no gustó tampoco mucho que digamos a mi madre cuando se levantó alertada por el ruido —y quizás por el olor— y se encontró con aquel panorama.

Aún me acuerdo de la zapatilla impartiendo pedagogía en mi culo.

En los años ochenta del siglo pasado todavía era muy habitual que los padres y madres zurraran de vez en cuando a los niños cuando estos se comportaban mal. El avance social (desde mi punto de vista) o «consenso progre» (para otros) consistente en que no se debe pegar a los niños todavía no había llegado a las familias y el carácter casi delincuencial que Pablito Echenique desplegaba en sus más tiernos inicios hacía que la zapatilla y yo fuéramos grandes amigos.

No sé si fue esa vez o cuando tiramos una bengala por la ventana y le incendiamos el toldo a una vecina que mi madre me soltó un

veloz sopapo y —sin querer, obviamente— me rompió una esquinita de uno de los incisivos inferiores con un anillo que llevaba puesto. Recuerdo que la mujer casi se puso a llorar mientras yo —consciente de la maldad de mis fechorías— entendía y asumía con toda naturalidad que me lo tenía bien merecido. Todavía hoy mi madre siente remordimientos por haberse dejado llevar, como la inmensa mayoría de los padres y madres de la época, por las costumbres del momento y tengo que recordarle que, aunque está muy bien que la sociedad haya avanzado y esa forma de «pedagogía» esté ahora mal vista, algún sopapo de los que me dio hasta me vino bien.

Cuando me dieron mi primera silla de ruedas manual, y comencé a ir al colegio, y me empezaron a empujar mis compañeros y no solamente mi familia (nunca tuve la fuerza suficiente como para impulsar la silla yo mismo grandes distancias), mi horizonte se expandió algo más allá de las paredes de mi casa en la calle Brown y empecé a hacer nuevas y diferentes trastadas que daban mucha más paz mental a mi pobre madre… básicamente porque no las conocía.

Rosario, por aquel entonces, era una ciudad pobre pero tranquila. Una ciudad en la que los niños podíamos estar en la calle y en la que la infancia podía ser una época feliz.

Rosario es la tercera ciudad más poblada de Argentina tras el gigantesco Buenos Aires y Córdoba. Su frontera este es una frontera natural: el río Paraná; uno de los ríos más largos y caudalosos del mundo, con su nacimiento en la selva amazónica y su desembocadura en el río de la Plata. El río de la Plata es, a su vez, el río-estuario más ancho del planeta (todo es muy grande en América del Sur) y, cuando el Paraná pasa por Rosario —todavía a unos 300 km de su desembocadura—, ya está abriéndose al río de la Plata y ya es anchísimo. Para que te hagas una idea, el edificio en el que viví desde que nací hasta los trece años está muy cerca del río y, sin embargo, no se puede ver la otra orilla desde su azotea en la novena planta.

Ubicación del edificio donde nací en Rosario (Argentina).

Rosario es, además, inmensa. Aunque tiene algo menos de un millón de habitantes, es un 70% más extensa que el municipio de París, con sus más de dos millones de almas. Otra diferencia que se percibe inmediatamente es que, contrariamente a la estructura irregular, histórica y casi orgánica de las calles en Europa, Rosario (como muchas ciudades en América), al haber sido construida de una forma planificada, es una gigantesca cuadrícula. Como el Eixample de Barcelona, pero en toda la ciudad y hasta que se pierde la vista.

Este fue el ancho terreno de operaciones de buena parte de mi niñez y el mapa sobre el que hice todas las cosas que me gustaba hacer. Ir con mis amigos al club de pesca que estaba cerca de mi casa a

pescar mojarritas, ir al centro a mirar los escaparates de los negocios llenos de cosas que no podíamos comprar, lanzarnos a 50 km/h cuesta abajo por la calle Tucumán o —entre otras cosas— empujar una caja de cartón vacía con los apoyapiés de la silla por la calle Dorrego hasta que la caja se enganchaba en una irregularidad de la acera, la silla se frenaba en seco y yo salía volando por encima de la caja para impactar con fuerza —y directamente con la cara— contra las baldosas.

Lo que tiene no disponer de la fuerza suficiente como para poder poner las manos cuando te caes es que paras el golpe con la cara.

Cuatro puntos llevo en la barbilla de otra caída en casa de los vecinos de enfrente en la que impacté contra un grifo de pared —para manguera— situado a la altura del tobillo.

Los recuerdos de la infancia van y vienen y muchos tienen contornos difusos, pero no se me olvida ni se me olvidará nunca la enfermera que me cosió, la aguja —que a mí me parecía— gigante y la sangre poniéndolo todo perdido.

La vida en la calle, la experimentación con tus iguales y las frecuentes autolesiones son parte de una infancia normal… o al menos lo eran antes de que tuviéramos tantas opciones tecnológicas para disfrutar del ocio en soledad y bajo techo. Si además vives en un país pobre en el seno de una familia humilde, todavía más.

No quiero sonar como ese sketch de los Monty Python en el que se ponen a competir por ver quién tuvo una infancia más pobre y acaban diciendo que vivían ciento cincuenta en una caja de zapatos y, por toda comida, chupaban un calcetín mojado. Pero lo cierto es que, de niño, no teníamos un chavo y esa realidad también puede servirte para entender mejor algunos rasgos de mi personalidad y algunos elementos de mi trayectoria vital.

Durante mi infancia en Argentina, no pasábamos penurias, pero tampoco nos podíamos permitir ni el «lujo» más pequeño. Teníamos coche, sí, pero uno que se caía a cachos. Un Renault 4 sobre el que mi madre bromeaba diciendo que funcionaba con el olor a gasolina, porque solía tener el depósito casi a cero. Teníamos una televisión vieja de botones cuyo panel frontal daba buenos garrampazos y

donde recuerdo perfectamente ver V: Invasión Extraterrestre y también a Xuxa (paréntesis: no es normal que Xuxa fuera un programa para niños y que a nadie le pareciese extraño; fin del paréntesis). A pesar de tener una situación económica que —en Argentina y en esa época— era considerada «de clase media», nunca tuvimos teléfono y recibíamos y hacíamos las llamadas a través del teléfono de la vecina del piso de abajo.

Las pocas cosas «extra» de las que pude disfrutar durante mi infancia vinieron de dos fuentes principales: de los viajes a España que hacíamos para ver a mi padre a los que luego me referiré y de los ingresos que conseguía buscándome la vida con mis amigos a medida que me iba acercando un poco más a la pubertad.

Llegamos a vender pulseritas que hacíamos nosotros mismos con cables telefónicos de colores, llaveros hechos con carretes de fotos vacíos que pedíamos en las tiendas y —nuestro mayor logro comercial— afiliaciones a una asociación de personas con discapacidad. Para ello, nos pateamos todos los comercios del centro de la ciudad convenciendo a las personas que los regentaban de que se hicieran socias. El acuerdo era que la primera cuota nos la quedábamos nosotros y las siguientes eran para la asociación. Y la verdad es que nos fue bastante bien. Recuerdo haber hecho el cálculo de que, durante un par de meses y con apenas doce tiernos años, estuvimos ganando más que un maestro. Si bien es cierto que, en esa época, los maestros en Argentina estaban muy mal pagados.

Cuando crucé definitivamente el Atlántico en 1992, me traje de Argentina esa capacidad de buscarse la vida con la que los de abajo sustituimos a la agenda de los contactos de papá de los de arriba. Pero también me traje más cosas.

Del otro lado del charco me traje a mi perrita Nube; pequeña, blanca, peluda, con muy mala leche y que pudo inscribir en su CV el mérito de haber mordido a amigos míos en dos continentes distintos. Me traje a mi gato Chuzi; recogido de la calle y que llegó a vivir veinticuatro años, pulverizando todos los récords de los que tengo constancia. Y también me traje una relación distinta a la española con ciertos rituales asociados a eso que a veces se llama el «patriotismo».

En Argentina, los niños van al colegio público con un guardapolvo blanco. Y así, todos de blanco y formando en filas por cursos en el patio, los del turno de la mañana izan todos los días la bandera albiceleste mientras cantan su himno (sí, la bandera tiene un himno propio dedicado a ella) y los del turno de la tarde la arrían unas horas después mediante simétrica ceremonia.

Además de lengua, matemáticas e historia, también te enseñan en el colegio los muchos himnos patrios que todo el mundo debe conocer: el de la bandera («Alta en el cielo, un águila guerrera…»), pero también el de la batalla de San Lorenzo («Febo asoma, ya sus rayos / iluminan el histórico convento…»), el himno de las islas Malvinas («Tras su manto de neblinas, no las hemos de olvidar…») y, por supuesto, el himno nacional («Oíd, mortales, el grito sagrado: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!»).

Quizás por haber nacido en un país que —como Francia— tiene una relación normalizada y básicamente unánime con sus himnos y con su bandera, quizás por no tener un pasado de militancia de izquierdas ni provenir de una familia politizada en este sentido, desde los inicios de Podemos yo pertenecí a esa minoría de nuestro espacio político que no tiene ningún problema con la rojigualda. Entiendo perfectamente que esos problemas que mucha gente tiene provienen del uso sectario y agresivo que de esa bandera hizo una dictadura sanguinaria durante cuarenta años y soy también capaz de emocionarme con la defensa de la libertad y el sacrificio de tantos demócratas que representa la bandera republicana tricolor, pero nunca he sentido ese rechazo a la bandera oficial que, sin embargo, comprendo y con el que puedo empatizar.

Por eso, quizá, me resulta doblemente absurda y molesta la reciente moda de exhibir la bandera con ostentación no ya para declarar orgullo por España, sus deportistas o sus candidatas a Eurovisión (algo que me parece normal), sino para excluir —con actitud agresiva muchas veces— a la mitad de los españoles de su propio país. Con toda humildad, no creo que eso sea precisamente lo que significa una bandera y no me parece que gritar «¡Viva España!» con la cara desencajada, como si fuera un insulto, tenga nada que ver con el patriotismo.

Viví en Argentina hasta los trece años, pero no de forma ininterrumpida.

Cuando tenía tres años y más o menos hasta que tuve cinco, estuvimos mi madre, mi padre, mi hermana y yo viviendo ya en Zaragoza; en el barrio de la Romareda. Tengo muy vagos recuerdos de aquella época y creo, además, que la mayoría de ellos han sido construidos a posteriori mediante el relato de anécdotas en las sobremesas de los mayores.

Vivimos esos dos años en España hasta que mis padres se separaron definitivamente y, entonces, mi madre, mi hermana y yo nos volvimos a Argentina, allá por 1983.

A pesar de la separación, mi madre y mi padre nunca dejaron de tratarse y mi padre siempre se corresponsabilizó de mi hermana y de mí. Además de apoyarnos económicamente, los primeros años que vivimos separados, mi padre viajaba periódicamente a Argentina a vernos. Unos años después, empezamos a viajar a España mi hermana y yo a pasar las vacaciones con él, todos los años, en julio o en agosto, más o menos durante un mes. De aquellos viajes son mis primeros recuerdos nítidos y conscientes sobre España.

La primera vez, en julio de 1987, viajamos con mi abuelo Felipe. Pero el resto de años volamos solos mi hermana y yo. Dos niños pequeños en un vuelo trasatlántico de once horas y uno de esos niños que no podía ni levantarse de la butaca. A la ida, mi madre nos metía en el Jumbo 747 de Aerolíneas Argentinas en el aeropuerto de Ezeiza en Buenos Aires y mi padre nos recogía once horas después en Barajas. A la vuelta, llevábamos a cabo la operación inversa.

Mi recuerdo de aquellos primeros viajes a España es el de estimulantes períodos de aventura y de felicidad en los que conocía un montón de cosas nuevas y saboreaba durante un mes un mundo mejor.

En el primer viaje, con el abuelo Felipe, fuimos a conocer a sus primos (mis tíos abuelos segundos): los Etxenike, en Navarra, en el valle de Baztán. Además de la impactante belleza de la zona (yo

nunca había visto nada igual en mi corta vida), he de decir que ver al Pájaro Loco hablando en euskera en la ETB supuso un verdadero shock cultural para un niño nacido en Argentina y acostumbrado a ver a Alf doblado en mexicano.

Como gran parte de las familias argentinas, la mía tiene más o menos la mitad de la sangre española y la otra mitad italiana. Mis cuatro primeros apellidos son Echenique, Robba, Grande y Panozzo. Creo que no hace falta decir de qué península viene cada uno.

Al mismo tiempo y como casi todas las historias de inmigración desde Hispanoamérica, la de mi familia es una historia de ida y vuelta. Cuando las cosas estaban difíciles en Europa, mis bisabuelos españoles e italianos abandonaron su hogar —como tantos otros— y se subieron a un barco a buscar una vida mejor allende los mares. Cuando la situación se invirtió y la situación empeoró en el «Nuevo Mundo», mis padres hicieron lo propio y cogieron un avión; esta vez hacia el norte y exactamente por los mismos motivos. Supongo que por eso me hace llorar la canción «El abuelo» de Alberto Cortez y supongo que por eso también determinados discursos políticos sobre la inmigración directamente me dan asco.

El primero que vino a España fue mi tío.

Estuvieron a punto de «desaparecerlo» durante la dictadura militar argentina (como hicieron con miles de personas) y solo se salvó porque mi madre tenía un amigo juez y pudieron averiguar, a través de él, en qué comisaría lo tenían secuestrado. Al parecer, lo habían capturado por el terrible delito de pasear por la calle teniendo el pelo largo. Si has visto la excelente película Argentina 1985, creo que te puedes hacer una idea.

Pocos motivos hay mejores para abandonar un país que dejar atrás a un régimen asesino y fascista, y mi tío tardó poco en hacerlo.

Una vez en Zaragoza, consiguió poner en marcha uno de los primeros restaurantes argentinos de España, El Mangrullo, que alcanzó cierto renombre y por el que pasaban puntualmente desde Mercedes Sosa hasta Les Luthiers cuando estaban de gira por aquí.

Con estos cimientos pudo venir mi padre, que —aunque, más tarde,

pudo ejercer su profesión como asesor fiscal— empezó trabajando en El Mangrullo como empiezan la mayoría de los inmigrantes en España: de camarero y a mucha honra.

Mi tío construyó la base, mi padre aterrizó en ella y la amplió, y eso nos permitió venir unos años después a mi madre, a mi hermana y a mí.

Pero, antes de cruzar el charco definitivamente, durante mis viajes a España de vacaciones cuando era un niño, ya empecé a poder comparar y empecé a poder entender.

Por un lado, estaba la cuestión del poder adquisitivo, que era bastante evidente. En Argentina, prácticamente no nos podíamos permitir ningún «lujo» y, sin embargo, en España, no era nada extraño que te pudieras comprar habitualmente ropa, libros, juguetes, o que te pudieras permitir cenar fuera.

Pero no era solo una cuestión del poder adquisitivo de las economías familiares, también se percibía perfectamente una diferencia en lo que tiene que ver con el funcionamiento general del país.

En Argentina, las calles estaban sucias y el camión de la basura pasaba muy de vez en cuando. Muchas de las calzadas eran de adoquines y casi no había ninguna rampa (ni semáforos) en las esquinas de la ciudad. Muchos barrios no contaban apenas con iluminación y eran muy oscuros de noche, y los apagones eléctricos eran habituales y podían durar horas. Incluso las fachadas de muchos de los edificios estaban rotas y viejas.

Pero, claro, de todo esto no te dabas cuenta si habías vivido toda tu vida allí. Era lo que habías visto siempre. Era lo normal. Para ver la diferencia, había que viajar.

Por eso también el shock durante esos primeros viajes a España. En España, las calles estaban limpias, las calzadas y las aceras eran nuevas, había prácticamente una rampa en cada esquina y a ninguna le faltaban sus semáforos para coches ¡y también para peatones! Había buena iluminación en todos y cada uno de los barrios y era prácticamente imposible que se fuese la luz más de

unos pocos minutos. En cuanto a los edificios —por lo menos a mis ojos—, parecía que casi todos habían sido construidos anteayer de lo limpias y cuidadas que estaban sus fachadas.

Hoy sé que todo eso tiene mucho que ver con la relativa presencia o ausencia del Estado en el espacio público. Hoy sé que todo eso tiene mucho que ver con que, en Argentina, por esa época, los ingresos del Estado aún rondaban el 13% del PIB, mientras que en España ya superaban el 31%. Pero entonces no lo sabía.

Quizás por todo esto que cuento —por conocer y haber vivido en primera persona la diferencia entre Argentina y España—, siempre he sentido mucho orgullo de la sanidad pública y universal que, muchos años más tarde, cuidó a mi mujer cuando tuvo problemas médicos aunque no fuera todavía española. Quizás por eso, me emocioné aquel día hasta las lágrimas, en aquella habitación de hospital con ella, pensando en lo hermoso que era que una sociedad se hubiera puesto de acuerdo colectivamente para hacer algo tan decente.

Quizás por haber nacido en otro país que prácticamente no contaba con una red pública de cuidados, me sentí doblemente orgulloso cuando vi a José Luis Rodríguez Zapatero anunciar en televisión la puesta en marcha de la Ley de Dependencia como la forma de empezar a saldar una deuda histórica con las familias y como algo que estaba llamado a constituir el cuarto pilar del Estado del bienestar.

Quizás precisamente por no haber nacido aquí, vi con doble motivo de orgullo el importante aumento de inversión en ciencia que se hizo antes de la crisis económica y cómo jóvenes científicos de todo el mundo venían por aquella época a desarrollar sus trabajos a España.

Pero quizás por todo ello también, se generó en mí una indignación doble cuando —durante la crisis de 2008— se empezaron a llevar a cabo crueles e insensatas políticas de recortes que pusieron todo esto en peligro.

Recuerdo perfectamente cuando una ley del PP le quitó el derecho a la sanidad a mi mujer, que residía de forma perfectamente legal en

España con un visado de estudiante. También recuerdo cuando, primero Zapatero y luego Rajoy, implementaron durísimos recortes en dependencia (mi condición) y en ciencia (mi profesión). O cuando, después de haber hecho muchos viajes con total tranquilidad, sentí por primera vez miedo en un AVE, al empezar a pensar —mientras veía volar el paisaje por la ventana— en los más que posibles recortes que se debían estar haciendo en personal y en mantenimiento. Lamentablemente, no iba desencaminado y, a las pocas semanas, ocurrió el terrible accidente del ALVIA de Angrois.

Quizás por conocer y haber vivido la diferencia entre Argentina y España, sentí doblemente, en aquella época, que estaban rompiendo algo muy valioso.

Algunos discursos políticos suelen plantear, explícita o implícitamente, que las personas migrantes, aunque llevemos mucho tiempo viviendo en España, somos de algún modo españoles de segunda. Menos españoles que ellos. Sin embargo, casi me atrevería a decir que es al revés (y no solamente en mi caso personal). Con todos sus defectos y con todas sus miserias, con todas las cosas que todavía quedan por mejorar, España es un país maravilloso, y las personas que hemos nacido en países más pobres y menos desarrollados tenemos muchos más elementos objetivos para pensar así.

Paradójicamente —si me permites la provocación—, podría de hecho ocurrir que muchos españoles que hemos nacido en otro país amemos incluso un poquito más a España que los autóctonos; por muchas pulseritas con la bandera que lleven algunos.

Y quizás por eso, por haber viajado a Zaragoza varias veces a pasar las vacaciones con mi padre cuando era niño, cuando finalmente llegó el momento y sedamos a Chuzi y a Nube para meterlos en sendas jaulas en la barriga de un Boeing 747 y nos vinimos a vivir definitivamente a España, aunque era consciente de que estaba dejando atrás familia y amigos y las calles de mi infancia, en mi corazón había expectación y optimismo.

Quizás entonces, con apenas trece primaveras, ya sospechase inconscientemente que estaba dando cumplimiento a los deseos aún no formulados de esos tuiteros con los que abría el capítulo y me

estaba yendo (como ellos me pedirían insistentemente tres décadas después) «a mi país». Es decir, a España.

CAPÍTULO 3

DONDE HICE LA SECUNDARIA

Para explicar por qué se siente más de aquí que de allá, mi madre siempre dice que su país es el país que ha dado oportunidades y perspectivas de futuro a sus hijos. No sé quién dijo también que uno es de donde hizo la secundaria. Creo que ambas afirmaciones tienen mucho de verdad y yo, desde luego, cuando pienso en la palabra «hogar», pienso en Zaragoza.

Zaragoza es donde aterrizó mi tío y montó el restaurante El Mangrullo, Zaragoza es donde aterrizó después mi padre con una mano delante y otra detrás y Zaragoza es donde aterrizamos mi madre, mi hermana y yo allá por mayo de 1992; el año de la Expo de Sevilla y de los Juegos Olímpicos de Barcelona. ¿Y por qué Zaragoza? Porque migrar es muy difícil, pero lo es un poco menos si aterrizas en un lugar en el que tienes, por lo menos, alguna red de seguridad.

Gracias a esa pequeña red, pudimos alquilar un piso en la calle Pedro María Ric nada más llegar y nos pusimos manos a la obra.

Por mi parte, comencé rápidamente a tomar clases particulares para minimizar al máximo los efectos negativos del cambio radical de sistema educativo.

Antes de cruzar el charco, yo había acabado la primaria en 7.˚ y no había empezado todavía la secundaria porque ya estaba decidido que íbamos a migrar. Por aquel entonces, la primaria en Argentina tenía siete cursos, pero aquí la EGB tenía ocho, así que me tocaba entrar en 8.˚. Como allí el verano va de diciembre a marzo, es en diciembre cuando se acaba el curso escolar. Por eso, al empezar aquí en septiembre, perdí medio año con la mudanza y me convertí —de ahí en adelante y ya para siempre— en el mayor de la clase.

Guardo buenos recuerdos de aquel 8.° de EGB cursado en el colegio público Miraflores, en medio del parque del mismo nombre en Zaragoza. Cuando pienso en esa época, siempre viene a mi memoria la espesa niebla que había muchas mañanas de invierno en el parque y cómo te podías perder por los sinuosos caminitos al no ser capaz de ver absolutamente nada cinco metros más allá. El fuerte viento y la niebla del valle del Ebro (en invierno), junto con la falta de precipitación y el calor extremo (en verano), son las ásperas señas de identidad del clima de Zaragoza.

Aunque al llegar a la ciudad hice algunos buenos amigos argentinos, como Pablo, el hijo de un amigo de mi tío, y también más adelante mis amigas Georgia y Juliana (mitad brasileñas, mitad argentinas y la misma conexión familiar), rápidamente me integré en el colegio y pronto la mayoría de mis amigos eran ya españoles y del barrio.

Por mi experiencia, es más fácil la integración en un país nuevo para un niño escolarizado que para un adulto, y los motivos son obvios. Si, además, el niño tiene una personalidad muy sociable, como yo siempre he tenido la suerte de poseer, el proceso se facilita todavía un poco más. Esto, sumado al hecho de que no teníamos dinero para viajar, hizo que me desconectase paulatinamente de mis relaciones en Argentina. De hecho, nunca volví a visitar el país. Al principio, porque mi familia no podía permitirse pagar el billete y, al poco tiempo, porque ya tenía toda mi vida hecha aquí y tampoco sentía la necesidad.

A día de hoy, la verdad es me quedan pocas cosas de Argentina. La letra de algunos tangos, el amor por el idioma castellano prolijamente utilizado, el recuerdo de mi infancia o el placer de ver el fútbol, especialmente en los mundiales.

Un mes cada cuatro años, vuelvo a ser un poquito argentino, pero solo un poco. Porque, en los mundiales —en realidad—, voy con España y con Argentina al mismo tiempo… y ruego fuerte a los dioses del fútbol para que no se tengan que enfrentar. Por suerte, eso no ocurre desde 1966 y así pude disfrutar de la victoria de la selección española en el mundial de Sudáfrica sin ningún tipo de contradicción futbolera en 2010 (ya no estaba en EGB, pero permíteme el flashforward).

Aún recuerdo que eché una lagrimita mientras celebrábamos el gol de Iniesta junto a un montón de amigos en un bar de Zaragoza. No solo era el primer mundial de España, no solo teníamos todos en la cabeza que una generación de jugadores así difícilmente se iba a volver a repetir. Es que, además, la selección había desplegado un juego valiente, bonito, honesto y ofensivo. Todo lo contrario del famoso y aburrido catenaccio italiano.

Aunque por esa época yo ya había abandonado Ciudadanos y estaba empezando a acercarme a planteamientos de izquierdas, recuerdo también que salimos del bar a festejar en la plaza España de Zaragoza con la bandera rojigualda colgada de la silla y sin ningún atisbo de contradicción política en nuestra alegría.

Volviendo a 1993, después de terminar la EGB, empecé la secundaria en el Instituto Medina Albaida, también en el barrio y muy cerca del colegio Miraflores.

Justo se acababa de construir el edificio y justo se empezaba también a implantar la LOGSE en España (la última reforma educativa por aquellos tiempos). Es decir, se empezaba a transitar de un sistema en el que había de 1.° a 8.° de EGB, luego de 1.° a 3.° de BUP y, finalmente, un año de COU a un sistema que iba de 1.° a 6.° de primaria, luego de 1.° a 4.° de la ESO y, finalmente, 1.° y 2.° de bachillerato, antes de pasar a la universidad. Los alumnos del instituto Medina Albaida fuimos los conejillos de indias del nuevo sistema y, al haber cursado hasta 8.° de EGB, empezamos directamente en 3.° de la ESO. Por este motivo y al entrar en un centro de nueva construcción, siempre fuimos los mayores del instituto y nunca tuvimos a nadie que nos robara el bocadillo en el recreo.

Mis padres eligieron este instituto porque estaba cerca de mi casa, pero también porque contaba con un programa de inclusión de personas con discapacidad. En concreto, disponía de cuidadores que nos ayudaban a desplazarnos por el edificio y a llevar a cabo el resto de tareas cotidianas. Todavía hoy recuerdo con cariño a Mamen y —especialmente— a José Ángel, sin cuya dedicación y simpatía habría sido mucho más difícil desarrollar mis estudios

secundarios.

Curiosamente y a pesar de este programa de inclusión, cuando estrenamos el edificio aún no contaba con ascensor. Si ya era «divertido» que me tuvieran que subir y bajar dos plantas de escaleras a pulso con la silla manual todos los días, no te quiero ni contar cuando había «amenaza de bomba» o simulacro de incendio. Una auténtica fiesta de la accesibilidad con las alarmas sonando a todo trapo.

Por suerte, durante mi segundo año allí, ya pusieron el ascensor y la cosa se volvió un poco más civilizada.

De esa época es también mi primera silla eléctrica.

Es difícil explicar a alguien que no lo ha vivido el cambio que supone conducir su primera silla eléctrica para una persona que no puede caminar y que no puede impulsar tampoco una silla de ruedas manual con los brazos. Es difícil explicarlo, pero lo voy a intentar.

Supone pasar de depender en todo momento de alguien que te empuje a poder desplazarte solo. Supone pasar de tener que ir a todos los sitios acompañado a poder ir acompañado solamente si tú quieres. Supone pasar de depender —siempre— de los horarios de los demás para llegar o irte de cualquier lugar a tener que atender únicamente a tu propio reloj. Supone poder salir a pasear con la música en los auriculares cuando te da la gana y volver cuando te da la gana. Supone, de hecho, pasar de no poder tener vida privada más allá de las cuatro paredes de tu habitación a —de un día para otro— tenerla.

Supone un aumento tan salvaje de las cuotas de libertad personal que la única metáfora que se me ocurre para que puedas intuir mínimamente lo que se siente es que imagines que, de repente, puedes volar.

Y no. No estoy exagerando.

Cuando, tras quince años de tener que ir acompañado a todas partes, me dieron mi primera silla de ruedas eléctrica, no cabía

literalmente en mí.

La primera tarde la invertí en ir de una punta a la otra del pequeño pero afortunadamente alargado apartamento de la calle Pedro María Ric, acometiendo —primero con torpeza pero progresivamente con mayor finura— las diferentes aberturas de las puertas. De una punta a la otra del apartamento. De una punta a la otra. Ida y vuelta por el estrecho pasillo. Ida y vuelta. Una y otra vez. Hasta que gasté la batería.

El segundo día hice lo mismo, pero ahora en la calle. Supongo que los viandantes alucinarían con la sonrisa de oreja a oreja que cargaba aquel chaval.

Tras dos días de autoaprendizaje intensivo y de dejar la batería a cero, ya sabía conducir la silla perfectamente y mi vida había cambiado para siempre.

Con mi nueva silla y con el ascensor del instituto funcionando, la secundaria se convirtió entonces en algo más acorde con tener quince o dieciséis años.

Suena el timbre. Descanso de cinco minutos entre clase y clase. Bajamos por el ascensor con el pretexto de echar un pitillo breve en el patio. Llegamos a la planta baja. A la izquierda, la puerta del patio. A la derecha, la puerta de la calle. Miramos a un lado y al otro. Dos veces. No hay moros en la costa. ¡Para la calle! ¡A toda velocidad!

Lo que, en Zaragoza, se llama «hacer pirola» y, en otras partes de España, «hacer pellas» era algo de todos los días en aquella época de mi vida. Varias horas cada jornada nos íbamos al bar de enfrente a fumar, a tomar café y a jugar al guiñote.

He de decir en mi descargo que elegía cuidadosamente las horas en las que hacer pirola. Si teníamos una asignatura difícil, como matemáticas o biología, iba a clase y tomaba apuntes como un chico bueno. Pero, si teníamos una fácil, como inglés, entonces me iba al bar a jugar a las cartas. No se trataba de actuar irresponsablemente. Al revés. Consistía en llevar a cabo un estudiado esquema de gestión del tiempo para maximizar su

utilidad.

Aún recuerdo el día que se lo intenté explicar a la directora del instituto —una severa mujer de casi dos metros de altura— cuando me interceptó en una de mis escapadas hacia el exterior. Por ser breve en el relato de aquel tenso momento, diré simplemente que la señora no lo entendió exactamente como yo esperaba.

Por aquella época adolescente, comencé también mi larga y prolífica trayectoria en el ocio nocturno zaragozano. Trayectoria que se extendería hasta que senté cabeza, allá por 2012, al conocer a mi mujer.

La crónica de aquellas interminables noches, en las que, casi siempre, era la única persona en silla de ruedas de toda la sala, daría para un libro entero. Desde el Limbo al Zorro, pasando por el Devizio o el Blues, tuve el gusto de cerrar una buena parte de los garitos de la ciudad, no me dejé ningún líquido espirituoso sin probar, llegué a tener temporadas de salir todos los días de viernes a viernes e hice sin duda honor a aquel inteligente adagio que dice que «uno no sabe cuánto es suficiente hasta que no sabe cuánto es demasiado».

Daría para un libro entero, como digo. Pero, para no ocupar páginas y páginas con mis aventuras nocturnas y no aburrirte, permíteme que resuma y encapsule el espíritu de esa disoluta época de mi vida con tan solo una anécdota de tantas.

Corren altas horas de la madrugada en el Blues —histórico antro de perdición de la noche zaragozana— en algún momento de la década de los 90 del siglo pasado.

Como muchas otras veces, me dispongo a encarar los dos escalones que hay que subir para salir a la calle. Aunque se trata de dos escalones seguidos y esto, típicamente, requiere de cuatro personas —dos de cada lado— levantando la silla en volandas por el chasis, en este caso, la maniobra es mucho más sencilla. La separación concreta entre los dos escalones de salida del Blues permite que el mecanismo de balancín situado en medio de las dos ruedas

delanteras de la silla pueda treparlos secuencialmente con el impulso motriz de las ruedas traseras. Una vez que las ruedas delanteras se encuentran encima del segundo escalón, una sola persona puede ayudar a subir las ruedas traseras empujando el respaldo por detrás. Como, al subir las ruedas delanteras dos escalones seguidos, la silla se inclina bastante, la presencia de esa persona también sirve para que el audaz cascao trepador no se vaya hacia atrás.

Y esa persona, normalmente, era mi amigo David.

Así que allá voy. Dispuesto a llevar a cabo una rutinaria maniobra que teníamos bastante controlada.

Cuando me dispongo definitivamente a ello, un conocido me mira con extrañeza desde lo alto de los dos escalones y me pregunta:

—¿Puedes solo? —«puedes», segunda persona del singular.

Con la música a todo volumen y pensando que David está justo detrás de mí cubriéndome las espaldas, escucho «¿Puede solo?» (sin 's', tercera persona), entiendo que se refiere a David y le contesto (lógicamente):

— Sí, sí. Puede solo.

Pero David no estaba.

Así que, a los dos segundos de tranquilizarlo con estas firmes palabras, subo los dos escalones con las ruedas de adelante y mi servicial interlocutor ve —boquiabierto— como un tipo en silla de ruedas se da la vuelta hacia atrás y se cae de espaldas contra el suelo en su misma cara.

Durante unos instantes, no sé ni dónde estoy ni qué demonios está pasando. Entre las sustancias que había consumido, el giroscópico cambio de orientación, la sorpresa y el hecho de que alguien había pegado por todo el techo del bar estrellitas fluorescentes, me cuesta un rato volver a la realidad… y empezarme a reír a carcajadas.

Afortunadamente, el apoyacabeza de la silla había amortiguado el golpe y apenas me había abierto una pequeña brecha.

Mis amigos me levantan —partiéndose el culo tanto como yo o más — y decidimos encaminarnos a la farmacia más cercana porque, hombre, con las risas y todo, aquello sí que sangraba un poco.

He de decir que entendí —y entiendo— perfectamente a la farmacéutica que, en medio de la madrugada, ve llegar a un cascao con la cabeza abierta acompañado por un par de tipos con aspecto de delincuentes y decide que no nos va a abrir la puerta y que nos va a vender la gasa y el alcohol a través de la reja.

Creo que, en esa época, todavía llevaba melenas. Por supuesto, todas las fotos han sido metódicamente destruidas.

Del mismo modo que mi discapacidad no me impidió ser un niño aproximadamente en los mismos términos que los demás, tampoco me impidió tener una juventud más o menos estándar.

Justo del principio de mi trayectoria noctámbula data también la obtención de mi nacionalidad española.

Desde hace unos cuantos años, para obtener la nacionalidad, te obligan a aprobar un examen absurdo en el que te preguntan cosas que muchos españoles autóctonos no saben. Se trata, además, de una prueba absolutamente memorística de estas que te metes una panzada de estudiar, te la sacas y a la mañana siguiente se te ha olvidado todo. Mi mujer tuvo que examinarse de ella, así que conozco bien de qué se trata y te puedo asegurar que no hay ninguna racionalidad detrás de esta exigencia. Solamente un elemento más de xenofobia institucionalizada.

De hecho, cuando yo obtuve la nacionalidad, esta idea racista todavía no se les había ocurrido y no existía examen (¡Oh, Dios mío! ¡La cantidad de gente insuficientemente española que se nos colaría por aquella época!). Yo simplemente tuve que jurar lealtad al rey y a la Constitución delante de una señora funcionaria… lo cual, ahora que lo pienso, también tiene su punto de patrioterismo ridículo si tenemos en cuenta que era solamente un crío y ni siquiera sabía qué demonios pone en la Constitución.

De todas formas y ya que me tocó hacerlo, ahora aprovecho para provocar diciendo que eso también me hace un poco «más español»

que esos tuiteros con la banderita en el perfil que me mandan a «mi país», pero que —sin embargo y para su deshonra— nunca han jurado lealtad al jefe del Estado y a la Carta Magna como yo sí hice.

Eso sí, para compensar semejante alarde de españolidad bajo juramento por mi parte, cometí rápidamente una pequeña —aunque involuntaria— afrenta a la patria: la primera noche que salí de marcha con él, perdí mi flamante DNI y tuve que ir a la Policía a pedir una copia al día siguiente. Supongo que fue la emoción de desenvainarlo con orgullo para certificar mis dieciséis años ante numerosos porteros de distintos bares en repetidas ocasiones… y a lo mejor también que esa noche bebí un poco.

Me lo he pasado bien en mi juventud y he hecho todo lo que es preceptivo hacer en esa etapa. Eso es bien cierto. Pero tampoco quiero que pienses que todo en mi vida ha sido diversión y risas. No. Porque no es verdad y, además, porque no sería justo ni con el resto de personas con discapacidad ni conmigo mismo.

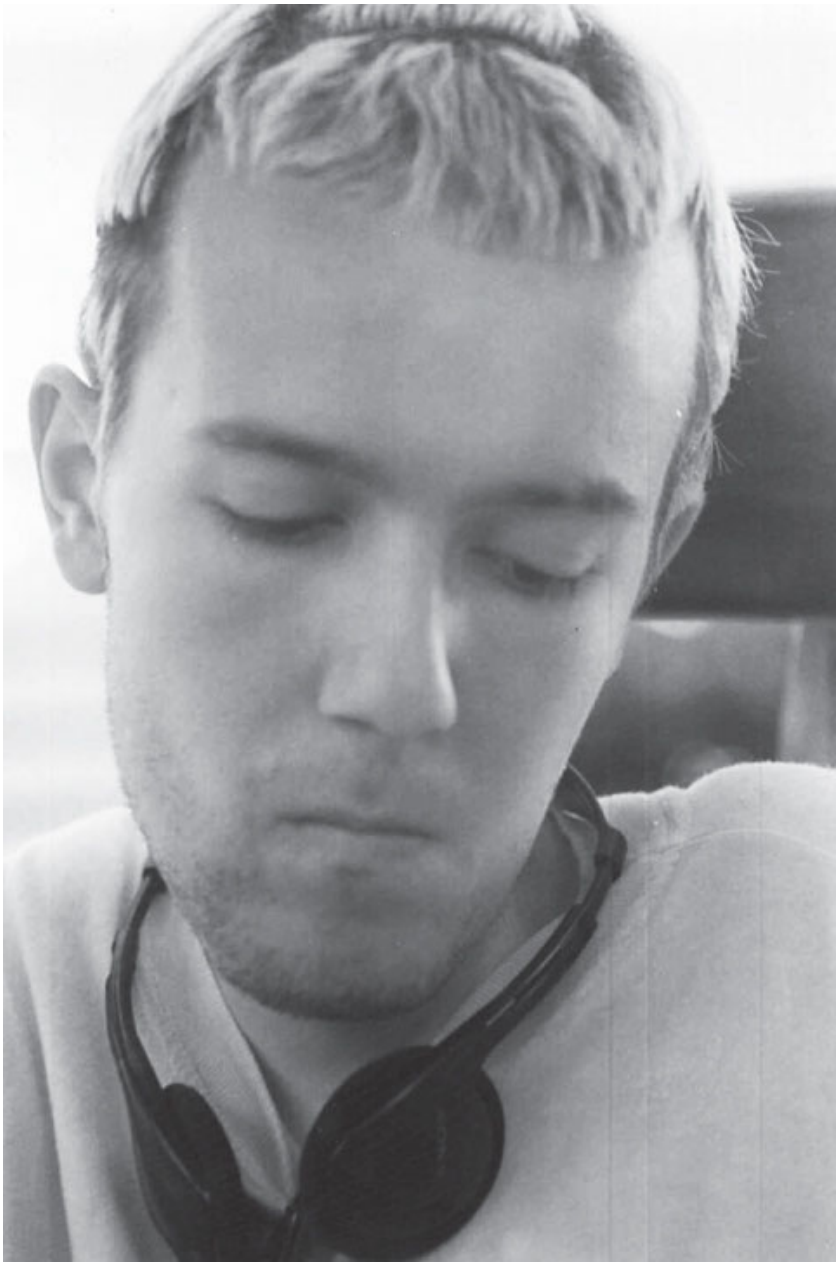
Claro que se puede superar psicológicamente nacer con una importante discapacidad física y tener que ser toda tu vida diferente a los demás sin desearlo, pero eso no quiere decir que no haya momentos duros —incluso largas temporadas— y mentiría si te dijera que la infancia y la adolescencia no son las épocas más difíciles.

Con el pasar de los años, se te endurece la piel, claro. Pero no viene dura de fábrica.

Por supuesto que, de niño, muchas veces me deprimía por no poder hacer las mismas cosas que los demás. Correr, saltar, jugar al fútbol… Y claro que me montaba mágicas historias de curación en la cabeza y soñaba despierto. Y claro que lloré muchas veces ante la obstinada realidad.

Por supuesto que me frustraba enormemente no poder controlar mi propio tiempo y tener que depender, en última instancia, de la voluntad de otra persona para llevar a cabo casi cualquier actividad de la vida cotidiana. Asistir a una persona con discapacidad es duro, pero ser el asistido no lo es menos.

Por supuesto que he sentido muchas veces también tristeza al no poder participar en ciertos planes con mis amigos por falta de autonomía física. Ten en cuenta que yo solamente he podido viajar con mi padre y con mi madre (porque eran los únicos que me sabían asistir, pero también por pudor) hasta que tuve más de treinta años y conocí a mi mujer. Hasta entonces, los únicos viajes que pude hacer sin mis padres fueron viajes de ida y vuelta en el día, casi siempre en tren.



Pablo adolescente (1996 aprox.).

Pero quizás lo más difícil de todo fue el tema de las relaciones de pareja.

Que no puedes correr o jugar al fútbol lo acabas aceptando. Que necesitas ayuda para llevar a cabo casi cualquier actividad lo acabas aceptando. Que no te puedes ir de viaje de estudios con tus amigos lo acabas aceptando. Pero pensar que nunca vas a tener una pareja que te quiera es un doloroso vacío que no desaparece con el paso de los años y que, de hecho, se va haciendo cada vez más grande.

Por suerte, ese pensamiento es simplemente mentira, como explicaré más adelante. Pero eso no quita para que, durante mi infancia y mi adolescencia, haya sufrido mucho y haya escrito muchos dolientes poemas románticos —que jamás verán la luz del día, por supuesto— mientras todos mis amigos y amigas se emparejaban y yo no.

Todo esto lo he vivido y no te voy a engañar diciéndote que fue fácil, porque no lo fue. Pero también creo que el tránsito por una infancia y una adolescencia con muy severos problemas de movilidad me ha forjado un carácter pragmático —de aceptar lo que hay y tirar «p'alante»— que hace muchos años ya que me permite mirar al mundo y a mi propia vida con ojos tranquilos y razonablemente felices.

Con todo y con permiso de los sinsabores, la época del instituto y los años posteriores, las largas calles de Zaragoza y todas sus noches y la gente hermosa con la que las recorrí están sin duda en el centro de la persona que hoy soy. Y en el centro de la mejor parte, además. De la más alegre, de la más libre, de la más abierta.

Por eso te la he querido contar con un poco de detalle y sin guardarme nada. Para que me conozcas de verdad más allá de la típica biografía notarial y acartonada. Porque no me cabe ninguna duda de que soy de donde hice la secundaria.

CAPÍTULO 4

NO PODER LIMPIARTE EL CULO

La atrofia muscular espinal me acompaña desde que nací.

Por suerte, es la única enfermedad que tengo.

La atrofia muscular espinal —AME para los amigos— es una condición hereditaria que provoca la muerte de las neuronas motoras. Estas neuronas de tipo específico localizan su soma (el cuerpo celular, donde se halla el núcleo y buena parte de los orgánulos vitales para la célula) en la médula espinal, dentro de la columna vertebral. Desde ahí, de cada una de ellas, surge un axón (imagínatelo como un finísimo cable) que puede acabar en un hombro, en una ceja o en el dedo gordo de un pie. En su extremo final, el axón se conecta con un músculo concreto en lo que se denomina unión neuromuscular. Es mediante esta infraestructura fisiológica como se transmiten las órdenes para contraer y relajar los músculos desde el cerebro y, por eso, cuando la AME te va matando las neuronas motoras con sus correspondientes axones, las órdenes dejan de llegar a los músculos y estos van perdiendo fuerza; se van atrofiando.

La debilidad muscular extrema es, así, el principal síntoma de la AME, y su causa es la muerte de las neuronas motoras. ¿Pero por qué se mueren las neuronas motoras?

Aunque el mecanismo detallado, a día de hoy, se desconoce, sí sabemos que es la escasez de una proteína conocida como SMN (survival of motor neuron) la que causa el deterioro y, finalmente, la muerte de este específico tipo de células.

Las proteínas son —junto a los ácidos nucleicos, los glúcidos y los lípidos— una de las familias de macromoléculas centrales para la vida. Más concretamente, podríamos decir que las proteínas son las

nanomáquinas de la biología. Es decir, son complejos dispositivos de tamaño nanométrico (un nanómetro es una millonésima parte de un milímetro) que se dedican a llevar a cabo la inmensa mayoría de las tareas bioquímicas de los seres vivos: cortar otras moléculas, pegarlas, transportarlas, convertir energía química en movimiento y otras muchas cosas más.

Cada proteína particular está codificada en al menos un gen de nuestro ADN. De hecho, la proteína SMN está codificada en dos genes distintos, llamados SMN1 y SMN2 (como ves, los científicos no nos estrujamos la cabeza a la hora de ponerle nombre a las cosas).

Físicamente, un gen no es otra cosa que un tramo en la doble hélice del ADN con una señal de inicio y una señal de fin. En ese tramo, se encuentra —como en un collar hecho con cuentas de cuatro colores— una secuencia concreta de las cuatro posibles —y célebres— bases nitrogenadas: adenina (A), citosina (C), guanina (G) y timina (T). Por ejemplo, una cierta parte de un gen podría leerse como AAGCACGATTACAAA…

En el proceso de producción de una proteína cualquiera, lo primero que ocurre es que el gen correspondiente se copia desde el ADN en una molécula de ARN mensajero, la cual —como su propio nombre indica y a diferencia del ADN, que se tiene que quedar en el núcleo de la célula— puede viajar. En los animales superiores y para muchas de las proteínas codificadas en el genoma, existe —además— un segundo paso, denominado splicing, en el que el ARN mensajero es «editado» mediante el mecanismo de cortarlo en diferentes puntos, desechar determinados tramos y finalmente unir los extremos de los tramos no desechados. Por último, el ARN mensajero (ya editado) viaja hacia el orgánulo conocido como ribosoma, donde sirve como «manual de instrucciones» para fabricar la proteína correspondiente.

Cada proteína es inicialmente sintetizada como si se tratase —de nuevo— de un largo collar al que se le van añadiendo, una a una, cuentas de diferentes tipos. Sin entrar en grandes detalles, cada una de estas cuentas es una pequeña molécula llamada aminoácido y hay veinte aminoácidos diferentes. Con lo cual, en el momento de su fabricación, cada proteína es una larga cadena-secuencia del tipo

MAMSSGGSGGGVPEQED… (utilizando el código estándar de veinte letras). Como comentaré en el capítulo siguiente cuando hable de mis investigaciones científicas, tras ser sintetizada linealmente en el ribosoma, la proteína se pliega sobre sí misma, adquiriendo una estructura tridimensional muy concreta con forma de ovillo en la que es finalmente capaz de llevar a cabo su función biológica.

¿Qué ocurre entonces con la proteína SMN y los genes SMN1 y SMN2 que la codifican? Pues resulta que estos dos genes son ligeramente distintos. Mientras que el gen SMN1 produce en todos los casos una proteína SMN funcional, el gen SMN2 experimenta el fenómeno conocido como splicing alternativo y que consiste en que el proceso de edición del ARN mensajero —el proceso de splicing— puede dar varios resultados finales con diferentes probabilidades y, por tanto, puede producir varias proteínas distintas. En el caso de SMN2, se produce mayoritariamente una proteína SMN «rota» —denominada Delta7 porque le falta un trozo (el exón 7) y que no es capaz de cumplir su función biológica— y se produce también una pequeña cantidad de la proteína SMN completa y funcional.

Esta es la secuencia de aminoácidos de la proteína SMN completa:

MAMSSGGSGGGVPEQEDSVLFRRGTGQSDDSDIWDDTALIKAYDKAVASFKHA

En negrita, la secuencia de aminoácidos correspondiente al exón 7 que le falta a la proteína «rota» Delta7.

Lo que nos pasa a las personas con atrofia muscular espinal es que nos faltan las dos copias del gen SMN1 —la que deberíamos haber heredado de papá y la que deberíamos haber heredado de mamá— y, entonces, la poquita proteína SMN que producimos proviene de las copias que tengamos del gen SMN2. Por eso la AME tiene distintos tipos clínicos con muy diferentes gravedades. Porque (de forma aproximada, ya que la correlación no es exacta), cuantas más copias del gen SMN2 se tienen, más proteína SMN funcional se produce y, cuanta más proteína SMN funcional se produce, más tiempo sobreviven las neuronas motoras y menos grave es la

enfermedad. Y viceversa, lamentablemente. Cuantas menos copias del gen SMN2 se tienen…

Yo he tenido la suerte de nacer con cuatro copias del gen SMN2 y eso me ha permitido desarrollar una tipología clínica de entre un tipo II y un tipo III y llegar a la edad adulta con una esperanza de vida más o menos normal, aunque tenga una debilidad muscular extrema. Sin embargo, los bebés que nacen con el tipo I de la AME, con una capacidad de producción de la proteína SMN mucho menor, tristemente fallecen muchas veces antes de cumplir el año de vida, lo que lleva a las familias —como te puedes imaginar— a una situación dramática de gran dolor y sufrimiento. En el otro lado del espectro, tenemos a las personas tipo IV, que producen la suficiente cantidad de proteína SMN como para que los efectos de la AME no se noten hasta bien entrada la edad adulta. Este fue el caso de mi tío, el único antecedente que conocemos en la familia.

La atrofia muscular espinal es lo que se conoce oficialmente como una enfermedad rara. Esto es, que afecta a menos de 1 de cada 2.000 nacidos. En el caso de la AME, la incidencia se halla entre 1 de cada 6.000 y 1 de cada 10.000 nacidos según los diferentes estudios y es, por tanto, dentro de las enfermedades raras, una de las «menos raras». No obstante, estos siguen siendo números de incidencia muy bajos, lo cual conlleva una serie de problemas adicionales de tipo social, médico y científico.

Al tratarse de un hecho bastante infrecuente, cuando nace un niño con AME en una familia, es prácticamente seguro que los padres no conocen a nadie en la misma situación y no saben ni siquiera adónde acudir. Además, estimándose que existen hasta 7.000 enfermedades raras distintas, es imposible que los médicos especialistas las conozcan todas en profundidad, lo cual hace que el conocimiento experto y —por tanto— el tratamiento adecuado estén muy localizados en unos pocos profesionales en hospitales muy determinados de cada país. Por último, al afectar a un número relativamente pequeño de personas, el particular esquema de rentabilidad económica (muy altos costes de investigación, dificultad para desarrollar los ensayos clínicos, venta de muy pocas dosis, negociación del precio con los gobiernos) hace más difícil que las farmacéuticas quieran invertir en la investigación de fármacos

para estas enfermedades.

Por todo ello, hace ya un par de décadas que un grupo de padres y madres con niños con AME se juntaron para crear la fundación FundAME, con el objetivo central de impulsar la investigación científica de tratamientos, pero también de que las familias tengan un lugar donde encontrar apoyo mutuo. Antes de meterme temporalmente en política, yo mismo estuve ayudando en todo lo que pude a la fundación y llegué a ser su presidente durante algunos años. Desde esa experiencia de primera mano, te puedo decir sin lugar a dudas que, si tú que me lees tienes un caso de enfermedad rara en la familia o conoces a alguien que lo tiene, lo mejor que podéis hacer es buscar si existe una organización de familias y poneros en contacto con ellos. No solamente encontraréis una enorme fuerza allí, sino también la mejor fuente de conocimiento sobre la enfermedad.

Durante mi participación en FundAME, trabajamos mucho para recaudar fondos para la investigación y conseguimos algunos éxitos, pero también fueron momentos muy duros de travesía en el desierto porque todavía no existía ningún fármaco eficaz para frenar el avance de la AME.

Desde 2018, eso cambió definitivamente con la aparición de Nusinersen y se dispuso entonces —por primera vez en la historia de la humanidad—, de un fármaco capaz de salvarle la vida a los bebés que nacen con el tipo I y de frenar el deterioro en los demás tipos menos graves. A día de hoy, ya tenemos tres fármacos aprobados por la Agencia Europea del Medicamento y se empieza a ver la luz al final del túnel.

Frente a los negacionistas —que últimamente y debido a la pandemia de la COVID-19 han adquirido una mayor visibilidad y tienen incluso partidos políticos que les dan cobertura—, el poder de la ciencia es capaz de salvar vidas. Frente al mantra neoliberal de «bajar los impuestos» como solución populista —y falsa— a cualquier problema que se presente, una sanidad pública fuerte que financia tratamientos que salvan la vida a bebés, pero que ninguna familia trabajadora se podría pagar de su propio bolsillo.

Decía Arthur C. Clarke que «toda tecnología lo suficientemente

avanzada es indistinguible de la magia» y, en el caso de los recién nacidos con AME de tipo I, tengo que darle completamente la razón. Por fin, después de tantos años, la «magia» de la ciencia… y la magia de los servicios públicos.

La terrible enfermedad que hoy estamos en condiciones de frenar, cuando yo nací no estaba ni siquiera genéticamente caracterizada. Hasta 1995 no se identificó la deleción homocigótica del gen SMN1 como la causa genética de la atrofia muscular espinal y, aunque era bastante evidente por el diagnóstico clínico, yo no tuve en mis manos un diagnóstico genético concluyente hasta 2009, cuando ya tenía treinta años.

Sin embargo, como ya comenté, mis padres se dieron cuenta rápidamente de que algo no andaba bien conmigo dado que no era capaz de alcanzar los hitos motores normales en un niño. Aunque me cuentan que llegué a gatear, al poco tiempo perdí esa capacidad y, desde luego, nunca llegué a caminar. Durante la infancia y la adolescencia todavía podía hacer ciertas cosas, como mantenerme sentado sin apoyos o, incluso —recuerdo—, cortar la comida con un cuchillo o llevarme un vaso de agua a la boca. Pero todo eso lo fui perdiendo también con el paso de los años.

Por cierto, quiero dejar —solemnemente— constancia por escrito en este libro de que, en concreto y para mi hondo pesar, nunca he sido capaz de limpiarme el culo. Lo digo porque he descubierto que hay una obsesión entre ciertos tuiteros de ideología muy determinada con que la persona que me asiste me limpie el culo.

Psicológicamente, es bastante fácil entenderles si reconocemos en su obsesión el (infructuoso) intento de humillación y de matonismo tan típico de ciertos machitos jóvenes e inseguros que, por un lado, desprecian los cuidados y prefieren no pensar que en el mundo hay madres y padres que limpian los culos de sus hijos, que hay hijos e hijas (y parejas) que limpian los culos de personas mayores de la familia y que, de hecho, basta una hospitalización lo suficientemente grave como para que cualquiera —el matoncito incluido— tenga que ver cómo necesita que le limpie el culo un tercero. Pero, sobre todo, creo que basan su patético intento de humillación en que creen que limpiar culos es tarea de mujeres y, como ha trascendido que la persona que me asiste es hombre, pues

jojojó, qué risas, tío.

En realidad, creo que tenemos que tener empatía con ellos porque son gente que nos debería dar pena. Son los portadores de una hombría vieja y herida en una época en la que las mujeres están avanzando, en una época en la que los privilegios de ser macho por ser macho se están desmoronando, y saben que, más pronto que tarde, les va a tocar limpiar culos también a ellos. Son solamente un pequeño y triste síntoma más de todo un espíritu reaccionario de época que tiene miedo a un nuevo mundo en el que la igualdad se abre paso. Por eso los líderes políticos con los pectorales henchidos de gimnasio. Por eso la ostentación del armamento y lo bélico. Por eso el matonismo, el antifeminismo, la homofobia y la obsesión con que no me puedo limpiar el culo.

Pero, vamos, que ojalá que lo único que no pudiera hacer fuera limpiarme el culo. Lamentablemente, la lista es muchísimo más larga.

Empecemos por el principio del día.

Me despierto. La persona que me asiste me coge en brazos y me lleva al baño. Afortunadamente y debido a la falta de masa muscular, peso poco. Para poder sentarme en el inodoro con estabilidad, uso un asiento especial y un apoyo para el brazo izquierdo en la pared. Mientras hago las mismas cosas que haces tú en el váter, me cepillo también los dientes. Apoyando el codo derecho estratégicamente en una toalla que me pongo encima del regazo y usando un cepillo eléctrico, es una de las pocas cosas que aún puedo hacer solo. Lo mismo con el enjuague bucal. Como utilizo un vaso de plástico desechable muy ligero, puedo yo solo. Aunque, obviamente, todas estas cosas me las tienen que ir alcanzando porque no las puedo coger por mí mismo

Si te preguntas por qué no me cepillo los dientes frente al lavabo, la respuesta es sencilla. Hace falta tener un baño como una plaza de toros para meter dentro una silla eléctrica, hace falta también que el lavabo sea especial (entre otras cosas, que no tenga nada debajo) y, aún así, no está garantizado que puedas acceder cómodamente desde la silla.

Cuando tienes problemas de movilidad tan severos como los míos, conviene entender rápido una serie de cosas, y aplicarlas sin titubeos. Uno: el 90% del mundo no está diseñado para ti.

Dos: si encuentras una forma sencilla de poder llevar a cabo una tarea, aunque no sea como lo hacen los demás, quédate con ella. Tres: siempre tienes que estar pensando nuevos trucos.

Cuando he acabado en el váter… redoble de tambores… me limpian el culo. Efectivamente. Que se queden tranquilos los matoncitos de Twitter con la banderita en el perfil y la hombría frágil porque, además, tengo una envidiable regularidad intestinal.

Con el culo ya limpio, pasamos a la ducha. Para poder mantenerme sentado con estabilidad, dispongo de una silla especial de ducha con pequeñas ruedas que ha sido convenientemente tuneada (como casi todo lo demás). Hubo que modificar el asiento porque tenía un agujero demasiado grande, hubo que adaptar el respaldo y hubo que subir los apoyapiés. Aun así, tengo que hacer bastante fuerza para no caerme y hay que ducharme despacito.

Después de ser exhaustivamente enjabonado y enjuagado, me pasan a la cama, donde me secan y me ponen la ropa. En los últimos tiempos, por cierto, acompañado siempre por mis perritos Luffy y Leela, que miran atentos toda la operación como si fueran capataces de obra.

Después de vestirme, viene la fase más delicada de todas: colocarme en la silla. Las fases anteriores son relativamente sencillas y las puede llevar a cabo cualquier persona que tenga algo de fuerza y un poco de cuidado. Pero colocarme bien en la silla es algo que requiere de algunas semanas de entrenamiento para poder hacerlo correctamente.

El asunto es que no voy sentado en la silla sin más, sino que voy encajado en un asiento moldeado termoplástico que tiene la forma de mi cuerpo. (Antes lo fabricaban cubriéndome todo el tronco de yeso y ahora lo hacen con una pistola láser que me escanea en 3D). No solamente voy delicadamente encajado en este asiento, sino que, además, voy sujeto a él con dos cintas; una más ancha en la zona pectoral y una más estrecha en la cintura. La clave de la colocación

es que hay que conseguir tres cosas a la vez: firmeza en la sujeción, no excesiva restricción de los movimientos (especialmente del brazo que utilizo para conducir la silla o para escribir) y comodidad (que no me haga mucho daño en ningún punto). La firmeza es indispensable si tienes una vida activa y no quieres ir descolocándote cada vez que subes un bordillo o bajas de un taxi, no tener los movimientos muy restringidos opera en la misma lógica (no se puede trabajar si la colocación en el asiento te quita demasiada libertad de movimientos) y la comodidad sirve para que puedas estar todo el día fuera de casa si tu actividad lo requiere y eso no implique que te haces una herida por presión en este o en aquel apoyo.

Por eso la colocación lleva un rato, no se aprende a hacer bien el primer día y es una maniobra fina.

Lo bueno del caso es que se trata también de una inversión. Con esto quiero decir que, si se hace bien, permite maximizar mi autonomía durante todo el día y poder llevar una vida lo más normal posible. Si me muevo en la silla o me empiezo a hacer daño, automáticamente necesitaría que un asistente esté presente para recolocarme, limitando así de forma importante mi independencia.

De hecho, este es otro de los principios importantes que subyacen a mi forma personal de afrontar la discapacidad: buscar siempre la máxima autonomía posible.

Por eso, en cuanto pude pedir una hipoteca y dejar de vivir de alquiler, me compré un bajo sin escalones en el portal y, por eso también, me gasté cierto dinero en automatizar la puerta del piso y la puerta de calle: para poder entrar y salir de casa solo, sin ayuda. Piensa que, antes de dar ese paso, solamente podía salir de casa —o llegar— si había alguien para abrirme las puertas y acompañarme en el ascensor.

Por eso (para maximizar mi autonomía), jamás llevo tampoco abrigos de quita y pon en invierno, como cazadoras o chaquetas. Porque eso requeriría, para cada trayecto, que hubiese una persona en origen para ponerme el abrigo y otra en destino para quitármelo. Y que supieran hacerlo bien. En invierno, llevo exactamente la misma ropa desde que salgo de casa por la mañana hasta que

vuelvo por la noche. Exactamente la misma ropa en exteriores que en interiores.

A lo largo de mi vida he descubierto que, si quería estudiar una carrera universitaria, tener un trabajo o disfrutar del ocio en condiciones medianamente sobrellevables, me tocaba empujar al máximo mi autonomía y las tareas que era capaz de desarrollar yo solo mediante la búsqueda e implementación permanente de todo tipo de trucos.

No me quejo de lo conseguido, pero tampoco te voy a mentir. Evidentemente, todo me ha costado mucho más que a cualquier persona en condiciones socioeconómicas similares a las mías y, a pesar de darle muchísimas vueltas a la cabeza, hay muchas tareas que sencillamente son imposibles para mí hacer o que me cuestan bastante más tiempo que a ti hacerlas.

Para levantarme, ir al baño, ducharme, vestirme y estar listo para salir, necesito de un asistente que me ayude. Para escribir en el ordenador o en la tablet, tengo que usar un ratón y el teclado en pantalla o las funciones de dictado (que, por suerte, cada día van mejor). Si me pica la nariz o la cabeza, no me puedo rascar. Para comer, tengo que montar complejas estrategias con una mesa portátil (y artesanal) que se ensambla en la silla y que me permite por lo menos llevarme la comida yo mismo a la boca. No puedo quitarme o ponerme una chaqueta, no puedo encenderme un cigarrillo, no puedo levantar un vaso de agua, no puedo cambiar de posición yo solo en la cama y lo del sexo vamos a dejarlo para otra ocasión, que tampoco has pagado tanto por este libro.

Si he podido estudiar una carrera universitaria, sacarme un doctorado y llegar a ser científico del CSIC con estos niveles de discapacidad ha sido en buena medida porque he desarrollado una estrategia vital enormemente pragmática —«si un problema tiene solución, ¿de qué te preocupas? y, si no tiene solución, ¿de qué te preocupas?»— y también porque he echado a la parrilla la suficiente cantidad de esfuerzo cuando hubo que echarlo.

Pero no solo.

No quiero que te quedes con la típica historia del «ejemplo de

superación» al leer estas líneas porque me he enfrentado muchas veces a ese relato y creo que es mayormente falaz y —sobre todo— peligroso.

¿Yo me tuve que esforzar mucho más que otras personas para poder estudiar y para poder trabajar? Sí. ¿Es el esfuerzo una condición muy importante para poder salir adelante en la vida? Sí, esforzarse es muy importante. ¿Esforzarse es una garantía de que vas a salir adelante en la vida? No.

Millones de personas con discapacidad se esfuerzan mucho y aún así no lo consiguen. ¿Por qué? Pues porque hacen falta muchas cosas más para lograrlo: vivir en un país del primer mundo, tener cierta posición socioeconómica, tener bastante suerte y —lo más importante de todo— tener una familia que te apoye (muchas veces a costa de notables sacrificios). No solamente el esfuerzo individual.

La cuenta es sencilla. Una persona con un nivel de dependencia como el mío necesitaría al menos dos asistentes a jornada completa para poder llevar una vida activa y no tener que depender de la asistencia de la familia. Incluyendo cotizaciones sociales y pagas extras y asumiendo que se contrata por el salario mínimo interprofesional, la familia tendría que desembolsar aproximadamente 3.000 euros al mes para tener las necesidades correctamente cubiertas. (Y eso sin contar el gasto en la silla de ruedas eléctrica, en el asiento moldeado, en la silla de ducha y en todas las demás adaptaciones). Como la ley de dependencia te da alrededor de 300 euros al mes —diez veces menos de lo que hace falta—, la pregunta es obligada: ¿a qué familia «le sobran» 2.700 al mes? Prácticamente a ninguna.

Voy a ponerlo en pocas palabras para que se entienda todavía mejor: ninguna familia con un gran dependiente en su seno que no pertenezca a la clase alta puede pagar sus necesidades de asistencia y, por tanto, todas las familias con un gran dependiente en su seno que no pertenezcan a la clase alta no tienen más remedio que asumir —en mayor o menor medida— su asistencia.

En parte por esto, el relato típico del «ejemplo de superación» es falaz. Claro que yo me he esforzado mucho para superar las barreras que me he encontrado, pero la asistencia primero de mi

madre y después de mi mujer han sido tanto o más importantes que mi esfuerzo para llegar hasta donde he llegado. Desde luego, sin su ayuda, no habría llegado a ningún sitio.

Contarle a la gente que Pablo Echenique ha llegado tan lejos porque se ha esforzado mucho es un 10% verdad y un 90% mentira y es peligroso por varios motivos.

Para empezar, porque eso es tanto como decir que los que no han conseguido lo mismo son unos vagos. La consecuencia lógica de la máxima de taza de Mr. Wonderful de que «si te esfuerzas, lo consigues» es que «si no lo has conseguido, es porque no te has esforzado». Créeme. Hasta se puede escribir la implicación en notación de lógica matemática: $p \rightarrow q \Leftrightarrow \neg q \rightarrow \neg p$.

Evidentemente, las dos afirmaciones son mentira, y especialmente la premisa. Por supuesto que existen millones de personas con discapacidad que, a pesar de esforzarse más que nadie, no consiguen lo que se proponen. ¿Por qué? Pues por la discriminación económica bestial que ya he cuantificado y la injusta desigualdad de oportunidades que eso genera (por cierto, para las personas con discapacidad y también para las cuidadoras, que casi siempre son mujeres).

Por eso, yo no soy ningún ejemplo. Más bien soy la excepción que confirma la regla de que es enormemente difícil salir adelante en esta sociedad cuando se tiene un alto nivel de dependencia.

Además, si vendemos la falacia de que las soluciones para tener una vida digna, feliz y completa son puramente individuales —trabajar mucho, esforzarse mucho—, entonces no solamente estamos humillando a las personas con discapacidad (y sin ella) que se han esforzado un montón pero no han conseguido levantar cabeza; también estamos cerrando los ojos ante las verdaderas causas de la precariedad y la exclusión, que no son individuales sino sistémicas. Y cuando se yerra con las causas, se yerra con las soluciones.

CAPÍTULO 5

LA MAQUINITA ENTRE OREJA Y OREJA

Cuenta mi madre que durante esos dos años que vivimos brevemente en España cuando yo era pequeño, un buen día en el piso del barrio de la Romareda y con tan solo tres añitos, aprendí a leer.

Según relata con maternal orgullo, le empecé a preguntar por la mañana cómo funcionaba eso de poner juntas las diferentes letras del alfabeto (las cuales yo ya conocía) y ella me explicó, entonces, que había vocales y consonantes y que, con ellas, se formaban sílabas. Así, cuando poníamos una vocal después de una consonante, como en 'pa', lo que ocurría es que se juntaba el sonido de la 'p' con el sonido de la 'a' y sonaba, ¡pa!.

Con esta pauta básica en la cabeza, me pasé el día buscando por toda la casa textos que se pudieran desentrañar y recitar en voz alta mientras mi madre me iba ayudando a medida que iba descubriendo nuevas reglas y me iba corrigiendo los errores.

Cuando mi padre volvió a casa del trabajo al final de la tarde, mi madre le dijo:

—Quique, el chico sabe leer.

A lo que mi padre, lógicamente, respondió:

—Me estás tomando el pelo.

Entonces mi madre me dio un folleto de publicidad que nos habían metido en el buzón y me puse a leerlo, laboriosa pero innegablemente, mientras mi padre ponía los ojos como platos.

No recuerdo ese episodio de forma directa, pero, desde luego, llevo

devorando libros desde que tengo memoria. Con muy pocos añitos ya pasaba a toda velocidad las páginas de cómics como Mafalda, de largas novelas juveniles como La Historia Interminable o Momo, pero también de obras para adultos, como El Señor de los Anillos, las historias de terror de Stephen King, las de espías de Frederick Forsyth o la ciencia ficción de Asimov, Arthur C. Clarke y Bradbury. Durante mi juventud y mi edad adulta, seguí siendo un lector voraz y es difícil encontrar hoy géneros o autores relevantes a los que no me haya acercado alguna vez. Hasta que me metí en Podemos y mi tiempo dejó de ser mío, mi promedio de lectura andaba en uno o dos libros por semana.

También recuerdo dibujar —siendo muy pequeño— detalladísimos «monstruos» con libérrimas combinaciones de órganos y apéndices (eran quimeras, en realidad, si bien yo no era consciente) o complejísimas máquinas como esas que salen en algún capítulo de Tom y Jerry, en las que un movimiento inicial va generando precisas consecuencias en cadena en las que participan todo tipo de artilugios y que, por algún motivo, son capaces de activar en nosotros una especie muy concreta —y posiblemente primitiva— de felicidad cinética, quizás emparentada con la que se siente al visionar los bailes de Singing in the Rain. Llené cuadernos y cuadernos con esos intrincados dibujos, algunos de los cuales mi madre todavía conserva.

En el ámbito del pensamiento lógico, con tan solo seis años aprendí a programar. Primero en el pseudolenguaje pedagógico conocido como Logo y, más tarde, en Basic y en dBase III (un lenguaje asociado a las primeras bases de datos de uso personal). Siendo aún un niño, llegué incluso a programar un rudimentario videojuego en el Spectrum 48K que me había regalado mi tío en uno de los viajes a España: un intrépido coche que tenía que recoger un montón de corazones en un laberinto hecho de neumáticos.

Monstruos imaginados y dibujados cuando era niño.

A raíz de todas estas inquietudes y habilidades mis padres

decidieron hacerme un test de inteligencia. Saqué 150 de coeficiente intelectual y me pusieron la etiqueta de «superdotado». Algo peligrosísimo para un niño.

De hecho, cuando estaba en 1.° de primaria en Argentina, me quisieron pasar a 2.° porque ya me lo sabía todo y me aburría en clase. Por suerte, dije que ni hablar. Que por supuesto que yo me quedaba con mis amigos en 1.°. Lo que realmente demuestra que era listo de verdad, más allá de dudosos tests. Multiplicar rápido a los seis años no es inteligencia; tener una lista de prioridades vitales correcta sí lo es.

A pesar del shock educativo cuando emigré a España, rápidamente empecé a sacar buenas notas de nuevo.

En 8.° de EGB, acababa los exámenes mucho antes que los demás y dedicaba el tiempo sobrante a cantarle las respuestas a mi amigo David. Nunca nos pillaron, pero sí recuerdo un día en el que cierta profesora, cuando estaba recitando las notas que habíamos sacado cada uno, al llegar a David y encontrarse con un nueve en una asignatura en la que mi amigo normalmente tenía problemas para aprobar, le dijo «se te ha aparecido la virgen» mientras me miraba fijamente a mí.

Al acabar la primaria, la cosa siguió siendo más o menos parecida.

El último año incluso llegué a ganar la Olimpiada de Física de Aragón sin prepararla. Recuerdo que fui al aula magna de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza (la que luego sería mi facultad), hice el examen tranquilamente lo mejor que pude y, al cabo de unos días, me llegó a casa una invitación a la entrega de premios que decía que había quedado entre los veinte primeros pero sin especificar exactamente en qué puesto. Una vez allí en la ceremonia, empezaron a leer los nombres de los premiados del vigésimo al primero y, cuando llegaron al segundo y no era yo, comprendí que había ganado. Además de recibir un premio económico y un equipo de música a título personal, mi instituto recibió también varios ordenadores gracias a mi victoria.

A partir de ese momento, la profesora de física me empezó a hacer la pelota en clase —hasta niveles sonrojantes— y la verdad es que

me pareció bastante mal. Yo no estudiaba prácticamente nada, hacía pirola todos los días y ese mismo año, además de la Olimpiada de Física de Aragón, gané el torneo de guiñote del instituto (gracias a mi intenso entrenamiento en el bar de enfrente) y quedé segundo en el de poesía con un poema que había escrito mientras veía un partido de fútbol y utilizando —deliberadamente — lenguaje muy alambicado, con falsa apariencia de intelectualidad y ningún significado whatsoever.

Que los profesores me prefirieran a mí porque sacaba nueves y dieces frente a compañeros y compañeras que sí se esforzaban de verdad me parecía, además de injusto, un fallo de criterio que ningún docente debería cometer.

CONFIDENCIAS INDUSTRIALES

León cabalgando adusto

sobre nubes sin delantal,

desengranando los lustros

con despecho capital.

Bajo flores

que no lloran,

los colores

del placer,

con amores

que no moran,

sin sabores

al nacer.

Al contemplar con desgana,

cual semilla bermellón,

la valentía espartana

de su capciosa ilusión,

deja muertos

con hastío

esos huertos

ya sin sol.

Dos aciertos.

Desvarío.

Dos entuertos

de etanol.

Comprende que añora días

en que fuentes de satén

eran magras correrías

no plasmadas en papel.

Quizás crea

con atino:

«La marea

subirá».

La librea

de su sino,

quien la vea

zarpará.

Zaragoza, febrero de 1997

Al cabo de unos meses, los tres primeros clasificados de la Olimpiada de Física de Aragón nos fuimos a competir a la de toda España, que ese año se celebró en Logroño.

Además de recibir una útil cura de humildad al ser superado por unas cuantas personas en dicho torneo y dejar de ser, por primera vez en mi vida, el más listo de la clase, la estancia en Logroño me sirvió para conocer a mi amigo Guillermo, que había quedado tercero de Aragón.

Yo tenía decidido, por aquel entonces, estudiar Ingeniería de Telecomunicaciones después del instituto. Básicamente, porque era una carrera con mucho prestigio, porque tenía la nota de corte más alta de todas (más de ocho) y, sobre todo, porque nadie tiene ni idea cuando está en el último año del instituto cómo es o deja de ser esta carrera o la de más allá y casi todos elegimos dar ese paso tan importante en la vida mediante una arriesgada combinación de intuición y de azar.

Por suerte para mí (valga la redundancia), el azar operó fuertemente en mi caso y conocí a Guillermo en Logroño. Guillermo lo tenía clarísimo y eran tan elocuentes sus argumentos que me hizo cambiar de opinión.

A pesar de tener un promedio de alrededor de nueve entre el instituto y la selectividad, solo apunté una carrera con nota de corte cinco en aquella papeleta rosa: Física. Posiblemente una de las decisiones más acertadas que he tomado jamás y por la que estaré agradecido a Guillermo toda la vida.

Cuando empecé la carrera, sin embargo, mi relación con los estudios cambió definitivamente.

El primer año, seguí con mi ritmo de salir por la noche y estudiar lo justo, asumiendo que la maquinita que tengo entre oreja y oreja me iba a sacar, como siempre, del aprieto. Pero esta vez ya no funcionó. Rápidamente descubrí que Física era realmente difícil (en particular, en la Universidad de Zaragoza, donde tiene mucha fama —y prestigio— de serlo) y tuve mi primer y doloroso batacazo académico. De las cuatro asignaturas que había en primero de carrera, suspendí dos (Álgebra y Análisis) y me las llevé para septiembre. Ya no podía vivir más de las rentas.

Como consecuencia de la debacle, no me quedó más remedio que ponerme las pilas y aumenté significativamente mi intensidad de trabajo hasta que las aguas volvieron a su cauce. En segundo, ya saqué tres matrículas de honor de cuatro asignaturas y conseguí acabar los cinco años de licenciatura con un promedio superior a sobresaliente. Pero, ahora sí, estudiando. No miento si digo que fue en ese verano entre primero y segundo de carrera —y no antes— cuando encontré en mi interior la capacidad de trabajo que tan útil me sería durante el resto de mi vida.

También en mi época universitaria es cuando se produce la explosión definitiva de mi interés por los idiomas. No solamente obtuve el certificado Proficiency de Cambridge por aquellos años. También empecé alemán (llegando hasta 5.° en el Instituto de Idiomas de la universidad), francés (hasta 3.°) e incluso chino mandarín y árabe (que tuve que dejar en 2.° porque me quitaban demasiado tiempo).

Me encanta estudiar idiomas y he de reconocer que soy un poco friki de la lingüística. Pero tengo que confesarte también que los cursos de idiomas tenían un atractivo adicional muy importante para mí en aquella época: descubrí que eran espacios especialmente propicios para (intentar) ligar.

Quien niegue que, a esa edad, una buena parte de los esfuerzos y los ciclos de CPU de la mayoría de los humanos persiguen prioritariamente ese objetivo, sencillamente miente.

Volviendo a la carrera y a pesar de mi atragantamiento inicial con las matemáticas, acabé enamorándome de ellas y eligiendo el itinerario con más alto contenido en las mismas: la rama de la física

más teórica; la de la mecánica cuántica, la relatividad general de Einstein y las partículas elementales.

Quizás no lo sepas, pero es imposible estudiar y entender la física al más alto nivel sin saber matemáticas a un nivel similarmente alto. Y esto es así porque la física está escrita en lenguaje matemático. Las leyes que determinan cómo funciona el universo a las diferentes escalas no están enunciadas con sustantivos, adjetivos y verbos, sino con variables, operaciones matemáticas y ecuaciones. Yo te puedo explicar la gravitación de Newton o las leyes del electromagnetismo con palabras y quizás podrías llegar a alcanzar una buena comprensión intuitiva de cómo funcionan. Pero, si realmente quieres entenderlas a fondo, tienes que estudiar matemáticas.

Además del lenguaje en el que está escrita la física y la herramienta más potente de sistematización cuantitativa del universo que habitamos, las matemáticas también son apasionantes en sí mismas.

La primera vez que te enfrentas, por ejemplo, a la demostración de un teorema matemático con rigor (en mi caso, en Álgebra de primero de carrera), descubres que la profundidad máxima que pensabas —hasta entonces— que tenía el concepto de certeza no es ni mucho menos la que tiene de verdad. En la vida, hay diferentes razonamientos y argumentaciones que te pueden llevar a creer que algo es cierto con mayores o menores niveles de confianza. La demostración de un teorema matemático es una prueba de certeza órdenes de magnitud superior a las que jamás hayas visto antes.

Esto es algo que te regala estudiar matemáticas y que se aplica a territorios que van más allá de su perímetro, es algo que afecta profundamente a tu forma de ver el mundo a partir de entonces y es algo que creo que —en una época en la que la mentira se ha convertido en un arma política— tiene cierta relevancia más allá del ámbito científico.

Al acabar la carrera, pude acceder a uno de los contratos predoctorales más prestigiosos: el FPU.

A pesar de haber estudiado la rama más teórica de la física en la

licenciatura, a la hora de elegir el tema de mi tesis doctoral, no me decanto por las opciones de investigación clásicas (partículas elementales, física matemática, astrofísica, computación cuántica, etc.), sino que cambio radicalmente de camino y me decido a estudiar —utilizando los potentes métodos de la física— uno de los problemas centrales de la biología molecular: el problema del plegamiento de las proteínas.

Además de mi natural falta de aversión al riesgo, hay dos claves fundamentales detrás de esta importante decisión. Por un lado, la audacia del profesor José Luis Alonso, mi director de tesis. Un reputado físico teórico que se da cuenta de que se está abriendo un nuevo campo de colaboración entre la física y la biología molecular y que decide hacer algo que pocos científicos con su trayectoria se atreven a hacer: reciclarse en un tema nuevo e innovar. Por otro lado, me empuja el convencimiento de que, en los diferentes campos de la física teórica, todo lo difícil se hizo ya hace cien años, lo muy difícil hace cincuenta y lo muy, muy difícil… está hecho también. Para hacer un avance sustancial en física teórica en el siglo XXI hay que ser —básicamente— un genio o contar con uno de los mejores equipos en uno de los mejores centros del mundo... o las dos cosas. Sin embargo, en la biología molecular está casi todo aún por resolver.

En particular, el problema del plegamiento de las proteínas. (O, al menos, estaba por resolverse cuando yo empecé mi tesis en 2002. Me consta que, en los últimos años, ha habido avances importantes, aunque no he podido estudiarlos a fondo por razones obvias).

Como comenté en el capítulo anterior, las proteínas son las macromoléculas biológicas que llevan a cabo la mayor parte de las tareas bioquímicas cruciales para los seres vivos. Pues bien, a la hora de realizar cada una de sus tareas (y también para que los investigadores podamos entender su funcionamiento y los posibles fallos), es determinante la forma detallada de cada una de ellas; es decir, su estructura tridimensional. Conocerla en cada caso es crucial porque, para empezar y refiriéndome solamente al campo de la medicina, casi todas las enfermedades no exógenas (como la AME) se deben al mal funcionamiento (o ausencia, o escasez, o exceso) de una proteína, y las proteínas son, además y precisamente

por ello, el target —el objetivo— preferido para el diseño de fármacos (pequeñas moléculas típicamente diseñadas para pegarse en un punto muy concreto de una proteína y alterar así su comportamiento).

¿Y cómo alcanzan las diferentes proteínas esta precisa estructura tridimensional que es tan importante? Mediante el proceso de plegamiento.

Como ya vimos, cada proteína es inicialmente sintetizada en los ribosomas como una cadena lineal de aminoácidos de veinte tipos distintos; como un «collar». Una vez sintetizada de este modo, la proteína en cuestión es capaz en muchas ocasiones de plegarse sobre sí misma sin ayuda de ninguna otra maquinaria celular y de pasar de una configuración extendida a una conformación extremadamente estable y compacta con aspecto de ovillo. La estructura tridimensional antes referida y que se denomina estructura nativa.

Para conocerla, los científicos han desarrollado complejísimos métodos experimentales —como la cristalografía de rayos X o la resonancia magnética nuclear— que permiten (en cierto modo) ver esta estructura. El problema de hacerlo así es, por un lado, que hablamos de técnicas muy caras y que llevan mucho tiempo y, por el otro, que no todas las proteínas «se dejan» preparar en las condiciones experimentales que estas técnicas requieren.

Es por ello por lo que la humanidad se lanzó a explorar otras vías para encontrar la estructura nativa.

Una de ellas (y la que fue objeto de mi tesis doctoral) parte de la base de que, por muy grandes que sean, las proteínas no dejan de ser moléculas formadas por electrones, protones y neutrones y —como tales (como todo)— cumplen las leyes de la física. En particular, el plegamiento que lleva a la estructura nativa es un proceso físico. De una enorme complejidad, sin duda, pero un proceso físico en definitiva que tiene que cumplir las ecuaciones de la mecánica cuántica no relativista. Hay que añadir, además, que, aunque aún no conocemos la estructura nativa de muchísimas proteínas, sí conocemos la secuencia de aminoácidos de todas, puesto que esta secuencia es una traducción más o menos directa de

la información genética (como vimos en el capítulo anterior) y el genoma humano ya lo hemos secuenciado por completo.

Así, el problema teórico queda perfectamente planteado: usted dígame la secuencia de aminoácidos de su proteína y yo encuentro la estructura nativa resolviendo las ecuaciones de la física.

La dificultad técnica, sin embargo, es colosal. Para dos electrones o más —y una proteína promedio tiene miles—, estas ecuaciones ya no se pueden resolver con papel y lápiz y se requiere de superordenadores y del diseño de aproximaciones matemáticas y computacionales muy sofisticadas e inteligentes para poder extraer de ellas la información buscada.

En esta aventura me embarqué al acabar la carrera y, a los cuatro años, defendí en tiempo y forma —y en inglés— mi tesis doctoral, titulada A bottom-up physical approach from small peptides to proteins. Methods and ab initio potentials, obteniendo la máxima calificación posible: sobresaliente cum laude.

Aunque yo ya sabía que mi tesis era buena (porque tu director de tesis no autoriza su defensa si no tiene esa garantía), es imposible no ponerse nervioso cuando te subes a la tarima para que un jurado de científicos —con presencia internacional en mi caso además— juzgue tu trabajo de cuatro años en lo que constituye un momento decisivo en la trayectoria de cualquier investigador. Afortunadamente, iba bien armado con dos técnicas mentales para controlar los nervios. Un colega me había recomendado que me aprendiese el primer minuto de la exposición de memoria (porque, después del primer minuto, ya suelen volver las pulsaciones a un nivel normal) y mi amiga Celeste —que no paró de hacerme gestos incalificables desde el fondo de la sala durante toda la defensa— me había recomendado que me imaginara a todos los asistentes desnudos.

Durante mi período de tesis doctoral, además del plegamiento de proteínas, también investigué unos años en el área de las redes complejas.

Estas modernas herramientas estadísticas permiten el abordaje de todo tipo de sistemas; desde redes de transporte de datos a la

evolución de ecosistemas, pasando por la propagación de epidemias… casualmente.

Quién me iba a decir que iba a necesitar esos conocimientos casi dos décadas después.

Cuando estalló la pandemia de la COVID-19 en España, en marzo de 2020, me puse en contacto con un buen amigo y colaborador de aquella época para pedirle consejo. Como yo sospechaba, su propio grupo de investigación —uno de los mejores del mundo en la materia— llevaba haciendo simulaciones computacionales desde que el virus apareció en Wuhan a finales de 2019.

Las predicciones que me trasladó mi amigo me dejaron absolutamente helado. Si no se implementaba un confinamiento total de la población, colapsarían sin remedio los hospitales y morirían cientos de miles de personas.

Preocupadísimo, le pasé los datos a Pablo Iglesias para que se los hiciera llegar al presidente Sánchez y para que nuestros ministerios insistieran —durante los complicados debates que tuvieron lugar en aquellos durísimos días— que solo había una decisión que podía tomar el Consejo de Ministros. Que España no tenía, de hecho, otra opción.

Defensa de la tesis (2006).

Ya doctor y volviendo a 2006, continué mi carrera científica en el Instituto de Biocomputación y Física de los Sistemas Complejos (el BIFI) de la Universidad de Zaragoza.

Aunque es habitual en la fase posdoctoral trabajar en el extranjero, en mi caso era completamente imposible. Me tendría que haber llevado a mi madre o haber pedido un crédito gigantesco para pagar la asistencia personal. Por eso me quedé en casa y proseguí mis investigaciones, haciendo cálculos de química cuántica en pequeños péptidos con superordenadores e intentando dilucidar cómo integrar esa información eficazmente en campos de fuerza clásicos para poder simular el plegamiento de las proteínas.

En 2009 —con 31 años—, aprobé las duras oposiciones a científico titular del CSIC y me adscribí al Instituto de Química Física Rocasolano, que, aunque se sitúa en el campus central del CSIC en la calle Serrano de Madrid, tenía una unidad asociada con el BIFI, lo cual me permitía seguir viviendo en Zaragoza. Exactamente por los mismos motivos económicos que ya comenté, no me podía mudar

entonces a la capital.

Durante esa época de mi carrera científica, empecé también a investigar métodos dinámicos de evolución en el tiempo de las ecuaciones cuánticas de pequeñas moléculas (hasta entonces, mis cálculos en péptidos se habían circunscrito a resolver las ecuaciones estáticas), lo cual me llevó al fenómeno conocido como decoherencia y que es fundamental en el entendimiento del proceso de medida en mecánica cuántica.

¿Y qué es el «proceso de medida»?

Habrás escuchado posiblemente hablar de la «paradoja» del gato de Schrödinger.

Según el relato más ortodoxo —también el más simplista—, tenemos, en primer lugar, la contraintuitiva propiedad de los sistemas cuánticos de no hallarse, en cada instante de tiempo y como ocurre con los objetos de nuestro mundo macroscópico, en un estado bien determinado, sino en una combinación —conocida como superposición— de dos o más estados distintos a la vez. Partiendo de esta base, no es hasta que «medimos» —nos dicen los defensores de la interpretación «cállate y calcula» de la mecánica cuántica— que se da lo que se conoce como colapso de la función de ondas. Entonces el sistema «se decide» por uno de los estados (el que medimos en el aparato de medida) y los demás sencillamente dejan de existir.

El relato continúa y se vuelve ya un poco psicodélico al incluir a un gato.

Según el experimento mental propuesto por Erwin Schrödinger —uno de los fundadores de la mecánica cuántica e inventor de la célebre ecuación que lleva su nombre—, imaginemos ahora que metemos en una caja un trozo muy pequeño de material radiactivo, un detector conectado a un pequeño martillo que rompe un frasco de veneno si detecta una emisión y un pobre gato. Entonces, como el proceso de desintegración radioactiva sigue las reglas cuánticas, al cabo de un cierto tiempo, el estado del material será una combinación de «un átomo desintegrado» con un 50% de probabilidad y «ningún átomo desintegrado» con otro 50% de

probabilidad y, si no abrimos la caja —si no medimos—, el sistema no «se decidirá» por uno de ellos, sino que se hallará en una combinación lineal de ambos. Mutatis mutandis, hasta que que no abramos la caja, el detector y el martillo se encontrarán en una combinación de «activado» y «desactivado», el frasco de veneno en una combinación de «roto» e «intacto» y el gato en una combinación de «vivo» y «muerto». Es decir, el gato no está ni muerto ni vivo hasta que abrimos la caja, sino que se encuentra en una especie de combinación de ambos estados a la vez.

¿Lo has entendido? No te preocupes. Los que cuentan esta historia tampoco lo entienden. Este cuento del gato que repiten muchas personas —incluidos muchos físicos—, no sé yo si para generar un extrañamiento casi religioso acerca de la mecánica cuántica o para que parezca que conocen misterios del universo que tú —simple mortal— jamás llegarás a entender, es, para mí, una auténtica bobada.

Cuando aparece Podemos y dejo aparcada temporalmente mi carrera científica, mis investigaciones me habían llevado al estudio de los fundamentos de la mecánica cuántica para poder entender —de verdad y sin necesidad de metáforas psicotrópicas— el «misterioso» proceso de medida. De algún modo, estaba volviendo entonces a los temas iniciales de mi formación como físico teórico.

De la mecánica cuántica a las proteínas y de las proteínas a la mecánica cuántica. Cerrando el círculo.

Aún hoy, ocho años después de dejar en suspenso mi carrera científica, todavía tengo más de 1.600 citas en decenas de publicaciones internacionales y un índice h de 19 (más de 19 artículos con más de 19 citas cada uno).

Amo la ciencia, disfrutaba desempeñando mi profesión como científico y creo que no se me daba mal. Al mismo tiempo, gozaba de una situación económica estable como funcionario de carrera y tenía un buen salario.

Si abandoné temporalmente todo aquello y di un paso al frente fue porque, como dije en uno de los primeros vídeos que me grabé para Podemos allá por 2014, no hacer nada ante el aumento de la

pobreza, de la corrupción y del desmantelamiento de los servicios públicos me parecía una dejación de socorro.

Puede parecer curioso que alguien que tiene la vida más o menos solucionada se meta en un lío así, pero —al contrario— no creo que se trate de un impulso excesivamente extraño. Si miramos los datos del porcentaje de voto por nivel socioeconómico, descubrimos que a Podemos nos vota mucha clase media, aunque pueda parecer paradójico. En realidad, no solo no es ninguna paradoja, sino que, además, es una de las enormes fortalezas con las que cuenta la democracia española. En nuestro país viven millones de personas que no se encuentran en una situación económica difícil y que, sin embargo, se preocupan porque hay compatriotas que sí lo están pasando mal.

Como dijo hace poco Irene Montero en un acto, nuestro programa político (y lo que afortunadamente piensan millones de españoles) es «querer para la gente que no conoces de nada lo mismo que para la gente que más amas: felicidad, dignidad, certidumbre y todos los derechos».

Esto es solidario, es decente, es inteligente y es condición de posibilidad para que un país no se vaya a la mierda.

CAPÍTULO 6

UN IDIOTA POLÍTICO HASTA LA TREINTENA

Mucha maquinita entre oreja y oreja, mucha mecánica cuántica y muchos idiomas, pero fui un completo idiota político hasta los albores de mis treinta años.

La palabra «idiota», del griego idiotés, significaba en el contexto en el que comenzó a ser utilizada —la Grecia clásica— «aquel que se desentiende de los asuntos de la comunidad, bien porque no participa en la política, o bien porque, desinteresado, vela por sus propios intereses». Exactamente esto fui yo durante toda mi juventud y mi no-tan-juventud… bueno, esto y también un poco idiota en la acepción moderna del término. Para qué vamos a engañarnos.

A diferencia de muchos compañeros y compañeras de Podemos, yo no provengo de una tradición política o de una militancia de izquierdas. Cuando vivía en Argentina, escuchaba a mis mayores hablar de política, pero no entendía mucho debido a mi edad y, una vez que migramos, se dio una especie de ruptura en ese tipo de debates en mi familia por el cambio de país.

Ya instalados en España, me ocurrió lo mismo que a muchísima gente joven por aquella época. No se habla mucho de política en casa, no se habla mucho de política en el grupo de amigos y, entonces, no piensas mucho en el tema.

Además, durante la segunda legislatura de Aznar y la primera de Zapatero (donde se debería haber situado mi período de politización juvenil), parecía que se había llegado —por lo menos, en lo económico— a una especie de «fin de la historia» en el que estaríamos insertos en una dinámica de progreso económico perpetuo y en el que las luchas sociales ya no tenían ningún tipo de sentido porque la pobreza se iba a ir reduciendo cada vez más y

todos íbamos a vivir cada vez mejor. Por lo menos, esa era la percepción general en España. Este espíritu de época —este Zeitgeist— hacía que la mayor parte de la gente perdiera interés en la política y se dedicase a sus asuntos privados, familiares, profesionales o de ocio.

Por aquellos años, España era un país comatoso en lo político. Por aquellos años, España estaba llena de idiotas políticos —en el sentido griego de la palabra— y yo no era una excepción.

Y, en este punto, hay que hacer una apreciación muy importante. Cuando alguien se desentiende de la organización de la sociedad —es decir, de la política—, esa persona no se sitúa en un espacio carente de ideología o en un teórico centro equidistante. No. Porque la ideología y los mensajes políticos están por todas partes y es imposible abstraerse por completo de ello. Lo que ocurre cuando alguien no dedica prácticamente nada de tiempo a pensar en política es, sencillamente, que su «sistema inmunitario ideológico» no tiene defensas y acaba —entonces y por ello— absorbiendo la ideología dominante que le llega por los canales de información con más potencia de fuego. El canal más potente siempre es la televisión —aún hoy— y lo era todavía más en esa época de adormecimiento político del país en la que prácticamente no se hablaba de política en casa o en el bar (quizás con la salvedad de Catalunya y Euskadi, donde el conflicto territorial ha mantenido una politización permanente).

Alguien que no se interesa por la política tiene una gran probabilidad de acabar —por tanto— pensando políticamente lo que le dice la televisión. También ahora, pero sobre todo entonces. Y esto no te hace ni más listo ni más tonto. Es la consecuencia lógica del hecho de que, uno, no te interesa el tema, así que no buscas información de calidad ni fuentes alternativas; dos, eso no impide que te llegue el permanente bombardeo de mensajes ideológicos al que todos estamos sometidos; y tres, negar que los humanos somos influenciables es hacernos trampas al solitario y pecar de soberbia.

Esto es exactamente lo que me pasó a mí.

¿Que la televisión dice que Irak tiene armas de destrucción masiva

y que EE. UU. tiene derecho a protegerse preventivamente (además de proteger la democracia, la libertad, el amor, el algodón de azúcar y los memes de gatitos) y, por eso, está justificado iniciar una guerra ilegal y bombardear Bagdad hasta la edad de piedra? Pues a favor de la guerra.

¿Que la televisión dice que la forma más eficaz de que la gente viva bien es reducir los impuestos a todo el mundo —y muy especialmente a los ricos— y hacer el Estado muy pequeñito para que la iniciativa privada se ocupe de casi todos los servicios creando millones de empleos y el paraíso en la Tierra? Pues viva Hayek y el anarcocapitalismo.

¿Que la televisión no para de rajar contra los «malvados nacionalistas catalanes» que quieren al mismo tiempo romper España y las mayores inversiones territorializadas de los Presupuestos Generales del Estado a costa del resto de españoles honestos? Pues nacionalistas catalanes muy malos y mucho malos.

Me cuesta trabajo imaginarme a mí mismo pensando todo eso, pero es un hecho. Lo pensaba.

De hecho —y esto es algo que me recuerdan siempre mis adversarios como si fuera un demérito—, cuando se empieza a despertar en mí tímidamente la inquietud por la política (unos cuantos años antes del 15M), yo no me acerco a un partido de izquierdas. Me acerco a Ciudadanos.

En esa época (la época del cartel electoral con Albert Rivera desnudo tapándose los genitales con las dos manos, la época en la que intentaban empezar a salir de Catalunya), ellos se autodefinían como un partido socialdemócrata. Eran, además, algo «nuevo» —ajeno al bipartidismo— y tenían un sistema bastante innovador de participación política con herramientas online, votaciones entre los afiliados y primarias. Todo esto me atrajo, pero también —por qué no reconocerlo— el intenso antinacionalismo catalán y vasco que profesaban. Para un joven aragonés despolitizado y que recibía el 99% de los mensajes ideológicos a través de las televisiones estatales, estar de acuerdo con eso era casi inevitable.

Y esto es importante entenderlo bien porque no solamente operó en

mí a la hora de acercarme a Ciudadanos por aquel entonces, sino que forma parte de un hecho profundo que es central en la historia política reciente de nuestro país.

Como explica muy bien el periodista Enric Juliana,1 mientras que, en Italia, el eje principal sobre el que se articula la ultraderecha es la inmigración, en España es el antinacionalismo catalán y vasco (que muchas veces se pasa de frenada y se conjuga como aversión/odio directamente a todo lo vasco y a todo lo catalán). En Italia, la mayoría de los poderes mediáticos (y también varias fuerzas políticas) se pasaron décadas neurotizando a los italianos con la inmigración y eso facilitó el surgimiento de la ultraderecha de Salvini —y después de Meloni—, precisamente, en torno a este eje. Los medios (y los partidos que vinieron antes de ellos, muy especialmente el partido de Berlusconi) sembraron y Salvini y Meloni recogieron la cosecha, como sucede siempre. En España, en cambio, la mayoría de los poderes mediáticos (y partidos como el PP, UPyD, etc.) se pasaron décadas neurotizando a los españoles fundamentalmente con el nacionalismo catalán y el nacionalismo vasco. Lo cual explica, mediante el mismo mecanismo, que el antinacionalismo catalán y vasco sea —precisamente— uno de los articuladores fundamentales del pensamiento conservador en España en general y de la ultraderecha en particular.

Evidentemente, el eje migratorio también forma parte del repertorio de la derecha y la ultraderecha patrias. Pero no ha llegado a ser el más potente precisamente porque son muy conscientes del vigoroso sembrado previo de neurotización mediático-política antinacionalista y no han podido resistir la tentación de cosechar un cultivo tan abundante.

Porque hay que decir también —y esto no es ni una opinión ni una queja, sino un hecho— que la composición ideológica de los poderes mediáticos no refleja democráticamente la composición social (si no, ahora habría un 12% de grandes medios afines a Podemos y, en 2015, debería haber habido un 20%). En el ámbito mediático, la derecha y la ultraderecha tienen bastante más que mayoría absoluta —aunque no la tengan en el parlamento—, y eso es lo que explica que los marcos más poderosos de ese lado del tablero político sean enormemente efectivos y consigan muchas

veces condicionar el debate de todo el país, penetrando incluso en sectores supuestamente progresistas. Por eso Javier Lambán o Emiliano García Page no se distinguen de cualquier barón del PP en los ataques a los nacionalistas catalanes y vascos y por eso era difícil distinguir a la Cadena SER de la COPE en los días más calientes del procés allá por 2017. (Por cierto, ocurre lo mismo ahora con el furor bélico y el fervoroso otanismo respecto de la guerra en Ucrania).

La ubicuidad y potencia del marco antinacionalista más allá de las fronteras del espacio conservador en el que nace explica, también, por qué un joven físico aragonés no politizado —por mucho doctorado y mucha maquinita entre oreja y oreja que tenga— se lo come con patatas y perejil.

Y explica, de hecho, una última cosa más: la imposibilidad que ha experimentado Ciudadanos de convertirse en un centro liberal diferenciado de la derecha.

Aunque ellos se reivindiquen como el único partido de ámbito estatal perteneciente a esa tradición política (y, de hecho, demuestren posiciones diferentes a las de la derecha conservadora en materias como las leyes feministas o la eutanasia), la preeminencia del eje antinacionalista vasco y catalán en el lado conservador del tablero, sumado al hecho de que Ciudadanos —Ciutadans— nace en Catalunya precisamente con esa oposicion frontal como ADN primordial, hacen que les haya resultado completamente imposible presentarse ante la ciudadanía como un centro liberal.

En Italia, cualquier partido que sea furibundamente antiinmigración, se reivindique de la tradición política que se reivindique, se va a ver muchas veces defendiendo las tesis de Salvini y Meloni (básicamente, porque, al ser el eje principal del campo derecho, el tema está más tiempo en el primer plano mediático que otros temas), con el hándicap no menor, además, de que nunca va a poder ir tan lejos como Salvini o Meloni en ese discurso. En España —mutatis mutandis—, cualquier partido que sea furibundamente antinacionalista catalán y vasco se va a ver muchas veces defendiendo las tesis de Abascal sin poder llegar nunca tan lejos como él.

Esto es lo que explica la foto de Colón, con Albert Rivera posando junto a la ultraderecha (algo que ningún liberal de ningún otro país de Europa haría) y esto es lo que explica la desaparición de Ciudadanos a manos del PP y de VOX.

Bueno… esto y una cosita más.

Aunque es verdad que la demonización de los nacionalismos catalanes y vascos ha sido el principal vector neurotizador propagado por la mayoría de los poderes mediáticos durante las últimas décadas, en 2014 aparece un nuevo vector de potencia comparable a la de este: la demonización de Podemos. (Y más recientemente, la demonización del feminismo, que tiene mucho que ver). Así como el odio al nacionalismo catalán y vasco es algo idiosincrático de nuestro país, el odio a los «rojos» es algo internacional y ha tomado diferentes formas a lo largo del tiempo y dependiendo del país. La caza de brujas macarthista en EE. UU. —buscando obsesivamente comunistas, incluso en Hollywood— durante la Guerra Fría es un ejemplo que tiene ya más de medio siglo. Más cerca en el tiempo y ya en casa, podemos mencionar la destrucción reputacional de Julio Anguita (recordemos a los guiñoles de Canal Plus presentándolo básicamente como un perturbado), la demonización, incluso en la prensa supuestamente progresista, de los diferentes gobiernos de izquierdas en Latinoamérica o —desde 2014 a esta parte— el odio a Podemos.

De hecho, si el antinacionalismo catalán es el combustible primordial detrás del nacimiento de Ciutadans en Catalunya en 2006, el antipodemismo es el combustible ideológico que propulsa la llamada «operación Rivera» allá por la segunda mitad de 2014; el salto de un poco conocido político catalán a la arena estatal con la inestimable ayuda de todas las televisiones.

En junio de ese año —y apenas un mes después de que Podemos certificase el fin del bipartidismo en las elecciones europeas de mayo—, el presidente del Banco Sabadell, Josep Oliu, ya dijo entre risas en un encuentro con empresarios, «necesitamos una especie de Podemos de derechas».2 Poco después, Albert Rivera empezó a convertirse en un asiduo del AVE Barcelona-Madrid y también de La Sexta noche.

La primera vez que hablé con él en persona fue, de hecho, en la estación de Sants. El día 9 de noviembre de 2014, viajé de Zaragoza a Barcelona para vivir de cerca —y con curiosidad— la primera consulta popular organizada por el independentismo (consulta que, por cierto, Mariano Rajoy decidió no reprimir, a diferencia de la consulta del 1 de octubre de 2017, y que, precisamente por ello, transcurrió en un ambiente festivo y de completa normalidad). Cuando bajé del tren al llegar a la ciudad, me encontré con el entonces líder de Ciudadanos —que volvía a casa tras atender en Madrid a los medios estatales, por aquel entonces enamorados de él — y recuerdo que me reconoció y me dijo:

—La que habéis liado, ¿eh?

A lo que yo respondí:

—Ey, ey. A mí no me mires.

Para entender a fondo cómo funciona la sustitución de Ciudadanos por VOX, es necesario hacer algunos apuntes sobre la naturaleza de la extrema derecha y del odio como combustible político.

En primer lugar y en términos de poder, hay que señalar que la extrema derecha partidista y formalmente democrática (es decir, la que acepta someterse —al menos formalmente— a las reglas del juego democrático) es la última ratio del poder justo antes de la violencia física como forma de gobierno. Esto es, justo antes de la dictadura. O, dicho de otra forma, es la última ratio del poder justo antes de la institucionalización de la tortura y el asesinato como herramienta aceptada del Estado para controlar a la población. Esto puede parecer una afirmación muy atrevida, pero, si pensamos en lo que estaba ocurriendo en Italia y en Alemania justo antes de Mussolini y de Hitler, es fácil comprobar que se trata de una constante histórica. Y esa naturaleza inmediatamente previa a la violencia física permite, además, entender y explicar muy bien muchas de sus características visibles más notables, como su violencia verbal, su actitud matonil, los pectorales henchidos de gimnasio, el fetichismo casi lúbrico por las armas, la participación de históricos neonazis en sus manifestaciones y estructuras de partido o la proliferación de atentados terroristas de extrema derecha que estamos empezando a ver a lo largo del mundo

desarrollado —muy especialmente en Estados Unidos— y que constituye la principal amenaza a la seguridad nacional en los países modernos.

La palabra clave es violencia.

Y, si esto es lo que significa la extrema derecha en términos de poder, en términos de discurso lo que la caracteriza es el odio.

Así, la extrema derecha señala una serie de enemigos a los que habría que odiar muy fuerte y percute sobre ello. Podemos incluir en la lista sin temor a equivocarnos a los nacionalistas vascos y catalanes, a las feministas, a las personas migrantes, a las personas LGTBI o a los «rojos».

El odio es un sentimiento político que despliega varias funcionalidades que son muy útiles para el avance de la extrema derecha. El odio justifica la violencia si, en algún momento, hubiera que pasar a la siguiente fase. El odio permite a la extrema derecha partidista no tener un programa electoral excesivamente elaborado y, por tanto, no tener que posicionarse sobre la mayoría de los temas. El odio es un sentimiento que implica automáticamente sentirse por encima del colectivo odiado, algo que mantiene calentito el ego de tus votantes y te da ventaja electoral. Y, por último, el odio es una herramienta muy eficaz para dividir en un montón de partes al 99% y exonerar al 1% más privilegiado de su responsabilidad en el destrozo del Estado del bienestar y en la generación de desigualdad económica y pobreza. Si la causa de todos tus males es tu vecino nigeriano, entonces Ana Patricia Botín y la concentración del sector bancario no tienen nada que ver. Si la causa de todos tus males es tu vecina feminista, entonces no pasa nada por que Ignacio Sánchez Galán gane 35.000 € al día mientras te cruje con la factura de la luz. Si la causa de todos tus males es tu primo de Podemos, entonces no es relevante que Florentino Pérez tenga periodistas colocados en casi todos los medios de comunicación. El odio sirve para poner a pelear al penúltimo contra el último de la sociedad, al tiempo que garantiza la impunidad para los multimillonarios que viven en la parte alta de la cadena alimentaria. Porque el odio que utiliza la extrema derecha nunca funciona en vertical; siempre funciona en horizontal.

En términos de poder, la última ratio antes de la violencia física como forma de gobierno. En términos de discurso, el odio como elemento fundamental. Pero ¿cuál es la naturaleza social de la extrema derecha? ¿Cuál es su estructura?

Lo que hay que decir categóricamente es que la extrema derecha no es solamente VOX. Pensar que la extrema derecha empieza y acaba en VOX es un grave error de análisis. Como en el caso de cualquier otra tendencia política, la extrema derecha es mucho más que un partido. Es una corriente social de opinión y acción que se inserta y se infiltra en todos los estamentos de la sociedad, teniéndolo —obviamente— mucho más fácil en aquellos estamentos que defienden, por su propia naturaleza, el statu quo, esto es, la estructura actual del poder realmente existente.

Es evidente que las ideas de la extrema derecha operan en una cierta parte del estamento judicial (una idea, por cierto, que no debería escandalizar a nadie cuando VOX ha llegado a obtener más del 10% de los votos en las elecciones, ¿o es que sus señorías no son ciudadanos que votan?). Algo de eso vemos, también, cuando ciertos policías de servicio toleran —incluso cuidan— manifestaciones explícitamente neonazis, al tiempo que dan palos en Vallekas a la gente que se manifiesta por la sanidad pública. Y no podemos olvidar tampoco a esos militares retirados que fantaseaban en un chat con «fusilar a 26 millones de españoles» y que luego la portavoz de VOX Macarena Olona reivindicó desde la tribuna del Congreso de los Diputados como «los nuestros».

Por supuesto, la corriente de pensamiento y acción que supone la extrema derecha también tiene muy fácil insertarse en partidos que alguna vez, quizás, pudieran haber sido meramente conservadores. Isabel Díaz Ayuso gritando «comunismo o libertad» en la campaña electoral de Madrid es un ejemplo. Pero también lo es Alberto Núñez Feijóo sugiriendo que el presidente de Gobierno podría estar pensando en llevar a cabo un fraude electoral en las próximas elecciones; siguiendo el mismo argumentario con el que Donald Trump provocó el asalto al Capitolio en el que una turba de extrema derecha intentó dar un golpe de Estado y varios agentes de policía fueron asesinados. O su desprecio más absoluto por las reglas del juego democrático cuando mantiene secuestrado durante

casi cuatro años y en pleno desacato de la Constitución el Consejo General del Poder Judicial. La prueba de que la extrema derecha —entendida como corriente de pensamiento y acción— va mucho más allá de VOX es, precisamente, que hunde sus garras de forma clara y profunda también en el PP.

Pero el estamento social en el que se manejan más habitualmente ideas de extrema derecha y que tiene una mayor influencia en su crecimiento es, sin duda, el de los medios de comunicación.

Y aquí hay que hacer una distinción muy importante. Hay muy pocos medios que se revelen como explícitamente de extrema derecha en términos partidarios, es decir, que viertan directamente piropos a los líderes de VOX o casi te pidan el voto. El panfleto de Eduardo Inda o la radio de Federico Jiménez Losantos son dos ejemplos bastante claros pero que no dejan de ser minoritarios en el conjunto del ecosistema mediático. Que un medio se muestre explícitamente de extrema derecha no es ni lo más habitual ni lo más eficaz.

Lo que verdaderamente funciona es ir vertiendo ideas de extrema derecha en las tertulias, en los telediarios, en los programas, desde perfiles que no sean fáciles de adscribir automáticamente a dicha corriente, durante años, incluso durante décadas, como una gota malaya, día tras día, a todas horas. Cataluña nos chantajea, los catalanes prohíben que se hable español en Barcelona, hay una terrible invasión migratoria, no tenemos recursos para acogerlos a todos, muchas mujeres hacen denuncias falsas, un niño crece mucho más sano si sus padres son un hombre y una mujer, si gobiernan los rojos van a convertir España en Venezuela, etc. Entonces, cuando el campo social está bien sembrado de ideas de extrema derecha, la situación está lista para que aparezca un partido o una persona sin escrúpulos y coseche los frutos electorales.

Ahora hay mucha gente, especialmente gente progresista, preguntándose preocupada por qué tiene tanta fuerza VOX, cuáles son los mecanismos mediante los cuales consigue implantación electoral o qué hacer para combatirlos de forma eficaz. Desde mi punto de vista, estas preguntas y estas preocupaciones están completamente desenfocadas precisamente porque asumen que la extrema derecha es VOX. Si uno no parte de la base de que la

extrema derecha —la reacción— es algo muchísimo más amplio y que tiene que ver en buena medida —pero no solo— con los mensajes que se emiten desde demasiados medios de comunicación, es imposible llevar a cabo ningún análisis medianamente acertado… y no digamos ya una estrategia eficaz. Si tú que me lees estás interesado en frenar la ola reaccionaria, está bien que pienses un ratito en VOX, pero que eso no te distraiga de pensar también en Ayuso, en la operativa de algunos jueces o en Eduardo Inda o Ana Rosa Quintana.

Si entendemos el mecanismo de avance de la reacción, resulta también bastante fácil explicar lo que le ha pasado a Ciudadanos. Primero montado en el odio antinacionalistas catalanes y vascos y, a partir de 2014, montado también en el odio antirrojos, el partido naranja fue el primero en cosechar la siembra. Y, mientras la cosechaba, la amplificaba. Es decir, mientras la cosechaba, sembraba más. El drama es cuando aparece otro partido que tiene un tractor mucho más grande y muchos menos complejos para utilizar la azada.

Pero todo esto yo no lo sabía cuando me acerqué a Ciudadanos. No sabía que algún día llegaría a conocer a Albert Rivera e incluso a compartir hemiciclo con él desde bancadas opuestas. Y no sabía —por supuesto tampoco— cuál iba a ser la secuencia de eventos que iban a conducir, primero, a su auge y, después, a su desaparición... construyendo en el camino una pista de aterrizaje para VOX.

Desde luego, no lo sabía cuando cuatro militantes muy majos de Ciudadanos Aragón me bajaban a pulso —con silla y todo— las escaleras de entrada de aquel bar en el paseo Pamplona de Zaragoza donde íbamos a tener una reunión para preparar las elecciones generales de marzo de 2008, no lo sabía cuando fui apoderado de Ciudadanos en esas elecciones en el colegio electoral situado en el instituto donde hice la secundaria, y no lo sabía tampoco durante el año y dieciocho días que estuve afiliado al partido.

CERTIFICADO DE AFILIACIÓN

Mediante este escrito se certifica que **Don PABLO ECHENIQUE ROBBA** ha militado en Ciudadanos - Partido de la Ciudadanía desde el 4 de junio de 2008 hasta el día 22 de junio de 2009, día en el que se cursó su baja de afiliación.

Firmado :

COMITÉ EJECUTIVO

Ciudadanos

Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía

Secretaría del Comité Ejecutivo

CIF: 84283310

C's

Ciudadanos

Certificado de afiliación Ciudadanos.

Este último dato lo conozco con precisión gracias a Susana Gaspar, la que fuera portavoz del grupo parlamentario de Ciudadanos en las Cortes de Aragón durante mi temporada como diputado autonómico y secretario general de Podemos en mi tierra. Un día, cuando se enteró de que yo había estado brevemente en Ciudadanos, nos echamos unas risas y le pedí que me consiguiera el certificado de afiliación, cosa que muy amablemente hizo.

Me llevaba bien con ella y nos respetábamos mutuamente a pesar de las diferencias políticas. Yo tengo muchos defectos, pero también tengo alguna habilidad… y calar a la gente creo que es, modestamente, una de ellas. Por eso, creo que no me equivoco al afirmar que Susana Gaspar —aunque defienda un programa económico que, desde mi punto de vista, hace daño a la capa más humilde de la población— es buena gente.

De hecho, he de decir que me he encontrado con unas cuantas personas así en Ciudadanos a lo largo de mi trayectoria en Podemos. Incluyendo algunos diputados actuales del Congreso. A pesar de lo mucho que nos han atacado —y nos siguen atacando—, a pesar de que he llegado a la conclusión de que el neoliberalismo es la mayor fuente de desigualdad y sufrimiento para la gente trabajadora, a pesar de que insisten en echar gasolina al odio antinacionalista catalán y vasco y también al odio antirrojos de forma irresponsable y —desde mi punto de vista— inmoral, no me duelen prendas en reconocer que, en Ciudadanos, hay algunas personas que creen sinceramente que lo que están haciendo es beneficioso para el bien común (aunque yo piense que eso es falso, ellos lo creen).

En realidad, no estoy diciendo nada sorprendente. Por un lado, todos tenemos amigos y familiares que votan lo contrario que nosotros y que sabemos con certeza que son buena gente. Es verdad que no es lo mismo ser votante que dirigente (en el segundo caso, se tiene bastante más información), pero nuestra experiencia cotidiana no va del todo desencaminada. Por el otro lado —y como quedará abundantemente claro en este libro—, es igual de obvio que se puede encontrar una lista no pequeña de malos bichos que votan lo mismo que uno o incluso militan en el mismo partido.

Quizás porque yo fui un idiota político —en el sentido griego de la palabra— hasta los albores de la treintena, quizás porque dejé que la televisión me convenciera de cosas que hoy considero erróneas —e interesadas— sin oponer gran resistencia, quizás porque estuve ahí ideológicamente, no acostumbro a juzgar con dureza a los que —hoy— piensan distinto a mí.

Y, con esto, no estoy diciendo —obviamente— que los votantes de Ciudadanos sean idiotas políticos. Lo que estoy diciendo es que, cuando yo les votaba, yo lo era. Y también estoy diciendo que la ideología que defiende, hoy en día, Ciudadanos (y también el PP) es muy mayoritaria en los medios de comunicación. ¿Esto significa que todas las personas que profesan esa ideología es porque no les interesa la política y, por tanto, compran acríticamente la ideología mayoritaria? Evidentemente no. Por supuesto que existirán muchas personas que habrán llegado a ese lugar ideológico a través de un

interés genuino y profundo en la organización de la sociedad (sin olvidar tampoco otros importantes factores condicionantes, como la fuerza del grupo, las tradiciones familiares o las propias vivencias personales). Pero, al mismo tiempo, no se puede descartar la posibilidad de que a un buen número de compatriotas —siendo la correlación de fuerzas mediática la que es— les pueda haber ocurrido exactamente lo que me ocurrió a mí y, al no interesarles en exceso la política, hayan comprado el producto que estaba más a mano en la estantería.

Sea como sea, hayan llegado a pensar eso a través de un profundo proceso de reflexión o mediante una compra acrítica de la ideología mediática mayoritaria (como me pasó a mí), yo he llegado a pensar esas cosas y, quizás por eso, me puedo echar unas risas con Susana Gaspar acerca de mi paso por Ciudadanos.

Creo firmemente que están equivocados y que su actividad política hace a nuestro país peor, pero no creo que todos lo hagan a propósito. Como no lo hacía a propósito yo cuando pensaba cosas parecidas.

Otro ejemplo de buena relación personal a los dos lados del parteaguas es la que mantengo con Roberto Bermúdez de Castro, el que fuera portavoz del grupo del PP en las Cortes de Aragón cuando yo era el portavoz de Podemos allí. Roberto vivía cerca de mi casa —en un barrio de gente trabajadora— y fue uno de los primeros adversarios que fue capaz de colocarme un buen puñetazo dialéctico en una época en la que casi todos los puñetazos los dábamos nosotros. Eso me hizo respetarle y establecer una relación cordial con él. Cuando su facción interna pierde el congreso del PP de Aragón, Roberto se va a trabajar con Soraya Sáenz de Santamaría —por aquel entonces, vicepresidenta todopoderosa— y, cuando se activa el artículo 155 de la Constitución y se interviene por primera vez en la historia la Generalitat de Catalunya por parte del Gobierno central, Soraya decide enviar a Roberto a Barcelona como jefe de toda la operación. Durante varios meses, fue de facto el conseller en cap de la Generalitat, con decenas de miles de funcionarios bajo su mando y, aunque vivíamos la época del «a por ellos» y Roberto no era precisamente un perfil administrativo, no dio una sola entrevista durante todos esos meses y tan solo concedió

una —muy breve— a la Cadena SER cuando todo ya había acabado. En esa entrevista, le preguntaron cuál había sido el momento más duro y contestó que cuando tuvo que despedir a decenas de personas que trabajaban en las embajadas en el extranjero que había creado el Govern. Desde las antípodas ideológicas, alguien que hace eso es alguien con el que se puede hablar.

Cruzando de nuevo el parteaguas ideológico, un buen día encomendé a mi jefa de prensa que me consiguiera el teléfono de Bertín Osborne.

Bertín tiene mucho dinero, proviene de una familia aristocrática y es público y notorio que no piensa políticamente como yo en muchos temas importantes. Pero tenía que hablar con él igualmente.

El día anterior había ocurrido algo que me dejó impactado. Yo estaba pinchado —con el micrófono silenciado pero escuchando el programa—, preparado para entrar en Cuatro al Día (presentado por Joaquín Prat) y escuché la entrevista que iba justo antes de la mía: la entrevista a Fabiola Martínez, esposa (ahora ex) de Bertín Osborne. La cosa es que acabábamos de aprobar en el Congreso de los Diputados la nueva Ley de Educación (bautizada como Ley Celáa) y la derecha política y mediática había empezado a difundir el bulo de que la nueva ley iba a cerrar los centros de educación especial. Fabiola y Bertín tienen un hijo con discapacidad que necesita asistir a uno de estos centros y, lógicamente, estaba preocupadísima. Por eso, además de empatizar con ella y con todos los padres y madres a los que la derecha había intoxicado, y además de desmentir el bulo en directo, contacté después de la entrevista con la ministra Celáa para contarle lo sucedido y para que me explicara en detalle esa parte de la ley. Cuando conseguí el contacto de Bertín, le escribí para relatarle mis gestiones y para garantizarle que Fabiola y él y todas las familias con personas con discapacidad que necesiten centros de atención especial podían estar tranquilas.

Desde ese día, Bertín se ha referido a mí un par de veces en público con cariño y yo se lo agradezco. Es más, si este libro llega a sus manos, espero que —a pesar de los muchos asuntos políticos en los que pensamos diferente— le guste leerlo. Eso significará que he hecho bien una parte mi trabajo.

Por cierto, después de contar esta anécdota en el programa de la Cadena SER Buenismo Bien (tras una pregunta de Quique Peinado), algunas personas de izquierdas me han criticado en internet y me han preguntado por qué no hago lo mismo con una familia trabajadora anónima. La respuesta es muy sencilla y es doble. En primer lugar, he hecho cosas similares por familias trabajadoras anónimas en numerosas ocasiones, lo que pasa es que nunca me han preguntado por ello en una entrevista. En segundo lugar, Bertín Osborne tiene una importante proyección pública y —aparte del factor humano— pensé que, contándole esto, él también podría ayudar a desmontar el bulo y tranquilizar así a más familias preocupadas.

Este es un buen lugar para destacar que la posibilidad de entenderme con Bertín Osborne en ciertas materias no proviene solamente de mi poco habitual trayectoria ideológica. En este caso, también tiene que ver con la existencia de un punto común entre los dos: la discapacidad como realidad problemática de la cual la sociedad y el Estado deben hacerse cargo. Como se desprende claramente de la anécdota, lo que preocupa a Bertín y a la madre de su hijo es el futuro material del niño y en concreto la provisión de un servicio que es indispensable dada su discapacidad. Esta es la clave de todo y esto es lo que hay que entender para no dejarse engañar por un discurso vacío sobre la discapacidad que es demasiado habitual. Tener una discapacidad, tener una dependencia, significa tener mayores necesidades materiales y de servicios. Y eso cuesta dinero. Si contratar a dos asistentes para cubrir todas las necesidades de la vida cotidiana de un gran dependiente se puede cuantificar en aproximadamente 3000 euros al mes, no hablemos ya de lo que cuesta una silla de ruedas eléctrica medianamente buena, un coche adaptado, un corsé o un asiento moldeado, una prótesis, un audífono o una plaza en un colegio de educación especial. Tener una discapacidad sale carísimo y la mayor parte de la gente no lo puede pagar. Si todo esto estuviera completamente cubierto desde lo público, la problemática de la discapacidad no desaparecería, pero sin duda sería todo mucho más fácil. Por eso, soslayar lo material para centrarse en lo verbal o en lo discursivo (algo demasiado habitual) a mí siempre me ha parecido, por un lado, pólvora mojada y, por el otro, una estrategia que puede llegar a ser contraproducente.

Nunca olvidaré ese evento en el que estuve junto a Cristina Cifuentes —representante autonómica, por aquel entonces, de un partido que llevó a cabo recortes salvajes en el sistema de dependencia— y en el que ella dijo, en un momento dado y con voz engolada, «no hay que hablar de personas con discapacidad; hay que hablar de personas con capacidades diferentes».

No sé si me explico.

Y soy perfectamente consciente de que estoy hablando de cantidades muy importantes de inversión pública. Pero, al mismo tiempo, se trata de una inversión muy intensiva en empleo, que tiene un gran retorno a las arcas del Estado en forma de cotizaciones e impuestos, que impulsa el consumo y, por tanto, la economía y que puede generar cientos de miles de empleos estables, no deslocalizables y de rápida creación. El economista Vicenç Navarro siempre recuerda que, si España tuviera el mismo porcentaje de personas trabajando en la economía de cuidados que tiene Suecia, no habría paro en nuestro país.

Regresando a mi tardía politización y lo ponga como lo ponga, es un hecho que, hace apenas catorce años, yo estaba un buen domingo haciendo de apoderado para Ciudadanos en el instituto Medina Albaida, a la vuelta de mi casa.

Esto es así. Pero yo no lo veo como un demérito. Al revés. Creo que el haber hecho ese camino me ha aportado una perspectiva que no es excesivamente frecuente en el ámbito de la izquierda.

Quizás por eso —por venir de ahí— sé distinguir a la persona de la ideología y sé distinguir a los dirigentes de sus votantes. Que yo piense que se puede predicar sin ningún género de dudas que José María Aznar es una persona miserable que mintió deliberadamente a todos los españoles sobre el peor atentado de nuestra historia, no significa en absoluto que piense lo mismo de los millones de compatriotas que lo votaron. Quizás como consecuencia de mi trayectoria, esta distinción es algo que tengo muy presente en mi actividad política.

Yo, hace catorce años, había comprado mercancía política averiada y sé de primera mano que no era una mala persona. Tan solo era un idiota político en el sentido griego de la palabra.

De hecho, si al poco tiempo me di de baja Ciudadanos, no fue tanto porque cambiase mi ideología (mi cambio ideológico vendría un poco más adelante), sino porque llegué a la conclusión de que jamás iban a conseguir nada. En aquellas elecciones en las que fui apoderado, obtuvieron 1002 votos en todo Aragón; un 0,13%.

Me equivoqué radicalmente en esta predicción de futuro, pero, por fortuna, cuando empezaron a tener tracción electoral, yo ya estaba en otro lugar.

CAPÍTULO 7

LA INTELIGENCIA, LOS BARES, EL AMOR Y EL ASCO

Echando la vista atrás, creo que puedo acotar con bastante precisión aquellos elementos que fueron produciendo —muy gradualmente— en mí ese despertar político.

En primer lugar, un análisis económico de la discapacidad. Como expliqué en el capítulo 5 y como acabo de ampliar, un gran dependiente, como yo, que necesite asistencia para llevar a cabo prácticamente todas las tareas de la vida diaria, tiene esencialmente tres opciones: o dispone de unos 3.000 euros extra cada mes para contratar asistentes personales, o le asisten personas de su familia —casi siempre mujeres— sin reconocimiento ni remuneración, o se le recluye para siempre en una residencia. Como es evidente que la única opción que cumple los derechos humanos es la primera y como también es evidente que ninguna familia trabajadora dispone de 3.000 euros extra al mes, no cuesta un gran trabajo intelectual concluir que debe ser el Estado quien asuma esa inversión, lo cual conduce a la necesidad de que haya un sólido sistema de ingresos fiscales (obviamente, redistributivo)… y parece claro a qué lugar ideológico te acaba llevando todo este razonamiento.

En segundo lugar y como a millones de personas en nuestro país, también me politizó —por supuesto— el 15M. Aunque, por esa época, yo ya estaba llegando a mi destino y ya votaba a Izquierda Unida y al Equo de Juantxo López de Uralde, el 15M hace crecer en mí la convicción de que el cambio es posible. Ver como se gritaba en las principales plazas de España que «no somos mercancía en manos de políticos y banqueros» o que «nos mean y los medios dicen que llueve», y que las encuestas dijeran que el apoyo de la población a aquellas movilizaciones rondaba el 70% es algo que nos llena de esperanza a los que teníamos claro que había que cambiar las cosas. Aunque experimenté cierta frustración porque el 15M no

tuviese una traducción política inmediata, es obvio que fue un evento tectónico que dibujó con claridad el gigantesco «¡Sí se puede!» que, tan solo tres años después, cristalizaría en Podemos. Y digo «tan solo» porque, a pesar de las entendibles prisas que muchos sentíamos por aquel entonces, en términos políticos e históricos, tres años es apenas un parpadeo.

En tercer lugar y como ya comenté, me subleva en aquellos años el racismo institucional con el que se trata a mi mujer. Me refiero al ridículo examen de nacionalidad que prácticamente ningún español adulto aprobaría y —sobre todo— a la retirada de su derecho a la atención sanitaria (a pesar de tener residencia legal en España) mediante una ley del PP que, al ser injustificable en términos económicos y directamente absurda en términos de salud pública, solo podía tener como objeto alimentar los discursos xenófobos.

Obviamente, si uno aborrece este tipo de políticas, está claro de qué lado del parteaguas se sitúa y, poco después de cumplir mis treinta años, yo ya estaba dejando atrás las últimas dudas.

Siempre recuerdo, de aquella época, un episodio que me parece especialmente significativo.

Yo era entonces un ciudadano completamente anónimo y decidí asistir a una charla que daba, en la Universidad de Zaragoza, Juantxo López de Uralde. Yo ya admiraba a Juantxo —cómo no hacerlo después de que reventara aquella ridícula cena de gala en Copenhague, donde los «líderes» europeos se ponían finos mientras no hacían absolutamente nada para frenar la catástrofe ecológica— y, por aquel entonces, me estaba acercando a Equo, la formación política que él estaba intentando hacer crecer. Pero no lo conocía aún en persona.

Después de su intervención acerca de los peligros del cambio climático y las profundas modificaciones de nuestro sistema productivo que tenemos que llevar a cabo para evitar el desastre, dieron la palabra al público y aproveché para hacerle una pregunta cuyo tenor literal fue más o menos el siguiente:

—Estoy completamente de acuerdo en todo lo que acabas de plantear. ¿Pero crees que es posible frenar el desastre desde el

capitalismo?

No recuerdo lo que me contestó, pero sí recuerdo que se puso visiblemente colorado. Y hoy sé que se puso colorado precisamente porque tenía muy clara la respuesta.

Juantxo López de Uralde no solamente es el líder ecologista más importante de nuestro país. Además, es un hombre de profundas convicciones al que he tenido el honor de poder conocer muy bien a lo largo de estos años. Dice el tópico que los tipos grandotes suelen ser tranquilos y buenos y, en el caso de Juantxo, el tópico acierta. Cuando Juantxo está en la sala, escucha atentamente a todas las personas que intervienen antes que él y, cuando le llega el turno, siempre emite una opinión firme y cargada de contenido político. Le he visto de cerca indignarse con las injusticias y acertar muchas veces cuando ha tenido que tomar decisiones difíciles.

Hay quien piensa que el ecologismo es compatible con una agenda tibia, reformista y socioliberal. Pero Juantxo López de Uralde sabe perfectamente que esto es una quimera. Que solamente un programa valiente de democratización profunda de la economía y de eliminación de los privilegios fiscales y políticos de ese 1% cortoplacista y extractivo puede frenar la debacle climática. Que, del mismo modo que no se puede ser demócrata sin ser antifascista, no se puede ser ecologista sin ser (al menos, en buena medida) anticapitalista. A lo mejor te suena como una afirmación demasiado fuerte, pero ya verás como el tiempo me da la razón.

Por eso, bajo su liderazgo, Equo pactó desde el principio con Podemos, ya en 2015. Por eso, siempre le gusta explicar que nunca el ecologismo político ha tenido tantos diputados en el Congreso y ha sacado adelante tantas leyes como con Unidas Podemos. Por eso, cuando una parte del partido que él fundó decidió irse con Más País en 2019 (al calor de los cantos de sirena mediáticos que, por enésima vez, nos daban por muertos), Juantxo tuvo clarísimo dónde tenía que estar.

Recuerdo con emoción aquel día que, en medio de todo el doloroso proceso de escisión, estábamos Pablo Iglesias, Ione Belarra y yo mismo en la multitudinaria manifestación de los jóvenes de Fridays for Future que denunciaban —diez años después de Copenhague—

que no tenemos un planeta de repuesto, cuando de repente escuchamos un estruendoso aplauso.

Era Juantxo López de Uralde que llegaba a la cabecera.

El análisis económico de la discapacidad, el 15M, la xenofobia institucional hacia mi mujer y también —por supuesto— el acercamiento sistémico a las verdaderas causas detrás del cambio climático fueron algunos de los elementos más importantes que me hicieron cambiar mis mapas del mundo. Pero, si algo me hizo despertar políticamente, si algo me salvó, fue principalmente mi carácter sociable.

En el capítulo anterior, he hablado de la aparente paradoja que se revela cuando un doctor en física teórica con un coeficiente intelectual de 150 reconoce haber sido un idiota político durante la mayor parte de su vida. Pero la paradoja no es tal —se desvanece en el aire— si uno se pregunta qué es exactamente la inteligencia… y, tras preguntárselo, halla una respuesta más o menos correcta.

Yo tengo bastante claro que no hay que confundir inteligencia con nivel educativo o cultural, pero tampoco con tener una determinada capacidad lógica, matemática o lingüística. Para mí la inteligencia tiene mucho más que ver con cómo nos relacionamos con los demás y con tomar buenas decisiones en la vida.

Yo he conocido físicos teóricos brillantes en lo suyo, pero que eran incapaces de entender un chiste o de descubrir dónde se encuentra la felicidad. Yo he tenido dos pandillas de amigos: una formada por universitarios con muchas lecturas y muchos idiomas y otra formada por amigos que apenas habían acabado la secundaria. Y muchas veces me parecían más inteligentes —y más divertidos— los segundos. Y muchas veces me molestó cuando los primeros —a quienes quiero mucho a pesar de ello— los hacían de menos.

El elitismo intelectual ha llegado a parecerme —a medida que he ido aprendiendo de qué va la vida— casi igual de despreciable que el elitismo económico. Primero, porque la adquisición de ciertas capacidades intelectuales depende en buena medida del llamado

«capital cultural» previo. De la misma forma que el principal determinante de la riqueza es la herencia, no es lo mismo nacer en una casa con libros o sin ellos y no es lo mismo tampoco que tus padres tengan un doctorado o solamente el graduado escolar. Pero es que, además, el capital cultural no es garantía de inteligencia ni su ausencia es causa de lo contrario. He conocido a muchas personas en las que esta pretendida correlación se rompe. Para entendernos, he conocido a muchos cultos tontos y a muchos incultos inteligentes.

Recientemente, el famoso youtuber, streamer (y muchas más cosas) Ibai Llanos dijo en una entrevista que es fundamental pagar impuestos para que tengamos un país decente y que tienen que pagar más proporcionalmente los que más tienen. Y añadió una gran verdad: que era muy importante que fuera precisamente él —una persona que tiene mucho dinero— quien lo dijera.

Pues bien. Yo he leído a Camus en francés y a Dickens en inglés, entiendo el teorema de Gödel, sé resolver la ecuación de Schrödinger en un superordenador y te digo que hay que ser un poco gilipollas para jactarse de todo ello. Con perdón.

Curiosamente y reforzando la hipótesis de que la inteligencia es mucho más que el capital cultural o las habilidades matemáticas, lingüísticas o lógicas que uno atesora, en la misma época en la que despierto políticamente, también experimento otros dos cambios profundos en mi manera de relacionarme con la vida que creo que no es casual que coincidan en el tiempo. Uno tiene que ver con las mujeres y otro con la comida.

Como ya he avanzado y hasta cierto punto justificadamente —dada la extensión al campo de las relaciones de pareja de la lógica de la competición despiadada por el estatus capitalista del «tanto tienes, tanto eres» que con tanta precisión ha descrito Michel Houellebecq en varios de sus oscuros libros—, durante toda mi infancia y adolescencia pensé que, debido a mi condición física, era absolutamente imposible que yo pudiera ser amado y tener una pareja como los demás. Sin embargo, durante esa época de despertar vital descubrí que, si bien ese elemento opera y opera fuertemente —sería muy inocente afirmar lo contrario—, también es cierto que no lo hace con carácter absoluto y que cualquiera

puede encontrar a alguien que lo quiera y lo desee, aunque algunos lo tengan mucho más fácil que otros.

Más allá de lo sistémico (que existe y condiciona con mucha fuerza, pero no lo es todo), fui entendiendo durante aquellos años que el verdadero factor de bloqueo que impedía que yo tuviera relaciones de pareja era un miedo fabuloso al rechazo que no me dejaba ni siquiera intentar dar los primeros pasos cuando se atisbaba la posibilidad. Y no fue un trabajo psicológico propio el que me permitió superar el bloqueo, sino precisamente mi sociabilidad. Mi activa vida nocturna me llevó a cruzarme con unas pocas —pero las suficientes— mujeres, más listas y más valientes que yo, que no me dejaron opción y que, aunque no fraguó un amor duradero, sí me hicieron ver que estaba equivocado y me quitaron el miedo.

Afortunadamente, cuando, una tarde de febrero de 2012, me acerqué a una chica que trabajaba en el BIFI como yo y con la que había cruzado algunas conversaciones por internet, y noté cómo se ponía nerviosa, yo ya había hecho todo mi proceso y no fui tan estúpido como para pensar que era imposible que yo le pudiese gustar.

Afortunadamente, cuando tuve la suerte de poder encontrar el amor de mi vida, yo ya había dejado de ser un idiota en esa materia y no dejé pasar la oportunidad.

Nos enamoramos rápido y fuerte, empezamos a vivir juntos a los pocos meses y nos casamos el 9 de agosto de 2013 en Puerto de la Cruz, en la isla de Tenerife. Como ninguno de los dos quería un bodorrio de 300 invitados, 300 euros de «regalo obligatorio» a los novios, tres aperitivos, solomillo y centollo, vino, cubatas y karaoke, decidimos no contarle a nadie lo que íbamos a hacer —excepto a mi madre y a los dos testigos— y buscamos un lugar bonito y pequeño donde no hubiera lista de espera en el ayuntamiento.

Mariale es lo mejor que me ha pasado en la vida y, por eso, lo más negativo de mi paso por la política —sin ningún género de dudas— es lo difícil y dura que ha sido esta travesía para ella. Es una espina que nunca me voy a poder quitar, es algo que enturbia incluso los mejores días y que espero pronto poder dejar en el pasado. Porque

se lo debo y, por lo tanto, me lo debo a mí mismo.

Boda en Tenerife (agosto de 2013).

El proceso de perder paulatinamente el miedo al rechazo posiblemente es algo compartido con muchas personas (precisamente por el «capitalismo relacional» que impregna nuestra

sociedad). Pero la otra transición de fase —si me permites el argot de la física— que experimenté simultáneamente a esta y a mi despertar político creo que es un poco más rara. En apenas unos meses, pasé de que no me gustaran la mayor parte de los ingredientes de la comida a comer absolutamente de todo e incluso a no tener ningún problema en probar cualquier cosa que sea costumbre comer en cualquier lugar del mundo.

El cambio fue rapidísimo y fue radical. Durante toda mi vida, me habían —literalmente— dado asco casi todas las comidas, casi todos los ingredientes, excepto unas pocas cosas que aceptaba comer. Básicamente, comía como un crío (malcriado). Hasta que, de repente, eso cambió por completo.

Por aquel entonces, mi amigo Raúl trabajaba como maître en restaurantes (más o menos) caros y una vez por mes —nuestra economía tampoco daba para más— nos íbamos a probar algún establecimiento de 50, 60 o 70 euros por cabeza. Para disfrutar del buen yantar, pero también para que él pudiera estudiar a la competencia.

Como te puedes imaginar, a un tipo cómo él, que disfruta de la comida, de su variedad y sus matices, le exasperaba (legítimamente) que, a mí, el 90% de la carta no me gustara por sistema. Y, claro, no paraba de insistirme que me dejara de huevadas y probase todo aquello que yo sostenía que «me daba asco».

Fue durante una de esas cenas que algo dentro de mi cabeza hizo click y pensé: «Con la pasta que valen estos tomates aquí, es evidente que deben ser de los mejores tomates que uno pueda comer. Por lo tanto, si estos tomates no me gustan, es seguro que ningún tomate me gustará. Al mismo tiempo y siguiendo la misma lógica, si por lo que sea hubiera una pequeña probabilidad de que me gusten los tomates, estos que tengo delante maximizan esa pequeña probabilidad».

Así que cogí un pequeño trozo de tomate, me lo metí —con un enorme esfuerzo de autocontrol— en la boca, lo empecé a masticar lentamente y, al cabo de unos segundos, exclamé:

— … pues no está tan mal.

Tras muchos años de joderle las cenas, Raúl también tuvo que ejercer autocontrol. Pero para no darme un guantazo.

Después de ese día, comencé a probar cada vez más cosas y cada vez con menos esfuerzo. Al cabo de unas pocas semanas, pasé a la siguiente fase: la de empezar a disfrutar con cada cosa nueva que probaba, y concluí que ya no había ninguna comida que me «diera asco». El día que me comí —por primera vez en mi vida— una ostra cruda con limón, puse el último clavo en el ataúd de aquel Pablo que era insoportablemente asqueroso con la comida.

Ahora, cuando alguien se ríe de mí por haber sido tan capullo durante décadas, me gusta ver el lado bueno y preguntarle:

—¿Tú te acuerdas del momento en que probaste por primera vez el tomate, la cebolla, el bacalao, el pimiento o la morcilla? Pues yo sí.

Los interesantísimos estudios de David Pizarro de la Universidad de Cornell3 y otros muchos investigadores han analizado la influencia de la emoción básica del asco en una diversidad de juicios sociales que hacemos las personas. Se piensa que el asco —como todas las emociones básicas— tiene una funcionalidad evolutiva. El miedo, por ejemplo, tiene la función de alejarnos inmediatamente de aquellos peligros que supongan un riesgo físico inmediato. En el caso del asco, la función sería la de empujarnos a evitar cosas que nos pudieran contaminar de algún modo, envenenar o poner enfermos. Pues bien, David Pizarro y otros han demostrado científicamente que las personas más propensas a sentir asco tienden también —con mayor probabilidad que las personas que experimentan menos asco— a la condena moral, al prejuicio hacia los homosexuales o a votar a la derecha.

Me parece un hallazgo enormemente sugerente y que daría para mucho debate, pero solo he querido mencionarlo para apuntalar que todos esos cambios en mi forma de estar en el mundo que viví entre los veintimuchos y los treinta y pocos sospecho fuertemente que están relacionados.

Dejé de tenerle pavor al rechazo amoroso, pasé de no comer casi

nada a comer de todo y abandoné la idiocia política. En la misma época. Ahí es nada.

Al menos en mi caso, la palanca fundamental que me ayudó a cambiar fue mi sociabilidad. De ahí, una de mis principales convicciones vitales: La mayor fuente de inteligencia no son los libros, sino los demás. (Acepto que, en cierta medida, algunos libros también son una forma de hablar con los demás —y este libro es un buen ejemplo—, pero tú ya me entiendes, querido lector o lectora).

El contacto social te hace más inteligente y, por si eso fuera poco, frente al individualismo despiadado que nos intentan vender desde algunos lugares de poder, fomenta los valores comunitarios, de compañerismo y de colaboración. Eso explica, desde mi punto de vista —además—, que España sea un país más inteligente que otros de nuestro entorno. Porque hay más vida en la calle, porque hay más vida social.

Como canta Joaquín Sabina, hay más bares en una calle de Madrid que en toda Noruega. Y eso hace que seamos una sociedad mejor.

Estudiar y leer fortalece la maquinita que tenemos todos entre oreja y oreja, y está bien hacerlo, y a mí me ha servido mucho. Pero salir a la calle, compartir con mucha gente —cuanto más diversa mejor —, pasarlo bien y hablar —pero, sobre todo, escuchar mucho— son las únicas vacunas eficaces que yo conozco para evitar ser un idiota… un idiota político, pero también un idiota a secas.

CAPÍTULO 8

LA ABDUCCIÓN ALIENÍGENA

Fui un idiota político buena parte de mi vida adulta, pero —afortunadamente— cuando apareció Podemos ya me había curado.

Por eso, sigo con mucho interés su lanzamiento público el 17 de enero de 2014 en el Teatro del Barrio. Por eso, asisto al primer evento público en el Centro de Historias de Zaragoza (donde Pablo Iglesias me dijo que organizarse políticamente es como follar). Y, por eso, nada más llegar a casa y pensando que la bandeja de entrada de Pablo sería una locura, escribo a Miguel Urbán un mensaje directo en Twitter que decía algo más o menos así: «Creo que lo que estáis haciendo vale mucho la pena y quiero ayudar. Sé de ciencia y sé de discapacidad. Usadme».

A las pocas semanas —un jueves—, me contactan desde el incipiente equipo organizador de Podemos para preguntarme si podía estar en Madrid ese mismo domingo y podía intervenir en un acto o si me estaban avisando con demasiado poco tiempo. La verdad es que fue una sorpresa. Supongo que Pablo había visto mi papel en la fundación del círculo de discapacidad y recordó la pregunta que le hice en Zaragoza, porque yo no tuve más contacto con el equipo promotor que aquel mensaje que le envié a Miguel y no nos conocíamos de nada. Mi respuesta a la inesperada oferta fue inmediata y evidente.

Taxi adaptado, plataforma elevadora para arriba, hora y quince de AVE, plataforma elevadora para abajo, taxi adaptado, y allí estoy.

Ese día, arranca oficialmente la llamada «segunda fase» de Podemos. Es decir, la puesta de largo de los círculos (las asambleas populares y autoorganizadas que se crearían por todo el país).

Está lloviendo en Madrid y hace frío. Pero, a pesar de ello, las colas

en el exterior del cine Palafox han sido larguísimas durante toda la mañana. Dentro del recinto —en las diferentes salas— hay aproximadamente dos mil personas. En la sala principal, hay ochocientas.

En un momento dado, hacia la mitad del acto, Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero e Íñigo Errejón —entre otros— se ponen de pie para aplaudir a un desconocido científico aragonés en silla de ruedas.

Desde abajo del escenario (porque no estaba adaptado y no había podido subir), yo acababa de explicar —dando todas las estadísticas pertinentes— que las personas con discapacidad sufren una opresión económica mucho mayor que la población general y que el sistema capitalista actual te quita la fuerza de dos maneras diferentes: por un lado, te quita la fuerza económica mediante los recortes y la privatización y, por otro lado, te quita la fuerza moral y las ganas de luchar mediante los grandes medios de comunicación:

—No quiero acabar sin antes hacer una cuenta muy sencilla —acababa de decir, justo al final de mi intervención—. En esta sala estamos aproximadamente ochocientas personas. Si fuéramos una muestra representativa de la sociedad española, aproximadamente ochenta de nosotros deberíamos tener una discapacidad reconocida por la ley y aproximadamente ocho de nosotros deberíamos ir en silla de ruedas. La única persona que veo en silla de ruedas soy yo… y yo no cuento porque soy ponente. Creo que una de las tareas fundamentales que nos tenemos que poner en la segunda fase de Podemos es trabajar para intentar devolver la fuerza a toda esa gente que no vemos por la calle porque ni siquiera tienen fuerza para venir aquí hoy o para luchar. Y tenemos que devolverles la fuerza no solamente porque es de justicia que la tengan, sino porque, además, los necesitamos. Porque me parece obvio que, entre su fuerza y la nuestra, casi seguro que Podemos.

Algunos días antes de ese acto público en Madrid y poco después del primer evento con Pablo Iglesias y Miguel Urbán en el Centro de Historias de Zaragoza, tuvo lugar la primera asamblea del Círculo de mi ciudad. En el mismo lugar.

Los que habíamos asistido al primer encuentro con Pablo Iglesias habíamos dejado nuestros correos electrónicos (es así como nos habían convocado para esta segunda reunión) y el auditorio estaba, de nuevo, lleno a rebosar.

Los militantes de Izquierda Anticapitalista —los únicos que estaban previamente organizados entre ellos— llevaban la voz cantante. A lo largo de los años posteriores llegaría a conocerlos muy bien, pero, en enero de 2014, yo era un absoluto novato. Recuerdo que, unos meses más tarde, preguntaría en una cena en Estrasburgo a un compañero mucho más experimentado que yo qué era aquello del trotskismo y él me ilustraría explicándome que es una corriente del socialismo que —respecto de las demás— se diferencia por hacer especial énfasis en, básicamente, dos elementos: el internacionalismo y la voluntad de participar en prácticamente cualquier movimiento popular de carácter espontáneo para intentar orientarlo en una dirección revolucionaria. A mi juicio, y después de conocerlos muy de cerca, el compañero se dejó algún elemento más muy característico también de los que denominamos cariñosamente como «trotskos». Por ejemplo, una querencia a veces excesiva por el análisis teórico, una estrategia política que se mide en decenios (lo cual, al menos a mí, me causa un poco de ansiedad) o una afición por la alta complejidad en los esquemas organizativos y en los abigarrados reglamentos que los sustentan.

Sea como sea, aquel día en Zaragoza, en aquella asamblea de más de cuatrocientas personas, habían preparado un esquema de varias pizarras colgadas de las paredes laterales, un sistema de pósits y un primer ensayo de organización mediante diferentes grupos de trabajo (extensión, comunicación, formación, programa...) a los que la gente se tenía que ir apuntando.

Yo, por mi parte, tomé la palabra e hice mi primera propuesta política en Podemos:

—Si de verdad queremos crecer, lo que tenemos que hacer es montar un fiestón.

Lo cierto es que las asambleas del Círculo de Zaragoza en los principios de Podemos están vívidamente ancladas en mi memoria y, de esos momentos, todavía conservo amistad, cariño y respeto

por algunos de los mejores y más nobles militantes que he tenido el honor de conocer en este viaje. Pienso en María, en Román, en Lorena, en Pablo o en Álvaro, pero son sin duda muchos más.

A pesar de la precariedad material, nos intentábamos reunir todas las semanas y, aunque no teníamos más dinero que el que humildemente podíamos poner en un bote, tuvimos la suerte de que Zaragoza contaba ya por aquel entonces de una amplia red de centros cívicos municipales donde cualquiera podía reservar una sala y reunirse. Años después, cuando me mudé a Madrid y comprobé que, en la capital, la red de centros era muchísimo menor, comprendí que los sucesivos alcaldes y alcaldesas del PP habían entendido perfectamente qué significa la organización política y cómo ponerle palos en las ruedas.

En aquellas salas de centros cívicos y también en las plazas cuando hacía buen tiempo, nos reunimos muchas personas ilusionadas en aquellos primeros meses de 2014 y el ambiente era electrizante y enormemente participativo. En aquellas asambleas del joven Círculo de Zaragoza, verdaderamente hacíamos política.

Recuerdo el episodio que tuvo lugar cuando Pablo Iglesias nombró, en aquella época, a Jorge Verstrynge para algún cargo de responsabilidad (no tengo en la memoria exactamente cuál) y se montó un buen lío. Las opiniones de Jorge siempre han sido —vamos a decirlo así— ligeramente heterodoxas, y tenía una hemeroteca en la que que se manifestaba crítico con la posibilidad de tener políticas migratorias muy abiertas argumentando que eso era una herramienta que usaban los grandes capitalistas para bajar los salarios y deteriorar las condiciones laborales de la población autóctona. Esto causó malestar entre el colectivo migrante que se había integrado desde el principio en los círculos, se redactó un manifiesto crítico que empezó a circular y a recabar amplios apoyos y Pablo tuvo que rectificar el nombramiento.

En ese momento me di cuenta de que los círculos podían tener un poder real dentro de la organización y no eran —como decían algunos— meros clubs de debate.

Con el tiempo, llegué a conocer a Jorge Verstrynge y —a pesar de las diferencias políticas— a tenerle mucho aprecio. No todo el

mundo pasa de tener puestos de altísima responsabilidad en Alianza Popular (donde Jorge podría haber aspirado prácticamente a cualquier cosa) a trabajar para intentar avanzar las posiciones de la izquierda y mejorar las condiciones de las clases populares.

Además, yo no puedo dejar de respetar a alguien que le suelta en pleno directo de Al Rojo Vivo a Antonio García Ferreras que, para que un país sea verdaderamente soberano, tienen que darse tres condiciones: que tenga un banco central y su propia moneda, que no acepte bases militares de EE. UU. en su territorio y que disponga de «la bomba». Obviamente, yo estoy contento de que España no tenga la bomba atómica y estoy en contra de la proliferación nuclear, pero no cualquiera tiene los arrestos de decir aquello en televisión.

La primera vez que hablé con Lilith Verstrynge, hija de Jorge y hoy secretaria de Organización de Podemos, no tardé ni un minuto en cometer la torpeza de mencionarle mi admiración ante aquella mítica intervención televisiva de su padre. Contra todo pronóstico, parece que no le sentó mal.

En aquellos inicios de Podemos en 2014, me integré desde el principio en los trabajos del Círculo de Zaragoza y empecé a desempeñar un papel importante al asumir la moderación de los debates. Una tarea no exenta de dificultad que implica escuchar argumentos opuestos muy atentamente y con empatía hacia los diferentes intervinientes, hacer un trabajo intelectual de elaboración de posiciones de síntesis que puedan convencer al conjunto de la asamblea o decidir que hay que votar cuando la síntesis se revela imposible.

Desarrollé con esmero esa moderación en varias reuniones del círculo y me gané, con ello, el respeto de mis conmilitantes. Como votábamos a mano alzada y yo no puedo levantar la mano, me hice una mano artesanal de papel con un palo para poder participar en la democracia.

En esas estábamos mientras las semanas iban pasando, las elecciones europeas se iban acercando y llega el momento de hacer las primarias para configurar la papeleta electoral.

El sistema era muy sencillo. Cualquiera podía decidir presentarse a las primarias (siempre que recibiese el aval de un círculo) y cualquiera que estuviera inscrito en el censo de Podemos (un procedimiento muy sencillo) podía votar a sus cinco candidatos preferidos y a un cabeza de lista aparte. El cabeza de lista más votado encabezaría la papeleta y, justo detrás, irían las personas más votadas, en orden decreciente de apoyos y siempre respetando el formato cremallera para garantizar la representación de las mujeres en la lista.

El Círculo de Zaragoza era uno de los más potentes de todo el país y a mí me parecía, por tanto, evidente que teníamos que avalar a algún candidato entre nuestros miembros. Sin embargo, cuando empezamos a hablar del tema en la asamblea, parece claro que nadie se atreve a dar el paso.

Mano de votar (abril de 2014).

Es en ese momento preciso cuando tomo la que hoy creo que fue mi última decisión vital y política verdaderamente libre desde que empezó todo esto: decido presentarme a las primarias para animar a más gente del círculo a que lo haga.

A partir de entonces, el caudaloso río de los acontecimientos, el compromiso con el proyecto y con los compañeros y compañeras y el sentimiento de responsabilidad histórica me han arrastrado en todos y cada uno de los pasos que he ido dando, dejando muy poco lugar a las vías de escape, a la multiplicidad de opciones o al libre albedrío.

Recuerdo cuando estábamos a punto de subirnos al escenario en el cierre de campaña de las europeas, en la plaza del Museo Reina Sofía, y Teresa Rodríguez me pregunta:

—¿No te da vértigo hacer esto?

A lo que yo respondo:

—Mucho. Pero es que me imagino a mí mismo dentro de cinco o diez años mirando hacia atrás y sé que no me perdonaría jamás no haberlo intentado.

Pero aún faltan algunas semanas para llegar ahí.

Mi paso al frente en el Círculo de Zaragoza —metafóricamente, en mi caso— consigue el objetivo buscado de que algunas personas más también se animen. Pero la asamblea me acaba votando masivamente a mí como su candidato y esto hace que el círculo se vuelque en la promoción de mi perfil para las primarias estatales. A pesar de no tener prácticamente recursos, la campaña que hacemos está llena de fuerza, de inteligencia y de creatividad.

A esto se suma que Pablo Iglesias escribe un artículo en Público[4] señalando a sus cinco candidatos preferidos… y uno de ellos soy yo.

El 3 de abril de 2014, estamos precisamente celebrando una

asamblea del Círculo de Zaragoza cuando se publican los resultados de las votaciones. Soy el cuarto candidato más votado de todo el país, tan solo por detrás de Pablo Iglesias, de Teresa Rodríguez y del exfiscal anticorrupción Carlos Jiménez Villarejo (aunque, finalmente, ocuparía el quinto lugar de la papeleta por aplicación de la cremallera). La asamblea estalla en un largo aplauso con ovación incluida y yo me pongo completamente colorado.

Al cabo de unos minutos, cuando estoy volviendo a casa en el taxi, me suena el teléfono móvil. No conozco el número, pero descuelgo igualmente. Es Pablo Iglesias, que me da la enhorabuena y me dice:

—Eres el quinto, así que prepárate porque te vienes de campaña. ¿Tienes algún problema para viajar?

—A las ciudades a las que llega la alta velocidad, ninguno. A las demás, es un poco más difícil, pero lo apañamos —contesto decidido, ya bajando a 50 km/h por la calle Tucumán.

—Perfecto, quédate con mi número. Estos días te mando más información por WhatsApp.

¿Y por qué me acuerdo de lo del WhatsApp?, te preguntarás.

Porque, llegados a este punto, tengo que confesarte un pecado no menor: estoy casi seguro de ser el culpable de la introducción de Telegram en Podemos.

Por aquel entonces, un buen amigo mío estaba profundizando sus conocimientos de informática y me había convencido de que usara Telegram por una ventaja muy clara que, en 2014, solo tenía este sistema de mensajería: contaba con una aplicación para ordenadores de sobremesa y, por lo tanto, se podía escribir con un teclado físico en vez de tener que utilizar la pantalla táctil del teléfono. Además, en aquella época, WhatsApp no estaba ni siquiera encriptado y era propiedad de una empresa norteamericana, mientras que Telegram sí contaba con encriptación y era propiedad de unos rusos que más de una vez ya habían puesto pie en pared negándose a facilitar información sobre sus usuarios nada menos que al mismísimo Kremlin. Por ello, rápidamente le comenté a Pablo que, dado el escrutinio y la lupa que íbamos a tener encima,

teníamos que dejar de usar WhatsApp y pasarnos a Telegram por seguridad.

Como, en 2014, solo conocíamos Telegram cuatro frikis, me temo que su adopción en el conjunto de Podemos fue culpa mía y data del inicio de la campaña para las elecciones europeas.

Parece un hecho pequeño y sin importancia, pero no lo es en absoluto. No solamente Telegram ha sido una de nuestras señas de identidad tecnológicas, la aplicación que se tenía que instalar cualquier periodista para ponerse en contacto con el nuevo fenómeno político o el lugar donde llevamos a cabo buena parte de nuestro trabajo y nuestros debates. Telegram es, además, el protagonista de algunos de los escándalos y las conspiraciones más sonadas que nos han rodeado a lo largo de estos años.

No solamente la broma de Pablo sobre Mariló Montero —por la que pidió perdón públicamente a pesar de tratarse de una conversación privada— o el vídeo en el que salgo cantando —bastante mal, por cierto— una conocida jota guarra en una cena con compañeros de partido provienen de grupos de Telegram cuyo contenido acabó en las manos de las cloacas del Estado. También es en Telegram donde descubrimos la conspiración —denominada «Mate Pastor»— de la corriente de Íñigo Errejón para hacerse con el control del partido en Madrid por medios no democráticos o el plan de Carolina Bescansa para repartirse el poder —de nuevo con Errejón— que envía por error a un canal de Telegram con cientos de seguidores.

Supongo que nos habrían ocurrido cosas similares de haber seguido usando WhatsApp, pero igualmente no puedo dejar de sentirme un poco responsable.

Volviendo a la campaña de las elecciones europeas en las que Podemos irrumpe en el panorama político, uno de los elementos más notables fue la tremenda carencia de medios y la casi cómica precariedad material con la que tuvimos que desarrollarla.

Viene a mi memoria, por ejemplo, aquel vídeo —que, con ojos actuales, resulta, incluso, un poco chanante— en el que el propio

Pablo Iglesias agradece a la gente el éxito del crowdfunding que hicimos para comprar una furgoneta para hacer la campaña.

Una furgoneta bastante pequeña en la que, sin embargo, metíamos absolutamente todo: los carteles, el equipo de sonido, la «trasera» (la tela con los logotipos y algún mensaje que se suele poner detrás de los intervinientes en un mitin), la diminuta tarima desmontable que plantábamos en medio de la plaza y a la que nos subíamos todos apiñados y también el palé de madera que usábamos a modo de rampa para subirme a mí a la tarima y bajarme de ella con la más absoluta peligrosidad. Creo que no es falta de humildad si digo que no hay muchos cascaos que se atrevan a subir y bajar de una tarima de un metro de altura, casi a 45 grados, con 200 kg entre ser humano y silla, por un palé de almacén.

Como te puedes imaginar, cada eurodiputado que sacamos costó una fracción infinitesimal en términos de gasto electoral de lo que le costó cada eurodiputado a cualquier otro partido jamás.

A pesar de que nos tuvimos que echar la campaña al hombro en estas condiciones de precariedad, los mítines —que comenzaron siendo modestos— empezaron a congregar cada vez a más gente. Hacia el final de la campaña, hicimos un acto en el barrio de Canillejas, en Madrid, y metimos 2000 personas en un parque. Al acabar, alguien del barrio nos contó que el día anterior había habido un mitin de Izquierda Unida, en el mismo lugar, al que asistieron unas 50 personas.

Esto tenía doble mérito si pensamos que prácticamente la única difusión de los eventos era mediante las redes sociales y el boca a boca, ya que el comportamiento de los medios de comunicación mayoritarios era completamente ajeno a ese aumento del apoyo que estábamos viendo cada día en la calle. La invisibilización mediática era casi total. No existíamos.

Solo tuvimos, de hecho, dos pequeños huecos en la televisión estatal durante toda la campaña. Cuando Cuatro ofreció entrevistar a Carlos Jiménez Villarejo (que había sido nada menos que fiscal anticorrupción y era una persona de largo recorrido y con una reputación muy importante en todo el sector progresista) y cuando el CIS pronosticó que íbamos a sacar un eurodiputado. Como

aparecíamos en el CIS, a Televisión Española no le quedó más remedio que decirlo y mencionarnos en el telediario por primera vez en la historia. Cuando eso ocurrió, ya habían pasado casi cuatro meses desde el lanzamiento de Podemos en el Teatro del Barrio y faltaban apenas 17 días para las elecciones.

Y ojo, esto no es ninguna crítica. Es una descripción objetiva de la realidad que se puede comprobar buceando en los archivos históricos de los medios de comunicación de nuestro país. Una descripción objetiva de la realidad que se puede comparar —además— con lo ocurrido cuando Ciudadanos da el salto estatal y, sin ningún diputado en el Congreso, llena todas las televisiones con entrevistas de Albert Rivera, mañana, tarde y noche.

Tal es la invisibilización que, cuando me ofrecen una entrevista en la Cadena SER local de Zaragoza —en un programa que ni siquiera era de política— porque un amigo mío conoce al presentador y se lo vende con arte, no dudo ni un minuto y me dirijo ipso facto al edificio de la radio en paseo Constitución.

Al llegar a la puerta, descubro que hay cinco escalones en el hall de entrada y ninguna forma alternativa de entrar. Pero no me amilano. Veo a unos cuantos aragoneses fornidos y bien desayunados en un camión de reparto de SEUR y decido pedirles ayuda. Entre cuatro y no sin esfuerzo, consiguen que los 200 kg que pesa el ya candidato a las elecciones europeas y su silla puedan salvar el obstáculo.

—Muchísimas gracias y buenos días.

Tras la entrevista y con equivalentes niveles de amabilidad y esfuerzo, la operación es repetida, esta vez en sentido descendente, por parte de los trabajadores de la radio.

Algo similar ocurre cuando acudo al debate electoral que hizo la modesta televisión del periódico el Heraldo. Después de acceder al viejo edificio de paseo Independencia, descubro que había que sortear una escalera bastante salvaje para acceder al plató. He de decir que hasta el candidato de VOX se ofreció a ayudar y yo tampoco estaba para hacerle ascos a las pocas oportunidades mediáticas que se nos cruzaban en el camino, por pequeñas y locales que estas fueran.

Aunque en esas elecciones no obtuvieron representación, ya apuntaban maneras. Recuerdo perfectamente un spot electoral que acababa con un rótulo en el que ponía «VOX. La derecha». Me pareció un recado muy interesante al Partido Popular.

En esa campaña de las elecciones europeas, corrimos mucho para no perder trenes y taxis adaptados. Estuve en Córdoba, en Madrid varias veces, en Barcelona, en mi ciudad, en Valladolid, en Segovia, y en muchos sitios más. Conocí muchísima gente muy ilusionada con lo que podía pasar y fueron, en general, unas semanas frenéticas.

Hasta que llega el día de las elecciones.

El grupo dirigente —el «equipo promotor», como lo llamábamos por aquel entonces— está reunido en Madrid haciendo el seguimiento de los resultados. Yo había estado con ellos el viernes en el cierre de la campaña en la plaza del Reina Sofía, pero el domingo electoral estoy en Zaragoza, con la gente del círculo, en el Centro de Historias (el lugar que había sido nuestro centro de operaciones desde que empezó la campaña).

Cuando se publican los resultados del escrutinio más o menos definitivo y salta la sorpresa, se abren los cielos en al menos dos sentidos distintos. Por un lado, empieza literalmente a llover bastante y, por el otro, nos empiezan a llamar descontroladamente todos los medios de comunicación que no nos habían hecho ni caso durante meses para que yo —ahora sí— haga declaraciones.

Después de atenderles educadamente —ya casi a medianoche—, me dirijo hacia mi casa, entre contento y abrumado, y con la cabeza funcionando a mil revoluciones. Al llegar, se abre la puerta automatizada de mi casa al detectar la presencia de mi silla, entro un poco mojado por el pasillo y veo a mi madre viendo la televisión en el sofá:

—Bueno, ma, parece que me voy a vivir a Bruselas.

En la pantalla de la televisión, los resultados. Podemos ha obtenido casi el 8% de los votos y cinco escaños. Yo soy el quinto. Cuatro meses atrás, yo ni siquiera militaba en ningún partido y, ahora de

repente, era eurodiputado

En lo vital, no es una metáfora exagerada la de la abducción extraterrestre. No habría sido muy diferente si una nave espacial me hubiese lanzado su rayo tractor en mi pequeño piso del barrio de San José de Zaragoza para depositarme en la capital de Bélgica.

Para una persona anónima que jamás se había planteado hacer carrera política, aquello era objetivamente una locura.

A la mañana siguiente, me desperté pronto porque ya sabía lo que iba a pasar. Mientras iba por la calle, de una entrevista del Heraldo a otra entrevista de El Periódico de Aragón y con el fin del bipartidismo en todas las portadas, me llama un número desconocido. Era el director de Aragón Televisión. Quería tomarse un café conmigo para conocerme.

Esa misma tarde, convocamos una asamblea en la plaza del Pilar para agradecer a la gente su apoyo. Pero empezó a llover. Así que decidimos desconvocar porque no había cerca un sitio a cubierto fácilmente accesible. Al mismo tiempo, decidimos acudir al sitio de la convocatoria para cuidar y agradecer a la poca gente que viniese a pesar de la lluvia.

Vinieron doscientas personas.

Después de un breve discurso por mi parte, recuerdo perfectamente que un señor tomó la palabra y dijo:

—Ayer yo voté al PSOE.

Pausa. Silencio tenso en la asamblea.

—Pero eso es porque no os conocía. No lo voy a volver a hacer nunca más.

Aplauso atronador bajo la lluvia.

Asamblea improvisada en la plaza del Pilar (mayo de 2014).

Fuente: Ángel de Castro/El periódico de Aragón.

Aquella campaña y aquel resultado fueron absolutamente épicos —para empezar— por la manera en la que se consiguieron: prácticamente sin dinero y prácticamente sin visibilidad mediática.

Pero también lo fueron por las consecuencias políticas. El PSOE y el PP sumaron el 49% de los votos. Cinco años antes habían sumado más del 80%. Era el peor resultado del bipartidismo en unas elecciones europeas y estaba por primera vez por debajo del 50%.

Esas elecciones supusieron el principio del fin del sistema del turno, mediante el cual el PP y el PSOE se repartían las posiciones simbólicas y exhibían algunas diferencias políticas en materia de derechos individuales, pero estaban de acuerdo en lo fundamental: en la continuidad de la monarquía, en el Estado de las autonomías

como punto final del desarrollo del modelo territorial y —sobre todo— en una organización del sistema económico absolutamente supeditada a los intereses de la oligarquía.

El 25 de mayo de 2014, ese sistema político que había funcionado a la perfección durante más de tres décadas estalló por los aires. Ese es el enorme significado histórico de aquellas elecciones.

Por eso —además de por haber levantado la campaña a pulso contra viento y marea y sin apenas recursos—, aunque apenas sacamos un resultado de alrededor del 8% de los votos, todavía hoy mucha gente se refiere a aquel momento como «cuando ganamos las europeas».

CAPÍTULO 9

EL PARLAMENTO EUROPEO Y LA TORTURA DE VOLAR

Y, entonces, el rayo de la nave espacial me depositó en Bruselas. Con una mano delante y una mano detrás.

Allá por junio del 2014, no solamente no teníamos ninguna experiencia en la política institucional. Tampoco teníamos ni partido ni financiación. Supongo que a los eurodiputados del PSOE o del PP, antes de que empiecen a cobrar su salario del Parlamento Europeo y antes de que empiecen a tener asignación por desplazamiento y dietas, sus respectivos partidos les ayudan a que no tengan que afrontar de su propio bolsillo el importante desembolso económico que supone una mudanza parcial a la capital de Bélgica. No fue nuestro caso. Yo tuve que adelantar mucho dinero y hasta perdí una buena parte de lo adelantado. Si hay una cosa que demuestra que Podemos es otra cosa y que el mantra antipolítico del «todos son iguales» es una patraña es el hecho de que no sea yo, ni mucho menos, la única persona que, entre todas las cosas que ha perdido por embarcarse en este viaje —lo más importante, por supuesto, la tranquilidad y el anonimato—, ha perdido también bastantes ahorros.

Y menos mal que los tenía. Porque, si no, habría tenido que pedir un crédito.

Ya a principios de junio de 2014, muy pocos días después de las elecciones, decidí viajar a Bruselas para empezar a explorar el terreno y preparar la infraestructura logística para mi llegada. Los primeros días dormí en un hotel, pero, rápidamente, me di cuenta de que iba a ser bastante más barato y también más cómodo alquilar un piso. Un eurodiputado solamente pasa doce días al mes en Bruselas: las sesiones son de lunes a jueves, desde el viernes al

domingo los eurodiputados deben hacer actividad política en su país de origen y una semana cada mes la actividad parlamentaria se desplaza a Estrasburgo. Sin embargo, los hoteles en Bruselas son lo suficientemente caros como para que salga más rentable alquilar un pequeño piso.

Así que a eso me dediqué durante aquel mes de junio de 2014: a buscar piso. Afortunadamente —teniendo en cuenta el horrible clima de la capital europea, así como la mala calidad de su parque móvil de taxis adaptados—, encontré un pequeño y económico piso a tan solo dos calles del Parlamento Europeo que me permitía ir «caminando» a trabajar.

Me consta que otros compañeros de Podemos (con menos ahorros y menos problemas de movilidad que yo) llegaron a dormir —al principio de nuestro aterrizaje— en colchonetas en el suelo en un piso compartido.

En mi periodo en el Parlamento Europeo me tuve que meter varias decenas de vuelos entre pecho y espalda, pero, al principio, no iba en avión a Bruselas. Al principio, iba en tren, porque volar en avión, para una persona con una discapacidad como la mía, es sencillamente una tortura (como explicaré más adelante).

Así que los primeros meses como eurodiputado me montaba el domingo a las 10 de la mañana en un AVE en la estación de Delicias de Zaragoza, cambiaba de tren en Barcelona Sants con rumbo a Figueres-Vilafant, allí en Figueres me montaba en un TGV francés que me dejaba en la Gare de Lyon en París, cogía un taxi adaptado para cruzar buena parte de la ciudad hasta la Gare du Nord y, allí, cogía el último tren de alta velocidad (un Thalys), que me dejaba aproximadamente a las 10 de la noche en Bruselas.

El problema de hacerlo así, además de la paliza y además de perder un día entero viajando, es que la probabilidad de error en un viaje con tantos pasos aumenta de forma combinatoria y, por lo tanto, corría el riesgo de (algún día) no llegar a tiempo.

Por eso, rápidamente tuve que aceptar que no me iba a quedar más remedio que volar aunque ello supusiera toda una odisea.

Para que se me entienda bien, vayamos por pasos.

Cuando cojo el billete, tengo que asegurarme dos veces de que he reservado la asistencia. En cada aerolínea el procedimiento es distinto y no siempre parece haber sido diseñado por una persona inteligente, pero no me queda más remedio que llevarlo a cabo porque, sin asistencia, sencillamente, no puedo volar.

Una vez que llega el día de coger el avión, si tú ya tienes que llegar al aeropuerto un buen rato antes del embarque, yo tengo que llegar entre media hora y una hora antes que tú.

Lo primero es ir al check-in. Allí, ponen etiquetas a mis maletas, ponen etiquetas a tus maletas y le ponen etiquetas, también, a mi silla. ¿Y por qué? Pues porque, para ellos, mi silla es equipaje. Esta es la primera barbaridad y, posiblemente, una de las peores. Y es bastante fácil de explicar. Mi silla no es como tu moto. Mi silla es como tus pies. Ponerle una etiqueta de equipaje a mi silla y meterla en la bodega del avión es como si a ti te arrancan las piernas, les ponen una etiqueta y las meten en la bodega del avión. Si esto te parece una exageración, piensa entonces que tienes piernas ortopédicas. Entonces sí que te las puedes quitar. Imagina entonces que te obligan en el check-in a ponerle a tus piernas ortopédicas una etiqueta de equipaje porque las van a meter en la bodega. Además de que vas a ir todo el viaje sin tus piernas, a lo mejor te las devuelven rotas o las mandan por error a Singapur.

Y esto no es hipotético. Durante mi estancia en el Parlamento Europeo, tuve que volar un fin de semana a Atenas y, cuando aterrizamos allí, me devolvieron la silla rota. Aún se movía, pero lo hacía a una velocidad ridícula y exasperantemente lenta. A paso de tortuga, conseguí llegar al hotel y, desde la habitación, mi mujer y yo llamamos a la ortopedia de Zaragoza y, siguiendo sus instrucciones —afortunadamente—, pudimos reparar la silla.

De hecho, como el protocolo de asistencia depende de cada aeropuerto, depende de la persona que te toca y a veces pienso que depende de alguna deidad tirando dados cósmicos y viendo si sale par o impar, puede perfectamente pasar que te intenten quitar la silla ya en el check-in. Si esto ocurre y tienes una discapacidad como la mía, significa que todo el resto del proceso lo vas a llevar a

cabo en una silla de ruedas manual del aeropuerto en la que vas a ir incomodísimo.

Si consigues evitar ese despropósito que podríamos perfectamente calificar de tortura gratuita, entonces, a lo mejor, tienes la «suerte» de poder llegar con tu propia silla —es decir, con tus propias piernas— a la puerta del avión. Si el acceso es mediante finger, esto es bastante sencillo. Si el acceso es desde la pista, lo más normal es que te metan en un pequeño camión elevador y te suban hasta la altura de la puerta del avión. Hay, también, alguna opción adicional más truculenta, pero no quiero extenderme más de lo necesario.

Una vez que estás en la puerta del avión, ahora sí, ya no te queda otra alternativa que abandonar tu silla —es decir, abandonar tus piernas—. En ese momento, dos personas del personal de asistencia te levantan de tu silla en volandas y te colocan en una pequeña silla muy estrechita que cabe por el pasillo del avión. Mientras bajan tu silla eléctrica para meterla en la bodega, te llevan hasta la fila correspondiente. Una vez allí, te vuelven a levantar en volandas para hacer el traslado definitivo; desde la pequeña silla portátil a la butaca.

Sentado en la butaca en un avión de RyanAir (2014).

Como ya te conté en un capítulo anterior, yo voy sentado en un asiento moldeado que está hecho a mi medida y en el que cada pequeño detalle es determinante para que pueda aguantar más de media hora sin hacerme una herida por presión. Evidentemente, si me sacaran del asiento moldeado para ponerme en la butaca, llegaría a mi destino completamente destruido. Así que no me queda más remedio que hacer la transferencia a la butaca del avión traspasándome con asiento y todo.

Además de ser una tortura sin sentido para la persona con discapacidad, este procedimiento está también pésimamente diseñado para los trabajadores y trabajadoras del servicio de asistencia y también para los que cargan la bodega. Yo peso poco. Pero perfectamente puede tocarles una persona con discapacidad que pese más de 100 kg. Ahora imagínate levantar a pulso a ese pasajero para transferirlo a la butaca en el limitadísimo espacio de la cabina de un avión. Ahora imagínatelo en un avión de Ryanair. Yo he hablado mucho con el personal de asistencia y sé que son muy habituales las lesiones de espalda, lo cual es una auténtica vergüenza para los diseñadores y los valedores de este absurdo procedimiento. Y lo mismo puede decirse respecto del personal encargado de cargar la bodega en determinados aeropuertos donde no se permite acercar un toro mecánico al avión, como es el caso del aeropuerto de Zaragoza. Allí, yo mismo he visto a los operarios levantar los 150 kg de mi silla de ruedas hasta la bodega a pulso. Estulticia procedimental y violencia laboral todo en uno.

Si has conseguido llegar a la butaca y estás más o menos cómodo, el vuelo va relativamente bien. Pero, cuando llegas a tu destino, ¡ay!, vuelve a tirar los dados cósmicos la deidad de los cascaos voladores. A lo mejor, te devuelven tu silla en la puerta del avión o, a lo mejor, no. ¿Y de qué depende esta decisión? Buena pregunta. Por lo visto, existe un equipo internacional de científicos intentando contestarla. Algunas de las hipótesis son que depende del aeropuerto, del número de vuelo, del país, del apellido del comandante, del color del avión, de la hora de aterrizaje o de si está lloviendo o no. Si tienes «suerte» y la decisión te favorece, entonces te devuelven tu silla en la puerta del avión y puedes continuar (ya

bastante feliz) usando el finger o el camión elevador. Si los dados han caído ese día mal para ti, entonces te toca ser torturado en la silla manual hasta la zona de recoger el equipaje, donde te devolverán tus piernas quizás intactas. O, a lo mejor, no.

Así cada vez que vuelas. Sin excepción.

¿Y habría una forma de llevar a cabo el procedimiento que fuera un poco más inteligente y respetuoso con las personas?, te preguntarás a estas alturas. La respuesta es «pues claro». Bastaría con hacer exactamente lo mismo que se hace en los taxis adaptados, en los autobuses adaptados y en los trenes adaptados (como, por ejemplo, el AVE). Bastaría con que permitiesen a la persona con discapacidad viajar sentada en su propia silla en la cabina del avión. Se quitan dos butacas, se ponen unos anclajes y listo.

Cuando haces este planteamiento de puro sentido común, te suelen contar una serie de estupideces inverosímiles sobre la «seguridad» y demás patrañas. Teniendo en cuenta que el AVE va a más de 300 km/h (imagínate un conjunto silla-más-humano de 200 kg saliendo despedido a 300 km/h) y teniendo en cuenta también que nuestra civilización ha llegado a la Luna, creo que no hace falta ni siquiera contestarles.

Sea como fuere, me tocó llevar a cabo este procedimiento absurdo y agresivo más de cincuenta veces durante mi temporada en el Parlamento Europeo. Aunque dudo mucho que haya estadísticas, estoy bastante seguro de que debo ser uno de los cascaos que más veces ha volado en la historia de la humanidad. Y sigo vivo. Si eso no es demostrar compromiso político, que baje Dios y lo vea.

Mi silla en el medio de la pista de despegue (2014).

Bueno, pero, una vez en Bruselas, la accesibilidad sí que sería buena, ¿no? Es una gran ciudad del norte de Europa, la capital de la Unión Europea. En este tipo de cosas, estarán mucho mejor que España, ¿no?

Pues no.

Además del clima horrible, Bruselas es una ciudad muy hostil para las personas con movilidad reducida en términos de accesibilidad urbana. Muchas de las aceras son de adoquines y ni siquiera están en buen estado. Los taxis adaptados son pocos y pequeños y hasta parecería que no hay ningún procedimiento de homologación oficial. En alguna ocasión, incluso no cabía en el taxi y me tuve que bajar a mitad de operación. Juraría, de hecho, que no vi a ninguna persona en silla de ruedas por la calle en nueve meses y medio, y no me extraña.

En España, tenemos muchos complejos, pero hay algunas cosas que las hacemos bastante mejor que otros países desarrollados. Y la accesibilidad urbana y de los transportes es una de ellas. Yo he

tenido la suerte de haber podido viajar bastante a pesar de mi condición física y he tenido la oportunidad de comparar. He estado en Nueva York, en Roma, en Berlín, en Atenas, en París, en Ámsterdam, en Viena, en Bruselas, en Estrasburgo, en Oporto, en Marsella o en Londres, y te puedo decir que solamente esta última tiene mejores condiciones de accesibilidad urbana que las que podemos encontrar en la mayoría de grandes ciudades españolas.

En España —por ejemplo, y esto es muy importante—, hay muchos más taxis adaptados que en casi todas las grandes capitales del mundo desarrollado. Los autobuses urbanos —sobre todo últimamente— también suelen contar con un parque móvil mayoritariamente accesible. Los trenes de larga y media distancia son casi todos accesibles, así como muchas de las estaciones de metro o de cercanías. Casi todas las esquinas suelen contar con una rampa y, en muchas ciudades, hay una red muy importante de carriles bici por los que también podemos transitar las personas que vamos en silla de ruedas.

Con esto no quiero decir que no haya déficits y cosas por hacer. Las hay. Pero es un hecho objetivo que, en esta materia, estamos muy por delante de buena parte de los países homologables al nuestro. Si uno viaja y se fija en estas cosas, es fácil comprobarlo.

Como te conté en un capítulo anterior, en España tenemos un problema gravísimo con las prestaciones sociales para las personas dependientes, que son escasísimas y del todo insuficientes para cubrir las necesidades reales. A pesar de los muy importantes avances que se han hecho desde el Ministerio de Derechos Sociales —primero, con Pablo Iglesias al frente y, ahora, con la ministra Ione Belarra—, aumentando en 1.800 millones de euros el presupuesto anual estatal para dependencia, nuestro país viene de muy atrás y todavía estamos muy lejos de la cobertura completa. Todavía a día de hoy y, por lo menos, en los casos más graves, el Estado se lava las manos (en un 90%) respecto de ayudarte a que te puedas levantar de la cama, ir al baño, ducharte o vestirte. Pero, eso sí, una vez que has salido por la puerta de tu casa, la cosa mejora bastante.

Si te parece absurdo, es porque lo es, y mi composición de lugar es que todo tiene una explicación económica.

Por un lado, la bonanza llegó a España en tiempos mucho más recientes que en otros países desarrollados. Así, cuando llegó el dinero, había muchas infraestructuras que no existían y todavía estaban por construir. Pero, claro, la normativa aplicable era más moderna y ya incluía elementos de accesibilidad. Cuando llegó el dinero a la mayoría de los demás países, no existía esta conciencia ni la normativa derivada de ella. Esto explica la diferencia entre países. Tenemos mejor accesibilidad urbana y de transporte porque hemos construido todo más recientemente. En cuanto a la paradoja de que te ayuden muy poco para levantarte de la cama pero la cosa mejore mucho una vez que estás en la calle, la clave —de nuevo— es presupuestaria. Como ya calculamos, la asistencia personal de una persona con un alto nivel de dependencia puede costar alrededor de 3.000 euros al mes. Sin embargo, hacer una rampita en una esquina o dar algunas subvenciones para que haya más taxis adaptados es mucho más barato... y más vistoso. En realidad, no hay que darle más vueltas.

Volviendo a Bruselas, lo que sí está bastante bien adaptado es el Parlamento Europeo. Pero claro, es que su presupuesto es enorme.

El complejo del Parlamento Europeo en Bruselas consta de decenas de edificios, algunos con más de diez plantas, conectados por diferentes pasarelas, con decenas de restaurantes, todo número y variedad de negocios dentro del complejo (sucursal bancaria, peluquería, lavandería, varios supermercados, etc.) y miles de personas trabajando en él. Nada más llegar, la sensación es apabullante.

Para ir de tu despacho a las diferentes comisiones parlamentarias, al hemiciclo, a cualquier sala de reunión, a alguna de las cafeterías y restaurantes o a cualquier departamento de la casa, puede ocurrir que recorras kilómetros por los pasillos. Lees bien: kilómetros. De hecho, existe un servicio de pequeñas motos eléctricas para que se puedan desplazar por el complejo las personas que tienen dificultades para caminar.

Uno de los primeros días de trabajo al llegar allí me quedé tirado sin batería de tantos kilómetros que hice. Recuerdo a Pablo Iglesias descojonándose y también recuerdo que, a partir de ese día, me llevaba el cargador de la batería al trabajo.

Problemas de batería aparte, el único problema de accesibilidad que tuve en el Parlamento Europeo —tanto en Bruselas como en el hemiciclo de Estrasburgo— fue que no me quedaba más remedio que ocupar un escaño en la parte de arriba del todo, básicamente porque no había forma de bajar las escaleras hasta filas más adelantadas (en todo caso, estoy seguro de que, si yo hubiera sido portavoz del grupo y hubiera tenido que estar en la primera fila, habrían solucionado el problema). Todo lo demás no solamente era accesible, sino que, además, el Parlamento Europeo contaba con un servicio de innovación informática que se puso manos a la obra para domotizar mi despacho desde el momento en el que llegué. Cuando acudí a la unidad técnica que iba a llevar a cabo este proyecto y me empezaron a contar los detalles, pude comprobar que no tenían nada que envidiar al departamento de innovación de una gran empresa. La cantidad de recursos que manejaban era impresionante.

En el Parlamento Europeo, no te falta de nada y el lugar es verdaderamente monumental. Pero, al mismo tiempo, a mí me resultó un lugar bastante frío en el que trabajar.

Creo que las únicas cosas que me gustaban de Bruselas eran que nadie me conocía por la calle y la cerveza negra. Une Leffe brune, s'il vous plaît.

Bueno, a lo mejor me gustaba también hablar idiomas y dedicarme a asuntos políticos alejados del barro.

Es cierto que, frente a la costumbre mediática de revolcarse en el fango que padece muchas veces la política española, en la política europea —en la política que se hace en el Parlamento Europeo—, es raro encontrar tabloides que se dediquen a rebuscar en el cubo de la basura de los eurodiputados y uno se puede dedicar a asuntos que son —al menos formalmente— de verdad importantes. La transición energética, la política agraria, las relaciones internacionales, las libertades fundamentales…

Esto está muy bien, especialmente para la psicología individual de los eurodiputados, pero, al mismo tiempo, creo que se debe al hecho de que lo que se hace en el Parlamento Europeo no sirve para mucho. Es decir, el Parlamento Europeo no es depositario de

demasiado poder real que digamos. Por eso, los sicarios mediáticos que trabajan para avanzar los intereses de los grandes poderes económicos no pierden el tiempo acosando eurodiputados, como sí hacen con determinados diputados del Congreso.

Nada más llegar, uno rápidamente aprende que la estructura institucional de gobierno de la Unión Europea tiene fundamentalmente tres patas: la Comisión Europea, el Consejo Europeo y el Parlamento Europeo. Y que la tercera de ellas es la que menos manda («curiosamente», la única elegida democráticamente por sufragio directo de los ciudadanos europeos). En realidad, lo que ocurre es que se combinan al menos tres elementos. En primer lugar, que el Parlamento Europeo no tiene tanto peso en la elaboración legislativa como pueden tener los parlamentos de los Estados miembros. Según la arquitectura institucional europea, la Comisión y el Consejo también tienen una muy importante participación que diluye la influencia del Parlamento en el resultado final. En segundo lugar y como detallaré más adelante, al Parlamento Europeo le ocurre lo mismo que a cualquier poder legislativo: sus momentos de poder son contados y, de hecho, el más significativo lo ejerce al principio de la legislatura, cuando elige al poder ejecutivo —en este caso, la Comisión Europea— y, en ese acto, le transfiere la mayor parte del poder recibido directamente de la ciudadanía en las urnas. Pero, quizás, el elemento más importante para entender por qué a una fuerza como Podemos el Parlamento Europeo le resulta un lugar donde se puede hacer poca política es saber que, a nivel europeo, sí que funciona perfectamente la Große Koalition entre populares y socialistas.

En España, muchos cronistas de la Villa de Madrid tienen sueños húmedos con la posibilidad de una gran coalición entre el PP y el PSOE. Pero eso en nuestro país opino que está descartado (por lo menos, en el medio plazo). Lo más cerca que estuvimos de una configuración política como esa fue cuando el PSOE se partió en dos para hacer presidente a Mariano Rajoy mediante una abstención parlamentaria y, a día de hoy, ni siquiera eso sería viable desde el punto de vista de la continuidad histórica del Partido Socialista. Pero, donde sí funciona —y funciona muy bien— la gran coalición entre populares y socialistas es en el Parlamento Europeo. Todos los grandes acuerdos se alcanzan y se implementan entre estos dos

partidos europeos a los que pertenecen, respectivamente, el PP y el PSOE, y, de hecho, se reparten entre ellos los puestos más importantes en todas las instituciones europeas.

Eso es así ahora y también era así —quizás todavía un poco peor— cuando yo fui elegido eurodiputado.

La receta económica neoliberal de la austeridad —que, en 2020, quedó relegada definitivamente al basurero de la historia como una especie de terraplanismo que, además de ser enormemente cruel para la población, se ha revelado como un fracaso desde el punto de vista macroeconómico—, a finales de 2014 y principios de 2015 (cuando yo estuve en el Parlamento Europeo), gozaba todavía de muy buena salud y era imposible de modificar a nivel europeo precisamente por esa alianza tan bien engrasada entre las dos grandes familias políticas europeas.

De aquella época es también el ataque despiadado de los hombres de negro al pueblo de Grecia.

Cuando viajé a Atenas para conocer a los compañeros de Syriza en aquellos meses, recuerdo mirar la milenaria capital por la noche desde la azotea de un hotel y ver la mitad de los edificios con las luces apagadas. Recuerdo que, entonces, pensé: «Parece una ciudad en guerra» y, rápidamente, me contesté a mí mismo que, efectivamente, lo era. Solo que no la habían atacado con misiles, sino con devastación económica.

Recuerdo perfectamente la sesión inaugural, en aquel hemiciclo gigante, blanco y azul, en uno de los parlamentos más grandes del mundo, en el que se hablan más de veinte idiomas y que simboliza la voluntad de prácticamente todo un continente de vivir en paz después de un sinnúmero de guerras terribles. Recuerdo estar allí, escuchando el himno de la Unión Europea —la novena sinfonía de Beethoven, nada menos—, interpretado por una pequeña orquesta de cámara en el centro del hemiciclo, y pensar «qué poderoso, qué hermoso y qué importante podría ser esto para el avance de la democracia y de la justicia social y, sin embargo, no lo es».

Es verdad que, en estos últimos dos años, debido a la respuesta que ha tenido que dar el conjunto del continente a la pandemia de la

COVID-19 y también a la invasión de Ucrania, las instituciones europeas han experimentado una nueva juventud y han tomado decisiones verdaderamente importantes y completamente contrarias a lo que habían hecho antes. Pero, a finales de 2014 y principios de 2015, era imposible vislumbrar para una fuerza como Podemos la más mínima posibilidad de conseguir transformaciones desde allí.

Por todo ello, estaba bastante claro que no iba a durar mucho tiempo en Bruselas. Yo me había metido en Podemos para cambiar las cosas. Para mejorar de forma material e inmediata la vida de la gente de mi país. Y era evidente que eso no podía hacerse desde el Parlamento Europeo, una institución con poco poder real y donde estábamos siempre en minoría.

Era una tortura volar dos veces por semana y perdíamos todas las votaciones en el Parlamento Europeo, pero, aun así, guardo buenos recuerdos de esa época.

Fue la primera vez que hubo personas de Podemos en una institución pública, con todo lo que ello conlleva: el aprendizaje institucional a marchas forzadas, el demostrar que podemos hacerlo mejor que los partidos de toda la vida, pero también todas las anécdotas que inevitablemente se producen por ser lo que somos.

El eurodiputado aragonés en silla de ruedas cargando 40 kg de bolsas del supermercado por la calle en Bruselas. Las expediciones al Ikea para poner algún mueble en un piso vacío. El camarero de la cafetería del Parlamento Europeo diciéndome que utilizara la cola rápida de los eurodiputados para desayunar y yo cogiendo la cola lenta del común de los mortales. Los de Podemos entrando en el avión en el aeropuerto de Zaventem por la cola de clase turista, mientras que los eurodiputados del PSOE y del PP nos miraban de reojo desde la cola de primera clase (con el miedo, creo yo, de que les hiciéramos una foto). O los lobbies enviándonos cinco o seis invitaciones a cenas de lujo cada día y nosotros tomando una cerveza al final de la jornada en la plaza Luxemburgo y durmiendo muy bien por las noches.

Llevando la compra en Bruselas (2014).

Pero también —y para eso sí es muy útil políticamente el Parlamento Europeo—, el haber entablado relación con los camaradas de todo el continente que tuve el lujo de conocer. Marisa Matías, del Bloco de Esquerda de Portugal, que luego sería candidata a la Presidencia de la República. El primer ministro

Alexis Tsipras, que conocí en aquel accidentado viaje a Atenas. Manolis Glezos, el héroe de la Segunda Guerra Mundial que, con más de noventa años, era el eurodiputado más veterano de toda la cámara y que, todas las mañanas, me decía: «Kalimera, Pablo», a lo que yo contestaba (honrado y sintiéndome muy pequeño a su lado): «Kalimera, Manolis».

Con Manolis (2014).

O Jean-Luc Mélenchon, hoy líder de La France Insoumise —el principal partido de la izquierda en Francia y única alternativa al neoliberalismo de Emmanuel Macron y a la ultraderecha de Marine Le Pen— y entonces eurodiputado por el Front de Gauche. Recuerdo perfectamente cómo Jean-Luc miraba fascinado el nuevo fenómeno que representábamos la gente de Podemos y, también, aquel largo café que me tomé con él en la cafetería del Parlamento Europeo en Estrasburgo y durante el cual me sometió prácticamente a un tercer grado. Él siempre dice que se inspiró en Podemos para la creación de La France Insoumise y yo puedo dar fe de que es la

pura verdad.

En Bruselas, nosotros aprendimos como una esponja, pero me consta que también hubo muchos que aprendieron de nosotros.

CAPÍTULO 10

VISTALEGRE 1, PABLO CONTRA PABLO

Si aprendí mucho políticamente en el Parlamento Europeo, aprendí todavía más en el congreso fundacional de Podemos: la Asamblea Ciudadana «Sí se puede», que se celebró durante la segunda mitad de 2014 y tuvo su punto álgido presencial los días 18 y 19 de octubre en la plaza de toros de Vistalegre.

Mucha gente que no conozca a fondo la historia de Podemos quizás no sabe que yo me enfrenté a Pablo Iglesias por aquella época, pero, efectivamente, así fue. Y fue algo bastante parecido a una batalla campal.

Aquel congreso fue un momento de máxima temperatura política y yo fui uno de sus dos principales protagonistas (sin querer queriendo, como decía el Chavo del Ocho).

¿Y cómo llegamos a ese punto de enfrentamiento después de que Pablo me apoyara en las primarias para las elecciones europeas y después de que hiciéramos campaña juntos? A día de hoy, no te creas que tengo una respuesta definitiva. A toro pasado y racionalizando cosas que, a lo mejor, no se deberían racionalizar, diría que se debió a un cúmulo de factores.

En primer lugar y sin duda, a mi inmadurez política. Si, en la segunda mitad de 2014, yo hubiera sabido todo lo que sé hoy, estoy seguro de que ese enfrentamiento no se habría producido... y ahora entro en detalles.

Pero también creo que influyó una cierta dinámica de grupos que se estableció en el Parlamento Europeo.

Podemos es inicialmente imaginado, diseñado y lanzado por un grupo de profesores y académicos que se conocían previamente

entre sí: Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero, Carolina Bescansa, Luis Alegre o —aunque llegaría un poco más tarde y no al principio del todo—, también, Íñigo Errejón. Aunque Pablo apostó por personas externas a ese grupo inicial para la papeleta de las europeas, como Lola Sánchez, Carlos Jiménez Villarejo o yo mismo, es fácil imaginar que no calculó que íbamos a sacar tantos eurodiputados y que el grupo fundador —o «grupo promotor», como lo llamábamos entonces— se iba a quedar en minoría en la delegación europea. De esa delegación formaba parte también Teresa Rodríguez, quien, además de no ser miembro tampoco de ese núcleo fundador, traía consigo los intereses concretos de una organización política determinada: Izquierda Anticapitalista. Todo ello generó una dinámica humana en la que yo me acerqué a Teresa y a Lola en aquellos primeros momentos y empecé a alejarme de Pablo. Pronto, Carlos Jiménez Villarejo tuvo que dejar el acta de eurodiputado por problemas de salud y fue sustituido por Tania González; una persona afín, por aquella época, al grupo promotor.

Yo, además, había entrado en Podemos a través de mi militancia en el círculo de Zaragoza, lo cual me hacía —de forma natural— reacio a cualquier forma de organización del partido que tuviera sabor vertical o centralizado. Mientras tanto, Pablo y el resto de personas del núcleo fundador estaban pensando en construir lo que se dio en llamar una «máquina de guerra electoral» para «asaltar los cielos» en las elecciones generales de diciembre de 2015. Evidentemente, esa perspectiva y ese objetivo exigían todo menos una organización horizontal y asamblearia.

Esta diferencia de criterios, pero, sobre todo, una dinámica de grupos en el Parlamento Europeo cada vez más enrarecida, me llevó a formar una alianza con Teresa Rodríguez y Lola Sánchez —así como con otros actores de nuestra incipiente organización— y a enfrentarme a Pablo Iglesias en ese primer congreso fundacional que, aunque se llamaba oficialmente Asamblea Ciudadana «Sí se puede», todo el mundo conoció entonces como «Vistalegre» y conoce hoy —después de que haya habido varias— como «Vistalegre 1».

He mencionado mi inmadurez política porque, echando la vista atrás y sabiendo todo lo que sé hoy, es evidente que quien puso el

máximo interés —y recursos humanos— para montar aquella «insurrección» democrática a Pablo Iglesias fue el partido Izquierda Anticapitalista. Aunque creo que, a pesar de mi inocencia y a pesar de estar aún muy verde en esas lides, fui capaz de mantener un cierto grado de autonomía política, aunque creo que el principal motor que me movió entonces fueron mis ideas y principios propios y no el seguidismo acrítico o inercial de una voluntad ajena, no sé si hoy participaría en una operación como aquella, en la que la dirección implícita está en manos de una organización política concreta con sus propios intereses y en la que yo ni siquiera militaba.

Como apuntaba antes, en ese primer congreso, se conformaron básicamente dos bloques. Por un lado, Pablo y su equipo entendieron que había que construir un sistema organizativo centralizado que permitiera tomar decisiones rápidas para alcanzar el mejor resultado electoral en las elecciones generales de diciembre de 2015, en un ataque al poder con forma de blitz (guerra relámpago). Del otro lado, Izquierda Anticapitalista, así como muchos otros grupos heterogéneos surgidos al calor de la creación de los círculos de Podemos, entendimos que había que evitar ese tipo de diseño y había que construir un partido más asambleario y en el que se tomaran más decisiones de forma colegiada. La candidatura de Pablo y su equipo se llamó Claro que Podemos y las gentes del segundo bloque nos autodenominamos Sumando Podemos.

Aunque la mayor parte de los grupos integrados en Sumando Podemos que defendían el modelo más asambleario lo hacían de una forma sincera y desde sus principios, viéndolo retrospectivamente y teniendo en cuenta todo lo que sé hoy, puedo afirmar que la defensa de dicho modelo por parte de Izquierda Anticapitalista tenía —también— un fuerte componente de disputa por el poder interno. Y digo «también» porque quiero ser justo. No me cabe duda que Izquierda Anticapitalista también estaba defendiendo sus principios e ideas al adoptar aquella posición; al mismo tiempo que estoy seguro de que estaba intentando también buscar mayores cuotas de poder interno. Y ojo, aspirar a tener mayores cuotas de poder interno en una organización política democrática es perfectamente legítimo. Eso sí, es un poco más

problemático cuando quien quiere tener mayores cuotas de poder no es un grupo de personas sin más, sino que se trata de otra organización política distinta, con sus propios estatutos, con sus propios documentos políticos y con su propia ejecutiva (el problema de la doble lealtad que detallaré más adelante).

Además —y mirando desde 2022—, ya hemos vivido varias asambleas ciudadanas estatales y sabemos cómo funciona el mecanismo. En varias de ellas, se ha repetido el mismo esquema: se ha disfrazado la voluntad de hacerse con el poder bajo el ropaje de supuestas discrepancias políticas u organizativas que no son tan serias en realidad. Como no queda tan bonito decir que lo que quieres es mandar, coges un par de diferencias menores en el fondo y en la estrategia y las exageras. En este sentido, Vistalegre 1 no fue una excepción.

De hecho, hoy ya sabemos cómo ha acabado la historia de Adelante Andalucía y de Teresa Rodríguez y a nadie se le escapa que, en última instancia, lo que ha sucedido en Andalucía ha sido una batalla no tanto por las ideas o por el modelo de partido, sino por la construcción de una nueva fuerza política en la que Izquierda Anticapitalista pueda tener todo el poder interno. No pudo ser en Podemos en 2014; ha acabado siendo en Adelante Andalucía en 2022.

Digo esto desde el respeto hacia Teresa, a quien conozco bien. No tengo ninguna duda acerca de sus convicciones políticas y de su compromiso para con las clases populares. La he visto de cerca defendiendo estos principios a brazo partido, como también la he visto negociar muy duramente y con la mandíbula apretada, primero como aliada en la batalla interna y, después, como adversaria. El problema es que, en la política, siempre se entrecruzan tres planos: el proyecto de país que uno tiene, la estrategia que hay que desempeñar para llegar a esa meta y la organización interna del espacio en el que uno milita (la cuestión del poder). Y es en los dos últimos planos en los que las gentes de Izquierda Anticapitalista —como Teresa o como Miguel Urbán, a quien guardo un cariño especial— decidieron separarse del camino que, en diferentes momentos de nuestro recorrido, decidió trazar Pablo. Esto, a mí, me parece legítimo y lo constato aquí como un

hecho sin más. Lo que sí creo que es reprobable y supone, desde mi punto de vista, cruzar una línea roja inaceptable es que Teresa —y también Kichi—, en esa pugna por consolidar su posición política, atacasen varias veces a Pablo y a su familia en el plano personal utilizando el argumento de la casa. Comprarle munición a la derecha y dispararla desde medios de derechas5 contra tus antiguos camaradas no me parece ni muy decente ni muy anticapitalista.

Dicho esto, también debo decir que tengo mucho respeto por algunos de los militantes de Izquierda Anticapitalista a los que he tenido el gusto de conocer, creo que han aportado elementos interesantes a la construcción de Podemos y guardo buenos amigos en el seno de esa organización (que ahora se llama Anticapitalistas a secas), pero creo que el relato que acabo de hacer no es erróneo y no es injusto. De hecho y como digo, me parece perfectamente legítimo en política dar la batalla por el poder interno (preferiblemente, sin utilizar malas artes). Pero también pienso que hay que contar las cosas como son —como fueron— y hay que llamar a las cosas por su nombre.

Sea como sea, más de 30 grupos de todo el país nos coaligamos en la primera asamblea ciudadana para formar el equipo Sumando Podemos y redactar un documento organizativo alternativo. Al estar naciendo el partido en ese mismo momento, la definición de un esquema organizativo era el primer paso inevitable que había que dar. Obviamente, no podíamos elegir a los órganos de dirección antes de haber definido su tamaño, su estructura y el procedimiento de elección.

Aún recuerdo vívidamente y con cariño las largas sesiones participativas que llevamos a cabo escribiendo el documento organizativo —de facto— a decenas de manos. Un montón de personas en una sala debatiendo, levantando papeletas de colores y haciendo enmiendas; todo ello moderado con inteligencia y con compromiso.

Con todo lo que sé hoy, con todo lo que he aprendido a lo largo de estos años, sinceramente creo que el documento organizativo de Sumando Podemos no habría permitido un funcionamiento ágil de la organización y, por lo tanto, no habría permitido el cumplimiento de los diferentes hitos electorales que se consiguieron

a finales de 2015 y a mediados de 2016. Creo que estaba cargado de buenas intenciones y de loables principios democráticos, pero no de inteligencia política. Ahora bien, también creo que el procedimiento mediante el cual fue escrito y la ilusión y el compromiso político que tuvo detrás es algo de lo que se puede aprender y de lo que yo particularmente me siento orgulloso.

Al mismo tiempo, es también justo decir que no todos los planteamientos de Sumando Podemos han demostrado ser erróneos con el transcurso de los años. Una vez que ha pasado la época de la «máquina de guerra electoral», Podemos ha entendido, por ejemplo, que tenía que reforzar el protagonismo de los círculos, algo que se hallaba claramente en el espíritu de nuestro documento. En segundo lugar, el equipo de Pablo y —de nuevo— con la voluntad de producir un blitz en las elecciones generales, tomó una decisión controvertida que, a día de hoy, mucha gente ve retrospectivamente como un error: la decisión de que Podemos no se presentase como tal a las elecciones municipales de 2015 y depositase todo su capital político en candidaturas «ciudadanas» de «marca blanca». Hoy en día es prácticamente unánime la opinión de que esa decisión, a la que nos opusimos desde Sumando Podemos, dificultó nuestra implantación territorial; uno de los más serios problemas históricos del partido que solamente ahora estamos empezando a revertir.

Pero, además de la época de sesudos debates organizativos, Vistalegre 1 fue también la época en la que salté definitivamente a la fama.

¿Y por qué justo entonces? Por algo que, con el paso de los años, se ha vuelto absolutamente evidente para mí y que explica muchas de las disputas internas en Podemos y la construcción mediática de los diferentes personajes que las han protagonizado. A mí me gusta decir que, en comunicación política, existen leyes que se cumplen casi con tanta precisión como las leyes de la física. Parece mentira, pero es así. Y la ley de hierro que me propulsó a la fama en la segunda mitad de 2014 —y que estuvo vigente todos y cada uno de los días en los que Pablo Iglesias estuvo en activo como líder de Podemos— es sin lugar a dudas una de ellas.

La podemos enunciar, en pocas palabras, de la siguiente manera:

La inmensa mayoría de los medios de comunicación están [estaban] encantados de propulsar, cuidar y dar espacio en antena a cualquier persona que se enfrente a Pablo Iglesias. Si te enfrentas a Pablo Iglesias, te abren las puertas de todas las cadenas de televisión y la inmensa mayoría de los tertulianos hablan bien de ti.

Era tan descarado este comportamiento y era tan explícito el mensaje que lanzaban la mayoría de los medios de comunicación a cualquier persona dispuesta a escucharlo («enfréntate a Pablo Iglesias y ten por seguro que te vamos a tratar muy bien») que han sido muchos y muchas los que han decidido a lo largo de estos años —bien desde dentro del partido o bien desde fuera— estrechar la mano de los poderes mediáticos y decir «trato hecho». Podría citar unos cuantos ejemplos con nombres y apellidos, pero creo que es tan evidente que no hace falta.

Y yo sé que esto funciona exactamente así porque —aunque yo no era todavía consciente de ello en aquella época— fue justo lo que intentaron hacer conmigo en Vistalegre 1. Yo sé que esto funciona exactamente así porque lo viví en primera persona.

En aquellos meses de la segunda mitad de 2014, muchos grandes opinadores del país decidieron unilateralmente que me iban a investir mediáticamente como el comandante en jefe de Sumando Podemos sin ni siquiera preguntarme y me invitaron a todas las televisiones durante semanas para que hablase de mi enfrentamiento con Pablo Iglesias. Pero claro, no me conocían. Durante nuestros comienzos, era un pecado bastante habitual por parte de nuestros adversarios desconocer nuestros funcionamientos y relaciones internas, y supongo que se pensaban que yo tenía una voluntad real de hacer daño a Pablo. Desgraciadamente para ellos, ese no era el caso y, aunque a lo largo de innumerables entrevistas no pararon de buscarme la boca, —muy a su pesar— no me la encontraron ni una sola vez.

Rodeado de micrófonos en Vistalegre (octubre de 2014).

Fuente: Dani Gago.

La principal diferencia entre todas esas personas (en las que estás pensando) que se aprovecharon de la aplicación de esta táctica comunicativa para desgastar a Pablo Iglesias y yo es que yo no me presté. Así de sencillo. Lo cual no evitó, sin embargo, que los que me quisieron utilizar para ello propulsaran mi conocimiento entre la población por encima del 90% a base de sacarme en la pantallita una y otra vez.

Además de lo bien que me trataban en aquella época Antonio García Ferreras y tantos otros, recuerdo un hecho específico que pone en evidencia —aún más si cabe— lo absolutamente descarado de la táctica en cuestión. Aunque ahora resulte increíble, lo cierto es que, a finales de 2014, cuando la opinión publicada todavía pensaba que yo era un gran enemigo de Pablo Iglesias, hasta

Eduardo Inda me echaba piropos.

¡Y no, no estoy exagerando!

En el arranque de una entrevista en La Sexta noche el 28 de diciembre de 2014, Eduardo Inda dice lo siguiente antes de empezar con las preguntas:

—Quiero expresar mi admiración por Pablo, porque es un ejemplo de superación para todos. Es una persona que es físico, que fue premio extraordinario, aprobó el doctorado con un sobresaliente cum laude y, bueno, pues, es un ejemplo de superación del cual deberíamos todos aprender.

Cuando volví a La Sexta noche en junio de 2016, poco después de ser nombrado secretario de organización —y, por lo tanto, cuando ya estaba completamente claro que me había convertido en una persona de la confianza de Pablo Iglesias —, el comportamiento de Eduardo Inda cambió por completo y empezó a atacarme violentamente. De la noche a la mañana. Con total descaro y alevosía. En riguroso y perfecto cumplimiento de la ley de hierro.

Te cuento todo esto no solamente como parte de mi historia personal, sino también como una herramienta útil para que puedas construir tu propio análisis del papel de cada actor en el tablero político; en el pasado, en el presente y en el futuro. El debate público está lleno de medias verdades, de opiniones interesadas, de afirmaciones de parte y de lo que ahora se llaman «relatos». Pero, entre todo ese ruido, hay un método notablemente objetivo que permite situar a cada cara visible en su correcto lugar: estar muy atentos a quién habla mal de ella y —sobre todo— quién habla bien de ella. Y preguntarse por qué.

Hay que entender también que la decisión de la mayoría de los poderes mediáticos de machacar a la gente que apoyaba a Pablo Iglesias y cuidar a la gente que le atacaba no tiene que ver con el hecho de que Pablo tuviera algún tipo de runa martirológica intransferible tatuada con tinta mágica invisible en la frente. Toman esta decisión —y es algo completamente lógico— por el único motivo de que Pablo Iglesias, y Podemos bajo su dirección, demuestran una férrea voluntad de llegar al gobierno para cambiar

las cosas en un sentido de ampliación de derechos de las mayorías populares y reducción de los privilegios de la minoría más privilegiada de la sociedad. Cualquiera que hubiese demostrado esa voluntad firme y que hubiese tenido posibilidades de conseguirlo habría sufrido la aplicación de las mismas reglas y la misma lógica.

Y un último apunte. En este libro voy a hablar mucho de los medios de comunicación y de cómo la mayoría de ellos nos llevan atacando desde que nacimos, voy a explicar que han cruzado numerosas líneas rojas, llegando a utilizar el acoso y la mentira, y voy a constatar la presencia en la mayoría de las tertulias de pseudoperiodistas de ultraderecha. Por eso, quiero dejar aquí claro —la primera vez que me refiero a esta problemática— que la gran mayoría de los periodistas de a pie que yo he tenido el gusto de conocer —y he conocido muchos— son gente decente y profesional. El problema no está ahí. El problema son sus jefes y los dueños de los grandes poderes mediáticos. Las campañas de persecución, de acoso y de bulos no se deciden abajo. Se deciden arriba. De hecho, me consta que la mayoría de los periodistas asisten avergonzados a la degradación de su oficio que perpetran todos los días una minoría de sicarios con escaño fijo en los más importantes platós.

Creo que es de justicia reconocerlo y dicho queda.

En esa época, yo todavía no había llevado a cabo el recorrido político que me ha llevado a entender con precisión cómo funcionan las cosas. Pero eso no me impidió vivir los días de la asamblea presencial en la plaza de toros de Vistalegre de una forma muy emocionante y muy intensa.

Nunca olvidaré el momento en el que entré al recinto por una puerta lateral y todo el auditorio —entre 8000 y 9000 personas— se vino abajo, con aplausos y gritos de «sí se puede». No es falsa modestia si digo que me sorprendió, que no me lo esperaba y que me puse visiblemente colorado. De hecho, era básicamente imposible que mi reacción hubiera sido otra. La primera vez que te aplauden miles de personas, obviamente, no sabes ni dónde meterte y ya te digo yo que, incluso cuando lo has vivido más de diez veces, sigue siendo difícil de asimilar.

Y lo cierto es que aquella no fue únicamente una reacción de cariño. Mucha de la gente que había acudido a aquella asamblea apoyaba nuestros planteamientos.

Entrando en Vistalegre (octubre de 2014).

Fuente: Dani Gago.

Hay una escena en la película de Fernando León de Aranoa Política, manual de instrucciones —un documento indispensable sobre este momento fundacional de Podemos— en la que queda perfectamente claro cuál era la correlación de fuerzas entre los asistentes a aquella asamblea.

En dicha escena, podemos ver a Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero e Íñigo Errejón en el backstage cuando Íñigo se asoma por una puerta al recinto para escuchar los cánticos que estaba entonando el público. Al volver a la sala, le dice a Pablo:

—Sabes lo que era, ¿no? Lo que se gritaba.

—¿Qué?

—Sumando Podemos... Era su gente.

Por si había poca tensión en el ambiente, habíamos aceptado la heterodoxa propuesta de uno de los mejores directores de cine de nuestro país para ser los protagonistas de una película documental sobre nosotros mismos y estábamos viviendo, por tanto, aquellos momentos —casi todo el rato— microfonados y con una cámara delante. A cada paso que dábamos y sin saber cómo iba a acabar la cosa, éramos conscientes de que nuestras palabras y nuestras reacciones estaban siendo meticulosamente guardadas para los libros de historia.

A pesar de que tuvimos mucho cuidado con lo que decíamos y hasta llegamos a rasquetear un poquito el micrófono de solapa para hacer ruido y que no entrase limpia la voz cuando queríamos decirnos algo confidencial, estoy seguro de que alguna cosa se nos escapó y Fernando todavía guarda material de alto voltaje que no ha querido publicar porque, además de ser un excelente profesional, es un buen tipo.

En efecto, los que coreaban aquellos cánticos eran nuestra gente. Y quizás teníamos mayoría entre los 8000 o 9000 militantes que llenaban aquel día la plaza de toros de Vistalegre. Pero era absolutamente imposible ganarle a Pablo en esa asamblea.

La clave es que no solamente los militantes más politizados de los círculos conformaban el censo de votantes. En aquella época, el censo de inscritos de Podemos contaba con algo más de 200.000 personas, todas ellas tenían derecho a voto y el apoyo a las tesis de Pablo en ese censo mucho más amplio era abrumador.

Además, nosotros éramos unos novatos y era obvio que no podíamos competir con su experiencia política, su capacidad estratégica y su discurso demoledor.

—El cielo no se toma por consenso. Se toma por asalto. Recuerdo que, cuando Pablo se subió al escenario, rugió estas palabras que

han quedado en la memoria de todo un país y nos ganó por aplastamiento, Román Sierra, miembro de mi equipo entonces y más tarde secretario de organización en Podemos Aragón, me susurró al oído:

—Hemos hecho lo que hemos podido. Era imposible ganar. Hemos jugado contra el Madrid.

Perdimos. Pero el 12% de apoyos que obtuvo nuestro documento organizativo en esa asamblea fue enormemente meritorio dadas las circunstancias.

Es justo después de la votación cuando llega otro momento de aprendizajes importantes para una persona que, como yo, venía de fuera de la política. Si nunca has militado en un partido y siempre nos has visto desde fuera, quizás te resulte útil conocer lo que yo entendí por aquella época.

En cuanto supimos que el documento organizativo del equipo de Pablo Iglesias había obtenido más del 80% de los votos, yo asumí que la gente se había expresado democráticamente y que tocaba, a partir de ese momento, apoyar sin matices a la dirección que había ganado la asamblea.

Sin embargo, mis compañeros de equipo y de viaje no pensaban lo mismo. Para mi sorpresa, querían seguir dando la batalla interna incluso después de acabada la votación. Esto ha sido una constante en la vida de Podemos que luego pude palpar directamente con las manos cuando fui secretario de organización: mucha gente se coloca con más facilidad en la batalla interna contra los compañeros que en la batalla externa contra los grandes poderes económicos o los adversarios políticos.

Mi hipótesis es que uno de los motivos por los cuales esto ocurre es porque la gente de Podemos es muy combativa y es mucho más sencillo enfrentarte a lo que tienes más cerca (y es, por tanto, más concreto) que enfrentarte a lo que tienes más lejos (y es, por tanto, más abstracto).

No obstante, aunque se pueda entender esta actitud desde la empatía, no deja de ser un importante lastre que impide hacer política útil y que hay, por ello, que intentar evitar.

Evidentemente, hay un momento concreto en el que uno sí se debe dedicar a la confrontación democrática de ideas y estrategias en clave interna: cuando se abren las urnas de una asamblea. Sin embargo, seguir dedicando la mayor parte de la energía política a ello cuando las urnas ya se han cerrado es objetivamente perjudicial.

Creo que otro de los elementos —y uno muy humano también— que conduce a este tipo de enfrentamiento estéril tiene que ver con la fuerza del grupo en cuanto lugar donde se establecen lazos de afinidad y que genera vértigo abandonar ante la perspectiva de quedarse uno políticamente solo. Aunque yo tenía claro que había que dejar de pelear después de la votación, tuve muchísimas dudas precisamente por la fuerza del grupo. No es fácil decirle que no a la gente que te ha acompañado durante meses. No es fácil decirle que no a las personas que —por mucho que pienses que se están equivocando— aprecias, respetas y te han apoyado en los momentos difíciles.

¿Y por qué tengo tan claro que abandonar la pelea interna era la decisión correcta? Por otro de los importantes aprendizajes que empecé a atesorar en aquella época y que fui profundizando en los años siguientes: el problema de tener dos lealtades políticas.

Esto se puede aplicar al equipo Sumando Podemos, a corrientes internas en el sentido clásico o a organizaciones políticas dentro de otras, como Izquierda Anticapitalista dentro de Podemos. Dicho en pocas palabras, si uno, además de pertenecer a Podemos, pertenece también a otro grupo con sus propias dinámicas decisorias, está sometido simultáneamente a dos lealtades distintas y eso es enormemente problemático.

Pensemos, por ejemplo, en el caso en el que hay que abordar una situación política muy complicada y hay que tomar una decisión. Si, en ese caso, las dos fuentes de lealtad política emiten órdenes contradictorias, hay que elegir una de esas órdenes y, por lo tanto, obligatoriamente traicionar el mandato de uno de los dos grupos a

los que se pertenece. Nótese, además, que, en el momento en el que se elige traicionar el mandato de una de las dos lealtades, automáticamente se está expresando, mediante ese acto, que no se pertenece —en realidad— a los dos grupos, sino solamente a uno de ellos. ¿O qué significa formar parte de un grupo político si no es respetar las decisiones que allí se toman democráticamente?

Es importante —llegados a este punto— aclarar una concepción errónea que típicamente se hace del concepto de lealtad por parte de gente que jamás ha militado en un partido político y no tiene ni idea de cómo es aquello.

En la política del siglo XXI, tan determinada por los hiperliderazgos, hay dos tipos de lealtades que se deben considerar para poder llevar a cabo un análisis riguroso: la lealtad al líder y la lealtad al partido.

Empezaré por la primera, pero antes expresaré una prevención relevante.

Si uno hace una encuesta y pregunta a la ciudadanía por su confianza en los medios de comunicación, en los jueces o en los partidos políticos —así, en general—, ninguno saca muy buena nota. Sin embargo, parece evidente que se trata de una pregunta trampa. No solamente es obvio que no todos los medios de comunicación son iguales, que no todos los jueces son iguales y que no todos los partidos son iguales (no sé el tuyo, pero el mío, por ejemplo, no ha pedido nunca ni un euro a la banca y no tiene ni un solo caso de corrupción), es que, además, la democracia no puede funcionar sin medios de comunicación, sin jueces o sin partidos. Es decir, la generalización no solamente es un grave error de análisis, sino que, además, tira por tierra la posibilidad de tener un sistema democrático con medios de comunicación, jueces o partidos políticos que funcionen como deberían funcionar y que trabajen para la mayoría social. Si renegamos de los pocos medios que se enfrentan a los privilegiados y que informan con rigor porque la mayoría de ellos trabajan para los poderosos o directamente mienten, estamos dejando en la estacada a los periodistas honestos y regalando uno de los sectores más importantes para la democracia a los corruptos. Por utilizar la conocida expresión popular, estamos tirando al niño junto con el agua sucia. Lo mismo si olvidamos que hay jueces honestos porque la cúpula judicial esté politizada y lo

mismo si mantenemos que «todos los partidos son iguales», cuando es evidente que eso es mentira. Pero es que, además, y a diferencia de los medios o la judicatura, los partidos políticos son —como los sindicatos, como las asociaciones de vecinos, como los movimientos sociales o como las cooperativas— una de las pocas formas de organización colectiva que permiten que «los más», que «los nadies», que el 99%, podamos dar la batalla a «los menos», a ese 1% de privilegiados que suponen una minoría muy pequeña en términos democráticos pero que acumulan casi todo el poder.

Aunque esto es evidente —o debería serlo, especialmente para las personas de izquierdas—, el hecho de que «los partidos» —así, con las comillas de la generalización infantil— tengan tan mala fama genera una tentación golosa y difícil de evitar: la tentación de desacreditarlos (aunque se sea consciente de que se trata de postureo) para conseguir una (pretendida) altura moral gratis y avanzar así los objetivos propios. Esto lo hace mucho la derecha económica —porque, al fin y al cabo, si te cargas las formas de organización colectiva, acabas en una plutocracia—, pero también lo hemos visto en el discurso de una parte de la izquierda que ha querido ganar espacio mediante la supuesta negación de los partidos y su sustitución por entidades conceptualmente gaseosas como las «plataformas», las «candidaturas ciudadanas» o similar. Como explicaba muy bien un compañero recientemente en Twitter, todos esos entes, al final, no dejan de ser partidos con otro nombre —¿o no se presentan a las elecciones?, ¿o no reciben las subvenciones electorales?, ¿o sus cargos electos no cobran un salario público?—, pero, muchas veces, con un funcionamiento interno mucho más opaco, mucho más personalista y mucho menos democrático. Por no mencionar que, como regla general, casi todo lo que empieza autodeclarándose como una de estas entidades conceptualmente gaseosas acaba constituyéndose oficialmente en partido más pronto que tarde (el ejemplo quizás más evidente de esto es el Más Madrid de Carmena y Errejón; primero «plataforma», hoy partido en toda regla).

El discurso tiene muy poca base material, pero es que, además, es bastante peligroso. El «todos son iguales» sumado a la negación de la forma de organización colectiva más importante que tenemos disponible la gente trabajadora para disputar el poder democrático

es pura antipolítica. Y, en la antipolítica, nunca ganamos los que queremos una sociedad más justa e igualitaria. En la antipolítica, siempre gana la reacción.

Era importante hacer esta previa porque es desde ahí, desde ese postureo analíticamente débil que desacredita a «los partidos» —así en general—, desde donde se suele emitir una comprensión defectuosa de lo que significa realmente la lealtad en política.

Desde ahí, por ejemplo, la lealtad al líder del partido se suele caricaturizar como un seguidismo mesiánico, acrítico y propio de borregos. En realidad, esta caracterización podría desestimarse rápidamente sin más que tener en cuenta que la voluntad de ponerse intelectualmente por encima de los demás es propia de mentes inseguras. Si alguien se permite el lujo de desmerecer la inteligencia de cientos de miles de personas (caracterizándolos como borregos), seguramente la capacidad intelectual que está en grave cuestión es la de ese alguien.

De hecho —y aquí hago un breve paréntesis—, esta es una de mis hipótesis políticas fundamentales: La gente no es tonta.

Si yo no pensase esto, no habría dado un paso adelante para hacer política. Es evidente que es imposible cambiar un país para mejor si su población no es una población decente e inteligente. Si pensase que no es el caso, me habría quedado en mi casa. Pero es que —además de mi convicción— tengo un montón de pruebas de que, en España, la gente no es tonta: somos el país de la sanidad universal, somos el país del matrimonio igualitario, somos el país del 15M y somos el país de los 8M más multitudinarios del mundo, por citar solo algunos ejemplos.

Si no resulta suficiente para el lector o lectora el argumento de que la gente no es tonta, hay una manera adicional —muy fácil y muy lógica— de explicar la lealtad al líder en un partido como el nuestro. Nuestra formación política viene a tocar los privilegios de gente muy poderosa que tiene muchísimo dinero y que sabe bien que la mejor manera de destruir un proyecto político es destruir a la persona que se pone al frente. Por eso, y como es lógico, concentran todos los cañones mediáticos y demás herramientas de poder a las que tienen fácil acceso sobre esa persona. Y por eso mismo —por

una cuestión de pura supervivencia del proyecto político—, se requiere lealtad a la persona que asume tan difícil tarea. Para protegerla, para cuidarla y para que el proyecto político no desaparezca. La lealtad al líder (o la líder, ahora) de Podemos no tiene nada de seguidismo irracional. Es algo perfectamente sensato, absolutamente pragmático, completamente eficaz y, sin duda, inteligente. De hecho, lo contrario es bastante estúpido y políticamente suicida.

Recientemente, y ante el episodio de acoso judicial y mediático a la vicepresidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner (pero antes del intento de magnicidio), el activista social Juan Grabois publicaba un hilo en Twitter6 en el que se entiende de forma cristalina lo que estoy diciendo. Conviene leerlo y —más allá de las especificidades de cada país— recordar lo que ocurrió en el nuestro con Pablo Iglesias:

El objetivo táctico encomendado a la Logia Liverpool en el marco de la guerra híbrida que se cierne sobre los países dependientes no es tanto destruir Generales como ablandar Coroneles para que primero teman, después duden y finalmente traicionen. El lawfare es 90% psychefare.

El objetivo estratégico es garantizar condiciones para el despojo y la sobreexplotación de esta tierra —cantera para algunos, Patria para nosotros—. Esas condiciones son: Estados endeudados, salarios misérrimos, pueblos empobrecidos, sociedades idiotizadas, gobernantes dóciles.

En la Argentina, el interés del poder real radica fundamentalmente en tres sectores: hidrocarburos (en particular, shale oil), minerales (en particular, litio) y agronegocio extensivo sin valor agregado. Lo demás es chiquitaje.

Este bloque de poder opera dentro y fuera del país, aquí a través de una elite que brinda una red de contactos políticos, mediáticos y judiciales con tentáculos en universidades, ONG, sindicatos y movimientos sociales para garantizar la viabilidad del saqueo y neutralizar amenazas.

A cambio de su subordinación antinacional y antipopular, se le permite a la elite intermediaria el manejo de negocios locales y pequeñas participaciones en negocios globales. A los dirigentes que abrevan en este círculo se les garantiza blindaje mediático y cobertura internacional.

Cristinaes una amenaza para estos intereses. Tiene la capacidad de cambiar la estructura de propiedad, explotación y distribución en estos sectores. Lo hizo parcialmente con YPF. Podría haberlo hecho con Vicentin. ¿Qué otro político competitivo tiene ese potencial? Ninguno.

También tuvo durante su etapa la capacidad de revertir la pulverización del salario en moneda dura y la miseria generalizada que hoy nuevamente sufrimos, miseria indispensable para que funcionen a tope las lógicas del saqueo y la dependencia.

Sigue siendo, aún ahora, en la realidad y no de boquilla, la principal abogada de la recuperación del poder adquisitivo de las clases populares, sean trabajadores/as activos, pasivos o informales.

Es por Cristina que no logran doblegar plenamente al peronismo y convertirlo en un ariete de la dependencia como en los 90. Sin ella, la dirigencia se volcaría obscenamente a las relaciones carnales con poderes foráneos con la autojustificación del pragmatismo y «no hay otro camino».

Por eso la defensa de Cristina es una tarea nacional para todos los hombres y mujeres del campo popular, más allá de cualquier contradicción secundaria porque el ataque no es meramente contra ella ni debe ser solo por ella la defensa.

Lo que defendemos es la representación política de las masas populares y la perspectiva de una Argentina justa, libre, soberana y latinoamericanista.

Habiendo aclarado esto con la ayuda de Juan, pasemos a tratar ahora la lealtad partidaria, que se explica de una forma un tanto más compleja y que ya he avanzado más arriba.

De nuevo, los que quieren desprestigiar a los partidos políticos (a todos, así en general; porque «todos son iguales») caricaturizan la lealtad partidaria como una práctica esclerotizante que aplasta el debate interno y destruye el sano intercambio de ideas. Según esta caricatura, los partidos obligarían a callar a todos sus miembros, les impedirían manifestar su opinión y les amenazarían con el ostracismo en caso de que se movieran de la posición oficial. Yo no puedo poner la mano en el fuego por que esto no funcione así en otros partidos, pero —desde luego— no funciona así en Podemos.

Los que llevan a cabo esta caricatura seguramente no han estado nunca en un órgano colegiado y no saben ni siquiera lo que ello significa. En un órgano colegiado, como por ejemplo el Consejo Ciudadano Estatal de Podemos, o el Secretariado de Podemos, todo el mundo expresa libremente su opinión y es muy habitual que haya opiniones discrepantes. Lo que ocurre es que, cuando llega el momento de tomar una decisión, hay que elegir uno de los caminos posibles y no se pueden elegir dos a la vez (la vida no funciona como el gato de Schrödinger). Es entonces cuando, habiendo escuchado a todo el mundo y todas las opiniones discrepantes, se toma una decisión colegiada que vincula al conjunto de la organización y que todo el mundo debe acatar porque tiene origen democrático.

Esto es en lo que consiste realmente la lealtad partidaria, se llama organicidad y es, en realidad, la única manera posible de funcionar si uno no quiere someter el proyecto político a un desgaste permanente. Imagínate que, ante una decisión política de primera magnitud —como, por ejemplo, una investidura de un presidente del Gobierno—, una fuerza política no tomase una decisión unívoca, sino que tomase tres decisiones diferentes a la vez (votar sí, votar no y votar abstención). Parece evidente que esto no solamente sería estúpido, sino además —de nuevo— políticamente suicida. (Y, si no, que se lo digan al PSOE que hizo presidente a Mariano Rajoy en 2016 partiéndose en dos).

Y aquí volvemos al problema de las dobles lealtades cuando una misma persona forma parte al mismo tiempo de un partido y de una corriente interna con su lealtad específica, o incluso de una organización política independiente más pequeña e inserta en el

partido más grande. ¡O a dos partidos distintos!, que conozco casos. El problema es irresoluble, básicamente, porque esas dobles lealtades también tienen sus órganos colegiados ejecutivos (formales o informales), que pueden decidir lo contrario que han decidido los órganos del partido (o del otro partido) y, entonces, si esto ocurre, la persona que pertenece a ambos, ¿qué hace?

La única forma que tiene alguien que hace política de no enfrentarse repetidamente a esta dicotomía imposible es elegir —una y solamente una— organicidad. Lo contrario es someterse a una tensión permanente que te puede acabar desmembrando y, además, no funciona.

Por todo ello, aunque me cuesta mucho y a pesar de las presiones de gente a la que le tenía mucho aprecio, finalmente decido abandonar la pelea interna después del resultado de la votación democrática de Vistalegre 1. Como me habían coronado mediáticamente como comandante de facto del equipo (aunque hubiera sido sin querer queriendo), mi retirada disuelve definitivamente Sumando Podemos y, a partir de ese momento, yo solamente tendría una lealtad orgánica: la lealtad a Podemos.

Tras el congreso fundacional, retomo mi actividad en el Parlamento Europeo, pero con la vista ya puesta en Aragón. Las elecciones autonómicas estaban programadas para finales de mayo de 2015, la conformación de los órganos autonómicos de Podemos estaba prevista para febrero de ese mismo año y yo ya había decidido que me iba a presentar.

Desde una lógica todavía de enfrentamiento, Pablo Iglesias decide apoyar una candidatura alternativa a la mía para la Secretaría General de Podemos Aragón. Es verdad que hay un intento de negociación por su parte, pero se nos ofrece pactar una lista en la que mi equipo —integrado por las personas que habían levantado Podemos en Aragón— se quedaría en minoría. Recuerdo aquellos momentos como muy duros. Nosotros no nos queríamos enfrentar a Pablo. Pero no nos estaba dejando otra opción. Incluso llega a desplazarse a Zaragoza Sergio Pascual, el secretario de organización por aquel entonces, para intentar forzarnos a ceder en una reunión

presencial muy tensa.

Después de darle muchas vueltas y no sin dudas, decidimos rechazar ese acuerdo para ir a la confrontación democrática y acabo ganando la asamblea con más de 3.600 votos y casi el 72% del total. Obviamente, yo ya respetaba a Pablo de partida, pero creo que es a partir de ese momento cuando él me empieza a respetar —algo más en serio— a mí también.

Tras formar los órganos de dirección del partido en Aragón, decido dejar mi acta como eurodiputado a mediados de marzo de 2015 para no estar cobrando del Parlamento Europeo mientras llevaba a cabo la precampaña y la campaña a las elecciones autonómicas.

Aunque solamente trabajo como eurodiputado durante la primera mitad de marzo, el Parlamento Europeo me paga el salario íntegro de todo el mes. No me parece ético aceptarlo y soy el primer eurodiputado en la historia de la institución que solicitó devolver la mitad de ese sueldo. Lo sé porque no tenían ni siquiera diseñado un proceso administrativo para tal fin. De hecho, tardaron un año en darme respuesta. Pero, al final, lo conseguí.

CAPÍTULO 11

ARAGÓN, GENTE VALIENTE

Del mismo modo que yo respeté el resultado democrático de Vistalegre 1, cuando yo gano con contundencia la asamblea autonómica de Aragón, Pablo también asume el resultado y las relaciones entre ambos se empiezan a normalizar.

Después de formar los órganos de dirección del partido en mi tierra, las siguientes votaciones son las que se requieren para configurar las papeletas electorales en las tres provincias y —sin que tuviera yo ninguna obligación de hacerlo— decido integrar a alguna de las personas de la candidatura que apoyó Pablo en mi lista para estas primarias, con la voluntad de cohesionar a todo el partido y firmar la paz. La votación transcurre sin mayores sobresaltos y, con las papeletas ya decididas, nos ponemos manos a la obra para empezar a diseñar la campaña electoral de las elecciones autonómicas del 24 de mayo de 2015.

Como todas las campañas, fue una época frenética.

Recorrimos entera una de las comunidades autónomas más grandes de España en un coche que tenía más de veinte años. Mi coche particular. Un Nissan Prairie rojo con los manuales en japonés.

Hoy en día, en España hay varias empresas que hacen la adaptación de la caja del maletero de los monovolúmenes para las sillas de ruedas de una forma completamente profesional. Pero este coche había sido de los primeros en ser adaptados en nuestro país y la adaptación era artesanal. Se apreciaba perfectamente la labor y la mano de un chapista mañoso y mi silla cabía, de hecho, de pura casualidad.

El coche me lo había regalado un buen amigo cuando falleció su padre, que era quien lo utilizaba. El propietario anterior a mi amigo

(y el que parece que lo había mandado adaptar) había sido —no te lo pierdas— el ex fiscal jefe de la Audiencia Nacional Eduardo Fungairiño, que iba en silla de ruedas también (y era más de derechas que el agua fría). Por eso mis amigos y yo tuvimos que bautizar ese coche como «el Funga». No nos quedó más remedio.

Pues el Funga, con su manual en japonés, con su motor que se quejaba cuando llegabas a 100 km/h y con su caja artesanal, fue capaz de llevarnos por todo Aragón en una campaña intensa, emocionante y low cost.

Por eso, no pude dejar de sentir una punzada de tristeza cuando tuvimos que mandarlo al desguace después de un accidente que tuve en las carreteras de Teruel en el que nos podríamos haber matado.

Conducía Román, el secretario de organización y una de las personas de las que más aprendí políticamente en los principios de Podemos. Íbamos los dos solos en el coche y habíamos salido de Zaragoza a primera hora de la mañana. Román había mirado la noche anterior la previsión de la Agencia Española de Meteorología y no había visto nada raro, pero parece que la cosa se torció a lo largo de la noche. Durante la primera parte del trayecto, no hubo ningún incidente, pero, cuando ya estábamos metidos en carreteras provinciales de la provincia de Teruel por una zona montañosa, nos dimos cuenta de que debía de haber caído una buena nevada de madrugada. El asfalto se iba poniendo cada vez peor de nieve, así que, rápidamente, tomamos la decisión de abandonar la carretera en la primera salida o parar en el primer arcén por seguridad. El problema es que no había arcén y tampoco había salidas. Y cada vez había más nieve en la carretera. Y cada vez Román tenía que conducir más despacio. Hasta que llegamos a una curva hacia la derecha que alumbró una pendiente pronunciada hacia abajo y todo se fue al carajo.

La pendiente estaba en la umbría de la montaña y estaba cubierta de placas de hielo. Nada más encararla, supimos que aquello era muy peligroso. Para empezar, porque ya se habían salido dos coches de la carretera y estaban medio tirados en la cuneta en el lado derecho. Desde donde estábamos se podía apreciar que aún había gente dentro de ambos. Todo ocurrió en pocos segundos. Para no

chocarnos con el primero de ellos, Román tuvo que tocar un poco la dirección y, entonces, empezamos a deslizar. A mano izquierda, había un barranco y muchos metros de caída libre. A mano derecha, teníamos la cuneta y la pared de la montaña. Si hoy Román y yo estamos vivos es porque el coche se fue hacia la derecha.

No pudimos, sin embargo, evitar la colisión con el coche que ya se había salido de la carretera y lo golpeamos por detrás. Por suerte, nos movíamos a muy baja velocidad y el choque fue asumible para los ocupantes de ambos vehículos. Después del choque, nos salimos de la carretera nosotros también y nos quedamos tirados en la misma cuneta un poco más abajo. Mi silla se descolocó bastante por el impacto y me hice un poco de daño en un pie, pero eso fue todo. Las personas del otro coche, afortunadamente, tampoco sufrieron daños. Nos había salido barato.

Pero el peligro no estaba todavía conjurado. Los dos coches estábamos en la cuneta en un tramo en pendiente en el que cualquier coche nuevo que apareciese podía deslizar y volver a golpearnos. Además, y como es evidente, yo no podía bajar del coche al hielo de la calzada si no quería convertirme en un trineo de 200 kg cuesta abajo de la montaña. Obviamente, tenía que quedarme dentro. Por suerte, rápidamente llegó la Guardia Civil y puso un todoterreno cruzado arriba del todo de la pendiente para evitar que ningún coche pudiese volver a deslizar y, entonces sí, pudimos respirar tranquilos.

Una vez a salvo, me di cuenta de que tenía que llamar inmediatamente a Miguel, mi jefe de prensa, para contar —nosotros, proactivamente— lo que había pasado antes de que algún medio lo contase mal. Cualquiera podría pensar que se trataba de una medida exagerada. Al fin y al cabo solo sabíamos del accidente un puñado de personas en una carretera perdida de Teruel. Pero yo ya sabía cómo funcionan los medios y, efectivamente, no me equivoqué. A los pocos minutos de hacer la llamada, unos compañeros nos hicieron llegar una foto que estaba circulando ya por los grupos de WhatsApp de todo Aragón y más allá: se veía perfectamente el coche rojo accidentado de Echenique en una imagen tomada desde unos quince metros (seguramente por las personas del tercer coche).

El Funga accidentado conmigo dentro (2016).

Sobrevivimos, pero ese fue el final del Funga. Los desperfectos de chapa y de chasis debidos al golpe eran imposibles de arreglar —básicamente porque hacía muchos años que ya no había repuestos de ese modelo— y tuvo que ir al desguace.

Pero, antes de desaparecer, el Funga cumplió su función. Nos llevó por todo Aragón y nos permitió hacer una campaña emocionante y llena de ilusión. «Aragón, gente valiente» fue nuestro lema y doy fe de que es verdad. En unas cápsulas preciosas que me hizo para la campaña la directora de cine Paula Ortiz en Murillo de Gállego, en un momento dado, me pregunta qué es para mí Aragón. Y yo no dudo ni un segundo a la hora de contestar. Para mí, Aragón no es su bandera, sus monumentos o sus paisajes. Para mí, Aragón es su gente. Y créeme que, por esa gente, vale la pena pelear.

Hicimos decenas de actos por todo el territorio y fueron muchos de ellos multitudinarios, incluso en los pueblos más pequeños (que, en mi tierra, son la mayoría de los pueblos). En el acto de cierre, en el

Auditorio de Zaragoza, un partido que tenía poco más de un año de vida y un candidato que venía de fuera de la política consiguieron congregar a más de cinco mil personas. Nunca en mi vida olvidaré la imagen de aquel recinto lleno a rebosar y las miles de miradas brillando con esperanza.

Cierre de campaña de las elecciones autonómicas Aragón (mayo de 2015).

Fuente: Dani Gago.

La noche electoral estábamos todos de los nervios porque sabíamos que podía pasar cualquier cosa. Yo había preparado hasta cinco discursos diferentes: desde un batacazo y mi consecuente dimisión a la posibilidad de ser primera fuerza, pasando por todos los escenarios intermedios.

Ya la noche anterior, la noche del sábado al domingo, dormí bastante poco porque no había podido parar de pensar en cómo iba a conseguir perfiles con experiencia de gestión si nos tocaba liderar el gobierno autonómico a partir del lunes. Pasar directamente de no

existir políticamente a gobernar era una posibilidad que no se me antojaba descabellada —visto lo visto en la campaña— y solo pude llegar a la conclusión preliminar (y un poco desesperada) de que tendría que tirar de mis contactos en la universidad.

Aunque es fácil decirlo a toro pasado, la verdad es que mi yo de 2022 contempla aquellas angustiosas elucubraciones de mi yo de 2015 con una media sonrisa y un poco de ternura. Ahora es absolutamente obvio para mí que esa posibilidad jamás existió y que, de hecho, era muy inocente pensar lo contrario. Si hubiéramos quedado por delante del PSOE, o incluso por delante del PP, jamás nos habrían dejado gobernar. Si eso hubiera ocurrido, el PP y el PSOE se habrían puesto de acuerdo para formar un gobierno de gran coalición. Cualquiera que conozca a Javier Lambán y cualquiera que conozca cómo funciona el conglomerado político, económico y mediático aragonés sabe que esto es así.

Aquel domingo 24 de mayo de 2015, no quedamos ni primeros ni segundos, pero el resultado fue espectacular e hicimos historia. El resultado de Podemos Aragón fue el mejor resultado de Podemos en todas las elecciones autonómicas de España y el único que superó el 20%. En la provincia de Zaragoza, fuimos segunda fuerza por delante del PSOE y, en el conjunto de la comunidad autónoma, nos quedamos a apenas un 0,8% de Javier Lambán.

Los catorce escaños autonómicos de Podemos en las Cortes de Aragón pusieron fin al bipartidismo imperfecto en mi tierra y, esa misma noche electoral, Luisa Fernanda Rudi, candidata del Partido Popular y vencedora de las elecciones, viendo que había mayoría de izquierdas en las Cortes, tiró la toalla y se retiró de la política (bueno, en realidad la mandaron al Senado, lo cual es lo mismo). Así que también podemos sumar a los logros conseguidos haber echado al Partido Popular del Gobierno de Aragón. Eso también lo hicimos nosotros.

Una vez configurado el Parlamento aragonés, empezó el baile de las opciones de investidura y nosotros hicimos —al principio de todo— un breve amago para intentar investirme a mí como presidente de Aragón. Sabíamos que era difícil, pero se lo debíamos a los más de 135.000 aragoneses que nos habían votado. Además, solo nos separaba un 0,8% del PSOE y, si hubiéramos tenido el apoyo de

Izquierda Unida y de Chunta Aragonesista, habríamos sumado más voto popular que el PSOE y solamente un escaño menos. Sin embargo, estos dos partidos rápidamente declararon su voluntad de apoyar la investidura de Javier Lambán. Entre Podemos y el PSOE, Izquierda Unida y Chunta Aragonesista eligieron al PSOE y esa puerta se cerró.

Aunque no había ninguna directriz para no entrar en los gobiernos autonómicos, sí que era la tónica general que se estaba siguiendo en las diferentes comunidades autónomas. En la primera mitad de 2015, todavía no nos veíamos gobernando en minoría con el PSOE. Así que, en Aragón, nos situamos en la misma lógica y empezamos a negociar la investidura de Javier Lambán con la intención de quedarnos fuera del gobierno en la oposición.

Cabe destacar dos elementos relevantes de esta negociación. El primero, que obligamos al PSOE a negociar con las cámaras encendidas y retransmitiendo la negociación por streaming para que todo el mundo la pudiera ver en directo, con absoluta transparencia. Nunca se había hecho antes. El segundo, que negociamos muy duro y conseguimos un decálogo muy ambicioso, con medidas como la realización de una auditoría del gasto público de todo el Gobierno de Aragón, la creación de una oficina de lucha contra la corrupción, la suspensión de la colaboración del Gobierno de Aragón con cualquier entidad bancaria que lleve a cabo desahucios, la introducción de cláusulas sociales y medioambientales en la contratación pública del Gobierno de Aragón, la recuperación de la sanidad universal, la eliminación de las listas de espera en la sanidad pública, la paralización de la LOMCE (la ley educativa del PP) o el compromiso de priorizar la escuela pública frente a la concertada.

Con este acuerdo en la mano, sometimos la decisión al conjunto de los inscritos de la asamblea ciudadana autonómica y los catorce diputados de Podemos votamos a favor de la investidura de Javier Lambán, quien se convirtió así en presidente de Aragón.

Llegados a este punto, es importante que el lector o lectora tenga presente uno de los elementos fundamentales del funcionamiento de nuestro sistema constitucional. Dicho en pocas palabras, el Poder Ejecutivo es muchísimo más poderoso que el Poder Legislativo. En

el ámbito estatal y también —posiblemente, aún más— en el ámbito autonómico.

Para empezar, podemos hacer una apreciación puramente cuantitativa: mientras que en el Parlamento aragonés trabajan unas cuantas decenas de personas, en el Gobierno de Aragón son decenas de miles. Algo muy parecido ocurre si comparamos la estructura ministerial del Gobierno de España con la de los trabajadores y los asesores que desempeñan su labor en el Congreso de los Diputados. La diferencia de efectivos es de varios órdenes de magnitud.

El Poder Ejecutivo está todo el tiempo —muchas veces cada día— tomando decisiones que tienen que ver con lo material y tiene miles de formas para hacer su voluntad. El Poder Legislativo, sin embargo, apenas tiene unos pocos momentos de poder. Quitando situaciones excepcionales como estados de alarma o declaraciones de guerra, yo me atrevería a decir que apenas cinco: la investidura, la moción de censura, el nombramiento de miembros de otros órganos del Estado, los presupuestos y la aprobación de leyes especialmente importantes. La moción de censura no siempre se da y no es muy habitual, el nombramiento de miembros de otros órganos del Estado tiene su importancia fundamentalmente a nivel estatal, la aprobación de los presupuestos no es siempre necesaria puesto que se pueden prorrogar y la cantidad de leyes importantes que se han de aprobar en una legislatura puede ir de muchas a muy poquitas (y, si no, que se lo digan a Ayuso). Por lo tanto, el momento de poder más importante del Poder Legislativo —aún más en el ámbito autonómico— es la investidura del Ejecutivo; el momento en el que la sede de la soberanía popular entrega casi todo el poder que ha recibido directamente del pueblo en las urnas a otro poder del Estado. Una vez que ese paso está dado, las capacidades de control y de influencia del Legislativo sobre el Ejecutivo son muy pequeñas y mayoritariamente dialécticas.

Esto lo comprobamos con enorme frustración en los primeros años de la legislatura en Aragón. Del ambicioso decálogo pactado para su investidura, Javier Lambán no cumplió prácticamente nada y nosotros, desde la oposición, poco podíamos hacer para obligarlo.

Siempre se nos pide que hagamos autocrítica de nuestra gestión política. Pues bien, yo aquí quiero hacer una autocrítica

contundente: después de las elecciones autonómicas del 24 de mayo de 2015, nos equivocamos al no entrar en el Gobierno de Aragón. Teniendo el PSOE dieciocho escaños y nosotros catorce, la entrada en el Gobierno nos habría permitido asumir importantes responsabilidades con una correlación de fuerzas que habría hecho posible también obligar al PSOE a cumplir los acuerdos. Nos equivocamos y nos quedamos en una posición parlamentaria con muy poco margen de maniobra. Estábamos fuera del Gobierno y no podíamos tumbar las leyes más importantes, como por ejemplo los presupuestos, porque, por mucho que no nos gustara el gobierno de Javier Lambán, no podíamos forzar su caída al suponer tal movimiento la posible recuperación del poder por parte del Partido Popular.

Quizás por haber vivido esto con frustración y en primera persona, unos años más tarde, en 2019, yo me contaría entre esas pocas personas en la dirección de Unidas Podemos que estuvo firmemente de acuerdo con Pablo Iglesias en que era fundamental entrar en el Gobierno de España.

Mi temporada en las Cortes de Aragón supuso la primera vez que participé en la actividad institucional en España y eso conllevó una cantidad importante de aprendizajes. Además del enorme poder del Ejecutivo frente al Legislativo, también aprendí alguna cosa más.

Por ejemplo, que la bancada más maleducada, más gritona, que más insultaba, que más aporreaba los escaños y que más murmuraba constantemente mientras había otras personas en el uso de la palabra era la bancada del PP. Paradójicamente, los nuevos, los jovencitos, los supuestamente antisistema, nos comportamos de una forma educada, mientras que los diputados y diputadas del Partido Popular son un dechado de mala educación permanente. Más adelante, volví a vivir lo mismo en el Congreso de los Diputados, pero por primera vez lo comprobé en las Cortes de Aragón.

Esto no es una opinión personal. Cualquier cronista parlamentario que pase unos días tomando apuntes en los plenos lo puede atestiguar. De hecho, muchas de las sesiones son públicas y puede asistir cualquier ciudadano y comprobar materialmente lo que estoy

diciendo.

También tuve, durante aquellos años, mi segunda experiencia de adaptación de accesibilidad para poder llevar a cabo mi actividad parlamentaria. Aunque he de decir que, en el caso de las Cortes de Aragón, fue todo muy sencillo.

Aunque las Cortes de Aragón se encuentran en el impresionante palacio árabe de la Aljafería, un auténtico monumento histórico con un patio espectacular y con visitas turísticas al mismo tiempo que se desarrollan los plenos, a pesar de esa dificultad arquitectónica, lo cierto es que cuando yo llegué a las Cortes todos los elementos de accesibilidad estaban ya casi hechos. El motivo es que en la legislatura anterior, antes de que yo fuera diputado, había sido diputada, por el Partido Aragonés Regionalista, Teresa Perales, la gran atleta paralímpica. Cuando ella llegó se hicieron todas las adaptaciones y yo prácticamente llegué a mesa puesta.

En las Cortes de Aragón, mi escaño estaba en la primera fila a ras del suelo y yo simplemente tenía que llegar y situarme en él. Tuvimos que recortar un poco la mesa para que pudiera caber mejor, pero nada más. Esto contrasta tristemente con lo que está ocurriendo en el Congreso de los Diputados, donde no puedo acceder al escaño que me debería corresponder y tengo que estar colocado abajo del todo en medio del hemiciclo y apartado del resto de mi grupo.

Curiosamente, en el modesto Parlamento aragonés, sí podía acceder al escaño de portavoz y también podía intervenir desde la tribuna principal.

Evidentemente, la tribuna de oradores está diseñada para que la persona intervenga desde ella de pie, pero eso no es problema porque mi silla eléctrica es capaz de elevar el asiento hasta situarme a una altura equivalente a la de, aproximadamente, una persona de 1,65. El asunto es que tarda bastante en subir y bajar y, por ello, cuando voy a intervenir, no me queda otra opción que subirla primero y aproximarme después a la tribuna con la silla completamente elevada. En esta posición, la silla es —obviamente— mucho más inestable frente a las inclinaciones del suelo y es más fácil tener un accidente. Por eso, para poder llevar a cabo esta

operación con éxito en las Cortes de Aragón, hubo que hacer unas rampas muy leves para poder acceder a la tribuna por los costados sin peligro. Algo que se hizo con eficacia y rápidamente, sin excusas burocráticas de «patrimonio histórico».

En abril de 2016 —dos años después de entrar en las Cortes de Aragón—, soy nombrado el nuevo secretario de organización de Podemos en el ámbito estatal.

Aunque, durante el primer año, ejerzo mi nueva obligación desde Zaragoza y la compatibilizo con mi cargo como secretario general de Aragón (varios viajes de AVE por semana todas las semanas), en septiembre de 2017 decido abandonar todas mis responsabilidades autonómicas poniendo así fin a una importante etapa en mi vida personal y política. Para poder ejercer con mayor eficacia mis responsabilidades como secretario de organización y de programa, tomo la decisión de irme a vivir a Madrid.

Aunque, una vez más, sé que he tomado la decisión que es mejor para el proyecto y que estoy donde tengo que estar, no puedo evitar echar de menos todos los días a mi madre, a mi padre, a mi ciudad y a mi gente valiente de Aragón.

CAPÍTULO 12

EL MALVADO SECRETARIO DE ORGANIZACIÓN

El miércoles 16 de marzo de 2016, Pablo Iglesias destituye a Sergio Pascual como secretario de organización de Podemos. Al día siguiente, el jueves 17 de marzo, Pablo me llama por teléfono a Zaragoza y me propone ocupar esa posición en la ejecutiva estatal. Me da un día para pensarlo.

Creo que no te sorprenderá si te digo que pasé horas y horas dándole vueltas a la decisión en mi cabeza. La Secretaría de Organización es uno de los puestos más sensibles y más difíciles de desempeñar en un partido político. El secretario de organización es nada menos que la persona que se ocupa de que todo el conjunto de seres humanos que conforman el partido funcione adecuadamente para perseguir y conseguir los objetivos políticos marcados. Desde los equipos que configuran el aparato estatal hasta la relación con el último círculo del pueblo más pequeño de España, pasando por la coordinación con todos los niveles territoriales intermedios, muy especialmente los niveles autonómicos.

Asumir esa tarea suponía una enorme responsabilidad, al tiempo que un cambio radical en términos vitales y políticos para mí. Yo, en ese momento, era el líder de Podemos en Aragón, el presidente del Grupo Parlamentario autonómico y la persona que mantenía cohesionada a la organización en esa comunidad autónoma. Aunque no fuera algo inmediato, yo sabía que asumir un papel de primera fila en la estructura estatal supondría abandonar, más pronto que tarde, mis responsabilidades en el nivel autonómico y, quizás, incluso, abandonar también mi tierra; como, de hecho, acabaría pasando.

Lo que terminó por decantar la balanza de mi decisión fue, por supuesto, mi compromiso con Podemos (si te llama el secretario

general y te pide que le acompañes como una de sus manos derechas, cualquier persona que se crea de verdad el proyecto tiene muy difícil decir que no). Pero también fue determinante el hecho incontestable de que la elección de Pablo era acertada. Después de darle muchas vueltas, me pareció obvio que Pablo lo había pensado mucho y que la mejor opción para ese puesto era yo. Y no es cuestión de vanidad, sino de objetividad. Yo era una persona de fuera del núcleo fundador y, por tanto, podía aportar un aire fresco que hacía mucha falta. Tenía muy buena ascendencia sobre las bases del partido debido a la posición que mantuve en Vistalegre 1 y, además, no había participado en ninguna pelea interna en el ámbito estatal después del congreso fundacional; por ello, podía ser un perfil aceptable para todas las partes.

Todas las piezas encajaban.

Tanto es así que, durante esos días, María Graziano, una persona muy cercana, que me ha acompañado desde el principio, que me conoce muy bien y que, por aquel entonces, era miembro de la ejecutiva autonómica, llegó a soñar —antes de conocer la noticia— que Pablo me llamaba y me proponía ser el nuevo secretario de organización.

Le dije, por tanto, que sí al secretario general y el 3 de abril de 2016 el Consejo Ciudadano Estatal de Podemos (el máximo órgano político entre congresos) ratificó mi nombramiento por unanimidad.

A partir de ese día, me empecé a convertir —paulatina pero rápidamente— en un personaje extremadamente malvado.

Es importante entender qué quiero decir con esto, aunque ya lo he avanzado brevemente en el capítulo sobre Vistalegre 1. No estoy hablando de una modificación real de mi carácter, sino de una transformación radical de la percepción sobre mi persona operada desde la gran mayoría de los medios de comunicación. Obviamente, yo soy más o menos la misma persona en 2014, en 2015, en 2016 o en 2017. Pero los medios consiguen convencer a más de la mitad del país de que soy una persona distinta.

¿Por qué? Por la aplicación del reverso de la ley de hierro que ya comentamos anteriormente.

Resumiendo, las oligarquías propietarias de los grandes medios de comunicación —muy bien conectadas con el conjunto del bloque de poder— saben que Pablo Iglesias es la pieza a batir. Primero, porque es la principal cabeza pensante del proyecto y, segundo, porque, en una época en la que la política está hiperpersonalizada, la manera más rápida de destruir un proyecto político es destruir a su líder. Por eso, se cruzan todas las líneas rojas de la difamación y la calumnia con él, como hemos comprobado recientemente con los audios de Ferreras y como pudimos comprobar también con la tolerancia mediática que rodeó al acoso fascista que, durante dos años, sufrió su familia a las puertas de su casa. Por el mismo motivo, cualquier persona que decide atacar públicamente a Pablo Iglesias automáticamente es muy bien tratada por los grandes medios de comunicación, tiene abiertas todas las ventanas y los tertulianos no paran de echarle piropos. Esta es la ley de hierro (que ya habíamos introducido) y la misma lógica que la sustenta se aplica a su ley-reverso: Cualquier persona que los poderes mediáticos reconozcan como un aliado o un apoyo de Pablo Iglesias recibe automáticamente el mismo tratamiento que él: fuego a discreción.

Este es el motivo —el único motivo, de hecho— por el cual yo pasé (en el relato hegemónico de la mayoría de los medios) de ser un simpático ejemplo de superación, un científico inteligente y con sentido del humor, un político diferente y amable, a ser el malvado secretario de organización.

Esto no es percepción mía (y ni siquiera es una queja, pues muy al principio de este viaje ya aprendí que la cosa operaba así), sino que se trata de un hecho objetivo que permite entender cómo funciona la política en España y que cualquiera que haya seguido un poco de cerca nuestra trayectoria ha podido comprobar de forma material.

En el caso concreto de la radical transformación del relato mediático sobre mi persona, un testigo privilegiado del proceso fue mi —por aquel entonces— jefe de prensa, Miguel García.

Lo primero que quiero destacar es que Miguel es un periodista profesional. De hecho, y a diferencia de lo que se hacía en otros ámbitos del partido, cuando yo lo fiché en Aragón, hice un proceso abierto sin restringirme únicamente a militantes o simpatizantes de

Podemos. Aunque Miguel venía de trabajar en el Partido Regionalista Aragonés (un partido corrupto y de derechas... los periodistas también tienen que comer) y aunque mucha gente me dijo que me estaba arriesgando demasiado al seleccionarlo solamente en base a las capacidades que demostró en la entrevista y a la impresión que me dio, puedo decir que acerté completamente. Tanto es así, que, después de comprobar su excelente desempeño bajo mi mando, Miguel acabó siendo el jefe de prensa de Pablo Iglesias.

Esta dimensión de periodista profesional nunca la perdió y eso siempre le ha permitido tener una relación de confianza mutua con los profesionales de los medios de comunicación con los que interaccionamos y tener también el pulso de sus opiniones muy afinado y muy bien actualizado. Según sus propias palabras, al principio, la mayor parte de los periodistas y redactores utilizaban las siguientes palabras para referirse a mí: «carismático, curioso, inteligente, simpático, distinto, gamberrete en Twitter». Cuando paso a ser la mano derecha de Pablo Iglesias, todo esto cambia rápidamente. De inteligente, paso a ser cínico. De gamberrete en Twitter, paso a ser un trol. De distinto, paso a estar siempre enfadado.

Como decimos habitualmente en el argot de la comunicación política, «me habían hecho un traje».

Esto es algo habitual. No es algo que me hayan hecho únicamente a mí. Es algo que han hecho con Pablo Iglesias (como se explica muy bien al principio del libro Medios y cloacas),7 también con Irene Montero y, mucho antes que con ellos dos, por ejemplo, con Julio Anguita. Pero es verdad que, en mi caso, concurre una circunstancia especial; algo que Pablo varias veces ha comentado asombrado y que, desde luego, tiene cierta enjundia: no debería ser tan fácil demonizar a una persona con discapacidad. En España, la gente es mayoritariamente buena y tiene tendencia a tener buenos sentimientos a priori por las personas con problemas de movilidad. Esto es algo que yo he comprobado en innumerables ocasiones a lo largo de mi vida. Tenga justificación racional o no —yo creo que no tiene mucha que digamos, pero da igual—, este escudo de empatía previo existe, opera y es bastante fuerte. Por eso, que hayan

conseguido hacerme el traje que me han hecho no solamente se explica porque yo sea un «dirigente político feroz» (como dijo un día Pablo), sino que revela la enorme potencia de fuego mediático que se pone en marcha cuando aparece un proyecto como el nuestro y la gran capacidad que tiene una operación como esa para modificar la opinión pública, incluso en contra de sentimientos ampliamente arraigados.

Este proceso de destrucción de la reputación personal por la vía mediática funciona todos los días mediante la gota malaya, pero también contiene hitos específicos fácilmente identificables. Podríamos decir que estamos sometidos a una balacera fina y constante, pero, de vez en cuando, también nos sueltan un buen disparo de cañón. Esos cañonazos son, además, lo que se queda más agarrado a la mente de las personas que sienten una aversión —original o construida— hacia nosotros y lo que repiten como un mantra en las redes sociales... y sospecho que también en el bar.

Por ejemplo, la jota guarra de Dominga.

La historia la conoces. Estoy en una cena con compañeros de partido, al principio de Podemos, en Estrasburgo, muy posiblemente me he tomado un par de vinos y —a insistente petición de Pablo Iglesias, que ya me había escuchado cantarla antes— me pongo a desafinar una jota guarra muy conocida en Aragón. Lo que yo no sé en ese momento es que Dina Bousselham (en esa época, asistente parlamentaria de Pablo) me estaba grabando con el teléfono móvil. Y lo que, por supuesto, no podía saber es que, unas semanas después, un comando de las cloacas del Estado le iba a robar la mochila, y el móvil iba a acabar en manos de Eduardo Inda.

El asunto es una tontería porque, evidentemente, cantar chorradas con sus amigos es algo que hace todo el mundo y, además, no estoy cometiendo ningún delito. Pero sí recuerdo que existió incluso el intento de enmarcar aquello como un acto machista debido a la letra concreta de esta jota guarra particular. En realidad, se aprovecharon de que la mayor parte de la gente —fuera de Aragón — no tiene conocimiento de la existencia de este género cachondo y popular y no sabe que, lejos de ser algo machista, hay un montón de jotas guarras protagonizadas por mujeres empoderadas y que llevan la voz cantante.

La cosa no pasaría de anécdota si no fuera porque realmente intentaron utilizarlo para desprestigiarme y para desprestigiar a Podemos. Recuerdo a Hilario Pino sacando este tema —imagínate, ¡este tema!— en una entrevista en La Sexta noche al ya desgraciadamente fallecido director de cine José Luis Cuerda. Claro, José Luis, que no era idiota sino todo lo contrario, alucinó con la pregunta y hasta me defendió. Para un fan incondicional de Amanece, que no es poco que se sabe de memoria la mitad de las escenas, eso fue una de las cosas más bonitas que me han pasado.

Este asunto es, además, una prueba bastante significativa de cómo cualquier estupidez es recogida por aquellos que sienten aversión hacia nosotros y es repetida hasta la saciedad. Así, a raíz de esta tontería, hay muchos tuiteros con banderita en el perfil que me llaman, aún hoy, «Echeminga». Aunque, seguramente, ellos no lo pretenden, he de decir que me parece muy bien que utilicen este apodo y los animo a que sigan haciéndolo. Por un lado, porque señala de una manera bastante humillante para ellos mismos su propia debilidad intelectual. Pero también porque podría haber sido mucho peor. Si yo estuviese en otro partido y apareciese en los papeles del extesorero como receptor corrupto de sobresueldos ilegales, me llamarían a lo mejor «el misterioso P. Echenique». Mucho mejor cantar jotas guarras con los amigos que robar.

Otro de los cañonazos que me dispararon —este, ya, mucho más serio y mucho más fuerte— fue el del asistente.

Por abreviar, el Heraldo de Aragón «descubrió» que yo no estaba pagando la cuota de la Seguridad Social de mi asistente personal, decidió que esto era algo irregular y, aunque era muy burdo, fue con ello a toda portada.

La cosa se desmonta fácil. Uno no tiene que pagar ninguna cuota de la Seguridad Social cuando contrata los servicios de un autónomo.

Eso es justo lo que yo estaba haciendo, lo que, además, figura como posibilidad en prácticamente todas las leyes autonómicas de dependencia —incluida la ley aragonesa por aquel entonces— y, por si esto fuera poco, lo que se recomienda como la opción más conveniente en el informe de PREDIF de 2015 titulado «Situación de la Asistencia Personal en España» y rubricado por importantes

entidades relacionadas con el ámbito de la dependencia, como la Fundación ONCE o ASPAYM, y hasta por el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad del Gobierno de España (en 2015, en manos del PP).

Es decir, hice algo que la legislación permite y que recomiendan hacer las entidades y el Gobierno, pero el principal periódico de Aragón decidió difamarme afirmando que se trataba de una práctica irregular. Por supuesto, la «noticia» fue replicada por todas las radios y todas las televisiones y se montó un auténtico aquelarre. Por supuesto también, que el cañonazo se disparase el 26 de julio de 2016, apenas unas semanas después de que yo fuera nombrado secretario de organización y me revelase como una persona de confianza de Pablo Iglesias, es pura casualidad.

Para que nos ubiquemos todos, el Heraldo de Aragón es propiedad de la familia Yarza, uno de los máximos exponentes de la oligarquía local aragonesa y que ya tenía un gran poder económico en la comunidad en tiempos de Franco. Esta familia es también propietaria del Diario del Alto Aragón (el principal periódico de Huesca), de una parte del Real Zaragoza, de las pistas de esquí de Candanchú y de proyectos eólicos muy importantes. Además, a través del Grupo Henneo, controlan 20minutos (el periódico en papel con más difusión de España) y Expansión (una de las dos publicaciones más importantes de la prensa salmón). También son dueños de otras cabeceras, como el Diario de Sevilla, y producen buena parte de los contenidos —incluyendo los informativos— de Aragón Televisión y de otras televisiones autonómicas.

A mí me ha llegado, a través de trabajadores del Heraldo, que Ricardo Mur, presidente, por aquel entonces, de CEOE Aragón (es decir, el jefe de los empresarios aragoneses), le puso dos personas de la patronal a Jorge Alonso, el periodista del Heraldo que llevaba este tema, para ayudarle a buscar mierda sobre mí y sobre mi asistente... pero seguro que esto no es verdad, porque es imposible que pueda pasar algo así en España, viviendo, como vivimos, en una democracia plena.

Pero la cosa no se quedó allí. La Inspección de Trabajo, al ver esta «información» en la prensa, decidió actuar de oficio, compró completamente la versión del Heraldo y decidió multarme y

obligarme a devolver esas cuotas que yo supuestamente tenía que haber pagado. Si, en ese momento, yo solamente me hubiera preocupado por mí y por mi carrera política, habría pagado inmediatamente y caso cerrado. Yo tenía algo de dinero ahorrado y, además, los poderes mediáticos ya me habían sentenciado. Cualquiera que se dedique a lo que me dedico yo sabe que esa sentencia —la sentencia mediática— es imposible de revertir. Al fin y al cabo, cuando te acusan, dedican muchísimas horas de tertulias y de telediarios al tema, pero, cuando acabas ganando al caso —si es que tienes la suerte de que eso ocurra—, el silencio es tan denso que se puede cortar con un cuchillo.

No obstante, decidí dar la batalla porque me resultó enormemente preocupante la idea de que miles de familias con dependientes a su cargo y en la misma situación que yo, a raíz de lo que habían hecho conmigo, ahora pudieran ser criminalizadas y multadas por hacer algo perfectamente legal y hasta recomendado por las autoridades. Por eso, porque me parecía aberrante que miles de familias humildes fueran el daño colateral de la guerra que los poderes mediáticos habían declarado a Podemos, fue por lo que recurrí la multa y llevé a juicio a la Administración.

Lamentablemente, el Tribunal Superior de Justicia de Aragón decidió dictaminar que una relación entre una persona con dependencia y su asistente personal es una relación laboral sí o sí (porque mi relación con mi asistente era completamente estándar y, por lo tanto, dictaminarlo así en mi caso es dictaminarlo así para prácticamente cualquier caso). Una decisión absolutamente arbitraria, que sienta jurisprudencia y que está en contra de la posibilidad que figura en las leyes de dependencia, en contra de las recomendaciones de las entidades del sector y del propio Gobierno, en contra de la práctica habitual de miles de familias y en contra del sentido común. Porque, si un asistente personal de una persona dependiente que tiene varios clientes y que viene a casa una hora al día no puede funcionar como autónomo, tampoco podrían hacerlo otros profesionales que desempeñan su trabajo en condiciones similares, como cualquier fisioterapeuta, peluquero, enfermero o profesora particular que se desplacen al domicilio y que den servicio a más de un cliente de forma regular.

Por cierto, recuerdo que asistí presencialmente a la última vista oral del juicio y, a pesar de ser uno de los principales implicados, ni la abogada de la Administración ni la jueza se atrevieron a hacerme ninguna pregunta. Creo que, con esto, ya te lo digo todo.

Hablamos de una aberración judicial como tantas otras que hemos visto en los últimos años y que, lamentablemente, solo se explica si consideramos que yo soy quien soy. Si no, ¿cómo puede ser que, tratándose de una práctica permitida por la legislación y recomendada por la Administración, llevando la ley de dependencia un montón de años vigente, y habiendo centenares de miles de familias con dependientes a su cargo, yo haya sido la primera persona de la historia de España en cometer esta supuesta infracción? De hecho, cuando llega el punto final del recorrido judicial del asunto es porque decidimos retirar el recurso de casación ante el Tribunal Supremo. Y decidimos retirarlo porque el Tribunal Supremo no puede entrar a dirimir sobre el fondo de una sentencia. Lo único que puede hacer es examinar si hay sentencias que sean contradictorias con la sentencia en cuestión y, si este fuera el caso, unificar doctrina. Cuál es la sorpresa de mis abogados al empezar a buscar jurisprudencia previa y no encontrar absolutamente nada. Es decir, en un montón de años de vigencia de la ley de dependencia, nunca antes se había producido una sentencia ni remotamente parecida a la que le habían calzado a don Pablo Echenique de Podemos. Vaya por Dios, menuda casualidad.

Y lo verdaderamente dramático del caso es que esta barbaridad no solamente me afecta a mí, sino que causa una inseguridad jurídica brutal a muchísimas familias en situación especialmente vulnerable. Un clásico —por otro lado— en nuestra trayectoria. Se pasan tantísimo de frenada a la hora de perseguirnos que les resulta muy difícil no causar daños colaterales.

En estos años, además de cantar jotas guarras machistas y defraudar a la Seguridad Social, también he apoyado los disturbios violentos y la quema de contenedores en Barcelona durante las manifestaciones contra la sentencia al rapero Pablo Hásel (según a quien preguntes, hasta he sido el líder material sobre el terreno con megáfono y capucha). Si te parece que estoy exagerando, te recomiendo que busques el telediario de Antena 3 en aquella época.

También me han condenado en primera y segunda instancia a pagar 80.000 euros por afirmar, en respuesta a una pregunta de los periodistas, que creía en la palabra de una mujer que dijo haber sido violada. Exactamente lo mismo que han hecho miles de personas en las calles («hermana, yo sí te creo») y también muchísima gente en diferentes debates televisados. Pero ya sabes, si eres de Podemos y ¡encima! cometes el terrible error de apoyar a Pablo Iglesias, entonces la cosa funciona distinta para ti. (Durante la corrección de los primeros borradores de este libro, el Tribunal Supremo ha rectificado a la primera y segunda instancia y me ha exonerado de todos los cargos. Sin embargo, el daño político ya está hecho. Como te puedes imaginar, las tertulias y las piezas de telediario que han informado sobre la sentencia absolutoria han durado cien veces menos que las que se regodearon con todo el lawfare previo).

Pasando a otro «caso», tengo hasta una portada del ABC enmarcada en mi despacho —me la regalé a mí mismo para Navidad— en la que mi cara ocupa la primera página a todo color y el periódico que le felicitaba el cumpleaños a Adolf Hitler (esto es verdad, lo puedes buscar en Google) escribía junto a mi foto que yo me veía «salpicado por el caso Neurona».

Para que lo entiendas bien, querido lector o lectora, el «caso Neurona» es una de tantas cacerías judiciales sin pruebas a las que han sometido a Podemos a lo largo de estos años. Quizás el sintagma «cacería judicial sin pruebas» te puede parecer que está cargado ideológicamente y que proviene de un observador parcial. Déjame, entonces, que te cuente algunas cosas para que puedas decidir si se trata de una expresión objetiva o no.

El «caso Neurona» surge porque un trabajador despedido —y despechado—, José Manuel Calvente, se va con un montón de chismes al juez. El uso de la palabra «chismes» está perfectamente justificado, ya que él mismo reconoce explícitamente en sede judicial que no tiene ninguna prueba y que es todo «rumorología» (en sus propias palabras). Es entonces cuando el juez Escalonilla, en vez de archivar inmediatamente esa patraña, decide abrir lo que se llama en argot judicial una «investigación prospectiva» y que, en lenguaje coloquial, se llama expedición de pesca. Es decir, no tengo

absolutamente nada —más que chismes—, así que me pongo las botas de pesca y me voy a rebuscar en tu cubo de la basura a ver si encuentro algo. Las investigaciones prospectivas, por supuesto, son ilegales, pero ya sabes, no haberte metido en política. En mi caso, además, la cosa es doblemente ridícula. Porque yo ni siquiera formo parte de esa causa de ninguna forma (no me han imputado, no me han llamado a testificar, no me han preguntado nada) y el motivo por el cual ABC —recordemos, el periódico que le felicitaba el cumpleaños a Adolf Hitler— me saca en toda la portada es que, en una de las muchas cuentas bancarias que tiene el partido, figuro como apoderado de la época en la que yo era secretario de organización (aunque ya había dejado de serlo, se nos había olvidado quitarme). Ni siquiera cuando uno es secretario de organización se ocupa de hacer las transferencias bancarias de un partido, pero qué más da. Y es que, además, aunque las hubiese hecho yo —que no las hice—, no hay absolutamente ninguna prueba de que se haya hecho nada mal y nunca la va a haber; porque no hay nada.

Se trata de una bazofia pseudoperiodística de tan bajísima estofa que, por eso, decidí enmarcarla. Porque va a envejecer de una forma absolutamente patética y va a servir como un doloroso recordatorio de hasta qué punto una parte de la profesión periodística —y de la judicatura— decidió carbonizar su prestigio para intentar destruir a una opción política democrática.

En verano de 2022, participé en los cursos de la Universidad Complutense en El Escorial. Junto a Steven Forti y a Elizabeth Duval, estuve hablando durante más de media hora acerca de cuál es la naturaleza y la estructura de la corriente de opinión y acción que llamamos extrema derecha y cuál es el papel de los medios de comunicación supuestamente progresistas en su avance. Al tratarse de unos pocos alumnos, al ser una sala pequeña y al tener tiempo para expresarnos de forma matizada e incluso coloquial, cualquier persona que estuviera allí sentada podía adquirir una opinión bastante fiable y de primera mano sobre el tipo de gente que éramos. Sin que nadie se lo cuente, sin que nadie edite las palabras que se dicen, sin que nadie contamine su juicio con una opinión

interesada, sin filtro.

Por eso, no es extraño que, al final, en el turno de preguntas, una de las alumnas del curso se dirigiera directamente a mí para decirme que estaba muy sorprendida —para bien— porque yo era completamente distinto a lo que le llegaba a ella —y a todo el mundo— sobre mí a través de los grandes medios.

Sonreí, le di las gracias y le contesté que, efectivamente, bastaban cinco minutos de conversación presencial con cualquiera de las personas de Podemos demonizadas por los medios para descubrir que nos habían hecho un traje y que te habían estado engañando.

Haberme convertido en secretario de organización y mano derecha de Pablo Iglesias ha hecho mucho daño a mi imagen pública y soy muy consciente de ello. Por suerte, tengo la conciencia política suficiente como para conocer los intereses y motivos que hay detrás de la campaña incesante de difamación y destrucción reputacional que me ha llevado a ese punto, pero eso no significa que no duela. No sería humano si no me doliese.

Obviamente, ver todos los días cómo los más potentes cañones mediáticos del país transmiten mensajes muy negativos sobre tu persona a millones de conciudadanos y ver cómo eso va calando en amplias capas de la población es una experiencia que, si no tuviera yo la fortaleza psicológica que —afortunadamente— tengo, a buen seguro me habría empujado a la depresión o a algo peor. Con todo, lo más doloroso no son los efectos sobre mi propia persona, sino lo que todo eso ha ocasionado a los míos. Tú imagínate lo que sufriría tu madre si tuviera que ver, todos los días en la televisión, cómo hablan mal de ti. O lo que sentirían tu pareja o tus amigos. Si has llegado hasta aquí, ya sabes que soy una persona fuerte. Pero es una indecencia lo que han hecho pasar a mi familia y a mis seres queridos. Es ese hecho —más que ningún otro— el que me proporciona la absoluta certeza de su podredumbre moral.

En todo caso, me temo que era inevitable.

Porque yo no he venido a la política a fabricarme una buena imagen… y, por cierto, sé perfectamente cómo se hace. Pero eso se lo dejo a otros. Yo he venido a la política a mejorar la vida de la

gente trabajadora de mi país y, cuando llevas esa voluntad hasta las últimas consecuencias, es imposible evitar que se utilicen muchos millones de euros en intentar destruir tu imagen. Primero, porque tienes que tocar los privilegios de gente muy poderosa y con mucho dinero, y esa gente no perdona. Pero también porque, muchas veces, tienes que poner tu espada y tu escudo al servicio del proyecto. Muchas veces, tienes que salir a hacer unas declaraciones duras para que otros no las tengan que hacer. Muchas veces, tienes que salir a que te partan la cara mediáticamente para que otros estén a resguardo. Porque sabes que, si destruyen el proyecto, si destruyen a las personas que están al frente (que es lo mismo), se acabó todo.

En el largo viaje de Podemos, ha habido alguna gente que ha preferido poner su imagen personal por delante de la viabilidad colectiva del proyecto y que se ha escondido o se ha puesto de perfil en los momentos difíciles. Afortunadamente, esa gente abandonó el proyecto hace tiempo.

Y es que, además, es muy inocente pensar que el nivel de los ataques está basado en las cosas que dices o en cómo te llevas con los periodistas. Después de todo lo que te he contado, creo que ya tienes claro que ser demonizado por los poderes mediáticos o no serlo es consecuencia matemática del lugar en el que estás en el tablero político y de hasta dónde pretendes llegar —realmente— en términos de transformación social.

Hay una corriente de pensamiento estratégico en el espacio de la izquierda que dice que la batalla entre los líderes políticos del espacio transformador y la mayoría de los medios de comunicación que nos atacan, nos difaman o nos invisibilizan se puede evitar con buen rollo. Por mi experiencia personal, eso es absolutamente mentira y un error estratégico de calado. Yo no había cambiado un ápice mi manera de relacionarme con los medios de comunicación —no había pasado de un supuesto buen rollo a un supuesto mal rollo— cuando Eduardo Inda cambió en 180° su comunicación hacia mí o cuando el Heraldo decidió abrir fuego contra mi persona. Los grandes medios de comunicación son agentes políticos que hacen política. De hecho, ven la política como la ve la derecha: como un negocio. Como decían los mafiosos de Los Soprano cuando

mataban a alguien: «No es nada personal, son negocios». Los ataques furibundos no tienen nada que ver con la buena o mala relación personal que se tenga con los opinadores, o con el tono que se utilice, o con las cosas que se digan o se dejen de decir.

Si formas parte de un proyecto —de un núcleo dirigente— con verdadera voluntad y posibilidad de cambiar las cosas, entonces, te van a intentar destruir. Es como la tercera ley de Newton: acción-reacción. No hay forma de escapar.

Y viceversa, si te cuidan y no te intentan destruir…

CAPÍTULO 13

PACTAR CON BOTELLINES Y ATARSE LOS CORDONES

Cuando me voy a vivir a Madrid en 2017 tras ser elegido secretario de organización, los ataques mediáticos se intensifican y adquieren incluso un cariz de acoso personal.

Nada más llegar a la capital del reino, me voy a vivir con mi mujer a un bajo de 40 m^2 y 700 euros al mes de alquiler en el barrio popular de la Guindalera. Como este barrio de gente trabajadora se encuentra localizado administrativamente en el distrito de Salamanca, varios «medios de comunicación» se dedicaron, entonces, a difundir el bulo de que yo vivía en un piso en el barrio de Salamanca (uno de los barrios más caros de Madrid, donde están las tiendas de lujo). Aún hay mucha gente, de hecho, que piensa que esa basura era verdad. Por aquella época, también estuvo merodeando por mi casa la Cadena COPE —financiada por la Conferencia Episcopal—, llevando a cabo la muy poco cristiana actividad de acosar a mis vecinos para ver si alguien les contaba algún chisme. Como no consiguieron nada, acabaron publicando que había tintado los cristales de las ventanas (imagínate si los dejo sin tintar, rodeado de semejantes buitres) y el bulo de que mis perros eran peligrosos. Por supuesto, no podía faltar la visita de OKdiario para «denunciar» que mi telefonillo con cámara —idéntico al de millones de viviendas en España—era, según ellos, ilegal. Por último, recuerdo que el tabloide de Pedro J, El Español, estuvo hozando también por los alrededores de la casa y, al no encontrar —de nuevo— nada, acabó publicando que ese bajo había sido antaño un prostíbulo, como si eso tuviera algo que ver conmigo. El psicotrópico titular fue «El secreto de la vivienda multada de Echenique: un ex prostíbulo clandestino en el centro de Madrid».

La gente del barrio nunca nos dio ni medio problema, pero es verdad que, al estar cerca del centro, las aves de rapiña podían

llegar rápidamente en apenas un par de paradas de metro.

Por eso, en 2019 y buscando un poco de tranquilidad, nos mudamos al norte de la ciudad, al barrio de Fuencarral. La vivienda era un poco más grande y la verdad es que el barrio era muy agradable. Un barrio de casitas bajas, que se podía apreciar inmediatamente que había sido —originalmente— un pueblo, al que Madrid había acabado absorbiendo. Allí estuvimos muy bien durante más de dos años y solamente tuvimos que vivir un desagradable incidente.

Un día por la mañana, mi mujer se dio cuenta de que había un tipo sospechoso mirando hacia la casa desde la acera de enfrente. Le dije que le hiciera una foto desde dentro de la vivienda y tuvimos la suerte de que el tipo justo cruzó la calle para intentar mirar por el cristal tintado de la pequeña ventana que teníamos en la puerta. Así que mi mujer consiguió un fantástico primer plano. El merodeador no era otro que Alejandro Entrambasaguas, el sicario a sueldo de Eduardo Inda que, unos meses más tarde, se dedicaría a acosar a los niños pequeños de Pablo Iglesias e Irene Montero. Yo no tengo ningún problema con la exposición pública y estoy acostumbrado a que publiquen basura falsa sobre mí, pero no pensaba permitir que extendieran el acoso a mi familia. Así que cogí la foto con la cara del sicario de Inda y la puse en las redes sociales, advirtiendo a todos los vecinos del barrio de Fuencarral de que se trataba de un tipo peligroso. Menos mal que no volvió, porque lo siguiente que tenía pensado hacer era llenar las calles vecinas con carteles con su cara.

La mudanza más reciente la hicimos a finales del año 2021. Como es público, ya que figura puntualmente en mi declaración de bienes del Congreso de los Diputados, me compré —por 180.000 euros e hipotecándome a 25 años— una pequeña casita con jardín en un pueblo a 45 km de Madrid. Aquí consigo que me dé un poco el sol, puedo salir a pasear con los perritos (perrotes), el aire está limpio, el cielo despejado y estamos algo más felices. Aunque echo muchísimo de menos Zaragoza (desde los trece años y con perdón de la estancia a tiempo parcial en Bruselas, nunca había vivido en otro sitio), esto empieza a parecer —poco a poco y después de muchas idas y venidas— algo así como un hogar.

Volviendo a 2016, una vez elegido secretario de organización y todavía viviendo en Zaragoza, iniciamos una ruta Pablo Iglesias y yo por todo el país. Una ruta que llamamos informalmente «los dos Pablos« y que nos sirvió para reconectar con las bases del partido, pero también para estrechar lazos nosotros dos y lanzar hacia afuera un mensaje de reconciliación. Al fin y al cabo, la inmensa mayoría de la gente —que no está muy politizada y no sigue de cerca la política interna de Podemos— lo último que recordaba es que nos habíamos enfrentado en una batalla campal.

Recuerdo eventos muy bonitos y multitudinarios de esa ruta en Pamplona, en Barcelona, en Zaragoza y también un evento gigante en un parque de Madrid. Pero quizás el más hermoso de todos fue el que hicimos en Córdoba.

Estaba yo en el uso de la palabra cuando, de repente, Pablo me interrumpe y me dice: «¡Que viene Julio!». Yo estaba tan absolutamente descolocado que pensé —por absurdo que pueda parecer a posteriori— que se refería a Julio Rodríguez, nuestro JEMAD, que en esas elecciones se presentaba por la provincia de Almería. Pero no se refería a ese Julio. No. Estaba entrando en el recinto nada menos que Julio Anguita.

Era la primera vez que Julio Anguita participaba en un evento de Podemos, más de dos años después de nuestro nacimiento. Estábamos viendo en vivo y en directo a la mejor historia de la izquierda dándole la mano al futuro más ilusionante y poderoso. La carga simbólica de ese momento era enorme.

Pablo se emocionó mucho y se fundió en un abrazo largo y sentido con Julio mientras la gente aplaudía. Luego Julio se acercó a mí tranquilamente, puso sus manos sobre mis hombros, me miró fijamente a los ojos y creo que me dijo: «Tienes que cuidarlo»... y creo que yo contesté: «No te quepa duda». Es difícil recuperar las palabras precisas de la memoria a través de la niebla del tiempo y la intensidad de la emoción.

Con Julio Anguita (abril de 2016).

Fuente: Dani Gago.

Fue, desde luego, uno de los momentos más importantes que guardo de esta travesía politica y vital. Un momento que ha cobrado, además, doble relevancia después de que Julio nos haya dejado medio huérfanos durante la pandemia. Dicen que Leonard Cohen dijo que, a veces, uno sabe de qué lado estar simplemente viendo quiénes están al otro lado, y yo opino que es una gran verdad. Pero hay otra verdad quizás todavía más potente: a veces, uno sabe de qué lado estar simplemente viendo quiénes están del mismo lado. Estar en la misma orilla del río que Julio Anguita es —para mí— una garantía absoluta de que no me estoy equivocando.

De hecho, una de las primeras tareas importantísimas que tuve que llevar a cabo nada más llegar a la Secretaría de Organización fue la de fraguar el acuerdo histórico con Izquierda Unida a principios de 2016. Cuando hicimos el evento en Córdoba de la ruta de «los dos Pablos», el acuerdo estaba ya casi hecho. Por eso, también, Julio pudo venir a apoyarnos sin ningún tipo de problema político.

Después de las primeras elecciones de diciembre de 2015, en las que Podemos e Izquierda Unida habíamos concurrido separados, Pablo había decidido que teníamos que hacer el esfuerzo de unir a la práctica totalidad de las fuerzas verdaderamente transformadoras en una única candidatura.

Es importante, aquí, apreciar y entender la visión histórica de Pablo. Podemos ya había hegemonizado el espacio de la izquierda no independentista. Junto a nuestras confluencias catalana, gallega y valenciana, habíamos obtenido más de cinco millones de votos (casi un 22% de los votos emitidos) y 69 escaños. Izquierda Unida, por su parte, aunque había resistido heroicamente al fuerte empuje de nuestra irrupción, apenas había obtenido dos escaños y algo menos de un millón de votos (un 3,7%). Nosotros no teníamos una necesidad política ni una necesidad electoral de sumar a Izquierda Unida a la coalición, pero Pablo entendió que debíamos hacerlo igualmente. Y yo estuve —y estoy— de acuerdo. Yo he sido votante de Izquierda Unida y soy consciente de que los compañeros fueron quienes mantuvieron una tenue llama encendida en los momentos más difíciles de nuestra historia reciente en los que el bipartidismo ganaba por aplastamiento. Era una obligación histórica incorporar toda esa tradición política y militante a la marea democrática que estábamos siendo capaces de generar.

Yo, además, pensaba —y pienso— que la unidad, lejos de ser un fetiche, es un imperativo práctico. La gente que tenemos enfrente es enormemente poderosa en términos económicos, mediáticos e, incluso, de control espurio del Estado profundo. En esas condiciones tan adversas, no resulta sensato ni inteligente desperdiciar fuerzas y posibilidades yendo separados los diferentes partidos, movimientos y personas que estamos de acuerdo en los mimbres básicos de un cierto horizonte de cambio transformador. Yo siempre lo he tenido claro y Pablo Iglesias, también. Pero tengo muchas dudas de que, si otra persona hubiera estado al frente, se habría actuado con la misma generosidad. Al fin y al cabo, que Izquierda Unida pudiera desaparecer del Parlamento en la repetición electoral si no íbamos juntos era una posibilidad no descartable.

De hecho, el errejonismo (la corriente interna liderada por Íñigo Errejón) llevó a cabo una campaña frontal contra la posibilidad de

ese acuerdo. Por aquel entonces, le explicaban a cualquiera que quisiera escucharles que «uno más uno no siempre suma dos» y que, si manchábamos a Podemos (que era algo «nuevo») con los significantes, los símbolos y los rituales «viejos» del comunismo y de la izquierda tradicional, corríamos el riesgo de quedarnos «arrinconados en una esquina pequeñita del tablero». Incluso años después, cuando el errejonismo ya se había escindido de Podemos y había montado su propio partido, siguieron manejando los mismos argumentos, diciendo, por ejemplo —y con intención despectiva—, que nos habíamos convertido en una «Izquierda Unida 2.0». El significante «Izquierda Unida» utilizado como insulto. Aunque ahora parece que esas rencillas han quedado en el pasado (a juzgar por el acuerdo que se fraguó en Andalucía entre Errejón e Izquierda Unida para que Podemos no tuviera una posición de liderazgo), lo cierto es que, hasta hace muy pocos meses, la cosa era tal y como la describo.

Pablo Iglesias y el grupo de personas que hemos trabajado mano a mano con él siempre hemos apostado por la unidad y por ampliar el espacio. Pero es un hecho que no puede decirse lo mismo de todos los partidos y corrientes que han formado parte del así llamado «espacio del cambio». Los últimos ejemplos los hemos vivido en las elecciones generales de 2019, en las que, además de concurrir por separado Más País (el partido de Íñigo Errejón) pocos meses después de escindirse de Podemos, también decidieron no revalidar la coalición de 2016 los compañeros de Compromís. O en las elecciones a la comunidad de Madrid, en 2021, a las que se presentó Pablo Iglesias después de abandonar el Gobierno y en las que ofreció a Más Madrid la posibilidad de alcanzar un acuerdo electoral. Posibilidad que rechazaron.

Sea como sea, en Podemos, las decisiones más importantes no se toman entre cuatro dirigentes en una habitación, sino que las toma la Asamblea Ciudadana, es decir, el conjunto de los inscritos. Y, cuando preguntamos, a principios de mayo de 2016, a las bases de Podemos si debíamos crear Unidos Podemos —entonces, todavía era «Unidos», con ‘o’— y presentarnos a las elecciones del 26J en coalición con Izquierda Unida, más de 140.000 personas (el 98% de los votos emitidos) dijeron que sí, dejando claro cuál era exactamente el peso democrático de cada una de las dos posiciones

políticas que estaban encima de la mesa.

Pero, antes de llegar a ese punto, hubo que fraguar todos los detalles del acuerdo de coalición y eso no fue nada fácil.

Como flamante nuevo secretario de organización de Podemos, me tocó a mí ser el negociador. A su vez, el secretario de organización de Izquierda Unida Federal era por aquel entonces Adolfo Barrena, quien casualmente también era coordinador General de Izquierda Unida Aragón. Así que, como yo todavía vivía en Zaragoza, resultaba muy conveniente vernos para negociar en las Cortes de Aragón. Gracias a esa casualidad, la negociación más importante en el espacio de la izquierda en las últimas décadas se acabó llevando a cabo en el Palacio de la Aljafería de Zaragoza, con el Estatuto de Autonomía de Aragón en la estantería de al lado de la mesa en la que estábamos sentados. Como aragonés, no deja de ser un pequeño motivo de orgullo para mí que eso ocurriera así.

Desde que me metí en Podemos, además de dar cientos de entrevistas y ruedas de prensa, también me ha tocado negociar muchos acuerdos. He negociado la coalición más importante de las últimas décadas entre las fuerzas verdaderamente transformadoras en España, los primeros Presupuestos Generales del Estado pactados entre Unidos Podemos y el PSOE y el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia (por dos veces)... eso, además de innumerables leyes y otros muchos elementos de dimensión ciertamente menor que los tres que acabo de mencionar. Por eso, a mí me gusta decir que yo no sé mucho acerca de la mayoría de temas, pero sí sé acerca de cuatro cosas. Sé sobre física, sé sobre discapacidad, sé sobre comunicación política (no me ha quedado otra que aprender) y sé negociar.

Evidentemente, no es lo mismo negociar unos presupuestos que una coalición, pero todas las negociaciones tienen una serie de principios básicos en común.

Para negociar una coalición electoral, por ejemplo, hay que ponerse de acuerdo básicamente en cuatro elementos: el nombre, el programa, el reparto de los recursos económicos y la composición de las papeletas. El cuarto punto es, posiblemente, el más difícil y el motivo es muy lógico: en política, las personas son la pieza

fundamental. Mi admirado Julio Anguita hacía enfásis en el «programa, programa, programa», y por supuesto que las ideas y las propuestas son muy importantes (no te voy a decir yo que no, que soy el secretario de programa de Podemos y dedico horas y horas a ello). Pero todo el mundo entiende que, según cuál sea la composición humana de un grupo parlamentario o de un gobierno y según cuál sea la voluntad y la valentía de esas personas, un programa puede cumplirse o no. Por eso, era fundamental que hubiera personas de Unidas Podemos en el Gobierno de España y, por eso también, la negociación de las papeletas es uno de los escollos más complejos a la hora de fraguar una coalición.

Por cierto, cualquiera que te intente convencer de que pelear por ministerios en un gobierno o por lugares en una papeleta es algo mezquino y egoísta te está tomando por idiota. Y no solamente porque elegir adecuadamente las personas que están al frente sea fundamental para el éxito de un proyecto político. Es que, además, cuando hay dos partes sentadas en la mesa, los puestos que no son para una de las partes son para la otra. ¿Verdad que es así? Por eso, tuve que verme tantas veces con Adolfo Barrena para hacer las papeletas de Unidos Podemos en 2016 y, por eso también, cuando le decían a Pablo Iglesias en 2019 que Podemos no debería preocuparse tanto por «los sillones» sino por el programa —que era lo «verdaderamente importante»—, Pablo contestaba que, si «los sillones» no eran importantes, no entendía entonces por qué el PSOE quería quedárselos todos. Porque no es muy inteligente permitir que a uno lo tomen por idiota y tampoco es conveniente seguir chupándose el dedo pulgar después de la mayoría de edad.

En todo caso, las dificultades siempre están ahí y el éxito de una negociación no depende tanto de los detalles como de atenerse a una serie de principios básicos. Creo que, en algún momento y si me da la vida, debería escribir un manual de negociación, ya que es algo que no te enseñan en ninguna universidad y que puede llegar a ser muy útil (no solamente en la política). No obstante, eso daría para un libro entero, así que me voy a limitar aquí a mencionar dos de los principios básicos a los que me refiero y que yo he descubierto mediante la práctica.

En primer lugar, nunca negocian los jefes. Primero, porque negociar

mancha y a los jefes hay que protegerlos y, segundo, porque tampoco sería lo más eficaz. Es mucho más inteligente que los jefes deleguen en personas de su confianza, les den unas pautas generales sobre los objetivos a conseguir en la negociación y dejen, a partir de ahí, que los negociadores se pongan a desbrozar los detalles. En ese proceso, la estrategia más eficiente que deben seguir los negociadores es lo que yo llamo «perimetrar». ¿Y qué es perimetrar? Pues ir cerrando todos aquellos puntos en los que se puede alcanzar un acuerdo con mayor o menor dificultad. Mientras tanto, cuando se encuentra un escollo que los negociadores no son capaces de resolver, ese elemento se aparta, se deja para el final y se sigue adelante con lo demás. De esta manera, si los negociadores hacen bien su trabajo, al final de todo habrán dejado sin resolver un número pequeño de asuntos. Es en ese momento cuando se eleva la negociación a los jefes para que la acaben de cerrar, típicamente, en una única —y breve— reunión.

Segundo principio: si se quiere llegar a un acuerdo, se llega a un acuerdo. Dicho de otra forma: cuando los negociadores se sientan con el mandato de llegar a un acuerdo, los escollos se van eliminando uno a uno y, al final, todo se acaba por resolver. Y añado: en los primeros diez minutos de la primera reunión de negociación, te das cuenta de si tu interlocutor viene con el mandato de llegar a un acuerdo o viene a jugar a otro juego. (No pienses en un elefante. No pienses en la negociación fallida de gobierno en el verano de 2019. No pienses en Carmen Calvo).

En el caso del acuerdo de coalición entre Podemos e Izquierda Unida, ambos negociadores íbamos con el mandato inequívoco de llegar a un acuerdo y, por eso, a pesar de las —no pequeñas— dificultades, el 9 de mayo de 2016, Pablo Iglesias acabó dándose un abrazo con Alberto Garzón en la Puerta del Sol y se produjo el así llamado «pacto de los botellines».

Un poco más difícil fue la negociación para la coalición En Comú Podem en las cuatro provincias catalanas. Los compañeros de los «comunes» siempre han sido durísimos negociadores y recuerdo que, en aquella ocasión, la negociación se llevó al límite.

Tal era la dificultad que exigió que nos desplazásemos a Barcelona al principio de la misma para vernos las caras y poder hablar

presencialmente. Ese día conocí una faceta de Irene Montero que muy poca gente conoce.

Cuando piensas en Irene, posiblemente te viene a la cabeza su papel como ministra de Igualdad y las difíciles batallas que ha entablado para llevar al BOE una serie de avances enmarcados en una nueva ola de derechos feministas: la ley «solo sí es sí», la ley trans, las bajas laborales por reglas dolorosas o el Plan Corresponsables para que el Estado ayude a las mujeres a conciliar la vida laboral con la vida familiar. Quizás también recuerdes cómo acorraló al PP cuando era la portavoz de nuestro Grupo Parlamentario durante la moción de censura de Unidos Podemos o la fuerza que despliega en los mítines de campaña. Las personas que han pasado por la dirección de Podemos también conocen —más en detalle y más de cerca— la profundidad de sus análisis políticos.

Pero muy poca gente ha visto a Irene Montero negociar. Y créeme. Es un espectáculo.

Irene es depositaria de una combinación de emocionalidad y racionalidad que es enormemente eficaz como mecanismo de búsqueda de las mejores soluciones. Primero, la emocionalidad la lleva a explorar posibilidades que uno normalmente no baraja, pero, inmediatamente después, la racionalidad la lleva a elegir la posibilidad más inteligente y más sensata de todas las que ha encontrado en el primer empujón. No te dejas nada fuera porque haces una búsqueda lo más amplia posible, pero luego afinas el tiro con precisión de francotirador.

En aquel viaje a Barcelona, pude ver a Irene en acción como pocas personas la han visto y, desde entonces, se ganó un respeto por mi parte que no ha hecho más que crecer con los años.

Y, aun así, no fue suficiente para cerrar el acuerdo.

Cuando detectamos que iba a hacer falta medicina más fuerte, tuvimos que empezar a pensar en hacer cosas nuevas.

Aunque parecía obvio que ni nosotros ni los comunes queríamos concurrir separados a las elecciones del 26 de junio de 2016, nos dimos cuenta de que, si ellos pensaban que nosotros jamás íbamos a

contemplar la posibilidad de ir separados, iban a jugar durísimo hasta el final y la cosa se podía romper. Paradójicamente, la forma de que no se rompiese la negociación era hacerles creer que —precisamente— ese escenario era posible.

Por eso, recuerdo que preparé los papeles para un registro en solitario de Podemos sin los comunes y se los envié a mi interlocutor —Adrià Alemany, a quien tengo mucho aprecio a pesar (o, quizás, a causa) de nuestras negociaciones—, diciéndole que nosotros teníamos que estar preparados para lo peor. De hecho, hasta encargué al equipo de diseño de Podemos un logotipo. El nombre que me inventé fue «Podem decidir» y el logotipo que me hizo nuestra gente de diseño era verdaderamente chulísimo. Por supuesto, se lo envié también a Adrià para que viese que la cosa iba en serio.

Botellines en el AVE con Pablo (abril de 2016).

Fuente: Dani Gago.

Íbamos en el AVE Pablo Iglesias y yo, volviendo del evento con Julio Anguita en Córdoba hacia Madrid, cuando, muy cerca de la medianoche y al filo del plazo legal de registro de coalición, llegó el OK de los comunes al acuerdo. Aunque sentí un enorme alivio y nos pedimos con Pablo unas cervezas en la cafetería del tren para celebrarlo, también me jodió un poco no haber podido utilizar aquel logotipo.

En lo personal, es una de las cosas que me llevaré orgulloso a casa cuando abandone la política: haber puesto con mis propias manos las tuercas y los tornillos del acuerdo que por primera vez en mucho tiempo unió a prácticamente toda la izquierda no independentista en España.

Dicho eso, es mi obligación aclarar que, aunque yo puse la orfebrería, Pablo Iglesias puso la visión política. Tengo la sensación de que, muchas veces, la dimensión de Pablo como animal comunicativo ha opacado su dimensión como líder político. Lo que Pablo hacía en los medios de comunicación no estaba al alcance de nadie, pero, desde mi punto de vista, lo que hacía fuera de los focos era igual de difícil o más difícil aún. Un líder político no es solamente una persona que emociona en las entrevistas o en los mítines. Eso es muy importante, pero es insuficiente. Un líder político es una persona que es capaz de mantener unido y de cohesionar un enorme equipo de gente; en nuestro caso, incluso formado por fuerzas políticas diferentes. Eso es, desde mi punto de vista, mucho más difícil que la parte comunicativa y eso es lo que determina si estamos de verdad ante un líder político o estamos únicamente ante un comunicador o un simple candidato a las elecciones. Bueno, eso y saber tomar las decisiones estratégicas en los momentos más difíciles, pero de eso ya hablaremos después.

Lamentablemente, el acuerdo de coalición no consiguió uno de nuestros objetivos de máximos, que era el de superar electoralmente al PSOE en las elecciones de junio de 2016; lo que todo el mundo

llamaba «el sorpasso».

Es verdad que, algo más de un mes antes del domingo electoral, Antonio García Ferreras difundió masivamente en La Sexta —la cadena de televisión supuestamente para la gente de izquierdas— una noticia falsa, publicada inicialmente por Eduardo Inda y según la cual Pablo Iglesias habría recibido más de 270.000 euros de Nicolás Maduro en una cuenta a nombre de su madre en el paraíso fiscal de Granadinas. Si esto te suena ahora muy burdo o si te pareció muy burdo en su momento el supuesto documento manipulado con Photoshop aparentemente por un niño de cinco años, hoy sabemos que a Antonio García Ferreras también le parecía «muy burdo» y, sin embargo, decidió «ir con ello». Lo sabemos porque lo hemos escuchado de su propia boca en unos audios grabados por Villarejo.

Es verdad que esta manipulación masiva de la opinión pública tuvo lugar a pocas semanas de las elecciones y que nunca sabremos qué habría pasado si la intoxicación no se hubiera producido. Pero también es verdad que pasó lo que pasó y que, a diferencia de la extrema derecha, nosotros respetamos los resultados electorales.

El 26 de junio de 2016, el PSOE obtuvo algo más de 5,4 millones de votos (el 22,7%) y 85 escaños y nosotros nos quedamos a un punto y medio, con algo más de 5 millones de votos (el 21,1%) y 71 escaños. Aunque no habíamos conseguido dar «el sorpasso», consolidamos nuestro espacio electoral con una composición —ahora— más diversa y, por tanto, más fuerte.

Tras la ruta de «los dos Pablos», el acuerdo con Izquierda Unida y las elecciones de junio de 2016, inicié yo mismo una ruta individual que sería otro de los hitos de mi trabajo en la Secretaría de Organización: la ruta «atarse los cordones».

El nombre surge de una metáfora visual muy interesante que se había inventado Íñigo Errejón. En un momento le escuché decir que, desde que nacimos, habíamos estado corriendo e intentando atarnos los cordones al mismo tiempo, y me pareció muy apropiado. Quise ponerle ese nombre a la ruta para afirmar que había llegado el momento de parar un poco y atarnos —por fin— los cordones. Es decir, que había llegado el momento de atender a nuestra estructura

territorial y a nuestros círculos después de la primera etapa de la «máquina de guerra electoral». El objetivo material de la ruta era escuchar directamente a las bases del partido en todo el país y recoger sus demandas y sus ideas, para después poder incorporarlas a nuestro funcionamiento interno.

A pesar de las grandes dificultades que tengo para viajar, sobre todo según la distancia y el medio de transporte, y a pesar de la incomodidad importante que me supone también dormir fuera de casa —llevar un asiento especial para el váter y la silla adaptada para la ducha, sufrir la cama del hotel (casi siempre demasiado dura para mí), etc.—, hice el esfuerzo, durante aquella época, de recorrerme las diecisiete comunidades autónomas de España y reunirme con la militancia de Podemos en todas ellas. Solamente me queda la espinita de no haber estado en Ceuta y en Melilla y, aunque las dificultades logísticas son enormes, algún día espero poder ir.

Además de lo enriquecedora que fue, para mí, la experiencia en lo personal, la ruta «atarse los cordones» fue, también, todo un éxito en lo político, y toda la sabiduría de las bases que recogimos en nuestros viajes nos sirvió para informar el documento organizativo que más adelante presentaríamos en el congreso de Vistalegre 2 y que fue la primera mutación de Podemos desde una «máquina de guerra electoral» hacia una organización política verdaderamente implantada en el territorio.

Te he contado en este capítulo la parte más bonita de mi labor en la Secretaría de Organización y te he ahorrado la parte más desagradable, que, lamentablemente y como te puedes imaginar, es mayoritaria. En todo caso, no te pierdes gran cosa. Hablamos, sobre todo, de asuntos pequeñitos y mezquinos (si alguien tiene que ir tercero o cuarto en la papeleta de unas primarias, si otro tiene que hablar el segundo o quinto en un evento, si tenemos que pactar una distribución de 17-15 o de 18-14 en una dirección autonómica...). Por utilizar una metáfora bastante precisa, ser secretario de organización de un partido político es muy parecido a ser bombero: te pasas todo el día —todos los días— apagando fuegos. Pero muy pocos llegan a grandes incendios. La mayoría apenas pasan de la

categoría de tristes chispas.

Aunque yo siempre he pensado que la política debería consistir en dedicar el 99% del tiempo a escuchar los problemas de la ciudadanía e intentar resolverlos con el máximo esfuerzo y la máxima inteligencia posible, lo cierto es que la política está hecha por humanos y los humanos tienen ego. En una organización tan amplia como la nuestra, participan un montón de personas y, cada vez que una de ellas piensa que tiene menos de lo que se merece, se genera un problema y hace falta que alguien coja la manguera. Para que los jefes puedan dedicar la mayor parte de su tiempo a la política de verdad, el secretario de organización tiene que pasar casi toda su jornada haciendo exactamente lo contrario.

Es un trabajo muy difícil que desgasta mucho y que no se puede desempeñar durante demasiado tiempo. De hecho, si yo aguanté tanto, fue, primero, porque estuve acompañado de un equipo de personas increíble (María, Nathalia, Javi y, en una segunda etapa, Pau, Esther o Gillén). Pero, sobre todo, porque no encontrábamos una alternativa viable para sustituirme.

Tras más de tres años de dura tarea y justo después de las elecciones autonómicas y municipales de mayo de 2019, Pablo y yo decidimos que mi ciclo como secretario de organización de Podemos tocaba a su fin. Yo ya había sido elegido diputado estatal por Zaragoza en las elecciones del 28 de abril de 2019 y Pablo me había encomendado la Acción de Gobierno (además de la función que ya cumplía como secretario de programa). Es decir, me había encomendado liderar las negociaciones de gobierno con el PSOE; una tarea mucho más política que me permitía afrontar una nueva etapa.

Algunos medios de comunicación quisieron vender el cambio en mis responsabilidades como una pérdida de confianza y como una purga. Ante semejante ridiculez, a Pablo no le quedó más remedio que publicar en Twitter una imagen en la cual Heidi tiraba a Clara —su amiguita en silla de ruedas— por un barranco. Solamente que no era Clara, sino yo. En el tuit, que a día de hoy tiene más de 16.000 retuits y casi 28.000 likes, se podía leer: «Disfruta de tu purga @pnique [mi usuario de entonces; el de ahora es @PabloEchenique] que te va a durar poco ;)». A veces, cuando se

publican estupideces muy absurdas, la mejor recomendación del manual de comunicación política es descojonarte. Lejos de ser una purga, el cambio era un evidente ascenso y había que tener muy pocas luces y muy mala información para no darse cuenta.

No sin cierto alivio personal, a principios de junio de 2019, dejé paso a Alberto Rodríguez —el tercer secretario de organización en la historia de Podemos— deseándole mucha suerte porque la iba a necesitar.

Pero no nos adelantemos. Muchas otras cosas ocurrieron antes de llegar a ese momento…

CAPÍTULO 14

VISTALEGRE 2, LA GRAN BATALLA

A finales de 2016, se comienza a fraguar la que fue, seguramente, la mayor batalla interna en Podemos: nuestra segunda Asamblea Ciudadana, conocida informalmente como «Vistalegre 2». Si, en la primera asamblea, yo había sido investido como el líder de los ejércitos insurrectos que se enfrentaron a Pablo Iglesias, en la segunda, me convertí en uno de sus lugartenientes contra las huestes del errejonismo.

Obviamente, hace falta explicar cómo llegamos hasta ese punto.

Unos meses antes y tras ser nombrado secretario de organización por el Consejo Ciudadano Estatal de Podemos en abril de 2016, cogí un buen día el AVE en la estación de Delicias de Zaragoza para dirigirme con expectación a mi primer Consejo de Coordinación en la antigua sede de la calle Princesa en Madrid.

Como ocurre en casi todos los partidos, Podemos cuenta con un órgano grande, que se ocupa de la dirección política entre congresos (de tomar las grandes decisiones) y que se reúne cada dos o tres meses —el Consejo Ciudadano—, y cuenta, también, con un órgano pequeño, que se ocupa de la gestión del día a día y que se reúne prácticamente todas las semanas. Este órgano pequeño en 2016 se llamaba Consejo de Coordinación y ahora lo llamamos Secretariado, pero solemos utilizar también —entonces y ahora— su denominación coloquial: la «ejecutiva».

Pues bien, en mi primera ejecutiva, aluciné.

Yo ya sospechaba alguna cosa y tenía alguna idea de lo que estaba pasando, pero no tenía —ni mucho menos— todos los elementos en la mano. Con el paso del tiempo, fui viendo lo que ocurría con mis propios ojos y fui entendiendo poco a poco qué había pasado

exactamente para que yo acabara siendo el secretario de organización de Podemos.

La clave fundamental que lo explicaba todo era que, ya desde el principio de la constitución del partido, se había abierto una batalla interna muy violenta, aunque, en su mayor parte, soterrada.

Yo dejé el Parlamento Europeo a mediados de marzo del 2015 porque volví a España para presentarme a las elecciones autonómicas de mayo de ese mismo año. Pero Pablo Iglesias, obviamente, se reservaba para presentarse a las elecciones generales de diciembre de 2015 y se quedó en Bruselas algunos meses más que yo. Pablo dejó el Parlamento Europeo a finales de octubre de 2015.

Durante todo ese tiempo —y, básicamente, desde Vistalegre 1, desde finales de 2014—, Íñigo Errejón aprovechó que Pablo pasaba mucho tiempo en Bruselas (y, también, todo sea dicho, que a Pablo siempre le han dado pereza los asuntos burocráticos y del aparato del partido) para ir ganando fuerza internamente en Podemos con el objetivo último de hacerse con el control.

Su estrategia fue doble; con una parte externa y otra interna.

Por un lado, desplegó una táctica mediática según la cual primaba de forma absoluta la protección de su imagen personal, evitando posicionarse en temas polémicos, guardando silencio cuando había tormenta e incluso no defendiendo a compañeros de proyecto cuando estos eran atacados. Estoy pensando, por ejemplo, en el caso de Juan Carlos Monedero, que fue una de las primeras víctimas de la cacería contra dirigentes de Podemos y que tuvo que dimitir tras pedir el errejonismo activamente su cabeza. Esta táctica político-comunicativa le permitía a Errejón acumular capital simbólico externamente y también a la interna, pero eso no significa que dejara sin atender el plano material.

Además de lo mediático, se ocupó y se preocupó de llenar el aparato del partido con personas afines a él. Personas contratadas por Podemos pero que, sin embargo, tenían muy claro que su lealtad primera no se hallaba ni en el partido que les daba cobijo ni, por supuesto tampoco, en su secretario general, Pablo Iglesias, sino

en Íñigo Errejón. Como ellos mismos se jactaban en sus chats internos, crearon, durante aquellos años y mediante este mecanismo, «un partido dentro del partido». Así lo llamaban.

Una persona del equipo de Pablo por aquella época me cuenta que, cuando Pablo volvió de Bruselas, la sede de la calle Princesa estaba tomada —casi íntegramente— por personas afines a Errejón. El equipo de Pablo, es decir, el equipo de nada menos que el secretario general del partido, era tan escaso que se reunía en una de las salas más pequeñas de la sede y, cuando iban entrando al recinto, nadie les saludaba.

Pablo se dio cuenta de esto al principio y empezó a tomar medidas. Pero era difícil porque Errejón ya tenía mucho camino andado. Se había vuelto, en cierta forma, un intocable y, cuando había discrepancias políticas, hacía valer tanto su poder interno como su poder externo. Cuando se quedaba en minoría en un debate a la interna del partido, por ejemplo (y siempre que le conviniese), no tenía ningún problema en sacar el debate afuera. En una de las primeras ejecutivas de Podemos en las que yo estuve presente incluso hizo explícita esta táctica, diciendo que Pablo no le estaba dejando más remedio. Es decir, que «no le estaba dejando más remedio» que salir a los medios de comunicación a golpear a su propio partido, aprovechando el buen trato que le daban los medios a raíz de la ya enunciada ley de hierro.

Ya sabes, cualquiera que se enfrenta a Pablo Iglesias…

Esto es —para mí— durísimo de contar y, quizás —para ti—, sea muy duro de leer. Pero me temo que es la pura verdad. Así se produjeron los acontecimientos en esa época y yo no lo sé a través de testimonios de terceras personas. Yo no lo sé porque me lo hayan contado. Yo lo sé porque lo vi y lo viví. Y creo, además, que es mi obligación contarlo tal y como fue porque resultaría imposible entender muchas de las cosas que han pasado a lo largo de estos años sin manejar esta información.

Para muchos observadores externos, la disputa entre Pablo Iglesias e Íñigo Errejón puede haber tenido la apariencia de una disputa por las ideas políticas. Al fin y al cabo, este es el relato que se trasladó desde la gran mayoría de los medios de comunicación. Lo que

venían a contar es que Pablo representaría un estilo más duro y confrontativo con los grandes poderes económicos, mientras que Errejón interpretaría una melodía más moderada y «transversal» con algunos acordes cercanos a la música del PSOE. Esto nunca fue exactamente así, pero da igual. Porque la disputa por las ideas en un partido que se organiza de forma democrática es perfectamente legítima. Ese no fue el problema interno de Podemos y no fue, tampoco, lo que nos llevó a la fractura en Vistalegre 2.

El problema fue la falta de ética en la praxis política de una de las dos partes.

Eso es lo que te quiero contar aquí y pretendo hacerlo con datos contrastados. Para que te puedas hacer una composición de lugar correcta de todo lo que ocurrió.

Uno de los puntos álgidos de la batalla interna y lo que acabó precipitando la destitución de Sergio Pascual fue la operación conocida como «Mate Pastor». Se trata de un jaque mate que dan las blancas —con un alfil y la dama— al rey negro en tan solo cuatro jugadas. Aunque la secuencia de movimientos es famosa, en realidad se trata de una mera curiosidad, ya que las negras tienen que hacer varios movimientos estúpidos para que las blancas puedan salirse con la suya y, por lo tanto, el mate pastor nunca tiene lugar en una partida real.

La operación «Mate Pastor» (uno de los muchos intentos por parte del errejonismo de tomar el control del partido mediante la fontanería, pero el que precipitó los acontecimientos) buscaba dar un golpe en la dirección de Podemos de la Comunidad de Madrid mediante una detonación mediática: la dimisión concertada —y con muchas cámaras y muchos micrófonos delante— de los consejeros errejonistas en dicho órgano.

La operación se descubre porque una de las personas implicadas se deja abierta una sesión de Telegram en la sede de Podemos y alguien externo a la trama es capaz de leer los mensajes y hacer una copia. De nuevo, esto no lo cuento de oídas. Yo he leído los mensajes. La toxicidad de las conversaciones que tenían lugar en aquellos grupos es algo impactante para cualquiera que los lea y que aún conserve el estómago. Hablamos de un amplio grupo de

personas que no ocultaban su desprecio hacia Pablo Iglesias —el líder, democráticamente elegido, del partido en el que militaban y que les pagaba el sueldo—, que se reunían prácticamente todos los días para conspirar y cuyo objetivo evidente era hacerse con el poder interno en Podemos por vías no democráticas.

Una de las cosas que se podían leer en aquel chat era cómo pactaban con conocidas periodistas los titulares de las piezas periodísticas para que hicieran el mayor daño posible. Repito: en una época en la que se estaba jugando nada menos que la formación del Gobierno de España (el PSOE pactando con Ciudadanos para arrinconarnos a nosotros), el «partido dentro del partido» en el que se había constituido el errejonismo conspiraba con periodistas para atacar a Pablo Iglesias.

Directamente implicados en estos grupos y en estas operaciones: Íñigo Errejón y el entonces secretario de organización Sergio Pascual. Cuando se descubre esta implicación directa, Pablo Iglesias decide cesar fulminantemente al segundo de ellos.

Yo no formé parte de las deliberaciones que condujeron a aquella decisión y no sé por qué las destituciones no llegaron más lejos y por qué no se decidió desvelar toda la trama, aunque me lo puedo imaginar. Incluso cuando los fascistas acosaban a su familia en la puerta de su casa, las decisiones de Pablo siempre han buscado —en primer lugar— proteger el proyecto. Con el errejonismo tan fuerte y tan extendido en nuestro aparato y en nuestros órganos de dirección en aquella época, sospecho que Pablo entendió que el golpe político a Podemos habría sido demasiado duro si se hubiera hecho estallar todo por los aires.

Dicho esto —y creo que las cosas hay que decirlas como son—, tengo que reconocer, también, que Sergio Pascual ha sido, desde mi punto de vista, una de las personas que con mayor elegancia ha dejado la organización (al menos en lo que respecta a su comportamiento público). A pesar de lo grave de la situación y a pesar de su evidente responsabilidad en ella, a diferencia de otras personas que no han sabido irse y han seguido haciendo daño al proyecto en los medios de comunicación, no es así como se ha comportado Sergio Pascual después de que todo se descubriese. En política hay que ser justo y, por eso, quiero dejar esto dicho por

escrito.

De hecho, Sergio ha escrito recientemente un libro narrando muchas de las cosas que yo cuento aquí desde el otro lado de la trinchera y que te recomiendo.8 Aunque no estamos de acuerdo en importantes elementos del relato y aunque su libro tiene —como no podía ser de otra forma, ya que ninguno estamos libres de nuestro ego— un componente de autojustificación, lo cierto es que reconoce lo básico que yo cuento aquí: que, comandados por Errejón, montaron un «partido (llamado Patria) dentro del partido» para hacerse con el poder mediante mecanismos no democráticos. Es interesante leerlo también porque Sergio llega al núcleo de dirección de Podemos antes que yo y, por lo tanto, ha vivido cosas que yo no he vivido. A mí me dejó especialmente impactado cuando —en la página 113— recuerda un correo electrónico interno que envió Pablo Iglesias en 2014 prediciendo con una exactitud casi sobrenatural lo que nos iba a ocurrir políticamente en los próximos años.

El siguiente paso a partir de la destitución de Sergio Pascual era ya inevitable: había que nombrar a un nuevo secretario de organización. Y aquí quiero explicar una cosa que, seguramente, mucha gente no sepa: cuando Pablo decide proponérmelo a mí, nuestra relación no era en absoluto estrecha.

Es verdad que nos llevábamos bien, es verdad que la relación había cambiado completamente desde Vistalegre 1, es verdad que la sintonía política era alta, pero también es verdad que hablábamos bastante poco; él en Madrid ocupado en la política estatal y yo centrado en mis obligaciones aragonesas y viviendo en Zaragoza. Es importante tenerlo en cuenta: cuando Pablo Iglesias decide proponerme ser el nuevo secretario de organización, el nivel de confianza personal que existía entre ambos no era en absoluto alto para un puesto de tamaña responsabilidad. El elegirme a mí tiene que ver con un rasgo característico en el comportamiento político de Pablo Iglesias: la audacia.

Pablo no elige entonces a una persona de su máxima confianza —como se hace habitualmente en los partidos—, sino que elige a la persona que entiende que es la más adecuada en ese momento. Se trata, sin duda, de una apuesta arriesgada. Siendo tan tenues los

lazos de lealtad políticos previos, perfectamente podría haber pasado que, al convertirme en un dirigente estatal en un puesto tan importante como la Secretaría de Organización, se me hubiese ido subiendo poco a poco la cosa a la cabeza y hubiese acabado tomando un camino de construcción de mi propio perfil y de alejamiento de Pablo. No habría sido ni la primera ni la última apuesta que se hubiese torcido. Pero yo no soy así y, en mi caso, eso no ocurrió. Pablo dice que el tener que haber elegido a una persona de fuera del círculo de máxima confianza fue una decisión que partió de la debilidad. Yo, en parte, entiendo el razonamiento político que hay detrás de esta afirmación, pero creo que hay que añadir que, en momentos de debilidad, hay dos tipos de líderes: los que se van encerrando en un sitio cada vez más pequeño y los que apuestan por abrir.

Yo era una persona que no había participado en la batalla interna que se estaba desarrollando, era respetado por las bases del partido por la posición que había mantenido en Vistalegre 1, era el candidato que había sacado el mejor resultado de toda España en las elecciones autonómicas y no me llevaba mal con la gente de Errejón. De hecho, nunca me he llevado mal con el propio Íñigo; ni siquiera en los peores momentos y a pesar de la malísima opinión que tengo de algunas de las cosas que ha llegado a hacer. Hace poco me bloqueó en Twitter no sé muy bien por qué, pero yo sigo intentando mantener una relación normalizada con él en cuanto portavoz de Más País y yo portavoz de Unidas Podemos en el Congreso de los Diputados.

En definitiva, Pablo Iglesias me elige en marzo de 2016 para ser secretario de organización de Podemos por lo que aporto y no por el nivel de confianza que tiene —en ese momento— conmigo. Esto es importante saberlo para entender la manera de liderar de Pablo y también para comprender que mi percepción de lo que estaba ocurriendo internamente entre él e Íñigo Errejón no era una percepción que viniera condicionada previamente. De hecho, Pablo Iglesias nunca me intentó condicionar. La percepción que desarrollé de lo que estaba pasando la desarrollé yo mismo en base a las evidencias que veía todos los días. Como ya he comentado, lo que cuento no es lo que me contaron. Es lo que vi… y es lo que vi sin ningún tipo de contaminación previa.

Esta batalla soterrada por el control del partido, que se llevaba desarrollando prácticamente durante los últimos dos años, es la que se hace visible, con luz y taquígrafos y con todas las cámaras de televisión del país encendidas, en Vistalegre 2.

La gran diferencia interna que existía en nuestra organización es evidente que no era la que se visibilizó en Vistalegre 1, a finales de 2014, dos años antes. En el primer congreso, nos enfrentamos una candidatura minoritaria cuya pieza más grande era Izquierda Anticapitalista contra el bloque mayoritario formado por los fundadores de la organización. Las bases fueron muy claras: el bloque minoritario apenas tenía algo más del 10%, mientras que el bloque mayoritario tenía más del 80%. La verdadera diferencia interna que partía la organización prácticamente en dos era la que existía entre el equipo de Pablo Iglesias y el equipo de Iñigo Errejón.

Y aquí quiero volver a ser muy claro: es perfectamente legítima la voluntad de disputar las ideas —y también el poder interno— en un partido político. Ese no es el problema. Lo censurable es cuando esa disputa se lleva a cabo en contra de los mecanismos democráticos y con absoluta falta de ética. Que el errejonismo estuviese internamente en contra de que votásemos que no a un gobierno de coalición entre Pedro Sánchez y Albert Rivera después de las elecciones del 20 de diciembre de 2015 es perfectamente legítimo. Pero, cuando más del 88% de las bases de Podemos dejan claro cuál tiene que ser la posición del partido, ese debate debería quedar zanjado y los que están en minoría tienen que aceptar el mandato democrático. Que el errejonismo estuviese internamente en contra de que llegásemos a un acuerdo de coalición con Izquierda Unida para las elecciones del 26 de junio de 2016 es perfectamente legítimo. Pero, cuando más del 98% de las bases de Podemos dejan claro que casi la totalidad del partido apoya ese acuerdo, tiene poco sentido —si uno se cree de verdad la democracia— seguir insistiendo en oponerse.

Y, sobre todo, no se debe articular esa oposición mediante artimañas oscuras y no democráticas como la operación «Mate Pastor». Porque, si se llevan a cabo ese tipo de prácticas ya con tus compañeros de partido, ¿qué tipo de comportamiento podemos

esperar cuando se acceda a las instituciones públicas?

Al llegar a finales de 2016 y arrancar Vistalegre 2, todas estas diferencias, que no siempre habían visto la luz pública, se hacen plenamente visibles y todas las cartas se ponen boca arriba… bueno, boca arriba más o menos. Porque, ni siquiera en el marco —enteramente democrático— de una Asamblea Ciudadana, Íñigo Errejón decide dar una batalla honesta y frontal.

Lo lógico, si quería disputar el poder interno —y créeme que quería —, habría sido presentar su candidatura a la Secretaría General para confrontarse directamente con la candidatura de Pablo Iglesias. Pero no se atrevía a dar ese paso. Así que, en vez de ir de frente, decidió desplegar una inverosímil estrategia oblicua que no fue el hazmerreír de todo el sistema mediático simplemente porque le perdonaban absolutamente todo en virtud de la ya mencionada ley de hierro.

El planteamiento que vino a hacer era —siendo muy suave en los calificativos y como mínimo— un poquito carente de coherencia. Y, si no, júzgalo tú mismo. En pocas palabras, nos venía a decir lo siguiente: yo no me presento a la Secretaría General porque pienso que Pablo tiene que ser el secretario general (el jefe del partido). Pero, al mismo tiempo, pienso que tiene que ser el secretario general con mis documentos políticos y con mis documentos organizativos (porque Errejón sí que presentaba estos documentos y, además, quería que la votación de los mismos fuera independiente de la votación a la Secretaría General) y pienso, además, que tiene que ser el secretario general con mi equipo y no con el suyo (porque Errejón sí que se presentaba él como cabeza de un equipo para entrar en el órgano de dirección). Es decir, pienso que tiene que ser el jefe del partido, pero sin su propia hoja de ruta y sin su equipo. Tiene que ser el jefe, pero con una hoja de ruta que no comparte y con un equipo que él jamás habría elegido.

Esto venía acompañado de un relato todavía más psicodélico si cabe que filtraban incesantemente a sus periodistas afines y que Sergio Pascual reconoce abiertamente en su libro que no era otra cosa que una estrategia para desgastar a Pablo. Resumiendo, venían a decir que el problema no era Pablo, sino su entorno; una camarilla oscura, malvada y estalinista que le tenía comido el coco. Es decir,

Pablo era, al mismo tiempo, el más inteligente y el más capaz para ser el mejor secretario general y, a la vez, una persona con tan poco criterio como para rodearse de gente malévola y estúpida que, además, le tenía lavado el cerebro. Era el secretario general de Schrödinger, que era muy inteligente y muy tonto simultáneamente. (Por cierto, en 2022 está ocurriendo algo parecido desde ciertos lugares periodísticos que afirman que Pablo ha sido uno de los líderes políticos más inteligentes de la historia de España, pero que, ahora, se está equivocando profundamente en todo lo que hace... Que las dos cosas sean verdad a la vez no es algo imposible. Pero, en tan pocos meses y sin que haya un accidente cerebrovascular de por medio... no sé).

El sumun de esta estrategia incalificable —que lo único que tenía detrás era el miedo de Errejón de enfrentarse directamente a Pablo — fue un acto que hizo poniendo a su lado a un Pablo Iglesias de cartón. Así como lo lees. Mientras el Pablo Iglesias tridimensional, de carne y hueso, presentaba su candidatura en un sitio, en otro lugar de Madrid, Errejón presentaba la suya acompañado de un Pablo de celulosa, troquelado y bidimensional. Te puede parecer surrealista e, incluso, podría ser que te estuvieras descojonando en estos mismos momentos al leer estas líneas, pero te juro que no lo soñé.

En realidad, que semejante campaña haya pasado a la historia sin ser ridiculizada públicamente hasta el extremo y que el relato psicodélico y de bajísima categoría que la sustentaba no haya hecho estallar en carcajadas a los tertulianos en la televisión no deja de ser otra demostración —bastante espectacular, eso sí— de la ley de hierro de la comunicación. Y también una demostración de que cualquier relato —por absurdo que sea— puede sobrevivir en el debate público si se ponen a su disposición la suficiente cantidad de cañones mediáticos.

De hecho, las gentes del equipo de Pablo, que nos llamábamos Podemos para Todas, no solamente nos tuvimos que enfrentar al equipo de Errejón en aquel congreso. De la misma forma que unos meses después casi todos los poderes mediáticos se situaron —de forma absolutamente descarada— del lado de Susana Díaz en la batalla por la Secretaría General del PSOE, en nuestra asamblea

ocurrió lo mismo con el equipo de Íñigo Errejón: casi todos los grandes poderes mediáticos nos atacaban a nosotros y lo apoyaban a él. Teníamos enfrente al equipo de Errejón y también a casi todas las grandes radios y televisiones, que querían votar en Vistalegre 2 sin inscribirse en Podemos.

Si te parece que sueno demasiado victimista o que estoy exagerando, te animo a que revises la hemeroteca de aquellos días y compruebes de primera mano que, incluso, podría ser que me esté quedando corto. Hacer esta búsqueda y preguntarse a qué se debe semejante unanimidad es un buen ejercicio para comprender el funcionamiento real de nuestro imperfecto sistema democrático.

Por poner tan solo un ejemplo y ahorrarte una parte del trabajo, permíteme resumir brevemente uno de los incidentes mediáticos más graves que tuvo lugar durante la última semana de la asamblea, a pocos días de votar.

El domingo 12 de febrero de 2017 finalizaba la votación. El jueves de esa misma semana, el equipo de Errejón, a través de periodistas de su confianza, se dirigió al menos a la Cadena SER, al Periódico de Catalunya, a Libertad Digital y a la Agencia EFE para contarles una historia para no dormir: a saber, que yo había manipulado el sistema de votación para facilitar la victoria de Pablo Iglesias. Al tratarse de una acusación de tan extraordinaria gravedad —y, sospechosamente, a tan pocos días de votar—, la mayoría de los medios contactados tuvieron muchas dudas y se pusieron en contacto con el equipo de prensa de la Secretaría de Organización. En general, la acusación fue tratada más o menos como lo que era: fake news. Excepto en el caso de la Cadena SER. A pesar de que yo mismo estuve casi una hora explicando todos los detalles personalmente a la periodista que llevaba el tema, al día siguiente por la mañana, la radio de PRISA decidió embarrar la asamblea contando, en el programa de Pepa Bueno, de máxima audiencia, que «había dos versiones». Ya sabes: hay gente que dice que la Tierra es plana y hay gente que dice que es aproximadamente esférica; hay dos versiones. Al escuchar aquellas barbaridades, dije a mi jefe de prensa que llamara a la SER para pedir que me dejaran entrar en directo para dar todas las explicaciones que fueran necesarias a los oyentes. Pero, a pesar de ser el protagonista de una

acusación gravísima, el programa de Pepa Bueno se negó a darme voz.

Como dijo Pablo Iglesias en una entrevista que le hicieron ese mismo día,9 «unas primarias de Podemos sin intervención de PRISA son como unas Navidades sin turrón».

Íñigo Errejón es una persona afable en el trato corto. De mente muy ágil, capaz de pasar, en la misma conversación y en cuestión de segundos, de un análisis político profundo a una broma, siempre está muy atento a lo que ocurre a su alrededor y siempre, también, parece que está un poco nervioso; se le nota especialmente en la risa.

A pesar de las tensiones que observé en primera persona, entre él y Pablo, cuando entré en la ejecutiva estatal, también tengo que decir que se notaba que eran amigos —o que lo habían sido—, que Íñigo subrayaba sus argumentos con razones —fueran estas más o menos creíbles— y que, al menos en privado, iba de frente.

Por eso mi decepción y mi pérdida de respeto por sus posiciones políticas —y, sobre todo, por su forma de hacer política— no fueron inmediatas. Al ver los chats de la operación «Mate Pastor» y al asistir estupefacto a su campaña en Vistalegre 2, sin embargo, ya fueron inevitables.

También tengo que decir aquí que Errejón no es la única persona a la que hemos pillado utilizando malas artes para progresar en el interior de Podemos. Como es incluso público, hay unas cuantas más (el «síndrome del secretario general» lo hemos llegado a llamar en privado). Si dedico un cierto espacio a detallar las maniobras del errejonismo en este libro es porque se trata —con diferencia— del grupo más grande y que más lejos ha llegado por ese poco edificante camino y su operativa ha condicionado durante años la vida de nuestra fuerza política.

De todas formas, lo más indecente de todo para mí —y siento usar una palabra tan cargada de emocionalidad, pero es que realmente creo que es indecente— es la utilización para la guerra interna de

los mismos cañones mediáticos que se dedican a difundir bulos y a difamar a Podemos y a tu (hasta hace poco) camarada y que lo hacen, además, con el objetivo político concreto de frenar la posibilidad de que haya una alternativa política para defender de verdad los derechos de la gente trabajadora. Yo no soy muy listo y me di cuenta muy rápido de que jamás me habrían dado espacio mediático a finales de 2014 si no fuera porque me estaba enfrentando a Pablo Iglesias. Estoy seguro de que Íñigo, a finales de 2016, sabía perfectamente el motivo por el cual todos esos cañones jugaban a su favor.

Lo sabía, lo aceptó y lo utilizó.

Que el relato de «quiero que Pablo sea mi secretario general, pero con mi hoja de ruta y mi mayoría en el órgano de dirección» era absolutamente fake era obvio para cualquiera que pensara en el tema durante cinco minutos, al menos por dos motivos. Primero, porque la intensidad de las puñaladas internas era tal que —directamente— la primera parte de la frase («quiero que Pablo sea mi secretario general») es mentira. Y esto lo sabía yo, y también lo sabían los periodistas aunque se hicieran los tontos. Pero, segundo, y sobre todo, porque es una quimera que no se da en el mundo real que un líder político acepte encabezar un partido sin poder implementar su propia hoja de ruta y sin poder contar con su equipo. No sería un líder político, sino otra cosa.

Por eso, mi composición de lugar es que la verdadera estrategia de Errejón pasaba por intentar ganar la mayoría en el órgano y también la votación de los documentos, sabiendo que eso provocaría —sí o sí— la dimisión de Pablo Iglesias. Entonces, no quedaría más remedio que volver a convocar otra Asamblea Ciudadana, en la que, esta vez, Errejón no tendría rival.

Cargarte a Pablo Iglesias manteniendo el relato de que no te habías enfrentado a él y porque él había decidido, voluntariamente, dimitir. Una mentira, pero que casi todos los medios iban a comprar. Una estrategia bastante cobarde, pero que podría haber funcionado.

Podría haber funcionado, pero no funcionó.

La primera votación que tuvimos que salvar fue la votación de las reglas del juego, la votación sobre el sistema de votación.

Tuvimos que preguntarle por ello a la Asamblea Ciudadana porque los de Errejón habían decidido empezar a dar la batalla por ahí. Pedían básicamente dos cosas. La primera, que el sistema de votación para el Consejo Ciudadano Estatal fuera completamente proporcional. Algo que suena muy bien, pero que tenía al menos dos contraindicaciones: que ellos mismos habían defendido un sistema mayoritario puro en Vistalegre 1 (por no mencionar que, unos años después, no aplicarían sistemas proporcionales en las votaciones de Más Madrid) y, en segundo lugar y sobre todo, que un sistema proporcional puro no establece ninguna prima para llegar a acuerdos y, por ende, fomenta la confrontación entre listas separadas. La segunda cosa que pedían —todavía más controvertida que la primera— era que se separasen las votaciones a la Secretaría General de las votaciones del documento político y el documento organizativo. Esto, como ya he comentado es directamente ridículo. ¿Qué tipo de persona podría aspirar a ser secretario general solamente por ser secretario general, sin importarle la hoja de ruta política o la organización del partido? ¿El sillón por el sillón sin ningún proyecto? ¿En serio?

Desde el equipo de Pablo, diseñamos un esquema en el que, evidentemente, el proyecto político y organizativo estaba ligado a la persona que lo proponía y que —precisamente por ello— se presentaba a la secretaría general. Además, yo mismo diseñé un sistema de votación que llamamos DesBorda (por ser una modificación del conocido sistema Borda), que suponía un avance muy importante hacia la proporcionalidad frente al sistema mayoritario puro que había operado en Podemos hasta ese momento, pero que, al mismo tiempo, favorecía el acuerdo entre listas añadiendo un offset al puntaje Borda. Para que se me entienda en pocas palabras y sin complejidades matemáticas: si dos equipos se ponen de acuerdo para presentar una única lista, entonces, la suma de los votos concentrada en esa única lista obtiene más asientos en el consejo que la suma de asientos que obtendrían los dos equipos si presentasen listas separadas.

Entre el 18 y el 20 de diciembre de 2016, el conjunto de los

inscritos en Podemos pudo elegir libremente el sistema de votación para la asamblea de Vistalegre 2. Por un estrecho pero suficiente margen —un 41,6% de los votos frente al 39,1% cosechado por la propuesta del equipo de Íñigo Errejón— el sistema DesBorda fue el elegido por las bases.

Una vez decididas las reglas del juego, ya podíamos elegir a la nueva dirección del partido, con las correspondientes hojas de ruta política y organizativa.

En la votación definitiva, el domingo 12 de febrero de 2017, ganamos ampliamente. Nuestra candidatura para el Consejo Ciudadano Estatal obtuvo casi el 51% de los votos, la candidatura de Íñigo Errejón obtuvo casi el 34% y la candidatura de Izquierda Anticapitalista un 13%.

Un dato curioso que sirve para ilustrar algunas de las cosas que se han comentado en este capítulo es que, en la lista de 62 personas candidatas al Consejo Ciudadano Estatal del equipo de Pablo Iglesias, se podían contar 9 trabajadores del aparato estatal de Podemos (9 «liberados», en el argot). En la lista de Íñigo Errejón, había 18.

A pesar del contundente resultado de la votación, la batalla interna no quedó completamente zanjada. Básicamente porque —como comentaré en sucesivos capítulos— Íñigo Errejón y su equipo decidieron no aceptar el mandato mayoritario de las bases y continuar la pugna permanente con todos los medios a su alcance.

Una anécdota de esos días que permite visualizar la enorme implicación de la gran mayoría de los medios de comunicación en el apoyo a la candidatura de Íñigo Errejón contra Pablo Iglesias es que a varias periodistas —que, supuestamente, se ocupaban de informar imparcialmente sobre Podemos— se las vio llorando en el recinto de la asamblea al conocer la derrota del que era claramente su candidato. Había perdido Errejón y habían perdido, también, la gran mayoría de los medios de comunicación que habían elegido bando.

En esa votación final, yo fui —por cierto— la persona más votada por las bases justo por detrás de Pablo Iglesias y por delante de

Íñigo Errejón. Minutos después de conocerse públicamente este dato es cuando se produce la famosa foto de Pablo Iglesias en el escenario de Vistalegre hincando la rodilla frente a mí con una sonrisa. En esa época, la operación de derribo mediático contra mi persona todavía no estaba del todo ejecutada.

Después de Vistalegre 2, quedó bien cuantificada la base militante relativa del pablismo y del errejonismo, pero no por fontanerías de pasillo o por correlación de fuerzas de liberados en el aparato, sino por el método democrático. Aunque los de Errejón siguieron intentando provocar sabotajes internos aquí y allá con sus —ahora — mermadas fuerzas, la amplia mayoría que habíamos obtenido en la votación nos permitió, a partir de la segunda asamblea de Podemos, dedicarnos con más tranquilidad y más eficiencia a los importantes retos políticos de país que teníamos por delante.

En junio de 2017, Pablo Iglesias e Irene Montero lideraron la presentación de la moción de censura de Unidos Podemos contra el gobierno corrupto de Mariano Rajoy que, solo un año después, facilitaría que tuviera éxito la moción de censura encabezada por Pedro Sánchez. Durante aquella sesión, por cierto, Irene Montero —que había sido nombrada portavoz del grupo de Unidos Podemos unos meses antes en sustitución de Íñigo Errejón— se reveló como una muy solvente y aguerrida parlamentaria, callando, ese día, muchas bocas y poniendo fin a las comparaciones interesadas que circulaban por los mentideros políticos y periodísticos.

Pablo arrodillado al conocerse los resultados de Vistalegre 2 (febrero de 2017).

Fuente: Podemos.

En septiembre de ese mismo año, Unidos Podemos y sus confluencias celebramos en Zaragoza un encuentro con los partidos independentistas vascos y catalanes para defender el diálogo, la no judicialización de la política y las soluciones democráticas como el único camino posible para resolver el conflicto en Catalunya. Tuvimos la valentía de dar ese paso —que, con el paso del tiempo, se ha demostrado la opción más sensata— en el momento de mayor temperatura política del procés. Unos días después del encuentro en Zaragoza, se produciría la consulta del 1 de octubre de 2017, las cargas policiales violentas contra la gente pacífica que se había acercado a los colegios a votar, el discurso del rey del 3 de octubre de 2017 tomando claramente partido político, la breve declaración

unilateral de independencia y la intervención de la autonomía catalana por primera vez en la historia haciendo uso del artículo 155 de la Constitución, por citar alguno de los hitos más importantes que ocurrieron en aquellos meses.

CAPÍTULO 15

EL ODIO A LOS «ROJOS»

A mediados de 2018, tiene lugar un episodio que explica muchas de las cosas que han ocurrido a lo largo de estos años (y, por eso, quiero centrarme en él en detalle). Me refiero al aquelarre político-mediático que se montó en torno a la compra de la casa de Pablo Iglesias e Irene Montero en Galapagar.

Para entender bien el significado de aquel incidente, podemos empezar analizando algo que acaba de ocurrir justo hoy, mientras estoy escribiendo estas líneas (el 15 de agosto de 2022 a las 17:00).

El pseudoperiodista de ultraderecha Javier Negre, conocido por acosar a humildes manteros en la vía pública, haber sido condenado por inventarse una entrevista, tener varias cuentas de Twitter suspendidas por difundir bulos o venir muchos martes a las ruedas de prensa de los portavoces parlamentarios a montar tanganas con la —inexplicable— acreditación oficial de los servicios del Congreso, ha «denunciado» en Twitter que ha «pillado» a Lilith Verstrynge —la actual secretaria de organización de Podemos— de vacaciones en Zarautz comiéndose un pintxo.

Yo acabo de contestar en la misma red social que: «En general, los argumentos de la derecha y la extrema derecha política y mediática se basan en tratar a sus seguidores como imbéciles. Pero el argumento de que "si eres de izquierdas, no puedes tener vacaciones y comerte un pintxo" ya es directamente para amebas intelectuales». Y sí. Esto es correcto. El nivel de la argumentación es subterráneo. Pero hay mucho más detrás de este modus operandi.

En primer lugar, el motivo por el cual funciona.

Y no, no es porque la base socioelectoral de la derecha y la extrema derecha esté formada por idiotas. Como ya expliqué hace unos

cuantos capítulos, yo no pienso eso (aunque sus dirigentes políticos y mediáticos sí parezcan pensarlo). El motivo por el cual este tipo de argumentaciones y campañas funcionan es otro elemento que ya introduje también aquí: el odio a los «rojos».

Desde la época de la «caza de brujas» macarthista en EE. UU. en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX y el Comité de Actividades Antiestadounidenses, el odio a los «rojos» —junto con el odio a las personas migrantes, a las feministas o a los gais— es un clásico del repertorio político de la derecha y la extrema derecha política y mediática.

Por resumir y como acaba de contestar una tuitera a mi tuit: «Si eres de izquierdas, todo lo que no sea morirte les parece mal». Y, efectivamente, algo de eso hay. Si Macarena Olona —la que fuera portavoz de VOX en el Congreso de los Diputados— dijo, desde la tribuna de oradores, que aquellos militares retirados que fantaseaban en un chat con fusilar a «26 millones de españoles» (todos los rojos-rojos más unos cuantos millones de socialdemócratas moderados) eran «los suyos», en realidad, que te digan que te tienes que ir a vivir a otro país, o que no te puedes comprar una casa con jardín, o que no te puedes comer un pintxo en Zarautz es bastante lógico desde su punto de vista... teniendo en cuenta que todo eso es mucho menos que querer verte muerto.

Además, como la progresía mediática también alimenta el odio a los «rojos» (de forma más sibilina y menos habitual, pero lo hace), se trata de un tipo de odio específico que tiene mucha potencia en la esfera pública y que, incluso, puede llegar a volverse hegemónico en algunos periodos históricos al ser comprado por una parte del espacio progresista. (Esto es algo que no ocurre, por ejemplo, con el odio a las personas migrantes o LGTBIQ, que no son odios que —en general— difunda la progresía mediática y tienen, por tanto, mucho más comprometido su crecimiento).

El motivo por el cual funciona este tipo de «argumentaciones» es el odio a los «rojos» (y esto es evidente porque sostener que varios millones de españoles no tienen el derecho de comer pintxos es algo completamente estúpido desde el punto de vista racional). Por esto funciona. Pero ¿por qué lo hacen? La base socioelectoral de la derecha y la extrema derecha lo compra por odio, pero sus

dirigentes políticos y mediáticos ¿por qué lo venden?

Desde mi punto de vista, por dos motivos.

El primero, para desmovilizar a la base sociolectoral de la izquierda. Obviamente, el estar todo el tiempo machacando con la idiotez de que no puedes ser de izquierdas y tener un iPhone persigue minar la moral de todos esos millones de españoles decentes que, teniendo una situación económica que no es precaria, defienden igualmente los principios de la solidaridad y la redistribución de la riqueza. Se les dice que son incoherentes por votar opciones de izquierdas si, al mismo tiempo, disfrutan de algunos de los pequeños placeres de la vida que se compran con dinero (la mayoría y los más importantes no se compran con dinero, pero algunos sí). Y se les dice esto, básicamente, para intentar convencerles de que tienen que elegir: o bien dejas de votar a la izquierda (entonces, ya han ganado), o bien te sacrificas y renuncias a una serie de pequeños placeres (si sigues votando a la izquierda, por lo menos, que te jodas un poco).

Además de tener un objetivo político clarísimo —y, por tanto, tratarse de una argumentación viciada de partida—, hay que recalcar que tal incoherencia sencillamente no existe. Porque no hay ningún principio —ninguno— que defienda la izquierda (al menos, el tipo de izquierda que representa Podemos) que sea contradictorio con tener un iPhone, comprarse una casa con jardín o comerse un pintxo en Zarautz.

Como resulta tan evidente que da casi hasta vergüenza escribirlo, nosotros no estamos en contra de que la gente pueda hacer todas esas cosas. Nosotros sí pensamos, en cambio, que es completamente inaceptable que siga existiendo la pobreza en un país como España en pleno siglo XXI, y pensamos también que la causa de que eso siga siendo así tiene que ver con la acumulación de cantidades ingentes de dinero en manos de un porcentaje enormemente pequeño de la población mediante el uso de privilegios —incluso de ilegalidades— con los que queremos acabar. Nosotros estamos en contra de la explotación laboral, de la evasión fiscal, también de la falta de progresividad fiscal, de la obtención de contratos públicos amañados en los palcos de los campos de fútbol o de las puertas giratorias. No de que la gente tenga un iPhone, se compre una casa con piscina o se coma un pintxo en Zarautz.

En el contrato que firmamos para ser de izquierdas, no hay ningún punto que obligue a hacer un voto de pobreza.

El segundo motivo por el cual los dirigentes de la derecha y la extrema derecha política y mediática se dedican a vender esta mercancía argumentativa averiada, además de para desmovilizar al votante de izquierdas, es también para expulsar de la vida pública a las personas que se ponen al frente de los procesos políticos contrarios a la hiperacumulación capitalista de la riqueza.

Del mismo modo que el lawfare (la guerra judicial), además de perseguir la generación de miles de titulares y tertulias difamatorias para reducir los apoyos electorales de las fuerzas políticas transformadoras, también busca directamente joderle la vida a sus dirigentes (mediante la pérdida de mucho tiempo y recursos en los juicios —en el mejor de los casos— o mediante el pago de multas, la inhabilitación o la cárcel —en el peor de los casos— si te toca un juez activista y prevaricador), la persecución de las costumbres y actividades perfectamente normales en la vida privada y familiar de las personas que tienen la valentía de ponerse al frente de los procesos de cambio opera igual.

Se trata de hacerle la vida imposible a cualquiera que quiera luchar por construir un país mejor para, primero, intentar que desista y se vaya a su casa y, segundo, lanzar un mensaje a navegantes: si eres una persona normal que decide meterse en política y hacer lo mismo que intentaron hacer estos, te vamos a reventar.

Yo, antes, cuando era un anónimo científico del CSIC, me podía ir tranquilamente con mi amigo Raúl a un restaurante de 50 o 60 euros por cabeza a comer cosas ricas —como mucho, una vez al mes, que la cosa tampoco daba para más— y no pasaba nada. Sin embargo, ahora, sé perfectamente que, si hago lo mismo, es prácticamente seguro que algún comensal lleno de odio a los «rojos» me va a echar una foto y algún tabloide de extrema derecha la va a publicar con total impunidad. A lo mejor, incluso, me montan un buen aquelarre en los medios generalistas y hasta algún tertuliano progre dice que él ve «un poco incoherente formar parte de un partido como Podemos y, al mismo tiempo, comer langostinos y beber una copa de Rioja reserva».

El acoso puede ser así —de baja intensidad y cutre—, o puede consistir en que una turba de neonazis vociferantes acose a tu familia y a tus niños pequeños en la puerta de tu casa, todos los días, durante más de un año. Pero las razones, los motivos, los objetivos políticos, la base teórica y el modus operandi son los mismos.

Y, por cierto, hay que decir con toda contundencia que la existencia e impunidad de estas prácticas anulan el funcionamiento de la democracia así llamada «liberal».

Los hay que defienden de forma cerrada el sistema turbocapitalista actual porque, supuestamente, estaría legitimado por el principio de que cualquiera puede presentarse libremente a las elecciones y cada ciudadano puede decidir —también libremente— a qué opción política votar.

Pero, claro, si se permiten impunemente este tipo de campañas de acoso mediático —y hasta físico— que buscan joderle la vida a las personas que deciden liderar iniciativas con un contenido ideológico que cuestiona la organización económica vigente, al mismo tiempo que los que defienden opciones políticas que no la ponen en cuestión en absoluto no son sometidos, ni de lejos, al mismo tipo de acoso, entonces, ¿me recuerdas por favor dónde está la «democracia liberal» esa que dicen?

Quizás el caso más sangrante —y más repugnante— de esto que comento es todo lo que rodeó al acoso ultraderechista durante más de un año a la vivienda familiar de Pablo Iglesias e Irene Montero en Galapagar.

Y todo esto no empieza a principios de 2020, cuando acabábamos de entrar en el gobierno. No. Todo esto empieza a mediados de 2018 con un psicodrama mediático que aullaba en los oídos de cualquier español que pusiera la televisión o la radio que no se puede ser de izquierdas y tener un iPhone, comprarte una casa con jardín o comerte un pintxo en Zarautz. De hecho, es a mediados de 2018 cuando prácticamente todos los grandes medios publican fotografías que permiten localizar fácilmente la casa de Pablo e Irene y cuando Carlos Herrera convoca —desde la radio de la Conferencia Episcopal— una «romería» allí. Menos de dos años

después y gracias a que toda España conocía la dirección, unas cuantas decenas de neonazis hicieron caso al conocido locutor y se fueron para allá.

Y por supuesto que Pablo denunció que Luis de Guindos se compró un ático de lujo de 600.000 euros, al contado, para especular. Y por supuesto que Pablo dijo que pretendía seguir viviendo en su piso de soltero de Vallekas cuando estaba soltero y no sabía que iba a tener dos niños pequeños. Y por supuesto —también— que todo eso es perfectamente coherente con decidir irse lejos de Madrid cuando empieza a sufrir no solamente el acoso personal, sino también el acoso a su pareja y —sobre todo— cuando piensa en la perspectiva de cómo van a vivir todo aquello sus criaturas.

De hecho, visto lo visto después, creo que nadie que tenga dos dedos de frente puede decir que fuera desencaminado.

En cuanto al precio, Pablo se endeudó a 30 años y le quedó una cuota de la hipoteca de 800 euros al mes. Irene, exactamente lo mismo. Cuando yo me fui a vivir a Madrid desde Zaragoza, al principio de todo, estuve pagando 700 euros al mes de alquiler por un bajo de 40 m^2. Es evidente que se trata de una cuantía bastante habitual y que millones de familias trabajadoras en España están pagando algo parecido.

Por no mencionar que Pablo e Irene pagan su vivienda con el patrimonio y el salario que han obtenido honestamente, mientras que la mayoría de los que lo criticaron —y lo critican— votan a gente que roba dinero público para llenar sus propios bolsillos o los de sus amigos y familiares.

Sé que es muy posible que alguna gente de izquierdas —incluso algún votante de Podemos— haya podido comprar la argumentación de que Pablo e Irene no tenían derecho a comprarse una casa a 800 euros mensuales de hipoteca cada uno. Y a lo mejor tú que me lees eres una de esas personas. Si es el caso, quizás no pueda convencerte (porque los medios hacen muy bien su trabajo y no hay doctorado en Física que te proteja de su capacidad de persuasión, bien lo sé yo), pero sí te pido que pienses en dos cosas: 1) en qué se tradujo —dos años después, en 2020 y 2021, a las puertas de la casa de Pablo e Irene— todo aquel odio generado en

2018, y 2) dónde se originó la campaña.

El primero que disparó —el 16 de mayo de 2018— fue OKdiario,10 el tabloide de extrema derecha de Eduardo Inda conocido por difundir bulos y publicar basura falsa fabricada con Photoshop por las cloacas del Estado. Poco después, la inmensa mayoría de grandes medios de comunicación del país cogieron con las dos manos esta «noticia» directamente desde la fosa séptica de la que había salido y, entonces, empezó de verdad el aquelarre mediático.

Por cierto, también puedes reflexionar sobre el hecho de que, a Julio Anguita, en 1996, el grupo PRISA le intentara montar básicamente la misma tangana11 por haberse ido a vivir a un chalet de 100 m^2 por cuestiones de seguridad y El Mundo publicara fotos de la vivienda, señalándola como posible objetivo.

Del episodio de acoso fascista a Pablo y a su familia que tuvo lugar durante más de un año, en 2020 y en 2021, día tras día, y para vergüenza de toda la gente decente de este país, solamente voy a decir que creo que nunca he estado tan enfadado durante mi paso por la política, que me parece una mancha pegajosa y nauseabunda que nuestra democracia nunca se va a poder quitar de encima, que a cualquiera que diga —después de aquello— que vivimos en una «democracia plena» se le debería pudrir la lengua, que me levantaba todos los días pensando en formas de intentar parar aquella infamia, que le ofrecí a Pablo varias veces ir yo mismo a plantar cara a esa gentuza y que siempre me lo impidió.

Creo, de hecho, que ningún otro líder político habría afrontado una situación como aquella del modo en la que la afrontaron Pablo e Irene. Con una entereza y una templanza que yo —todavía hoy— no comprendo de dónde sacaron, decidieron en todo momento no darles, a aquellos miserables y a todo el bloque político y mediático que los apoyaba (o que miraba para otro lado), lo que estaban buscando. Con un gran sufrimiento familiar, pusieron la integridad del proyecto político colectivo por delante de su propio bienestar, cada día, cada hora de acoso, durante muchos, muchos meses.

Yo tengo muy claro que, si eso me hubiera ocurrido a mí, si una turba de gentuza repugnante se hubiera dedicado a acosar a mi mujer, a mi madre o a cualquier otro miembro de mi familia, todos

los días, en la puerta de casa, no habría pasado mucho tiempo antes de que yo hubiera hecho algo que conllevase penas de prisión. Menos mal que el secretario general de Podemos era Pablo y no yo.

En todo caso, el mejor relato de aquellos días infames es —obviamente— el que el propio Pablo Iglesias ha incluido, en primera persona, al principio de su libro Verdades a la cara12 y yo no podría aportar ningún detalle adicional que sea verdaderamente relevante más allá de una gran cantidad de deseos de venganza.

Lo que sí quiero comentar aquí con un poco más de profundidad se refiere a todo aquel psicodrama mediático en mayo de 2018 que, bajo el argumento de que «si eres de izquierdas, no te puedes comer un pintxo en Zarautz», generó las toneladas y toneladas de odio que luego serían el combustible de la turba neonazi que peregrinaba todos los días su podredumbre moral por Galapagar acosando a dos bebés con megáfonos y cacerolas.

Por supuesto, el marco principal del psicodrama era la «incoherencia». Desde mi punto de vista, ese marco partía de un razonamiento débil, pero los que lo propulsaron sabían que el odio a los «rojos» había sido sembrado con esmero en los últimos años en nuestro país y que ese sentimiento irracional iba a hacer su trabajo.

Sea como sea, cuando el adversario lanza un ataque, de poco sirve quejarse y lo que hay que hacer es salir a defenderse. Cuando, además, van a por compañeros, es muy importante que la defensa sea colectiva. No sería de recibo que se tuvieran que defender ellos solos cuando representan a un proyecto político del que forma parte muchísima gente y están siendo atacados precisamente por ello.

En este sentido, se definieron —mediante sus actos— tres categorías humanas y políticas por aquellos días que permitieron ubicar perfectamente a cada uno en su correspondiente y exacto lugar. Frente al acoso despiadado a toda una familia, algunas personas del espacio político decidieron ponerse de perfil para proteger su propia imagen personal, otros —como el alcalde de Cádiz, José María González «Kichi»— directamente aprovecharon la oportunidad para atacar a Pablo y propulsarse políticamente ellos mismos, pero, por suerte, los que tenemos un cierto concepto —moral, pero también político— de la lealtad nos remangamos y salimos inmediatamente

a dar la batalla.

Recuerdo pasar una semana entera en los pasillos del Congreso entrando en directo en entrevistas a fajarme con contundencia en prácticamente todas las televisiones. Y también recuerdo aquellas horas de áspero combate mediático como una de las ocasiones en las que con más claridad y de forma más sistemática aplicamos la regla que figura en la primera página de cualquier manual de comunicación política.

Tiene dos partes.

La primera: No se combate en el marco que intenta imponer el enemigo. Nuestra misión es imponer nosotros nuestro marco.

Y la mejor forma de explicarlo es con un ejemplo. En el caso que nos ocupa, el marco elegido por el enemigo es la «incoherencia» y, como el enemigo no es tonto, obviamente, lo ha elegido porque es el que mejor le viene a él y el que peor nos viene a nosotros (el motivo, el que ya he explicado: el arraigado aforismo cuñado —o cuñadismo— «si eres de izquierdas no puedes tener un iPhone» y, debajo de eso, el bien sembrado odio a los «rojos»). Eso significa que, si aceptamos dar la disputa dialéctica en ese marco —en su marco—, es mucho más fácil salir derrotados.

Elegir el marco es como elegir el deporte al que vamos a jugar: baloncesto o ajedrez. Obviamente, si el enemigo elige jugar al baloncesto, es porque sabe que juega mucho mejor que tú y, por lo tanto, da igual que te puedas defender más o menos bien con la pelota. Te va a machacar. Sin embargo, si consigues que se juegue al ajedrez, entonces tienes una oportunidad. Del mismo modo, si nosotros hubiéramos aceptado el marco de la «incoherencia», por muy buenos argumentadores que seamos, por muy bien que defendamos que la compra de la casa no es incoherente, por mucho —incluso— que pensemos que tenemos razón, la cosa habría estado sentenciada desde el principio. Porque, en comunicación política, no gana el debate el que debate mejor (aunque, obviamente, eso cuenta). Gana el debate el que consigue imponer su marco. El que consigue que se juegue al deporte en el que sabe, desde el principio, que es superior.

Por decirlo con otras palabras y para que se entienda todavía mejor, lo más importante en comunicación política no es qué se dice, sino de qué se habla. Esto se aplica, antes que nada, al primer y más importante paso que cualquier director de informativos conoce: elegir los temas. Casi todo el poder está ahí: en decidir de qué se habla y de qué no. Lo que ocurre es que, una vez seleccionado el tema —y, en este caso, el tema era imposible de evitar—, aparece una segunda decisión que también es determinante: decidir cómo se enfoca el tema y de qué aspecto concreto de ese tema vamos a hablar. Esto es el marco.

Y aquí hay que añadir un elemento importante: intentar imponer un marco no es hacer trampas. No lo es cuando lo intenta el adversario y tampoco lo es cuando lo intentas tú. Porque lo único que existe de manera absoluta es el tema, y el tema contiene una pluralidad de hechos y admite, por tanto, una pluralidad de enfoques. De nuevo, el ejemplo que nos ocupa ilumina con claridad la argumentación teórica.

¿Es cierto que estábamos ante la compra de una casa a 40 km de Madrid y que Pablo tenía una hemeroteca que, bajo ciertas interpretaciones sesgadas e incorrectas pero habituales, podía presentarse como incoherencia política?

Sí.

¿Pero no es cierto —también— que se estaba produciendo, en torno a todo aquello, un acoso inaceptable a una familia al completo, con la publicación de fotos de las ecografías de Irene Montero, con la persecución de los padres de Pablo y con el señalamiento de la localización de una vivienda en la que pronto iban a vivir dos bebés, agravado todo ello, además, por el hecho de tratarse de la familia de los líderes de una fuerza política con amplia representación parlamentaria y tener la situación, por ello, implicaciones gravísimas sobre el funcionamiento del conjunto de nuestro sistema democrático?

También.

Por eso, nosotros, en aquellos días, decidimos no combatir en el marco del enemigo (la «incoherencia»), sino trabajar para que se

hablara del acoso. Porque —así— teníamos más posibilidades de no salir aplastados de la contienda, pero también porque pensábamos que se trataba de un debate político mucho más importante para la salud de nuestra democracia.

Y aquí viene la segunda parte de la regla: Cuando el marco del enemigo es demasiado poderoso, la única forma de poder cambiarlo e imponer el tuyo es a puñetazos.

Es importante ponerlo en palabras, pero esto es obvio. Cambiar el enfoque de una conversación no es fácil. Todos tenemos experiencia cotidiana con ello. Y es todavía menos fácil hacerlo cuando todos los tertulianos de la mesa —y también el presentador— tienen muchísimas ganas de mantener su enfoque, con una clara intencionalidad política y por unanimidad. En esas circunstancias, o sacas la mano a pasear o puedes darlo todo por perdido.

Por eso, durante aquellos días, yo le sugerí a Iñaki López en directo en La Sexta noche que alguien debería preguntarle a Eduardo Inda cuánto dinero valía la ecografía de una diputada o decidí llamar a la cara «sicario» y «vendedor de bazofia» al mismo tipejo en el programa de Ana Rosa, desatando un (pelín) bronco intercambio de pareceres.

¿Sirvieron aquellas intervenciones mías para proteger mi perfil y para cuidar mi imagen pública? Por supuesto que no, y yo era perfectamente consciente de ello. ¿Me dibujó todo aquello como un portavoz amable y sirvió para propulsar mi carrera política? Obviamente no, sino todo lo contrario. Pero era exactamente lo que había que hacer desde la lealtad con el proyecto político y con las personas que habían decidido ponerse generosamente al frente, estaba perfectamente calculado desde el conocimiento de los códigos básicos de la comunicación política y es una de las cosas de las que más orgulloso me siento.

Y ahora puedes aplicar todo este razonamiento —también— a mi forma particular de utilizar Twitter, que sé que es un tema que despierta bastante interés.

Si uno es consciente de las circunstancias mediáticas en las que se tiene que desarrollar cualquier proyecto político que tenga una

voluntad real de tocar los privilegios de la minoría más poderosa del país y, además, entiende las reglas de la comunicación política, no hace falta ser Albert Einstein para darse cuenta de que, en determinados momentos, no queda más remedio que dar unos cuantos puñetazos.

Si yo mismo —y otros— no hubiéramos sido duros en los medios de comunicación en aquellos días de mayo de 2018 —y tantas otras veces—, probablemente hoy no tendríamos el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia, Pablo Iglesias, Yolanda Díaz, Irene Montero, Alberto Garzón o Ione Belarra nunca habrían sido ministros y ministras, no existiría el ingreso mínimo vital —con todas sus limitaciones, pero ahí está—, no habríamos aumentado en 1.800 millones de euros el presupuesto anual en dependencia, no habríamos protegido millones de empleos y cientos de miles de empresas con los ERTE, no habríamos subido el salario mínimo más de un 30% y no habría ley de eutanasia, derogación del voto rogado, ley «solo sí es sí», ley trans o la primera ley de vivienda de la historia democrática que regula los precios abusivos del alquiler.

Del mismo modo que la mayoría de los poderes mediáticos me han hecho un traje a lo largo de estos años como «el malvado secretario de organización», también han contado que utilizo Twitter de una manera caótica e irreflexiva. Pero eso es mentira y cualquiera que entienda de política —y de comunicación política— lo sabe.

Primero, porque las redes sociales son una de las pocas formas de comunicar que tenemos las personas que no somos amigos de los dueños de los grandes medios de comunicación. Por eso les gustaría quitarme Twitter a mí... pero también a ti (si lo tienes). Y, segundo, porque a ver si te crees que se puede recuperar el rescate bancario, subir los impuestos a las grandes fortunas o crear una empresa pública de energía con muchas sonrisas, sin decir una palabra más alta que la otra y tuiteando memes de gatitos.

La única vez que he escuchado decir una mentira a Pablo Iglesias fue cuando mis amigos progres de Buenismo Bien lo presionaron cruelmente preguntándole si alguna vez había pensado que Echenique no debería tuitear nunca más. En ese momento, y seguramente al verse rodeado, Pablo concedió a Quique Peinado

que «el 90% del tiempo». Luego intentó arreglarlo diciendo: «Pero, precisamente por eso, lo amo». Para cagarla completamente a continuación, convirtiéndose en un psicólogo argentino:

—Sabéis que en el psicoanálisis está el superyó, el ello y el yo. El superyó es como una madre que le dice al ello «para, no digas lo que estás pensando». Pues Echenique no tiene, es todo ello. Aunque todos hacemos con él de superyó, «Echenique, es que te ataría (todavía más de lo que estás) para que no siguieras tuiteando». Pero, en el fondo, hay como un placer libidinal. Como, «joder, lo que ha puesto Echenique, ¿has visto lo que ha puesto?».

Sí, claro. No te jode. Y nos tenemos que creer esto del tipo que más sabe de comunicación política en España, del que puso un tuit con un dibujo de Heidi lanzándome por un barranco y del que me recomendó que titulara este libro Memorias de un piloto de combate.

Entre tú y yo, querido lector o lectora, muchos de mis tuits más polémicos, antes de darle al botón de tuitear, se los pasé a Pablo y siempre me decía «¡Dale, dale!».

Ahora que no es vicepresidente ni está aforado, lo puedo contar.

El 27 de mayo de 2018, se publicaron los resultados de la consulta a las bases que el secretario general decidió llevar a cabo para poner a disposición de la militancia su cargo y el de Irene Montero y que representó el primer referéndum revocatorio de la historia de nuestro país, marcando un nuevo hito en la democratización de los partidos políticos como ya habíamos marcado tantos otros.

Con la participación más alta que jamás ha tenido una consulta de Podemos, casi el 70% de los inscritos dijeron alto y claro que Pablo e Irene debían seguir. Una vez más, nuestras bases demostraron una enorme madurez política y una gran resistencia ante la unanimidad de cañones mediáticos que quisieron utilizar un asunto privado para rompernos las piernas.

Podemos sobrevivió a ese envite, pero nuestra democracia quedó

seriamente tocada. Como ha ocurrido tantas veces desde que nacimos, se quemaron muchas naves y se cruzaron demasiadas líneas rojas para frenarnos. Más allá de lo injustamente doloroso de todo el proceso para las personas directamente implicadas, cabe una pregunta muy importante para el futuro de nuestro país: ¿ahora cómo volvemos atrás a aquella época en la que creíamos en los principios de la democracia liberal y no se toleraba el acoso a la familia de un líder político?

Quiso el destino que, justo tres días antes de finalizar la votación, el Tribunal Supremo publicase la sentencia del caso Gürtel que acabaría con la carrera política de Mariano Rajoy. Quiso el destino, también, que la persona a la que la mayoría de poderes mediáticos habían intentado ajusticiar esos días en la plaza pública fuera la pieza clave para desalojar al PP corrupto de la Moncloa siete años después del 15M.

CAPÍTULO 16

2019, EL AÑO QUE VIVIMOS PELIGROSAMENTE

La segunda parte de 2018 —y una vez superado el trance de la casa — fue cuando Podemos empezó a cumplir alguno de los objetivos políticos centrales para los que habíamos nacido.

El 31 de mayo de 2018, y con un Pablo Iglesias siendo absolutamente fundamental entre bambalinas para conseguir la mayoría necesaria, tuvo éxito por primera vez en la historia de España una moción de censura. En concreto, la que hizo presidente a Pedro Sánchez y mandó a su casa a Mariano Rajoy.

Después del verano de aquel año y ya con el PP en la oposición, empezaríamos a negociar los primeros Presupuestos Generales del Estado en los que Podemos tuvo verdadera influencia. Aunque dichos presupuestos fracasaron en el Congreso de los Diputados por el voto en contra de los partidos independentistas y eso nos llevó a las elecciones anticipadas del 28 de abril de 2019, como parte del acuerdo alcanzado entre Pablo Iglesias y Pedro Sánchez, conseguimos, por ejemplo, la mayor subida del salario mínimo interprofesional desde que tal figura existe: de 735,9 euros a 900, más de un 22%.

2018 acabó bastante bien.

Pero 2019 empezaría bastante mal.

El día 17 de enero de 2019 a primera hora de la mañana, Íñigo Errejón llamó a Pablo Iglesias para anunciarle que se iba a presentar a las elecciones autonómicas de Madrid convocadas para mayo de aquel año, pero no con Podemos (como estaba previsto), sino con Más Madrid, haciendo ticket con Manuela Carmena (quien se presentaba para la reelección al Ayuntamiento bajo las mismas siglas).

Pocos minutos después de conocer el secretario general de Podemos una información que se nos había mantenido oculta hasta ese mismo momento, el anuncio ya estaba en las redes sociales de la alcaldesa y en todos los medios de comunicación. Unos días más tarde, la propia Carmena contó en la radio que el acuerdo con Íñigo Errejón se venía fraguando desde el 21 de diciembre de 2018 en una cena que mantuvieron en su casa Errejón, ella misma y algunas personas más de sus respectivos equipos. Es decir, que lo habían mantenido en secreto durante casi un mes.

Durante todo ese mes, de hecho, las direcciones de Podemos y de Izquierda Unida habían estado negociando —conjuntamente con el equipo de Errejón— la candidatura de Unidas Podemos para la Comunidad de Madrid, tal y como habían decidido mayoritariamente las bases de ambas fuerzas políticas y sin saber que Errejón y Carmena estaban trabajando en paralelo otro acuerdo muy distinto.

Para poder valorar en su correcta medida la calidad ética de toda esta operación, es importante añadir una serie de elementos más.

El primero es que, después de ganar la asamblea de Vistalegre 2, en febrero de 2018, y en contra de la práctica habitual en los partidos de toda la vida (enviar al ostracismo a la parte perdedora), Pablo Iglesias ofrece a Íñigo Errejón encabezar nada menos que la candidatura autonómica para disputar la presidencia de la comunidad más rica de España en mayo de 2019 (obviamente, si así lo confirmaban los inscritos de Podemos de la Comunidad de Madrid, porque nosotros siempre hacemos primarias). Errejón acepta y toda la organización se pone a trabajar, a partir de ahí, con ese horizonte en mente.

El segundo elemento que hay que destacar es que, en marzo de 2018, Podemos había llevado a cabo una amplia consulta a las bases para decidir colectivamente cómo nos íbamos a presentar a las elecciones europeas, autonómicas y municipales. En el caso concreto de la consulta para la Comunidad de Madrid (y de todas las demás), la pregunta fue: «¿Apoyas que PODEMOS se presente a las próximas elecciones AUTONÓMICAS en coalición con las fuerzas políticas aliadas del espacio del cambio y con la palabra PODEMOS formando parte del nombre de la candidatura?». Casi 18.000

personas ejercieron su derecho al voto y más del 90% votó SÍ.

Pocas semanas después y en coherencia con esta hoja de ruta, Podemos abrió las votaciones primarias para confeccionar las papeletas electorales en todos aquellos territorios que celebraban elecciones autonómicas en mayo de 2019. En la Comunidad de Madrid votaron más de 20.000 personas y fue elegido como candidato a la presidencia Íñigo Errejón.

Por todo ello, el anuncio que él y Manuela Carmena hacen por sorpresa el 17 de enero de 2019 es una escisión en toda regla. Porque formar parte de un partido significa respetar las decisiones democráticas que toman sus órganos y sus bases y no hacerlo es exactamente lo mismo que salirse voluntariamente del proyecto. Esto lo sabe y lo reconoce cualquiera que sepa solamente un poquito de política y, si no lo reconoce, es que te está intentando engañar.

Y ojo, militar en un partido no es obligatorio. Del mismo modo y sensu contrario, abandonar un partido es perfectamente legítimo y algo que pasa, de hecho, muchas veces.

Lo que es absolutamente indefendible es lo que intentó hacer Errejón a principios de 2019: ocultar a Podemos un acuerdo secreto —con un actor externo y con una marca y una lista decididas unilateralmente por ti— para acudir a las elecciones en las que eras, supuestamente, el candidato de Podemos, sin respetar las decisiones de los órganos y las bases de Podemos, pero, al mismo tiempo, pretender seguir formando parte del órgano de dirección de Podemos (al que ya no le haces caso), mantener el acta de diputado que obtuviste formando parte de una papeleta de Podemos y que Podemos siga pagando, además, el salario de los miembros de tu equipo personal.

Uno puede utilizar lenguaje platafórmico, transversálico, ciudadánico y desbordélico en los medios de comunicación amigos, pero, cuando parece un pato, camina como un pato y hace cuacuá, es que es un pato... cuando le cambias el nombre al partido, no respetas las decisiones de los órganos y las bases del partido y haces las papeletas electorales al margen del partido, es que te has montado otro partido.

Cuando me preguntaron en una entrevista sobre si Errejón iba a dejar el acta de diputado de Podemos y contesté que «de algo tendrá que vivir hasta mayo», me acusaron de ser duro. Me parece que lo que era bastante dura por aquella época era más bien otra cosa.

Y, aunque visto con la perspectiva que da el paso del tiempo, hasta me pueda permitir utilizar un poco de humor para relatar los hechos que acontecieron por aquel entonces, lo cierto es que el golpe fue durísimo.

La puñalada llegó exactamente (y «casualmente») el día del quinto cumpleaños de Podemos —el quinto aniversario del lanzamiento de nuestra fuerza política en el Teatro del Barrio—, con Pablo Iglesias de baja paternal cuidando a sus bebés y en medio de las negociaciones con el PSOE para garantizar que se cumpliera el acuerdo de presupuestos que varios medios habían calificado como «el más de izquierdas de la historia». Suponía, además, la salida de facto de Podemos de una corriente que contaba con numerosos cargos públicos y orgánicos y nos dejaba completamente desarbolados a pocos meses de las elecciones en una de las comunidades autónomas más importantes.

Por no mencionar el capital mediático que había ido acumulando Errejón durante todos aquellos años gracias a la ley de hierro y que le proporcionaba cierta ascendencia sobre una parte —por determinar, pero ciertamente no nula— de nuestra base socioelectoral.

Al mismo tiempo y como parte de la misma operación, Manuela Carmena había decidido romper las negociaciones con Podemos y con Izquierda Unida para la candidatura al Ayuntamiento de Madrid alegando que era indispensable que ella pudiera diseñar la papeleta del primero al último nombre. Nosotros ya habíamos dicho que, si no había acuerdo, Podemos no se iba a presentar a la cita municipal. Eso significaba que nos quedábamos fuera, también, de la carrera electoral en el ayuntamiento más grande de España.

Por si todo esto fuera poco, el viernes 25 de enero de 2019, una serie de «barones autonómicos» de Podemos decidieron montar el que posiblemente ha sido el cónclave más desleal y más lamentable

de la breve historia de nuestra organización. La mayoría de ellos eran directamente errejonistas; es decir, era Errejón quien los había apoyado para que llegaran a la dirección autonómica en sus territorios y su lealtad no era con el secretario general, sino con quien los había promocionado. Estaban, por tanto, aterrorizados ante la perspectiva de que su máximo valedor interno se fuera de Podemos. Otros simplemente buscaban proyección mediática personal (ya sabes, «cualquiera que se enfrente a Pablo Iglesias...») y varios me consta que se arrepintieron amargamente después, al comprobar in situ cuál era la verdadera funcionalidad política de aquella reunión. Uno de los arrepentidos —un buen tipo— me contaba cómo, después de haber pactado que solamente dos de ellos harían declaraciones, al salir al patio, casi todos corrieron a ponerse delante de las cámaras y los micrófonos a ver si conseguían sus quince segundos de fama en la televisión estatal.

Aunque el documento que firmaron, conocido engoladamente como «Declaración de Toledo»,13 era un compendio de buenas palabras y lugares comunes, el objetivo político evidente del cónclave era intentar forzar a Pablo Iglesias para que entregase Podemos en la Comunidad de Madrid a Errejón después de que este hubiera decidido humillar a Podemos y montar otro partido. Intentar forzarlo —además— mediante la utilización de la presión mediática a través de los mismos medios de comunicación y utilizando las mismas reglas del juego que, durante cinco años, había utilizado el adversario para intentar destruirnos.

Los máximos promotores de aquello eran gente muy pequeñita. Personitas cuyo nombre nadie recuerda ya y que no han conseguido para la ciudadanía de este país y en términos políticos ni la milésima parte de lo que ha conseguido Pablo Iglesias. Pero, formalmente —entre todos, entre promotores y engañados— eran once secretarios generales autonómicos firmando una declaración para intentar hacernos doblar las rodillas ante una escisión de Podemos fraguada con las peores artes.

En aquellos días de enero de 2019, estuvimos al borde del abismo.

En las primeras páginas del libro Verdades a la cara,14 que Pablo

Iglesias escribe al poco tiempo de abandonar la política institucional, podemos leer lo siguiente:

El 26 de enero de 2019, Irene y yo habíamos decidido dimitir de todos nuestros cargos y dejar la política. Irene, que estaba al frente del partido debido a mi permiso de paternidad, escribió a Jordi Évole para decirle que no iba a grabar el cara a cara con Arrimadas que tenían agendado. Habían pasado pocos días desde que Iñigo Errejón y Manuela Carmena habían anunciado, por sorpresa, la creación de una nueva formación política. La situación era muy difícil; habíamos llamado a algunas personas del partido y de fuera para que se pusieran al frente de una candidatura en la Comunidad de Madrid. Nadie quería. Teníamos dos bebés e Irene, aunque aún no lo sabíamos, estaba embarazada de Aitana. Merecíamos una vida un poco más llevadera, sin tanta presión y sin la amargura permanente de las traiciones y las luchas internas. La decisión estaba tomada; la íbamos a anunciar a la mañana siguiente. Entonces, sonó el teléfono. Era Pablo Echenique. «Me presento yo a la Comunidad de Madrid si hace falta», me dijo. Se me formó un nudo en la garganta y rompí a llorar. Se lo conté a Irene, que se echó a llorar también.

Quédense con este secreto que les voy a contar y que no siempre los historiadores sospechan: a veces, detrás de las grandes decisiones, no hay cálculos complejos ni análisis brillantes. A veces, simplemente, hay un nudo en la garganta. Este libro va de eso.

El mismo nudo en la garganta se me formó a mí cuando Pablo me dijo, unas horas después del momento que relata en el libro, que mi ofrecimiento les había servido para revertir su difícil decisión y que iban a seguir peleando a pesar de todo. Y, por supuesto, yo también me eché a llorar en mi casa de Madrid aquel 26 de enero.

Y sabemos los dos —lo sabe Pablo y lo sé yo— que esos dos párrafos son el homenaje público más hermoso y más valioso que he leído desde que me embarqué en este viaje.

Y sabemos los dos —lo sabe Pablo y lo sé yo— que eso ocurrió exactamente el sábado 26 de enero de 2019 porque, aquel mismo día, apunté en mi calendario privado: «El día que salvé a España». Por eso, cuando Pablo estaba empezando a escribir su libro y me preguntó por la fecha exacta, no tardé más de unos minutos en proporcionársela.

Te puede parecer exagerado el apunte y, si es así, no te juzgo; a lo mejor, tienes razón. Pero yo, ese día, sentí que el mundo se me caía encima.

Primero, por supuesto, por la terrible injusticia de todo lo que estaba ocurriendo. (Y se juntaba lo personal con lo político). Las campañas de las cloacas. La demonización. El intento de destrucción de su reputación con el affaire de la compra de la casa. El acoso fascista a su familia (que no tenía entonces la intensidad que tuvo —después— en 2020, pero que ya había empezado). Las traiciones internas. Los supuestos compañeros poniéndose de perfil y mirando hacia otro lado en los momentos más difíciles. Todo ello sobre las espaldas del tipo que nos había devuelto la esperanza política a millones de personas cuando la habíamos perdido. El tipo que nos había sacado a miles de casa para dar la pelea. El que me había sacado a mí de casa. El que pilotaba la nave espacial que me cogió en Zaragoza y me depositó en Bruselas. El que me había enseñado tanto. El tipo que había acabado con el bipartidismo con una mano delante y una mano detrás. El que había acordado con el PSOE —tan solo unas semanas atrás— los presupuestos «más de izquierdas de la historia». El tipo que había mandado a Mariano Rajoy a su casa, arrancando de raíz la corrupción del PP del Gobierno de España.

Me resultaba una injusticia imposible de soportar que la cosa acabará así y, por eso, le hice ese ofrecimiento que yo sabía que era una insensatez en términos estratégicos. Era evidente que yo era un mal candidato. Acababa de llegar a Madrid y mi perfil ya estaba desgastado después de tanto tiempo en la Secretaría de Organización. Pero, si Pablo me hubiera dicho que me presentara, lo habría hecho y me habría dejado la piel en la campaña. Si esa era la única salida, yo estaba dispuesto. Lo importante es que hubiera alguna salida. Lo que no podía permitir es que esa mañana de

invierno se acabara todo.

Porque, además —y esto es quizás lo que más me dolía—, el trabajo estaba sin acabar.

Podemos no había nacido solamente para cambiar las mayorías en el Parlamento. No había nacido solamente para echar a los corruptos del Gobierno. Podemos había nacido para gobernar.

Esta era la tarea histórica que nos había señalado Pablo cinco años antes, esto es lo que le debíamos a las millones de personas decentes que habían depositado su esperanza en el proyecto político y esto es lo que yo pensaba —y pienso— que se merece mi país.

Si yo me estaba jodiendo la vida era para hacer a Pablo Iglesias presidente del Gobierno de España. Y no por él —que tampoco tengo claro que le hiciera mucha gracia—, sino por toda esa gente trabajadora y decente que se merece un país mejor.

Por eso, también, aquel sábado 26 de enero de 2019, le ofrecí aquella insensatez.

No tenía ni pies ni cabeza, pero sirvió para demostrarles a Pablo y a Irene que no estaban solos. Y demostrárselo con hechos, como se demuestran las cosas en la política y en la vida.

Que mi gesto les emocionase, que les hiciese cambiar esa decisión vital tan crucial que habían tomado y que nos permitiese seguir dando la pelea —esto sí y sin ninguna duda— es lo más importante que he hecho en Podemos.

Quizás los contrafactuales no existan, quizás solamente hay una línea histórica posible, quizás no existe el libre albedrío, quizás el mundo es el que es y es el único que puede ser. Es una pregunta filosófica —o, más posiblemente, física— para la cual, todavía, no tengo respuesta. Pero si esto no fuera así —si existieran, en las bifurcaciones relevantes, diferentes futuros posibles que dependiesen de las decisiones humanas—, creo que es correcto decir que, si yo no hubiera hecho lo que hice aquel día, Pablo no habría podido cerrar su carrera política como se merecía hacerlo (bueno, esto es mentira; en realidad, se merecía mucho más), hoy

no tendríamos el primer gobierno de coalición de la democracia y habría que ver cómo habríamos gestionado la crisis sanitaria y económica de la COVID-19 en circunstancias políticas completamente distintas, quizás con un gobierno presidido por Pablo Casado con Santiago Abascal como vicepresidente.

No sé si aquel día «salvé a España» y tampoco pude ver a Pablo Iglesias presidiendo el Consejo de Ministros como yo quería, pero sé lo que hice —con un nudo en la garganta— y sé algunas cosas que nunca habrían ocurrido si no lo llego a hacer.

La cosa no mejoró inmediatamente después de aquel sábado 26 de enero de 2019 y las presiones para que entregásemos Podemos en la Comunidad de Madrid a Errejón (lo que habría supuesto, prácticamente, bajar la persiana) fueron enormes. Pero habíamos decidido que íbamos a seguir peleando hombro con hombro y eso hicimos.

El 13 de febrero de 2019, se aprobaron en el Congreso de los Diputados las enmiendas a la totalidad a los Presupuestos Generales del Estado que habíamos pactado PSOE y Unidos Podemos y que revertían, por primera vez en muchos años, los recortes sociales del PP. La temperatura política del conflicto catalán era todavía bastante alta y eso llevó a Esquerra Republicana de Catalunya, al PDeCAT y a Bildu (por arrastre) a sumar sus votos a los de la derecha estatal de PP y Ciudadanos, conformando así una mayoría en contra de las cuentas que las hizo descarrilar. Dos días después, el 15 de febrero de 2019, el presidente Pedro Sánchez firmaría el decreto de convocatoria anticipada de las elecciones generales que se celebrarían el 28 de abril de ese mismo año.

Tras vivir la convulsión más grande que había experimentado Podemos desde su nacimiento y después de haber proporcionado a Pedro Sánchez y al PSOE la poderosa plataforma política que supone el Gobierno de España —hay que recordar que, al prosperar la moción de censura, se conformó un gobierno monocolor del Partido Socialista—, la inmensa mayoría de las voces mediáticas nos daban por muertos y dibujaban el horizonte de nuestra desaparición.

Sin embargo, eso no ocurrió.

Diseñamos una campaña original y valiente que tuvo su arranque en un emotivo acto, en la plaza del Museo Reina Sofía, el día 23 de marzo, en el que Pablo reapareció en público después de varios meses de baja paternal.

Recuerdo que la plaza estaba completamente llena y que hice uno de los discursos que con más cariño recuerdo, tirando de ironía y diciéndoles a todas aquellas personas emocionadas y con ganas de pelear que no sabía qué demonios estaban haciendo allí, que estaba todo el pescado vendido, que no se podían cambiar las cosas y que no fueran a votar. El juego que se estableció con ellos y ellas y cómo me contestaban —conociéndome bien— a cada nueva provocación que les hacía con un «¡sí se puede!» es algo que todavía hoy me hace sonreír.

El lema de aquella campaña fue «La historia la escribes tú» y Pablo centró el mensaje en la denuncia de todos aquellos poderes no democráticos que no se presentan a las elecciones, pero que, sin embargo, mandan mucho más que un diputado e, incluso, que un ministro.

Recuerdo de forma cristalina el mitin de precampaña que hicimos en Zaragoza el 9 de abril de aquel año. Y no lo recuerdo solamente por el hecho de compartir con Pablo un evento en mi ciudad. Ese día, Pablo entró en directo en Al Rojo Vivo desde la sala multiusos del Auditorio de Zaragoza e hizo algo que ningún otro líder político de izquierdas se ha atrevido a hacer: decirle la verdad a la cara a Antonio García Ferreras.

—Una trama mediática criminal —arrancó— donde destacan Eduardo Inda y OKdiario, que obtenían esas pruebas falsas, las publicaban y después esos documentos falsificados abrieron telediarios, Antonio. Y ocuparon portadas de periódico en España. Información falsa fabricada por el equipo de Villarejo, por el señor Eugenio Pino, por el señor Fuentes Gago, que mintió en sede parlamentaria y que sigue trabajando en la Secretaría General de la Policía. [...] Hay mucha gente, Antonio, y a mí me gusta decir las cosas a la cara, que se pregunta quién protege a Eduardo Inda, quién le abre los espacios mediáticos.

—¿Quién le protege, según usted? ¿Qué poder oculto? —le

preguntó, entonces, Ferreras.

—No, poder oculto, no. Si no es nada oculto. Te lo voy a decir a la cara. Tú eres uno de los mayores protectores de Eduardo Inda, Antonio. Y te lo digo con mucho dolor, pero me parece terrible que se haya dado el espacio que se le ha dado y del que carecen buena parte de los periodistas honrados de este país; periodistas de derechas, de izquierdas, con la ideología que quieran, pero que trabajan con arreglo a la deontología periodística. Y que a este personaje, que parece que forma parte de una estructura de cloacas destinada a publicar informaciones falsas sabiendo que son falsas, se le proteja y haya tenido las ventanas mediáticas que tiene, creo que es algo que hace muchísimo daño a nuestra democracia. Porque el periodismo, Antonio, está para controlar al poder. No para servir al poder. Si hay poderes económicos que pueden controlar a periodistas para que fabriquen informaciones falsas para evitar un Gobierno, el problema no es de Podemos. El problema es de la democracia española y esto hay que decirlo claramente. Y tú sabes que yo tendré muchísimos defectos, pero no el de callarme las cosas y no el de no decir las cosas a la cara.

Para que no pienses, querido lector o lectora, que tengo una obsesión malsana con Antonio García Ferreras, es importante explicar por qué las palabras de Pablo aquel día tuvieron una relevancia especial y por qué he querido especificar que ningún líder de izquierdas se ha atrevido a hacer lo mismo.

Obviamente, enemigos mediáticos y presentadores de programas de televisión —y también de informativos— que se han dedicado a atacarnos y a difundir noticias falsas sobre nosotros hay muchos: Ana Rosa Quintana o Vicente Vallés son quizás los dos ejemplos más importantes de una larga lista. Y es evidente que los enemigos mediáticos claramente identificados como de derechas nos han golpeado muchas más veces y mucho más duro que Antonio García Ferreras. Lo que hace especial aquellas palabras que pronunció Pablo en directo desde Zaragoza tiene que ver con el nicho ideológico al que se dirige cada cadena y cada programa. Lo explica el propio Ferreras cuando dice aquello de «Porque, además, cuando nosotros le damos una hostia a ellos, ellos sufren de cojones...» en los audios que se han filtrado de su comida con el «comisario«

mafioso Villarejo, el presidente del periódico La Razón y adjunto a la presidencia del grupo mediático Atresmedia, Mauricio Casals (propietario, entre otros medios, de Antena 3, Onda Cero o La Sexta), el director del Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado (un funcionario público que supuestamente debería defendernos a todos los ciudadanos) y Adrián de la Joya (un testaferro de Villarejo).

En esta breve charla, está una de las claves más importantes de la cuestión. Los diferentes comensales corruptos saben exactamente cómo funciona el principio de legitimidad en el sistema mediático. Ferreras explica que, al ser La Sexta una cadena con televidentes progresistas y de izquierdas, cuando ellos golpean a Podemos hacen muchísimo más daño. Incluso le llega a decir a Mauricio Casals que está muy bien que La Razón (un periódico de derechas) entreviste a Pablo Iglesias porque así, después, tienen «más credibilidad cuando llega el momento importante».

Es muy distinto que un ataque o un bulo sobre Podemos llegue a través de un medio de derechas o que llegue a través de La Sexta y es muy distinto que un líder de izquierdas se atreva a decirle cuatro cosas a Ana Rosa Quintana o que se atreva a decírselas a Ferreras. Por eso, Pablo es el único que lo ha hecho y, por eso, aquella intervención en directo desde Zaragoza marcó un antes y un después.

Nunca se lo perdonaron, claro. Y eso se paga. Pero yo siempre me he sentido enormemente orgulloso de estar en un partido en el que sus líderes le dicen la verdad a los españoles aunque eso produzca la venganza de los poderosos.

Y así —diciendo la verdad y dando la pelea—, el 28 de abril de 2019 no consiguieron acabar con nosotros y Unidas Podemos (ahora con ‘a’) obtuvo un 14,32% de los votos válidos y 42 diputados. Habíamos retrocedido significativamente respecto de nuestros resultados del 26 de junio de 2016, pero seguíamos manteniendo la misma posición táctica: nuestro Grupo Parlamentario seguía siendo indispensable para formar gobierno.

Por cierto, ese día y aunque sea lo menos importante, fui elegido por primera vez diputado estatal por la circunscripción de Zaragoza.

«Por la democracia y los derechos sociales, sí prometo», diría —desde el así llamado «gallinero», en la última fila, en uno de los dos escaños supuestamente «adaptados»— en la sesión constitutiva del Congreso el día 21 de mayo de 2019.

Durante aquel mes de mayo, también tuvieron lugar las elecciones europeas, autonómicas (en la mayoría de las comunidades) y municipales (en los 8131 municipios de España).

En la Comunidad de Madrid, Isa Serra asumió con valentía la candidatura de Podemos y salvó al partido en unas circunstancias muy adversas, quedándonos por encima del 5% y aguantando la representación en la Asamblea. Sin embargo, la operación de Errejón y Carmena no consiguió que hubiera una mayoría progresista en la comunidad (Ayuso obtuvo por primera vez la presidencia con el apoyo de Ciudadanos y VOX) y se perdió también el Ayuntamiento. Aunque Más Madrid fue la fuerza más votada en la capital, la mayoría de los concejales correspondió a la derecha, Almeida se convirtió en el nuevo alcalde y Manuela Carmena abandonó la política institucional tras un único mandato.

El apoyo entusiasta, nada más empezar la legislatura, al mayor pelotazo urbanístico de Europa —la operación Chamartín— por parte de todos y cada uno de los concejales que la exalcaldesa seleccionó personalmente para su lista es algo que permite dibujar con bastante precisión los campos políticos y que ayuda a entender muchas cosas de las que sucedieron en los meses precedentes... y de las que vendrían después.

It gets worse before it gets better, suelen decir los angloparlantes. La cosa empeora antes de mejorar. Y eso, precisamente, fue lo que ocurrió durante aquel vertiginoso año 2019.

Después de la conmoción interna en Podemos y de la derrota de la izquierda en Madrid —y a pesar del resultado en las elecciones generales con el que habíamos conseguido mantener nuestra posición táctica—, iríamos a una muy poco edificante negociación de gobierno con el PSOE que acabaría en el más rotundo de los fracasos. Con todos los puentes rotos y después del intento fallido de investidura de Pedro Sánchez, el país quedó abocado a unas nuevas elecciones anticipadas que se celebrarían el 10 de

noviembre de ese mismo año.

Íñigo Errejón decidió, en ese momento, dar el salto a la política estatal, abandonando el ámbito autonómico tras apenas unos meses en la Asamblea de Madrid y todos los papagayos del «Podemos está muerto» pasaron a cacarear «AHORA SÍ que Podemos está muerto».

Pero no.

Tampoco.

Al día siguiente de las elecciones, el lunes 11 de noviembre de 2019, estoy llegando sobre las 20:00 a la casa de Pablo Iglesias e Irene Montero en Galapagar.

Hacía tan solo un rato que Pablo nos había convocado a unas cuantas personas. Desde mi casa a la suya, había unos cuarenta minutos en coche, así que, cuando llego, no soy el primero. A diferencia de casi toda España, yo ya sabía que, esa misma tarde, Pablo se había reunido discretamente con Pedro Sánchez en la Moncloa, por lo cual imaginaba que nos quería contar algo importante. Pero no sabía qué.

Cuando llego al salón de la casa, donde estaba toda la gente reunida, veo que Pablo no está e intuyo de la expresión de algunos de los presentes que ellos sí sabían las buenas nuevas.

—¿Dónde está el jefe? —pregunto.

—Bañando a los niños —es la respuesta… entre risas.

—Bueno, ¿qué ha pasado? Contadme, cabrones —ya me había dado cuenta de que me estaban vacilando.

—Te lo quiere contar él —más risas.

Después de los veinte minutos más largos que recuerdo, Pablo entra en el salón, tranquilo, con una sonrisa y haciendo repiquetear los dedos de una mano contra el puño cerrado de la otra como hace siempre que va a hacer un anuncio o a decir una maldad. Esta vez,

era lo primero.

—Tenemos gobierno de coalición.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde el recuento electoral. No pasarían otras veinticuatro hasta que lo supiera todo el mundo.

Mientras nos tomábamos unos vinos, celebrábamos el momento histórico y repartíamos tareas, no pude evitar pensar que, a principios de ese mismo año, parecía que todo estaba perdido.

CAPÍTULO 17

NEGOCIAR EL GOBIERNO DE ESPAÑA

Uno nunca se imagina que va a llegar un momento en el que le va a tocar negociar el Gobierno de España.

Desde luego, no es la típica cosa que uno se levanta pensando por la mañana («oye, ¿y qué hago si me toca negociar el Gobierno de España así de repente?»). Mucho menos si uno nació en otro país, en el seno de una familia trabajadora, tiene casi un 90% de discapacidad y lleva apenas cinco años haciendo política.

Pero eso es lo bonito de la democracia.

Los privilegiados, los que realmente mandan en España, el bloque de poder, se dejaron abierta una pequeña puerta por la que pudimos entrar los plebeyos: las elecciones. Con toda la manipulación mediática, con toda la persecución de las cloacas, con todo el acoso fascista, con todas las cacerías judiciales para generar horas y horas de difamación en las tertulias —con todo eso—, llega un domingo en el que la gente corriente se da un pequeño paseo hasta su colegio electoral y lleva a cabo el sencillo pero poderoso acto de meter una papeleta en la urna.

Yo, personalmente, estoy seguro de que se han arrepentido miles de veces de haber dejado abierta esa pequeña puerta y, desde luego, han hecho todo lo posible —legal e ilegal—para viciar el proceso. Pero hay algunas cosas que ni siquiera ellos se pueden permitir hacer. Aunque ya tengamos un partido con cincuenta y dos escaños que dice desde la tribuna del Congreso que el gobierno actual es el peor de los últimos ochenta años (es decir, que es peor que los gobiernos del dictador genocida), prohibir las elecciones ya sería un poco demasiado.

Y eso —y no otra cosa— es lo que explica que, un buen día, un

físico teórico aragonés, nacido en Argentina y que no puede levantar un vaso de agua medio lleno esté sentado frente a la vicepresidenta del Gobierno en funciones, Carmen Calvo, hablando del reparto de ministerios. La democracia.

Pero vayamos por partes.

Tras unos meses muy difíciles en los que Podemos sufre su más grave escisión y vive, posiblemente, sus momentos más críticos, conseguimos —a pesar de todo— resistir. En las elecciones generales del 28 de abril de 2019, Unidas Podemos obtiene 42 escaños y sigue siendo determinante para la formación de gobierno.

Es importante destacar, además, que, en el nuevo tablero, la opción Ciudadanos no está ya disponible para el PSOE. Pero, curiosamente, no porque no sumaran mayoría, sino por un motivo distinto. De hecho, tras las elecciones de abril de 2019, es la primera y la única vez que el PSOE (123 escaños) y Ciudadanos (57 escaños) suman mayoría absoluta para gobernar. El problema es que Albert Rivera se había quedado a 200.000 votos del PP y deseaba una repetición electoral para coronarse líder de la derecha.

Con la vía Ciudadanos cerrada, al PSOE no le queda, entonces, otra opción que escenificar una negociación con Unidas Podemos.

Y sí. Lees bien: «escenificar».

He de decir que, en los momentos en los que escribo estas líneas, tras más de dos años y medio gobernando juntos en coalición, mis relaciones personales con el presidente del Gobierno y otros líderes del PSOE y miembros del Gobierno son cordiales. A pesar de las evidentes diferencias políticas e ideológicas, hay respeto entre las partes. Desde este punto de partida, también he de decir —porque no hacerlo sería faltar a la verdad— que las negociaciones para formar gobierno en el verano de 2019 no partieron de un planteamiento sincero.

Al principio, el PSOE ni siquiera se quería sentar en una mesa y todos los mensajes nos los mandaba a través de los medios de comunicación.

A pesar de los resultados electorales y en contradicción con la práctica habitual cuando no hay mayorías absolutas —no solamente en la mayor parte de los países de Europa, sino también, en ese mismo momento, en varias comunidades autónomas de nuestro país —, el PSOE comenzó la negociación hablando de un gobierno monocolor. El planteamiento inicial fue que un partido que había obtenido el 28,7% de los votos y que contaba con el 35,1% de los escaños del Congreso de los Diputados debía quedarse con el 100% de los ministerios. Los votos de Unidas Podemos parecían valer menos que los del PSOE.

De ahí pasaron —como si de una magnánima cesión se tratase— a ofrecer un «gobierno de cooperación«. Tuvieron que ponerle nombre a la cosa porque era algo nunca visto antes. Según el nuevo planteamiento, el 100% de los ministerios correspondería al PSOE, pero Unidas Podemos podría tener acceso a la segunda línea del Gobierno, a las así llamadas secretarías de Estado. De este modo, Unidas Podemos formaría parte del Gobierno, aunque no del Consejo de Ministros, y todos los miembros de Unidas Podemos del Gobierno tendrían como jefe a un ministro del PSOE. De haber cristalizado, la propuesta (que no hace falta valorar porque se valora sola) habría supuesto un inédito experimento internacional en materia de diseño de gobiernos que, sin duda, se habría estudiado en todas las universidades del mundo.

Cuando el «gobierno de cooperación» cayó por su propio peso, se empezó a hablar entonces de que Unidas Podemos sí podría proponer nombres para el Consejo de Ministros (hombre, gracias), pero tendrían que ser personas «independientes». Es decir, personas a las que nadie había votado. De esta manera, los ministros de la parte socialista podrían perfectamente tener el carné del PSOE y ser diputados del PSOE, pero los propuestos por Unidas Podemos no podrían tener adscripción partidista ninguna. ¿Y por qué? Muy buena pregunta.

Después de los «independientes», llegó la propuesta de — quizás— admitir en el Consejo de Ministros personas de Unidas Podemos, pero solamente «personas cualificadas». Un requisito que, primero, resulta de ambigua definición (¿quién y cómo va a valorar la supuesta «cualificación»?), segundo, es contradictorio con los

mecanismos democráticos de acceso a las instituciones representativas o de gobierno (que son por votación o nombramiento y no por concurso-oposición) y, tercero, es un requisito que se planteaba aplicar, por supuesto, en una sola dirección. Las «cualificaciones» de los ministros de Unidas Podemos serían evaluadas —sea lo que sea lo que eso signifique—, pero las de los ministros del PSOE no necesariamente.

En realidad, el nexo común entre todas estas propuestas (gobierno monocolor, «gobierno de cooperación», «independientes», «personas cualificadas») no es otro que la negación a Unidas Podemos de una parte de su legitimidad democrática. A ningún otro partido se le exigen nunca cosas como esas. En ningún gobierno de ninguna comunidad autónoma y seguramente tampoco en el pacto para el Gobierno de España que el PSOE había alcanzado en 2016 con Ciudadanos, se hicieron planteamientos similares.

Esto era —nada más y nada menos— lo que estábamos viendo: la negación de la legitimidad democrática de una fuerza política por motivos ideológicos. Pero lo peor aún estaba por llegar. Nos acercábamos al veto.

Recuerdo perfectamente cruzarme un día, por aquella época, con el conocido periodista Ignacio Escolar, con quien tengo una buena relación desde la época en la que yo escribía en eldiario.es y todavía no existía Podemos. Sería hacia finales de junio de 2019 y yo estaba a punto de coger los ascensores en la entrada del Congreso de la calle Cedaceros para subir a mi despacho. De repente, veo a Nacho, nos saludamos y nos ponemos a hablar —cómo no— de las negociaciones para formar gobierno.

—Pedro nunca va a aceptar que Pablo sea vicepresidente —me dice nada más empezar la conversación—. No va a permitir esa foto en la escalinata de la Moncloa con Pablo de pie a su lado.

Y yo sé que no me está diciendo que eso le parezca bien. Me está diciendo simplemente que es lo que hay.

—Pero es que ese es un planteamiento profundamente antidemocrático. A Pablo le ha votado la gente —le contesto—. ¿Qué mensaje estaríamos trasladando a los millones de españoles

que han votado Unidas Podemos? ¿Que su voto vale menos que el voto de las personas que apuestan por otras opciones políticas?

Pues parece que sí. Exactamente a las 13:28 del jueves 18 de julio de 2019, se concretaría políticamente lo que me había dicho el siempre bien informado Ignacio Escolar.

Cuando queda apenas una semana para la votación de la investidura de Pedro Sánchez en el Congreso (y el PSOE todavía no se ha sentado en una mesa para negociar el gobierno), Antonio García Ferreras entrevista a Pedro Sánchez para La Sexta desde el mismo Palacio de la Moncloa.15

Al fondo de la imagen: la sala del Consejo de Ministros.

—¿Está vetado o no está vetado Pablo Iglesias en el futuro gobierno si usted pacta con Unidas Podemos? —pregunta directamente el director de La Sexta.

—No me gusta utilizar ese verbo —responde el presidente—. Lo que sí que digo en público es lo que le he dicho al señor Iglesias en privado, porque efectivamente ese es el principal escollo para poder formar un gobierno de coalición entre el Partido Socialista y Unidas Podemos. Y es que no se dan las condiciones para que el señor Iglesias sea miembro de ese gobierno.

Unos minutos más tarde, explicaría más en detalle a qué se refiere:

—Pero si habla de presos políticos, yo no necesito un vicepresidente del Gobierno, necesitaría un vicepresidente del Gobierno que defienda la democracia española, que defienda que haya una separación…

—¿No defiende la democracia española? —aquello había sido demasiado duro hasta para Ferreras.

Un breve paréntesis.

Yo no creo que Pedro Sánchez odie a los independentistas y tampoco a los «rojos». Pero, si te fijas en su última frase que acabo de transcribir, casualmente, en ella, independentistas y «rojos» son protagonistas a la vez.

En realidad, sería completamente imposible vetar al líder de una formación política con la que vas a pactar tu investidura y la formación de tu gobierno si no operasen en el discurso hegemónico una serie de palancas muy fuertes que te lo permitan.

Como ya hemos comentado en este libro, aunque el odio a los independentistas y a los «rojos» sean dos de los combustibles más importantes de la extrema derecha, al deber su existencia a un sembrado mediático previo a lo largo de muchos años y al disponer la derecha de más cañones mediáticos que el progresismo para convertir estas aversiones en hegemónicas, no es infrecuente ver —en ocasiones concretas— a líderes del PSOE —y también a la progresía mediática— comprar parcialmente este discurso.

En todo caso, estoy seguro de que, en el caso de Pedro Sánchez, el 18 de julio de 2019 en aquella entrevista, el presidente lo hizo de forma completamente inconsciente. Simplemente, su intuición política le susurró al oído que aquello funciona.

Y vaya si funciona.

Al día siguiente, el viernes 19 de julio de 2019 a las 17:00, Pablo Iglesias, vestido con una camisa blanca y con una foto de la Puerta del Sol llena de gente detrás, se está grabando un vídeo que publicaría a los pocos minutos en sus redes sociales e —inmediatamente— sería replicado por todos los medios de comunicación del país. Un puñado de personas estamos con él en su despacho atentos a cada palabra:

—España necesita ya un gobierno de coalición de izquierdas que asuma que los derechos sociales tienen que ser el eje de gobierno. El PSOE dice que el único escollo que evita ese gobierno soy yo. He estado reflexionando en estos días y no voy a ser la excusa para que el PSOE evite ese gobierno de coalición. Mi presencia en el Consejo de Ministros no va a ser el problema, siempre y cuando el PSOE asuma que no puede haber más vetos, que la presencia de Unidas Podemos en el próximo gobierno tiene que ser proporcional a los votos y que la propuesta, lógicamente, la va a hacer Unidas Podemos —y concluye—. He trasladado esto a Pedro Sánchez y he pedido a Pablo Echenique que traslade al Partido Socialista nuestra voluntad de negociar ya un gobierno de coalición de izquierdas, un

acuerdo integral, programa y equipos, para sacar adelante la investidura la semana que viene.

Una orden es una orden y yo soy un soldado. Y, además, entiendo perfectamente cuál es la estrategia del PSOE: ir a una repetición electoral culpando personalmente a Pablo Iglesias del fracaso de la negociación por haberse empecinado en conseguir —de forma increíblemente egoísta y hambrienta de poder— una Vicepresidencia para sí mismo. Habiéndose ocupado los poderes mediáticos de demonizar al personaje todos los días durante cinco años, era evidente que una estrategia miserable como esa podía funcionar. Por eso, entiendo la jugada y sé perfectamente que el movimiento que acaba de hacer Pablo no solamente es generoso, sino también inteligente. Pero la verdad es que, en esos momentos, solo tengo ganas de llorar y de tener la suficiente fuerza en los brazos como para darle un puñetazo a la pared.

Después del paso a un lado de Pablo Iglesias, al PSOE ya no le queda más remedio que establecer una negociación para formar un gobierno de coalición... o al menos que lo parezca. Porque, la verdad, no es que tengamos mucho tiempo para abordar una tarea de semejante dimensión e importancia. Faltan cinco días para la votación definitiva de investidura y —entre gobiernos monocolor, «gobiernos de cooperación», «independientes» y «personas cualificadas»— todavía está la casa sin barrer. Aun así, nos tragamos la indignación por lo que acaba de ocurrir y nos ponemos manos a la obra.

Desde el mismo viernes 19 de julio, estoy en contacto con Carmen Calvo por WhatsApp como Pablo me ha ordenado. Me cuesta un poco que me garantice que no va a haber ningún veto más, pero, al final, lo consigo, y el sábado 20 por la tarde me dirijo al hotel en el que me ha citado en la zona noreste de Madrid. No había tiempo que perder (o, al menos, eso es lo que pensábamos nosotros).

Al ir aproximándonos al punto de encuentro, descubro que está situado en una de esas zonas residenciales de Madrid de nueva construcción, con amplias calles y sin mucho movimiento de personas. Que se trate de un sábado en medio de las vacaciones también contribuye a la discreción. Recuerdo reflexionar en el coche que el sitio estaba muy bien elegido y que seguramente no

sería la primera vez que el PSOE lo utilizaba.

Una vez en el hotel, me reciben en el garaje y me acompañan a unos ascensores que llevan directamente a una amplia y luminosa sala de reuniones. En el camino, no pasamos por ninguna recepción y no nos cruzamos con nadie. Al llegar a la sala, saludo cordialmente a Carmen Calvo, vicepresidenta del Gobierno, a María Jesús Montero, ministra de Hacienda, y a Adriana Lastra, vicesecretaria general del PSOE y portavoz del Grupo Parlamentario Socialista. Al cabo de unos minutos, llega Ione Belarra, por aquel entonces portavoz adjunta de Unidas Podemos en el Congreso, y se repiten los saludos. Ya estamos todas. Creo recordar que bromeamos con el hecho de que yo fuera el único hombre en la reunión.

Empezamos a las 19:30 y no habíamos pasado de los preliminares cuando, alrededor de las 21:00 y para nuestra sorpresa, nos comentan que Carmen Calvo tiene que irse a una entrevista en La Sexta noche y que eso obliga a hacer un descanso. Nada, lo normal. Con cinco días de tiempo para llegar a un acuerdo sobre la formación de gobierno en la cuarta economía de la zona euro, la principal negociadora del partido mayoritario abandona la negociación para irse a la tele a fijar «relato». Ione y yo nos miramos y no hace falta que nos digamos nada. Empezaba a quedar claro cómo iba a ser aquello. En la entrevista16 y como podemos ver en internet desde el hotel, la vicepresidenta declararía que «era previsible desde el sentido común que un líder político no se convirtiera en la pieza que no pudiera permitir a su formación entrar en un gobierno tan importante como el de España».

Después de decir que era lógico que Pablo Iglesias se fuera a su casa, Carmen Calvo vuelve al hotel y retomamos la reunión una hora antes de la medianoche. A pesar de la inaudita falta de respeto, Ione y yo hacemos de tripas corazón y seguimos trabajando con seriedad para conseguir el objetivo que se nos había encargado. Estábamos allí para intentar acordar una configuración de gobierno en la que la participación de Unidas Podemos —después de que nuestro candidato a la Presidencia del Gobierno, votado por más de tres millones de personas, en un gesto nunca visto, diera un paso a un lado— fuera mínimamente proporcional a la voluntad popular

expresada en las urnas. Pero resultaba imposible arrancar al PSOE la más mínima concreción.

A pesar de que seguimos hablando hasta bien pasada la medianoche, ese día nos fuimos a casa con las manos vacías.

Si tuviera que describir con una sola palabra cómo se desarrollaron las conversaciones en torno a aquella mesa —ese día y los días siguientes—, diría que fueron espesas.

Con el acuerdo presupuestario alcanzado el año anterior, ya sabíamos que —aunque fuera arduo— éramos capaces de ponernos de acuerdo en materia programática. Por lo tanto, resultaba evidente que el trabajo de ese equipo negociador era el de acordar una estructura de gobierno. Sin embargo, costaba muchísimo concretar.

Carmen Calvo (que era, evidentemente, quien lideraba aquella negociación por parte del PSOE, ya que María Jesús Montero y Adriana Lastra prácticamente no intervenían) dedicaba muchísimo tiempo a hablar de asuntos periféricos: listas interminables de agravios, unas declaraciones random que había hecho algún concejal nuestro de Catalunya y que le habían parecido gravísimas o, incluso, detalles de su vida personal como la hora a la que se ponía a planchar la ropa. Ione y yo todo el rato intentábamos aterrizar el debate para poder avanzar, pero era imposible.

Recuerdo también que nos quiso dar numerosas clases de filosofía política. Nunca olvidaré cuando nos intentó explicar que una verdadera revolucionaria sabe que los cambios se producen muy de a poquito, centímetro a centímetro. Además de parecerme una definición estupenda —incluso un poco cruel— de la manera de hacer política que muchas veces despliega el PSOE, es que sencillamente es mentira. Si algo se ha demostrado en los últimos años, es que un partido puede pasar de cero diputados a 69 en un año y medio, que se puede acabar con el bipartidismo parlamentario en el mismo tiempo, que se puede formar el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia apenas seis años después de nacer o que se puede subir el salario mínimo un 22% de una tacada.

Los poquísimos minutos que dedicó durante más de veinte horas de reuniones a hablar de la configuración del posible gobierno fue para meter y sacar ministerios de la negociación sin ningún sentido aparente y al tuntún. Meto Agricultura. Saco Agricultura y meto Turismo y Deporte. Saco Turismo y Deporte y meto Cooperación Internacional. Saco Cooperación Internacional y meto Juventud. Y así. En un momento dado, recuerdo que enviaron a la prensa la lista completa con todas las cosas que habían ido metiendo y sacando (pero sin decir que nunca habían estado encima de la mesa todas a la vez) para que pareciera que nos habían ofrecido medio gobierno.

Otro día —y esto lo comenté inmediatamente con Ione—, nos puso simultáneamente encima de la mesa Ciencia y Migraciones y comentó que yo sería un perfil muy adecuado para el primero y Ione (debido a su trayectoria previa a la política) para el segundo. Fue bastante incómodo y no quiero pensar que se tratase de un intento de comprar a los negociadores (cosa, por otro lado, que habría sido imposible).

En todo caso, en ninguna de las propuestas integrales de reparto de carteras que estuvieron alguna vez encima de la mesa en todo el proceso negociador hubo más de un 10% de las competencias del Gobierno ni más de un 5% de los recursos para los ministerios de Unidas Podemos, cuando nosotros poníamos más del 30% de los votos de la coalición.

Cuando ya nos estábamos quedando sin tiempo, el día de antes de votar la investidura de Pedro Sánchez, llegaría el que quizás fue el movimiento más turbio de todo el proceso.

Después de haber pasado todo el día en el Congreso de los Diputados atento a la posibilidad de desencallar las negociaciones, estoy trabajando ya en mi casa cuando me avisan de que uno de los documentos de trabajo que yo mismo había enviado a Carmen Calvo como un posible punto de partida —obviamente modificable — para negociar está publicado en todos los medios de comunicación. Es la primera vez en toda la negociación que se filtran documentos de trabajo a la prensa y, como no hemos sido nosotros, es evidente que ha sido el PSOE. Mientras leo las noticias en la pantalla del ordenador, no salgo de mi asombro.

De repente, algo me resulta extraño. El documento filtrado se titula «Exigencias de Unidas Podemos». Busco en mi disco duro y compruebo que el documento original que envié a Carmen Calvo se titula «Propuestas de Unidas Podemos». Más tarde, el portal maldita.es publicaría un análisis de los metadatos del documento filtrado17 que demostraría que fue modificado desde la Vicepresidencia del Gobierno. Es decir, se envió a los medios intencionalmente manipulado, posiblemente con la intención de romper la negociación.

Con este muy poco edificante panorama, la votación de investidura celebrada el 25 de julio de 2019 solo podía fracasar y fracasó. El candidato Pedro Sánchez obtuvo 124 votos a favor (123 del PSOE más 1 del Partido Regionalista de Cantabria) y 155 votos en contra (los de las tres derechas de la foto de Colón más 4 de JxCat, 2 de Coalición Canaria y 2 de Unión del Pueblo Navarro). La práctica totalidad de los socios del PSOE en la moción de censura votaron abstención (Unidas Podemos, pero también ERC, PNV, Bildu o Compromís). No solamente habían negociado de aquellas maneras con nosotros, es que, con los demás, ni siquiera habían negociado.

Recuerdo aquel día como especialmente oscuro y triste. Las caras en las bancadas de izquierdas y progresistas denotaban una preocupación y una gravedad unánimes.

Sin embargo, a pesar del fracaso de la votación en el primer intento, no había ninguna razón constitucional para que no se pudiera volver a intentar y nosotros hicimos llamamientos en ese sentido y enviamos documentos de trabajo al PSOE durante todo el verano. Lamentablemente, solo recibimos como respuesta un argumento prepolítico: «Ese tren ya pasó». De finales de ese mismo verano, data otra entrevista de Pedro Sánchez —también en La Sexta— en la que llega a afirmar que «no dormiría por las noches como el 95%» de los españoles si hubiese aceptado las «imposiciones» de Podemos para gobernar en coalición.

Y, así, al no haber propuestas adicionales de investidura y después de haber transcurrido los dos meses previstos en el artículo 99.5 de la Constitución Española, se disolvieron las cámaras y nos fuimos a otra repetición electoral. Prácticamente todo el mundo en el país tenía claro quién había querido que eso fuera así.

Cabe destacar que, durante aquellos meses, Íñigo Errejón decidió dar el salto a la política estatal, abandonando el ámbito autonómico tras apenas unos meses en la Asamblea de Madrid. Por lo visto, un conocido periodista (con el que yo había cruzado unas palabras en la entrada del Congreso a principios de aquel verano) y un reputado sociólogo le habían convencido —durante una discreta cena— que a su partido le podría ir muy bien.18

El discurso, no obstante, no invitaba mucho a la ilusión que digamos. Para intentar hacerse con un lugar en el tablero político, los de Errejón subrayaban sobre todo el desencanto de la ciudadanía con la política —para intentar arañarnos votos a nosotros como supuestos culpables del fracaso en la negociación de gobierno— y también una especie de «a la gente le cansa votar muchas veces». Unas ideas claramente antipolíticas, por tanto, profundamente conservadoras, y en las que, por desgracia, muchas veces cae la parte más melancólica de la «izquierda».

Sea como sea, a muchos les parecía evidente que el partido de Errejón competía en el mismo nicho electoral que Unidas Podemos y —precisamente por ello— contó con todos los apoyos mediáticos que eran de esperar... incluso antes de su lanzamiento formal.

A principios de septiembre de 2019, La Sexta publicó un barómetro estupefaciente.19 Según aquella supuesta encuesta («Eduardo, es muy burdo, pero voy con ello»), más de la mitad de los votantes de Unidas Podemos, un tercio de los votantes del PSOE y un 22% del total de los votantes (¡un 22%!) estarían dispuestos a votar a una hipotética «fuerza política liderada por Íñigo Errejón» que todavía no había sido lanzada.

De hecho, la amenaza implícita de ese lanzamiento operó en la negociación del gobierno con el PSOE. Por aquella época, era habitual encontrar publicadas en los medios de comunicación «fuentes del PSOE» diciendo directamente que, si no aceptábamos las lentejas que nos estaban sirviendo, entonces iríamos a una repetición electoral en la que el partido de Errejón nos comería mucho terreno y estaríamos mucho más débiles para negociar después.

Pero el enésimo fallecimiento anunciado de Unidas Podemos

tampoco llegó esta vez. De hecho, más bien llegó todo lo contrario.

El 10 de noviembre de 2019, la coalición Unidas Podemos-En Comú Podem-Galicia en Común obtiene 35 escaños y vuelve a ser determinante para la formación de gobierno. El partido de Errejón, en cambio, no cumple las expectativas que sus patrocinadores mediáticos habían depositado en él. En vez de un 22%, saca un 2,3% (la décima parte de lo que le daba el barómetro psicotrópico) y apenas obtiene 3 escaños; uno de ellos el de Joan Baldoví de Compromís, que inmediatamente abandona la disciplina de Más País en el Congreso. El PSOE, a su vez, se queda lejos de los 140 escaños que pronosticaban sus encuestas internas durante el verano y pasa de 123 escaños a 120.

La operación política que nos habían preparado no funcionó.

Aunque el tablero en el Congreso de los Diputados queda prácticamente igual en términos de bloques, sí se produce un cambio a la interna del bloque de la derecha que cambia completamente la situación: el aumento importante de la extrema derecha y la debacle de Ciudadanos.

Con Albert Rivera dimitido y Ciudadanos con menos diputados que Esquerra Republicana de Catalunya, la única opción disponible para Pedro Sánchez es ahora el gobierno de coalición entre Unidas Podemos y el PSOE. Es evidente que el PSOE no puede llegar a acuerdos con VOX y —aunque ciertos aprendices de brujo de esa parte de la prensa madrileña que algunos llaman «la brunete mediática» lubriquen con la idea de una Große Koalition— Sánchez acierta cuando dice que un acuerdo así entre PSOE y PP supondría la pasokización de los socialistas.20

La repetición electoral ha eliminado a Ciudadanos, ha hecho que otra repetición electoral sea imposible y ha convertido el gobierno de coalición en inevitable.

Por eso, ese mismo lunes por la tarde, Pedro Sánchez y Pablo Iglesias pactan una estructura básica de gobierno durante una rápida y discreta reunión y, esa misma noche, Irene Montero y Adriana Lastra redactan juntas un breve documento político que dibujaría las líneas maestras programáticas del acuerdo que se haría

público a la mañana siguiente.

La sala del Congreso que se elige para el anuncio aquel 12 de noviembre es bastante pequeña y decidimos que, por parte de Unidas Podemos, entren solamente Pablo y los portavoces del grupo confederal. Como ni Ione Belarra ni yo lo somos, nos quedamos fuera, en la sala contigua, siguiendo todo lo que pasaba por internet —con mucha emoción— en la pantalla del móvil de Noelia Vera.

Sala roja (noviembre de 2019).

Fuente: Dani Gago.

De aquel día es la famosa foto en la «sala roja», en la que estamos charlando con nuestro recién estrenado socio justo después de tan importante anuncio y el presidente Sánchez se está bebiendo un botellín de agua mientras Pablo Iglesias nos cuenta algo que no recuerdo con gesto de satisfacción y alegría en la cara. Al día siguiente, esa foto estaría en todos los periódicos.

Esa vez, fue diferente. Esa vez, todo cambió.

No solamente por la velocidad con la que se decidió formar el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia (elecciones el domingo, decisión el lunes, anuncio el martes). También por el modo en el que se condujeron las negociaciones. Hubo que hilar muy fino y hubo que ajustar muchos detalles, pero, desde la primera reunión entre Félix Bolaños, María Jesús Montero, Ione Belarra y yo mismo, ya vimos que la cosa iba en serio. Si el lector o lectora quiere sumergirse en los detalles, el libro de Jesús Cintora La conjura21 es posiblemente la más exhaustiva crónica de esos días, así como de los esfuerzos dedicados a conseguir los números parlamentarios para la investidura durante las semanas posteriores. Baste decir aquí que la cosa fue todo lo contrario que lo que vivimos durante el verano de 2019. Lo cual confirma esa máxima que cualquier negociador avezado aprende rápidamente en el ejercicio de su oficio y que ya comentamos aquí: El primer requisito para que una negociación salga bien es que todas las partes quieran llegar a un acuerdo.

Eso no quiere decir que no tuviéramos que trabajar larga y arduamente durante aquel final de 2019. Recuerdo muy bien aquellas negociaciones del Acuerdo de Gobierno en un Ministerio de Hacienda completamente vacío durante las vacaciones de Navidad y cómo la tercera o cuarta vez que fuimos ya no hacía falta que nadie del equipo de la ministra nos fuera a buscar a la puerta porque nos sabíamos perfectamente el camino. Cuando le dije a María Jesús Montero que había encontrado por aquellos pasillos la palanca de subirle los impuestos a las grandes fortunas y a las grandes corporaciones y que —por supuesto— le había dado, le hizo bastante gracia.

Fue durante aquellos días, durante aquellas negociaciones, cuando tuve, además, la oportunidad de conocer más a fondo a la actual secretaria general de Podemos.

Ione Belarra es —como yo— una persona que llega a la dirigencia del partido desde la militancia de base y sin haber formado parte previamente de ninguna otra organización política. También compartimos Ione y yo la indignación sincera (uno de los combustibles más poderosos para poder desempeñar este trabajo

que hacemos) cuando descubrimos que, por maldad o por dejadez, se le está jodiendo la vida a la gente humilde.

Yo había tenido la oportunidad de coincidir más de una vez con ella en la ejecutiva del partido y en otros espacios, pero no hay nada como fajarse juntos en una negociación con el PSOE para conocerse bien. Lo que Ione haría en 2021 es todavía más grande que lo que hizo a finales de 2019, pero lo que hizo a finales de 2019 fue extraordinariamente importante. Y te lo puedo decir porque lo viví de primera mano.

Aunque teníamos un gran grupo de gente detrás —estoy pensando, por ejemplo en Nacho Álvarez, el cerebro económico de Podemos y persona clave en estos cruciales momentos y en tantos otros—, buena parte de las negociaciones con el PSOE nos las comíamos Ione y yo hombro con hombro y creo que no me equivoco al afirmar que fue entonces cuando nos convertimos en un equipo. Fue durante aquellas jornadas interminables, también, cuando produjimos el documento político sin duda más importante de la legislatura: el Acuerdo de Gobierno. Y el papel de Ione ahí fue fundamental. Recuerdo perfectamente cuando me dijo que cada palabra que pudiéramos meter —por menor que pudiera parecer— era una inversión de futuro para los próximos cuatro años y que, por eso, teníamos que pelear adjetivo a adjetivo, coma a coma, cada pequeño palmo de terreno.

Hoy, cuando leo en el Acuerdo de Gobierno palabras como «frenaremos las subidas abusivas del alquiler», «desarrollaremos el ingreso mínimo vital», «equiparación por ley de los permisos de paternidad y maternidad iguales e intransferibles», «blindar que solo sí es sí», «Ley trans», «actualizaremos las pensiones conforme al IPC real mediante ley de forma permanente», «mejoraremos la financiación del Sistema de Atención a la Dependencia», «incrementaremos los recursos destinados al Sistema Nacional de Salud», «tributación mínima del 15% de las grandes corporaciones», «derecho a muerte digna y regulación de la eutanasia», «eliminaremos el voto rogado», «abordaremos el conflicto político catalán, impulsando la vía política a través del diálogo, la negociación y el acuerdo», «se aumentará la financiación de becas y ayudas al estudio», «aumentaremos las becas predoctorales y los

contratos posdoctorales», «aprobaremos una Ley Básica de Educación, que derogue la LOMCE», «aprobación de la Ley de Cambio Climático», «acabar con la sobrerretribución (conocida como «beneficios caídos del cielo»)», «impulsaremos una Ley de Bienestar Animal», «subiremos el salario mínimo interprofesional hasta alcanzar progresivamente el 60% del salario medio» o «derogaremos la reforma laboral», me viene nítidamente a la memoria aquello que me dijo Ione, recuerdo lo difícil que fue meter alguna de estas cosas en el acuerdo allá por finales de 2019 y sonrío al pensar las batallas que ello nos ha permitido dar —después— en el Consejo de Ministros y en el Parlamento para mejorar la vida de la gente de nuestro país.

Te dejo por aquí tres palabras latinas muy útiles en política: pacta sunt servanda. Los acuerdos se cumplen.

CAPÍTULO 18

LA MAYORÍA QUE SIEMPRE EXISTIÓ

El 11 de noviembre de 2019, ya sabíamos que habría gobierno de coalición en España y, el 3 de diciembre de 2020 —en plena pandemia—, se aprobaron en el Congreso de los Diputados los Presupuestos Generales del Estado para el año 2021 (los primeros presupuestos del nuevo gobierno) por una amplia mayoría de 189 escaños.

Esta mayoría, que podríamos llamar «cualificada» —a medio camino entre la mayoría absoluta (176) y los tres quintos de la cámara (210)—, no solo se cuenta entre las más amplias detrás de unos presupuestos desde la recuperación de la democracia en España. Además, es —con diferencia y con más de diez partidos en su seno— la más plural que jamás ha visto el Congreso. Una mayoría progresista y plurinacional cuyo núcleo está formado por los grupos parlamentarios Socialista (120 escaños) y Unidas Podemos-En Comú Podem-Galicia en Común (35), pero que suma desde partidos nacionalistas democristianos de centroderecha, como el Partido Nacionalista Vasco, hasta partidos independentistas de izquierdas, como Esquerra Republicana de Catalunya y EH Bildu, y que no incorpora a ninguno de los tres partidos de la foto de Colón.

La cristalización de dicha mayoría permitió la aprobación de los primeros presupuestos en casi tres años y supuso el fin de una larga temporada de inestabilidad política, con cuatro elecciones generales en cuatro años, la primera moción de censura exitosa de la democracia y varias investiduras fallidas. Dada su pluralidad ideológica, es obvio que esta mayoría parlamentaria requiere de mucho diálogo y de una serie de cuidados para su mantenimiento, pero todo apunta a que, con ella, lo más probable es que la XIV Legislatura llegue naturalmente a término en noviembre de 2023, abriendo así una nueva época de estabilidad política en España tras

casi un lustro de gobiernos inestables o en funciones.

En cualquier caso y para no dedicarnos a predecir el futuro, en el momento en el que escribo estas líneas (el 17 de agosto de 2022), el gobierno de coalición entre el PSOE y Unidas Podemos ya ha durado un año y diez días más que el último gobierno de Rajoy y ha sido capaz de sacar adelante más de 150 iniciativas legislativas en el Congreso de los Diputados y dos Presupuestos Generales del Estado en tiempo y forma.

Dicho esto, es el momento de señalar un hecho incontestable y muy revelador, pero, sin embargo, rara vez mencionado: la misma mayoría parlamentaria —progresista y plurinacional— que se expresó el 3 de diciembre de 2020 en torno a los primeros presupuestos en casi tres años lleva existiendo ininterrumpidamente en el Congreso de los Diputados desde diciembre de 2015.

Si hacemos la cuenta distinguiendo las dos mitades del espacio posconvergente tal y como hoy se halla configurado (es decir, incluyendo en la mayoría a los cuatro diputados del PDeCAT, pero no a los cuatro de JxCat que votaron en contra de los presupuestos y que parecen más reacios a dar soporte al gobierno de coalición), ya en las elecciones del 20 de diciembre de 2015, los partidos que el 3 de diciembre de 2020 apoyaron los presupuestos obtuvieron entonces un total agregado de 182 escaños; 6 más que la mayoría absoluta. En las elecciones del 26 de junio de 2016, estos mismos partidos obtuvieron 176 escaños; una mayoría más exigua, pero todavía mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados. El 28 de abril de 2019, la mayoría progresista y plurinacional obtuvo 196 escaños y el 10 de noviembre de 2019, como se comprobó en la citada votación de presupuestos, 189 escaños.

Es decir, lo que ocurrió el 3 de diciembre de 2020, la expresión de una amplia mayoría parlamentaria en torno a unos Presupuestos Generales del Estado y la llegada —con ello— de la estabilidad política a nuestro país tras un lustro de inestabilidad, podría perfectamente haber ocurrido cinco años antes tras las elecciones del 20 de diciembre de 2015… y también todas y cada una de las veces después de todas y cada una de las repeticiones electorales desde entonces.

Podría perfectamente haber ocurrido. Pero no ocurrió.

Qué extraño.

Llegados a este punto y mientras vamos sedimentando la extrañeza, es importante destacar que nada de lo que acabo de relatar tiene un componente ideológico. Evidentemente, tanto los Presupuestos Generales del Estado aprobados para el año 2021 como la mayoría parlamentaria que los aprobó tienen una determinada orientación política. Pero no es necesario en absoluto compartirla para poder apreciar que lo que más arriba se describe es sencillamente un conjunto de hechos objetivos.

Tú que me lees no tienes por qué coincidir con los planteamientos políticos o programáticos del PSOE, de Unidas Podemos o de cualquier otro de los partidos de la mencionada mayoría parlamentaria para reconocer que dicha mayoría lleva existiendo ininterrumpidamente desde diciembre de 2015 y que su cristalización en torno a unos presupuestos ha traído estabilidad política a España tras casi un lustro de inestabilidad.

Los presupuestos aprobados el 3 de diciembre de 2020 supusieron el mayor techo de gasto no financiero —es decir, de inversión pública— en valor absoluto de la historia de España: 196.000 millones de euros, así como el mayor aumento interanual: un 53,7%. Esto, además, se dio en un contexto internacional de respuesta a la pandemia de la COVID-19 en el cual la Unión Europea decidió afrontar la crisis económica con una estrategia diametralmente opuesta a la que forzó sobre sus Estados miembros durante la crisis financiera anterior. Si, a partir de 2008, la Unión Europea adoptó una estrategia férrea —llamada por unos «austeridad» y por otros «austericidio»— de contención del gasto público, del déficit y del endeudamiento, acompañado todo ello de recortes en el Estado del bienestar y en los salarios, a partir de marzo de 2020 decidió hacer todo lo contrario. Suspender sine die la así llamada «cláusula de estabilidad» para permitir a los Estados miembros asumir todo el déficit y toda la deuda pública que hiciera falta para sujetar la economía.

Yo tengo una opinión política concreta respecto del hecho de que los presupuestos de 2021 hayan sido los más expansivos —hasta esa

fecha— de la historia de España y del hecho de que la Unión Europea haya suspendido sine die la «austeridad» (precisamente para dar cabida a esa expansión). Pero tú que me lees no tienes por qué pensar lo mismo que yo en esta materia para sentir extrañeza de que una mayoría parlamentaria que lleva existiendo desde 2015 tardase un lustro en expresarse parlamentariamente.

Los presupuestos de 2021 trajeron un aumento del 150% de la inversión en sanidad, un 70% en educación, un 46% en dependencia, un 80% en investigación y ciencia, un 22% en becas universitarias, un 30% en fomento del empleo, un 60% en lucha contra la pobreza infantil, un 70% en servicios sociales o un 157% en políticas de igualdad. A mí, estos aumentos me parecen muy necesarios y más todavía en un contexto de crisis. En mi opinión, España debe reducir la brecha de inversión social que todavía mantenemos con los países de nuestro entorno y, además, la política económica de los gobiernos debe ser contracíclica. Es decir, debe ser expansiva en momentos de contracción económica para sujetar la economía y empujar el consumo y puede ser más conservadora en momentos de bonanza. Pero tú que me lees no tienes por qué estar de acuerdo conmigo en esta materia para que te resulte disonante desde el punto de vista puramente democrático que, existiendo una misma mayoría parlamentaria durante un lustro, tenga que haber tres repeticiones electorales y la primera moción de censura exitosa de la historia para que dicha mayoría se pueda expresar en el Congreso de los Diputados.

En una democracia consolidada, lo natural es que se vayan alternando mayorías conservadoras y mayorías progresistas y que, cuando cada una de ellas se da en el Parlamento, esto se traduzca en gobernabilidad y en estabilidad política (del signo que sea, pero estabilidad). En España, entre el final del año 2015 y el final de 2020 —sin embargo—, esta regla democrática no se cumplió. Hasta que tuvo lugar la investidura de Pedro Sánchez, la formación del gobierno de coalición y la aprobación de los Presupuestos Generales del Estado para el año 2021.

¿Por qué un lustro de inestabilidad, entonces? ¿Por qué las investiduras fallidas? ¿Por qué tres repeticiones electorales? ¿Cómo puede ser que, existiendo esta mayoría todo el tiempo, haya llegado

a gobernar Mariano Rajoy? ¿Por qué España ha tenido que esperar cinco años para que esta mayoría parlamentaria se tradujese en estabilidad política?

No hace falta ser de izquierdas para exclamar «qué extraño» ante esta anomalía tan prolongada en el tiempo y preguntarse qué demonios ha pasado. Y, desde luego, no hace falta ser un genio para hallar rápidamente el principal ingrediente de la respuesta. Basta con hacerse un par de preguntas sencillas.

¿Cuál es el elemento fundamental que tiene que ver con la gobernabilidad de España que nunca había ocurrido antes y que cambió tras las últimas elecciones del 10 de noviembre de 2019? Es obvio y —de nuevo— no es opinión, sino hecho: que Unidas Podemos entró en el gobierno.

¿Y qué es precisamente lo que amplios sectores del poder político, económico y mediático han intentado impedir por tierra, mar y aire durante cinco años y a la vista de todos? Pues —precisamente— que Unidas Podemos entrara en el gobierno.

En este capítulo, quiero repasar y hacer memoria contigo para despejar la bruma y no permitir que los árboles del día a día nos oculten el bosque de las corrientes de fondo que dirigen los acontecimientos. En este capítulo, quiero tejer contigo los últimos años de la historia política de nuestro país —y muchos de los últimos capítulos de este libro— con el hilo principal que explica lo ocurrido de forma coherente y explica, también, el papel desempeñado por cada uno de los actores.

Es importante tener claros los hechos, pero los hechos no son nada si uno no es capaz de dotarlos de significado. Eso es lo que quiero hacer aquí y, para eso, hay que empezar por el principio.

Elecciones generales del 20 de diciembre de 2015. Se confirma —de momento, a nivel parlamentario— el fin del bipartidismo ya avanzado en las europeas un año y medio antes: PP y PSOE suman un agónico 50,7% de los votos (aunque la ley electoral les concede el 60,8% de los escaños). Hay mayoría progresista y plurinacional de 182 escaños.

Felipe VI encarga a Mariano Rajoy, líder del partido más votado, intentar la investidura. En una decisión inédita y tal vez inconstitucional, Rajoy rechaza el encargo del rey. ¿Por qué? Porque era obvio que tenía una mayoría en contra y, por tanto, su investidura estaría condenada al fracaso. Rajoy sería muchas cosas, pero no era tonto.

En una segunda ronda de contactos, Felipe VI propone entonces a Pedro Sánchez como candidato. A pesar de la existencia de esta mayoría —la misma que hoy sostiene al gobierno— y a pesar de que Pablo Iglesias había propuesto a Pedro Sánchez la formación de un gobierno de coalición, el PSOE veta esa vía y se pone a negociar un acuerdo con Ciudadanos que no contaba con mayoría parlamentaria. Más tarde sabríamos —a través del diario Público— 22 que ese acuerdo incluía la vicepresidencia para Albert Rivera.

De hecho, durante esos meses, no existía prácticamente ninguna opinión publicada que dijera que Ciudadanos tenía que dar los votos para la investidura de Pedro Sánchez sin entrar en el gobierno. Se asumía de forma tácita que era perfectamente natural que una fuerza política de ámbito estatal que iba a formar parte de un acuerdo de investidura tuviera derecho también a formar parte del gobierno. Con nosotros, sin embargo, ocurría exactamente todo lo contrario.

En esos meses, las presiones sobre Podemos para que regalase sus más de cinco millones de votos a un gobierno del PSOE con la derecha fueron brutales.

Por un lado y justo en esos momentos decisivos (pura casualidad, claro), se empezaron a publicar masivamente las diferentes informaciones falsas fabricadas por las cloacas del Estado. Por otro lado, los medios supuestamente progresistas afeaban incesantemente a Podemos que no quisiera «pasar página del gobierno del PP» (porque todo el mundo sabe que Ciudadanos es muy diferente del PP), que la rueda de prensa en la que se propuso un gobierno de coalición no les gustó (porque todo el mundo sabe que la formación de gobiernos en la cuarta economía de la zona euro depende de que te guste el tono de una rueda de prensa) o que Pablo Iglesias pidió el CNI (directamente un bulo). Por aquella época y salvo honrosas excepciones, a ningún medio supuestamente

progresista se le pasó siquiera por la cabeza defender la democracia de su adulteración masiva mediante fake news mafiosas o defender los derechos democráticos de más de cinco millones de españoles de ver a su opción política legítimamente representada en el Gobierno de España.

El PSOE tenía algo más de 5,5 millones de votos y 90 escaños. Podemos tenía casi 5,2 millones de votos y 69 escaños. Ciudadanos tenía 3,5 millones de votos y 40 escaños. PSOE y Ciudadanos sumaban 130 escaños; a 46 de la mayoría absoluta. PSOE y Podemos sumábamos 159; a 17 escaños de la mayoría absoluta y 4 escaños más de los 155 que sumamos ahora que estamos gobernando en coalición. La mayoría progresista y plurinacional que ahora sostiene al gobierno y que entonces podría perfectamente haber hecho presidente a Pedro Sánchez sumaba 182 escaños; 6 más que la mayoría absoluta. Con esos números, la práctica totalidad de la opinión publicada defendía que no había ningún problema si Ciudadanos quería entrar en el gobierno, pero Podemos debía quedarse fuera (mientras que —para aceitar la cosa— se acusaba falsamente a Pablo Iglesias de prácticas turbias). Por algún motivo difícilmente explicable para un demócrata, los casi 5,2 millones de votos de Podemos parecían valer mucho menos que los 5,5 millones de votos del PSOE o, incluso, que los 3,5 millones de votos de Ciudadanos.

Sabedores de que cierto sector dentro de la dirección quería ceder a las presiones, los ataques constantes también tenían como objetivo —quizás como objetivo principal— el partir a Podemos internamente. Sin embargo, las bases se expresaron muy mayoritariamente (más del 88% de un total de casi 150.000 votos) contra la formación de un gobierno PSOE-Ciudadanos que habría supuesto la restauración del sistema del turno bipartidista, esta vez mediante la utilización de una bisagra, y habría cerrado —prematuramente y quizás para siempre— el ciclo de cambio abierto por la sociedad española en el 15M. No sería la última vez que las bases de Podemos nos darían una brújula valiente y clara.

En la correspondiente votación de investidura en el Congreso de los Diputados, el 4 de marzo de 2016, la propuesta PSOE-Ciudadanos contó únicamente con el apoyo de estos dos partidos y dos

diputados más: uno de Coalición Canaria y uno de Nueva Canarias. Los restantes diez partidos de la cámara votaron en contra y fue la primera vez en la historia que el candidato propuesto por el rey no obtuvo la confianza de la cámara. Transcurridos los dos meses desde el primer intento de investidura que figuran en el artículo 99.5 de la Constitución Española, el 3 de mayo de 2016, se disolvieron las cámaras y se convocaron nuevas elecciones. Durante todos estos meses de bloqueo institucional y a pesar de haber perdido ampliamente la mayoría parlamentaria, continuó gobernando el Partido Popular en funciones.

Elecciones generales del 26 de junio de 2016. Tras la disolución de las cámaras y abierta de nuevo la contienda electoral, lo que Umberto Eco llamó la «máquina del fango» sigue trabajando a todo gas contra Podemos, ahora ya no para forzarnos a tragar con un gobierno contra natura, sino para amañar las elecciones intoxicando a la población con mentiras.

De esta época es el primer caso serio —y quizás el más revelador— de utilización espuria de la justicia para intentar matar civilmente al adversario político y adulterar la democracia (lo que se conoce como la táctica del lawfare y que resulta esencial saber reconocer para poder entender los tiempos que nos ha tocado vivir). Me refiero al caso de la magistrada Victoria Rosell, que lleva a la candidata de Podemos por Gran Canaria a dimitir para defenderse y que acaba con un juez corrupto que conspiró con el PP condenado a seis años y medio de prisión (cuando el daño ya estaba hecho). Recientemente, el PP ha intentado continuar esa cacería vetando a Rosell como posible candidata al Consejo General del Poder Judicial.

En esta misma época y justo después de saberse que íbamos a una repetición electoral, es cuando Ferreras le dice a Eduardo Inda: «Eduardo, esto es muy burdo, pero voy con ello», y se dedica a difundir masivamente la basura falsa de Granadinas en La Sexta.

A pesar de los ataques incesantes, en esa primavera de 2016, nosotros nos ponemos a trabajar para ampliar las alianzas. El 9 de mayo de 2016, se alcanza el histórico pacto con Izquierda Unida

que yo mismo trabajo en primera persona y, 48 días más tarde, la coalición Unidos Podemos-En Comú Podem-En Marea obtiene más de cinco millones de votos (a tan solo 400.000 votos del PSOE) en las elecciones del 26 de junio de 2016. Vuelve a haber —de nuevo— mayoría progresista y plurinacional en el Congreso de los Diputados: esta vez, 176 escaños.

A los españoles no nos suele sentar bien que nos digan que hemos votado mal.

Como el Comité Federal del PSOE sigue manteniendo el veto a formar un gobierno de coalición apoyado en esa mayoría, Felipe VI encarga de nuevo a Mariano Rajoy que recabe los apoyos para la investidura. Esta vez, Rajoy acepta. En un primer intento, llega a un acuerdo con Albert Rivera, pero la mencionada mayoría se expresa en contra en el Parlamento (como es natural) y el intento fracasa. Es lo que tienen las matemáticas.

Después de este segundo fracaso, ahora sí se remangan y ya se ponen a pensar en serio.

En la legislatura anterior, habían intentado quebrar a Podemos, pero no pudieron. La clave para que el segundo intento de investidura tuviera éxito era quebrar —ahora— al Partido Socialista y a su secretario general, Pedro Sánchez. Así que a ello se pusieron los barones más conservadores del partido, el viejo aparato bajo el liderazgo indisimulado de Felipe González y —como explicó el propio Pedro Sánchez en una catártica entrevista con Jordi Évole— también los mismos medios de comunicación supuestamente progresistas que trabajaron activamente, en 2016 y en 2019 (ya llegaremos ahí), para impedir un gobierno de coalición PSOE-UP.

—Ha habido determinados medios de comunicación que sí que me han dicho que si hubiera un entendimiento entre el Partido Socialista y Podemos ellos lo criticarían e irían en contra —confiesa, en un momento dado, Sánchez a Évole.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunta, lógicamente, el periodista.

—Pues no han sido medios de comunicación conservadores, sino medios de comunicación supuestamente progresistas.

—Yo necesito que me pongas nombres.

—El País ha sido uno de ellos.

—¿Tú te has reunido con Juan Luis Cebrián?

—No voy a decir nombres, lo que sí que digo es que es una de las explicaciones de por qué las líneas editoriales, o la línea editorial del diario El País, durante estos últimos meses, haya sido tan abusiva, incluso insultante en lo personal, no solamente en lo político, para conmigo, ha sido precisamente que pudiera haber habido un entendimiento entre las izquierdas.

El desenlace de la historia es bien conocido porque fue morbosamente televisado en formato psicodrama: un Comité Federal esperpéntico en el que derrocan al secretario general y casi destruyen al PSOE por completo. El Grupo Parlamentario Socialista partido en dos, con la mayoría de sus diputados absteniéndose para hacer presidente —el 30 de octubre de 2016— a Mariano Rajoy, quien llevaba casi un año ya gobernando en funciones.

Recordemos, en este punto y una vez más, que había mayoría en la cámara para hacer a Pedro Sánchez presidente de un gobierno de coalición progresista. Pero tal era la obsesión de ciertos poderes por mantener a los más de cinco millones de españoles que votaron Unidos Podemos fuera de la gobernabilidad del Estado, que estuvieron incluso dispuestos a destruir a uno de los dos partidos estructurales del sistema turnista para conseguirlo. Es un hecho histórico que conviene no olvidar y que forma parte de un patrón general que hemos vivido demasiadas veces en carne propia: cómo la utilización espuria de instituciones políticas y sociales con propósitos claramente antidemocráticos las pone en peligro por la vía de dañar gravemente su prestigio y pone en peligro —así— al conjunto del sistema democrático. Casi destruyen al PSOE, pero también han arrastrado por el suelo la credibilidad de la justicia y de buena parte del sistema mediático; dos instituciones sin las cuales no se puede articular una democracia moderna.

En todo caso, en este envite concreto —y tras una carnicería—, se evitó de nuevo que la mayoría parlamentaria progresista y plurinacional se expresase en torno a la investidura de un

presidente del gobierno. Pero, al no haberse repetido las elecciones esta vez, la mayoría siguió existiendo intacta en el Congreso de los Diputados a pesar de que Mariano Rajoy fuera el presidente. La prueba más evidente de ello es que fue precisamente esa mayoría —en el mismo hemiciclo salido de las elecciones del 26 de junio de 2016— la que desalojó a Rajoy de la Moncloa tras la sentencia de la Gürtel e hizo presidente por primera vez a Pedro Sánchez, restituido en la secretaría general del PSOE tras derrotar en las primarias a la derecha de su partido y al aparato mediático asociado a la misma.

En la moción de censura del 1 de junio de 2018 —la primera exitosa en la historia de la democracia, precisamente por la existencia de esta mayoría—, hubo 180 escaños a favor (los 176 consignados más los 4 que corresponderían a la mitad hoy de JxCat del espacio posconvergente; todavía unido en esa época y que votó en bloque a favor).

30 de octubre de 2016 a las 20:23. Congreso de los Diputados. La presidenta del Congreso, Ana Pastor, anuncia que Mariano Rajoy acaba de ser investido presidente del Gobierno con 170 votos a favor y 111 en contra. 68 diputados del Grupo Socialista se han abstenido y 15 han votado en contra. Un diputado ha faltado a la votación porque ha renunciado al acta. Se llama Pedro Sánchez. Si las abstenciones hubieran sido votos en contra, Mariano Rajoy no habría sido investido presidente.

31 de mayo de 2018 a las 17:10. Congreso de los Diputados. Habla Aitor Esteban, portavoz del PNV, desde la tribuna. Todo el mundo está muy atento a sus palabras, ya que, en determinadas configuraciones —más o menos probables— de voto de los partidos catalanes y también de los partidos más pequeños representados en la cámara, los cinco diputados del PNV son decisivos. El escaño de Mariano Rajoy está ocupado por el bolso de la vicepresidenta Soraya Sáez de Santamaría. Al final de su intervención, Aitor Esteban anuncia que el PNV votará a favor de la moción de censura el día siguiente.

Entre estas dos escenas que tienen lugar en el mismo hemiciclo y

estando presente la misma mayoría parlamentaria, pasan 578 días y muchas cosas.

Ocho días antes de la segunda escena, se aprueban los Presupuestos Generales del Estado del Gobierno de Mariano Rajoy, curiosamente, con los votos a favor del PNV. Los mismos votos que, tan solo ocho días después, votarían a favor de desalojar a Mariano Rajoy de la Moncloa.

Pero es que, justo al día siguiente de la aprobación de los presupuestos y siete días antes de la escena del bolso de la vicepresidenta, el 24 de mayo de 2018, se publica la sentencia de la trama Gürtel. Una bomba informativa y judicial en la cual se señala al Partido Popular como partícipe a título lucrativo y se utilizan expresiones tan elocuentes como que la trama funcionaba como «un auténtico y eficaz sistema de corrupción institucional».

Al día siguiente, el 25 de mayo de 2018, el Grupo Socialista registra la moción de censura en el Congreso de los Diputados.

Contra toda costumbre anterior, la presidenta del Congreso, Ana Pastor, fija el debate y votación para tan solo una semana después. Intenta dejar poco tiempo de reacción y negociación a los diferentes partidos y así hacer más fácil el fracaso de la moción. Craso error.

Entre ese día y el día de la votación, las conversaciones entre los diferentes líderes políticos son frenéticas. En el libro La moción,23 la periodista Lucía Gómez-Lobato hace un relato pormenorizado de todo lo ocurrido en esa vertiginosa semana. En particular y como explica el libro, las gestiones de Pablo Iglesias fueron cruciales a la hora de conseguir los votos necesarios para que fructificase la moción. Especialmente, los ocho votos del PDeCAT y los cinco del PNV. Son numerosos los cronistas parlamentarios que coinciden en afirmar que el líder de Podemos hizo más en aquellos días para garantizar el éxito de la moción y hacer presidente a Pedro Sánchez que el propio PSOE. De hecho, basta escuchar la intervención del candidato, en la que ofrece a Mariano Rajoy que dimita —lo único que podría haber detenido la moción de censura—, o ver la reacción de los dos grupos parlamentarios tras la votación: el Grupo Socialista aplaudiendo tímidamente mientras el Grupo de Unidos Podemos grita «sí se puede», como si el recién investido presidente

no fuera Pedro Sánchez, sino Pablo Iglesias.

Lo ocurrido en ese momento se explica porque no solamente era uno de los objetivos fundacionales de nuestra formación política el desalojar de la Moncloa al Partido Popular. Era además un objetivo estratégico de medio y largo plazo la consolidación en España de una mayoría progresista y plurinacional de dirección de Estado.

Tal es así, tal era la convicción de que teníamos que trabajar para armar ese bloque histórico, que aquellos días de mayo de 2018 fuimos los máximos defensores de la moción de censura al mismo tiempo que sabíamos que eso proporcionaría una formidable plataforma al PSOE, nuestro competidor electoral más directo. En aquella época, algunas encuestas se iban aproximando a un empate técnico entre PSOE y Unidos Podemos en el 20%,24 con el primero bajando de forma lenta pero constante y el segundo —de forma correspondiente— subiendo. En los debates que teníamos en la dirección en aquellos días, todo el mundo tenía claro que, si Pedro Sánchez era elegido presidente del Gobierno, esa tendencia se iba a revertir e íbamos a salir perjudicados según criterios estrictamente partidistas (como, de hecho, ocurrió). Pero también estábamos convencidos de que la construcción de ese bloque histórico era condición de posibilidad para que pudieran llegar a España ciertos cambios estructurales en materia de justicia social, regeneración democrática y una concepción de nuestro país más acorde con su diversidad territorial. Por eso, hicimos lo que hicimos.

Por eso, apoyamos la moción de censura sin dudarlo y, por eso, el trabajo de Unidos Podemos no solamente fue constante en los últimos siete días antes de la moción, sino también durante esos casi 600 días que van desde la investidura de Mariano Rajoy con un Grupo Socialista partido en dos hasta la escena del bolso de Soraya Sáenz de Santamaría en el escaño del ausente presidente saliente.

Hay al menos dos iniciativas políticas que tienen lugar durante este período de tiempo y que, sin duda, fueron cruciales para llegar al desenlace al que finalmente se llegó.

En primer lugar, la moción de censura contra Mariano Rajoy encabezada por Pablo Iglesias y en la que Irene Montero se reveló como una excelente parlamentaria.

«No dan los números, no dan los números, no dan los números». Era el mantra principal que llevaban un año y medio repitiendo desde altavoces supuestamente progresistas para negar la evidencia de que existía una mayoría de escaños progresista y plurinacional que podía cambiar el rumbo político del país. La moción de censura de Unidos Podemos empezó a dibujar la citada mayoría, concitando —ya en junio de 2017— los votos a favor de ERC, Bildu y Compromís y las abstenciones del PDeCAT y del PNV.

Muchos dijeron por aquel entonces que esa moción de censura no sirvió para nada. Pero, como mínimo, sirvió para demostrar que, si pasaban de la abstención al sí el PSOE y o bien el PNV o bien el PDeCAT —ni siquiera hacían falta los dos—, se podía echar a Mariano Rajoy. «No dan los números» era un argumentario fake, como por otro lado podía comprobar cualquier hijo de vecino con —o sin— una calculadora.

Yo en la Puerta del Sol, moción de censura (mayo de 2017).

Fuente: Podemos.

Yo, en esa época, no era todavía diputado, pero sí recuerdo con especial intensidad el acto que hicimos para defender la moción de censura en la Puerta del Sol. Subir a la pequeña tarima redonda que habíamos colocado en el centro de la plaza y poder dirigirme a las más de 40.000 personas venidas de todos los rincones del país que se congregaron aquel 20 de mayo de 2017 para reclamar la limpieza de sus instituciones democráticas es uno de los momentos más emocionantes que he vivido en Podemos.

La segunda iniciativa de Unidos Podemos para armar la mayoría progresista y plurinacional que cristalizó definitivamente el 3 de diciembre de 2020 en torno a los presupuestos y que hizo presidente a Pedro Sánchez por primera vez el 1 de junio de 2018 fue la declaración de Zaragoza.25

El 24 de septiembre de 2017, en el momento álgido del «a por ellos», el alcalde Pedro Santisteve tuvo la valentía de acoger en mi ciudad un encuentro promovido por Unidos Podemos y Catalunya en Comú al que acudieron, entre otros, ERC, Bildu, el PNV o el PDeCAT y en el que hablamos de fraternidad entre los diferentes pueblos de España, de diálogo y de la necesidad de resolver los conflictos políticos mediante vías democráticas y no judiciales.

La manifestación ultraderechista y violenta que rodeó el polideportivo en el que había familias con niños pequeños, que agredió a la presidenta de las Cortes de Aragón, aquella manifestación en la que se vieron banderas franquistas y se escucharon amenazas de muerte contra Carles Puigdemont o Pablo Iglesias —y en la que había cargos locales de PP y Ciudadanos— ejemplificó como pocos acontecimientos el caldo de cultivo de agresividad y de odio que estos dos partidos y sus terminales mediáticos crearon y del que luego se benefició VOX.

Lo que sucedía dentro del recinto, por otro lado, fue quizás el germen de ese diálogo entre diferentes que sumaría 180 escaños —un año después— en la moción de censura que desalojó a Rajoy de la Moncloa.

Quién sabe si Pedro Sánchez habría sido investido presidente el 1

junio de 2018 si no hubiera habido moción de censura encabezada por Pablo Iglesias y declaración de Zaragoza en 2017. Quién sabe si habría llegado, finalmente, la estabilidad política a España después de un lustro de inestabilidad si Podemos no hubiera persistido contra viento y marea en tejer lazos de diálogo entre los distintos partidos de la mayoría progresista y plurinacional.

Lo que yo sí sé es lo que ocurrió el domingo 21 de enero de 2018 por la noche en el plató de El Objetivo de Ana Pastor en La Sexta.

En la mesa de debate político: Javier Maroto del PP, Óscar Puente del PSOE, yo mismo por Unidos Podemos, Juan Carlos Girauta de Ciudadanos, Joan Tardà de ERC y Carles Campuzano del PDeCAT.

En mi intervención, explico que el argumentario de que «no dan los números» no solo es completamente falso, sino que además es un insulto para la inteligencia de cualquiera que tenga conocimientos básicos de aritmética. Que basta mirar el hemiciclo del Congreso de los Diputados y hacer una suma sencilla para darse cuenta de que por supuesto que hay números para hacer una moción de censura y echar a Mariano Rajoy.

Durante el corte publicitario y con las cámaras apagadas, Joan Tardà, que se encuentra sentado a mi izquierda, me deja discretamente en la mesa en la que llevo la tableta un papelito manuscrito que pone «VAMOS A POR ELLO».

Cuando volvemos al directo, ocurre algo sorprendente. Joan Tardà se dirige a Óscar Puente del PSOE y le dice:

—Yo de entrada digo que, si el Partido Socialista plantea una moción de censura, Esquerra Republicana votará a favor sin ninguna duda. Es decir, que, si lo hacéis, contad con nosotros.

—¿A cambio de qué? —le pregunta inmediatamente el representante del PSOE. En esa época, el argumentario de los socialistas venía a decir que la moción de censura era imposible porque ERC y PDeCAT iban a pedir cosas insoportablemente independentistas que iban a acabar rompiendo España

Entonces Joan Tardà le coge el brazo y le dice:

—Te digo a cambio de… de echar al Partido Popular.

—¿Solamente? —repregunta Óscar Puente, ya completamente descolocado.

—Solamente —confirma Tardà.

—La independencia la abandonáis…

—A cambio de echar al Partido Popular —tercera vez.

—Y la vía unilateral también… y la investidura de Puigdemont también... —dando manotazos para no ahogarse.

—¿Por qué no me lo vuelves a preguntar? —menos mal que la cámara no me estaba enfocando porque, seguramente, tenía los ojos como platos.

—Te lo estoy preguntando.

—A cambio de qué. ¿Te contesto? A cambio de echar al Partido Popular.

Más adelante en el debate, Carles Campuzano confirmaría que el PDeCAT también estaba abierto a votar a favor de la moción de censura. El argumentario fake de que «no dan los números» quedaba tocado y hundido.

A día de hoy, sigo pensando que, esa noche, Joan Tardà definió y arrastró la posición de Esquerra Republicana de Catalunya personalmente y en vivo y en directo.

Poco más de cuatro meses después, el 1 de junio de 2018, habría moción de censura.

En aquel junio de 2018, no obstante, tres circunstancias se combinaron para que Unidos Podemos no entrase en el gobierno que se formó después de la moción de censura: 1) el PSOE quería gobernar en solitario a pesar de tener tan solo 85 diputados, 2) al PSOE no le importaba perder la moción y 3) Unidos Podemos no podía no votar a favor (aunque ya entonces advertimos de que nuestra exclusión haría al gobierno más débil e inestable).

Cuando los Presupuestos Generales del Estado para 2019 —negociados entre Unidos Podemos y el PSOE— cayeron por los votos en contra de los partidos catalanes y ello precipitó una nueva repetición electoral, hubo quien se preguntó si la historia habría sido distinta de haber formado parte del gobierno Unidos Podemos ya en 2018. La votación del 3 de diciembre de 2020, con Unidos Podemos esta vez dentro del gobierno y con 17 de los 23 escaños independentistas catalanes apoyando los presupuestos de 2021, viene a reforzar esta hipótesis.

En todo caso, historia solo hay una, y a principios de 2019 nos fuimos, en efecto, a unas nuevas elecciones… por lo menos con el orgullo de haber arrancado la mayor subida del salario mínimo interprofesional de la historia de la democracia —de 735,9 euros a 900—, que se hizo efectiva a pesar del fracaso de los presupuestos.

Elecciones generales del 28 de abril de 2019. Como ya comenté en los capítulos anteriores, tras sufrir Podemos su escisión más importante hasta la fecha y uno de los golpes más duros de nuestra breve historia, damos la batalla con una campaña en la que señalamos al verdadero poder y conseguimos resistir. Unidas Podemos (ahora con 'a') obtiene 42 escaños y la mayoría progresista y plurinacional un total agregado de 196 escaños; 20 más que la mayoría absoluta del Congreso. De nuevo, hay números para un gobierno de coalición y, de nuevo, Unidas Podemos es una pieza indispensable en la ecuación. Pero la voluntad de excluir a millones de españoles de la gobernabilidad de su propio país —como el dinosaurio del microcuento de Monterroso— todavía estaba allí.

De hecho, si Albert Rivera hubiera estado dispuesto a ser vicepresidente de Pedro Sánchez, como lo estaba en 2016 cuando no le daban los números, eso es exactamente lo que habría ocurrido. Porque, en el verano de 2019, los números sí le daban (123 escaños tenía Sánchez y 57 Rivera) y pactar con Ciudadanos siempre ha sido la opción preferida por el PSOE. (Y digo esto último sin ninguna carga valorativa y sin ánimo de ofender a nadie. Es, simplemente, un hecho). Lo que ocurre es que, en el verano de 2019, Albert Rivera ya no quería ser el vicepresidente de Pedro Sánchez. Quería la repetición electoral para superar al PP y convertirse en presidente del Gobierno. Por eso, esta vez no quiso

negociar nada con el PSOE y, por eso también, podemos considerarle como uno de los máximos responsables indirectos de la formación a finales de ese mismo año del primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia.

No deja de ser una curiosa ironía del destino que el fenómeno político Albert Rivera-Ciudadanos —que había sido propulsado por los grandes poderes económicos y mediáticos con el objetivo principal de evitar un gobierno de coalición en el que estuviera Podemos (no lo digo yo, lo han dicho, entre otros, el presidente del Banco Sabadell o Begoña Villacís)— traicionase a sus padrinos y dejase pasar la mejor oportunidad de cumplir aquello para lo que fueron creados simplemente por la ambición personal de su (hoy caído en desgracia) líder. Es un triple salto mortal de la ironía que esa decisión les hiciese pasar de 57 a 10 escaños en la repetición electoral de 2019, haciendo de hecho inevitable precisamente aquello que nacieron para evitar.

Aquellas declaraciones de Albert Rivera diciendo que «han votado los españoles, no la CEOE ni un banco»26 para justificar que no iba a pactar un gobierno con el PSOE pasarán sin duda a la historia como uno de los más aparatosos suicidios políticos en directo.

Los de Podemos no perdemos nada por decir eso. Los millonarios y sus medios de comunicación nunca nos van a apoyar y siempre nos van a disparar, ya lo explicó Iñaki Gabilondo cuando dijo aquello de que «un partido [Podemos] que nace para luchar contra el sistema ha de contar con que el sistema se va a defender», y después añadió que «los medios de comunicación convencionales formamos parte del sistema, por lo cual las principales líneas editoriales no le pueden ser favorables». Nuestra fuerza no viene de ahí; viene de otra parte. Pero, si eres Albert Rivera, esos apoyos económicos y mediáticos son lo único que eres… y, si no les haces caso, pasa lo que pasó: que se vuelven al PP o se van a VOX.

Albert quería repetición electoral y, a juzgar por la no negociación del verano de 2019 que ya te conté en detalle (gobierno monocolor, «gobierno de cooperación», «independientes», «personas cualificadas», veto a Pablo Iglesias, 10% de las competencias, 5% del presupuesto...), el PSOE también.

Así que repetición electoral tuvo que ser.

Elecciones generales del 10 de noviembre de 2019. A pesar de los descarados intentos de propulsión de partidos que competirían teóricamente con Unidas Podemos por parte de algunos medios de comunicación y a pesar de la insistencia por inocular en la ciudadanía la idea profundamente conservadora y antipolítica de que «a la gente le cansa votar», la desaparición de Unidas Podemos tampoco llegó esta vez. El 10 de noviembre de 2019, obtenemos 35 escaños y la mayoría progresista y plurinacional un total agregado —como comprobamos en la votación de presupuestos del 3 de diciembre de 2020— de 189 escaños, 13 más que la mayoría absoluta. (Cuatro elecciones generales y ahí sigue estando, la jodida).

Como sabes, esta vez, todo fue distinto. La debacle de Ciudadanos y la inviabilidad política de un acuerdo entre el PP y el PSOE solamente dejan una opción.

El 7 de enero de 2020 se produjo la primera investidura sin quebrar a un partido en dos y sin que sea el resultado de una moción de censura desde el 20 de diciembre de 2011. Es cierto que la votación fue ajustada —167 votos a favor y 165 en contra— porque algunos partidos de la mayoría progresista y plurinacional tenían aún dudas y se abstuvieron. Pero salió.

En ese pleno también vimos un aperitivo del tipo de oposición que hemos conocido a lo largo de los años siguientes. No debemos olvidar las amenazas de la ultraderecha violenta al diputado de Teruel Existe,27 que tuvo que dormir en paradero desconocido y ser protegido por las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, o a la muy moderada Inés Arrimadas llamando al tamayazo entre las filas del Grupo Socialista.28

Pocas semanas después llegó el virus y nos puso el mundo patas arriba, trayendo sufrimiento y muerte como las personas de mi generación nunca habíamos visto. Luego abordaré todo eso. Pero aquí, en este capítulo, he querido abordar un asunto que solamente versa sobre el funcionamiento básico de la democracia.

Aquí he querido centrarme en el período de inestabilidad política de ese lustro que arranca el 20 de diciembre de 2015, con los resultados de las elecciones generales que ponen fin al sistema del turno bipartidista, y que se cierra el 3 de diciembre de 2020, con la votación de los Presupuestos Generales del Estado y 189 escaños votando en verde. He querido centrarme en ese viaje de la razón que empieza exclamando «qué extraño» cuando descubre que la mayoría que ha traído finalmente la estabilidad política a España ha existido siempre desde diciembre de 2015 y que acaba el viaje asintiendo levemente con la cabeza y diciendo «ahora lo entiendo».

Como creo haber demostrado sin haber entrado en ningún debate ideológico y simplemente centrándome en los hechos, que esos cinco años de inestabilidad y repeticiones electorales tienen una explicación muy simple. No son otra cosa que la historia de amplios sectores del poder político, económico y mediático haciendo lo que haga falta —legal o ilegal— para negar los derechos democráticos de millones de españoles que votan Unidas Podemos de ver a su opción política representada en el gobierno de su país. Estos cinco años de inestabilidad son la historia del insistente proyecto de ciertas minorías privilegiadas de subvertir la democracia. La historia de un intento prolongado —en definitiva— de no reconocer la mayoría parlamentaria que vota la ciudadanía en las urnas.

¿A alguien le sorprende que el no reconocimiento de los resultados de las elecciones traiga inestabilidad política a un país? ¿A alguien le sorprende que sea, precisamente, el reconocimiento de los resultados electorales el que traiga finalmente estabilidad? Más allá de las ideas de cada uno, esto es de primero de democracia.

Es muy importante entender lo que representan estos últimos años de la historia política de España porque eso nos sirve para dar significado a diversos elementos de nuestro pasado reciente, de nuestro presente y de los posibles escenarios de futuro.

Solo así se entiende perfectamente qué ha significado Ciudadanos y qué papel ha jugado una y otra vez, solo así se entienden las cloacas del Estado intentando destruir a Podemos mediante métodos mafiosos, solo así se entiende la curiosa pinza entre ciertos medios —directamente publicando basura falsa sobre nosotros— y otros medios (supuestamente progresistas) diciendo incesantemente que

Podemos se tenía que quedar fuera del gobierno, solo así se entiende que estos mismos medios casi destruyesen al Partido Socialista para hacer presidente a Mariano Rajoy con una mayoría que no tenía, solo así se entiende la amplísima cobertura y cuidados mediáticos que se le dan a cualquier «crítico» con la dirección de Podemos o a cualquier escisión, solo así se entienden las denuncias falsas basadas en rumorología y los juicios fake, solo así se entiende el lawfare, solo así se entiende el acoso fascista a una familia con tres niños pequeños, solo así se entiende que la estabilidad política llegue finalmente cuando Podemos está en el gobierno y se respeta el resultado de las elecciones... y solo así se entenderán todas y cada una de las veces que vuelvan a intentar en el futuro repeticiones o variantes de lo mismo.

Porque lo seguirán intentando mientras exista Podemos. Esto es importante entenderlo también.

Y, aquí, antes de pasar página, hay que hacer dos apreciaciones finales que permiten redondear la comprensión de todo lo sucedido.

La primera es que yo no creo en las teorías de la conspiración.

Todo lo que nos ha ocurrido a la gente de Podemos y a Pablo Iglesias durante estos años no es el resultado de una reunión, en una habitación oscura y fumando puros, de representantes de los poderes fácticos para diseñar un malévolo plan secreto para destruirnos. Por supuesto que, en el mundo, existen pequeñas conspiraciones; grupos pequeños de personas poderosas que se ponen de acuerdo para conseguir sus objetivos. Los audios de Villarejo nos han enseñado precisamente eso. La configuración de las cloacas también: un pequeño número de policías corruptos que son capaces de hacer mucho daño porque son muy poderosos, aunque sean tan solo unos pocos. Lo que no existe es una conspiración que vaya más allá de un puñado de actores. No. Es algo mucho más sencillo y —sobre todo— más veraz.

Se trata de la conjunción lógica —casi mecánica, me atrevería a decir— entre una serie de realidades sociológicas y materiales: la existencia de determinados privilegios históricos e intereses económicos, la propiedad entrecruzada de las empresas del IBEX y de la mayoría de los medios de comunicación (en manos de unas

pocas familias y con un papel central de la banca y los grandes fondos de inversión, como explica Juanma del Olmo en su libro La política por otros medios)29 y la composición ideológica y de clase de las estructuras del Estado. En definitiva, la existencia de un conjunto heterogéneo de actores bien situados en los lugares de poder que no siempre tienen intereses coincidentes… pero a veces sí.

Por ejemplo, cuando aparece una fuerza política con posibilidades de gobernar que defiende abiertamente revisar el statu quo, aumentar los impuestos a las grandes fortunas y grandes corporaciones para reforzar el Estado del bienestar, acabar con los privilegios del patriarcado para que las mujeres puedan vivir vidas libres de violencias o intervenir el sacrosanto mercado para bajar los abusivos precios del alquiler. Muchas orejas se levantan cuando, de repente, aparece una fuerza política que no le debe nada a nadie y que habla sin miedo de redistribución de la riqueza, de disciplinar a los buitres y a los especuladores, de derechos laborales frente al derecho a despedir barato, de recuperar el rescate a la banca o de república.

Entonces, algunas personas en lugares de privilegio y acostumbradas a mandar mucho sin presentarse a las elecciones se empiezan a poner nerviosas y empiezan a hablar entre ellas (pero no todas juntas en una habitación oscura, sino en pequeños corrillos aquí y allá). Grandes empresarios, ciertos jueces en altas magistraturas, ciertos altos cargos de la policía, obispos, banqueros, dueños de grandes medios de comunicación, miembros de la Casa Real… Son una minoría muy pequeña de la sociedad, pero muy bien conectada entre sí y también muy bien conectada con algunos de los dirigentes y exdirigentes de los partidos de toda la vida. Se ven habitualmente en recepciones y eventos, en inauguraciones, en los palcos VIP del fútbol, de los toros y del Teatro Real. Cenan en los mismos restaurantes, viven en las mismas urbanizaciones, veranean en las mismas playas exclusivas, esquían en las mismas estaciones de esquí y tienen acciones de las mismas empresas. Se conocen y hablan habitualmente… y, así, no tardan en descubrir que, sobre ese nuevo partido, piensan todos más o menos lo mismo.

Ellos viven bien y, con que la cosa no vaya muy mal en el país, para

ellos ya estaría. Por supuesto, su definición subjetiva de que «la cosa no vaya muy mal» admite cualquier nivel de desigualdad, desempleo, precariedad y pobreza —por alto que sea— que no genere la suficiente movilización social como para poner en peligro sus privilegios.

Y, claro, este partido nuevo no lo ve igual. Sus portavoces dicen locuras inaceptables, como que abolir la pobreza en España es una cuestión de justicia fiscal y, por lo tanto, de voluntad política. Y están moviendo las cosas. Y los vota mucha gente. Esto no puede ser... algo habrá que hacer.

Sin que necesariamente haya un complot o un maquiavélico director de orquesta, esta coincidencia de intereses, de opiniones y de voluntades se acaba activando siempre y siempre reacciona. Es algo automático y fácil de comprender. No tiene mucho misterio. Es cierto que, a veces, aparecen ciertas conspiraciones más o menos amplias, como la llamada «policía patriótica» de las cloacas del Estado, pero, técnicamente, no haría falta. Basta con que diferentes elementos reaccionarios del 1% más poderoso de la población se pongan en marcha, cada uno por su cuenta, y decidan «tomar cartas en el asunto» para alterar el sistema democrático por vías espurias o directamente ilegales. Son muy pocos, pero cada elemento aislado concentra mucho poder y sus acciones conjuntas, incluso aunque no estén coordinadas, pueden funcionar de manera cooperativa y causar un enorme daño.

Pongamos un ejemplo relativamente reciente que se entiende muy bien.

En verano de 2020, se juntaron los siguientes elementos reaccionarios —no necesariamente coordinados— en torno a la conspiranoia de fake news y lawfare sobre las manifestaciones del 8M: fuerzas políticas de ultraderecha (y la derecha arrastrada por ellas) abiertamente antifeministas vociferando diariamente que el gobierno de coalición es ilegítimo y culpable de las muertes causadas por la COVID-19 (es decir, homicida), un coronel de la Guardia Civil que hoy sabemos que firmaba los gastos reservados de la mafiosa operación Kitchen30 y que allá por el verano de 2020 escribió un informe delirante31 basado en bulos sacados de tabloides, un forense miembro de Regnum Christi y Legionarios de

Cristo que firma otro informe ídem y un ecosistema mediático al que (mayoritariamente) no le gusta el gobierno de coalición y no tiene (mayoritariamente) ningún problema en propagar bulos con el único requisito de que vayan firmados por algún ser humano, independientemente de su reputación o ausencia de ella.

Si hubiéramos añadido al cóctel un juez «patriótico» amigo del PP, seguramente hoy el entonces delegado del Gobierno en Madrid, José Manuel Franco, estaría condenado (aunque también es verdad que, por lo que sea, nosotros tenemos una mucho mayor probabilidad que el PSOE de que nos toquen ese tipo de jueces). Afortunadamente, en todo caso, ese ingrediente de la receta del lawfare faltó y la acusación fake fue archivada. Pero el enorme daño mediático (al delegado del Gobierno, a la ministra de Igualdad y al movimiento feminista) ya estaba infligido.

Basta con una sencilla coincidencia de intereses, una voluntad común y unas cuantas redes de contactos, aunque estén desperdigadas. No hacen falta conspiraciones cuando uno usa la navaja de Ockham.

La segunda apreciación que es fundamental hacer para comprender correctamente lo ocurrido a lo largo de estos años tiene que ver con quién tomaba las decisiones.

No se entiende la furibunda campaña de acoso y derribo contra Pablo Iglesias y las personas que lo hemos apoyado (pero no contra otros actores del espacio político) si uno no es consciente de que —precisamente— un pequeño núcleo dirigente en torno a Pablo, junto con la firmeza de las bases de Podemos, ha sido quien, en numerosas ocasiones, y muchas veces en contra de otras partes importantes de nuestro propio espacio, ha tomado las decisiones más difíciles, pero que —al final— demostraron ser las correctas.

Cuando hubo que decidir si facilitábamos un gobierno de Pedro Sánchez con Albert Rivera básicamente a cambio de nada, las presiones mediáticas fueron absolutamente brutales y una parte de la dirección de Podemos quería ceder y trabajó para que cediéramos. Pero nosotros —Pablo y su equipo— nos mantuvimos firmes.

Cuando hubo que decidir si incorporábamos a Izquierda Unida al espacio político, ocurrió exactamente lo mismo.

La moción de censura de Unidos Podemos a Mariano Rajoy y los esfuerzos por tejer lazos con los demás partidos de la mayoría progresista y plurinacional —ambos condición de posibilidad para que triunfara la moción de censura del PSOE— partieron fundamentalmente de Pablo y de su equipo.

Por último, a principios de verano de 2019, cuando todos los cañones mediáticos disparaban sobre nosotros para que aceptáramos un acuerdo de gobierno con el PSOE que nos relegaba a un papel completamente testimonial —y que, recordemos, no nos adjudicaba el Ministerio de Trabajo—, la única parte del espacio político que estuvo dispuesta a resistir fue la parte Podemos. Los comunes querían ceder, Izquierda Unida quería ceder y Galicia en Común quería ceder. Pero Pablo Iglesias y su equipo nos mantuvimos firmes y dijimos que aquello era inaceptable.

Es absolutamente evidente que, si no hubiera sido por toda esta cadena de decisiones, hoy no existiría el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia o —como mucho y si hubiésemos cedido solo en la última decisión— Irene Montero habría sido vicepresidenta del Gobierno y habríamos tenido alguna cartera más. Sí. Pero habríamos contado con un conjunto muy limitado de competencias para llevar a cabo tantas y tantas medidas que hemos podido aprobar a lo largo de estos años. Por poner uno de los ejemplos más importantes, Yolanda Díaz no habría podido desplegar los ERTE, la reforma laboral o las sucesivas subidas del salario mínimo.

De hecho, fue Pablo el que decidió que, aunque el resto de actores del espacio confederal hubiese estado en contra de poner pie en pared, lo mejor desde el punto de vista del proyecto —lo más generoso, pero también lo más inteligente— era que todo el mundo estuviera representado en el gobierno. Fue iniciativa suya que Alberto Garzón, Yolanda Díaz y una persona elegida por los comunes tenían que ser ministros, aunque eso supusiese que Podemos contaba con una representación mucho menor de la que le correspondía democráticamente.

Pablo Iglesias fue quien lideró todas estas decisiones y siempre eligió el camino que él consideraba correcto, aunque fuera el más difícil. Los que hemos tenido el honor de formar parte de su equipo —por lo menos, los que hemos aguantado y no hemos decidido ceder y bajarnos a mitad del camino— hemos hecho, simplemente, lo que la lealtad y la responsabilidad exigían: apoyarlo.

Sin tener claro este hecho incontestable, es muy difícil entender por qué lo han atacado tanto (y nos han atacado tanto también —aunque mucho menos— a los que lo hemos acompañado)… y por qué no ha ocurrido lo mismo con otras personas.

CAPÍTULO 19

EL PORTAVOZ IMPROBABLE

En cuanto supimos que iba a haber gobierno de coalición, se puso encima de la mesa la posibilidad de que yo fuera uno de los ministros. Ciencia y Universidades eran las opciones más evidentes y Pedro Sánchez estuvo incluso barajando la posibilidad de llevar a cabo las adaptaciones necesarias en el complejo de la Moncloa.

De hecho, si yo hubiese querido, es casi seguro que esa opción se habría concretado.

Pero no quise.

Por aquella época, yo todavía estaba dando la batalla judicial por el caso de mi asistente. El equipo jurídico me había convencido de que presentáramos un recurso de casación ante el Tribunal Supremo y la resolución del asunto estaba todavía en el aire. Aunque yo no había cometido ningún delito —estamos hablando de una simple multa— y aunque, como ya detallé, la decisión del Tribunal Superior de Justicia de Aragón era directamente inexplicable, todo eso daba igual. Yo sabía que, si llegaba cualquier tipo de decisión en mi contra (aunque fuera una simple inadmisión del recurso) y yo en ese momento era ministro, los poderes mediáticos se iban a encargar de convertir aquello en un aquelarre. Se juntaba todo. Que ya me habían hecho el traje y que sabían que yo era una de las manos derechas de Pablo. Si ahora, encima, era ministro en el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia y el único en toda Europa con una fuerza política con nuestras ideas en su seno... estaba claro lo que iba a pasar.

Por eso, le pedí una reunión a Pablo, le expliqué todo esto, le dije que, si eso ocurría, nos podíamos quedar en una situación debilitada de cara al PSOE y que yo prefería proteger nuestra posición táctica en el gobierno de coalición antes que añadir que

había sido ministro a mi Wikipedia.

Pablo estuvo inmediatamente de acuerdo y nos pusimos a pensar en cuál debería ser mi papel en la nueva etapa. Al cabo de unos días, Pablo me dijo que había estado reflexionando y que pensaba que yo tenía que ser el nuevo portavoz del Grupo Parlamentario. Como he hecho siempre y compartiendo el razonamiento político que había detrás, asumí con mucha ilusión la posición de máxima responsabilidad que he tenido desde que me metí en Podemos, pero también con mucho vértigo; al fin y al cabo, ser portavoz después de Irene Montero significa —automáticamente— salir perdiendo en todas las comparaciones.

Durante aquellos días, también borré todas mis publicaciones en redes sociales anteriores al 10 de noviembre de 2019, el día de las elecciones.

Lo hice por tres motivos: 1) porque todo había cambiado con el gobierno de coalición y los mensajes emitidos en una época política completamente distinta podían perder todo el sentido, 2) para dificultar —precisamente— que los comandos de extrema derecha se pusieran a buscar en el pasado para sacar cosas de contexto y utilizarlas de forma espuria, y 3) porque mis redes son mías y hago con ellas lo que me da la gana.

Sin embargo y aunque estos fueran los motivos reales, yo sabía perfectamente lo que iba a pasar; incluso se lo anticipé a mi equipo para que se pudieran echar unas risas. Aunque ya habíamos decidido con Pablo que yo no iba a ser ministro, los medios todavía no sabían qué personas iban a ser las elegidas y, como es lógico, había muchísima especulación. Evidentemente, yo era uno de los nombres que estaban en las quinielas y, cuando vieron que borraba mi pasado en Twitter, ocurrió exactamente lo que yo esperaba.

De hecho, y dado el éxito de público y crítica que conseguí la primera vez que lo hice, decidí volver a hacer la misma jugada después de la marcha de Pablo Iglesias y la elección de Ione Belarra como la nueva secretaria general de Podemos. Esta vez, eliminé todo el contenido anterior a junio de 2021. Lo gracioso del asunto es que, como, por aquel entonces Pedro Sánchez estaba barajando hacer cambios en el gobierno, mi inocente vaciado de Twitter me

volvió a colocar en el Consejo de Ministros en algunas piezas periodísticas sin que ni yo ni nadie dijéramos esta boca es mía.

Volviendo a finales de 2019 y a la realidad, una de las primeras cosas que hice en mi verdadero puesto de portavoz fue enormemente placentera.

El 3 de diciembre de ese año, se llevaría a cabo la sesión constitutiva de la XIV Legislatura del Congreso de los Diputados. En ella, además de tomar posesión los diputados electos, se elige a la Mesa del Congreso, el órgano de gobierno de la cámara, que está formado por su presidenta, por cuatro vicepresidencias y cuatro secretarías.

Para elegir a la presidenta, cada diputado escribe un nombre (y solo un nombre) en una papeleta y nos vamos acercando a la tribuna por orden alfabético —eligiendo la letra por la que se comienza al azar — para depositar el sobre con la papeleta dentro en una pequeña y antigua urna de madera. El voto es secreto, es todo muy siglo XIX y resulta elegida la persona que, o bien obtiene una mayoría absoluta de 176 votos en primera votación, o bien resulta ser la persona más votada en una segunda vuelta en la que solamente participan las dos personas más votadas en la primera.

Para elegir a las cuatro vicepresidencias, el procedimiento es idéntico, solo que no hay primera y segunda vuelta. Las cuatro personas elegidas son, sencillamente, las cuatro personas más votadas en una única votación. Y lo mismo ocurre —después y finalmente— con las cuatro secretarías.

Si cada partido votase a sus candidatos, el resultado de estas votaciones sería muy fácil de predecir. Pero la posibilidad de escribir cualquier nombre en la papeleta junto con la capacidad de llegar a acuerdos con otros grupos para repartir los votos multiplica las posibilidades de forma combinatoria… y es aquí donde vi una brecha.

La tarde anterior me la pasé pensando y haciendo cuentas y me di cuenta de que teníamos una posibilidad de arrebatarle uno de los puestos en la Mesa a VOX. Se lo conté por la noche a Pablo y le pareció bien, así que llamé al secretario general del grupo y nos

pusimos a pulir los detalles y a preparar toda la operativa.

La votación de la presidenta era fácil. Habíamos pactado con el PSOE que fuera Meritxell Batet y, efectivamente, salió elegida en segunda vuelta. En la siguiente votación (la de las vicepresidencias), no queríamos hacer todavía nada raro para no levantar la perdiz, ya que una de las claves de mi estrategia es que todo ocurriera por sorpresa. Si, ya en la segunda votación, nuestros adversarios se daban cuenta de lo que estábamos haciendo, entonces podrían contrarrestar la estrategia en la tercera votación.

Así que tiramos de manual. Como los votos de la coalición PSOE-Unidas Podemos suman 155, pero UP solamente tenemos 35 y PP más VOX suman 150, si los diputados del PSOE (120) y los diputados de UP (35) votásemos cada uno a nuestros propios candidatos, entonces el PP y VOX podrían llegar a un acuerdo para repartir sus votos de forma inteligente —por ejemplo, 51 votos a un candidato, 50 a otro y 49 a un tercero— para quedarse con tres de las cuatro vicepresidencias y dejar fuera a UP. Por ello, lo lógico y lo que todo el mundo esperaba es que PSOE y UP repartiéramos nuestros 155 votos de forma inteligente para asegurar al menos dos vicepresidencias. Si, además, contábamos con la ayuda de alguno de los grupos de la mayoría progresista y plurinacional, entonces, la seguridad era aún mayor. Exactamente eso fue lo que hicimos en esta tanda y el resultado fue: 108 votos para Alfonso Gómez de Celis (PSOE), 101 para Ana Pastor (PP), 77 para Gloria Elizo (UP) y 52 para Ignacio Gil Lázaro (VOX).

Hasta aquí, cero sorpresas. Ahora vendría lo bueno. Habiendo asegurado la Vicepresidencia Primera para el PSOE —algo muy importante estratégicamente si pensamos que la persona que la ocupa sustituye muy habitualmente a la presidenta en sus funciones —, con las secretarías ya podíamos jugar un poco. Yo había calculado que, si contábamos con el apoyo de algún grupo más, podíamos repartir los votos entre tres candidatos diferentes poniéndolos a los tres por encima de 60. Si PP y VOX pactaban y hacían su mejor jugada posible —incluso suponiendo que fueran capaces de añadir a Ciudadanos, Foro Asturias y Navarra Suma—, podían repartir 163 votos, bien en dos candidatos con alrededor de 81 (en cuyo caso, los dos más votados serían suyos y los dos

siguientes nuestros: 2-2; empate), o bien en tres candidatos con alrededor de 54 (en cuyo caso, los tres más votados serían nuestros y el último suyo: 3-1; victoria). Suponiendo, sin embargo, que PP y VOX no llegaban a un acuerdo y cada uno votaba a sus propios candidatos, entonces, como VOX tiene 52 escaños y el PP 88, el más votado sería el candidato del PP, los tres siguientes serían nuestros y VOX se quedaría fuera en esta última votación. En resumen, con la jugada que había diseñado, el peor resultado de todos era lo que ya teníamos: dos puestos para cada bloque. Pero, si había suerte, les podíamos robar —democráticamente— la cartera.

Y, efectivamente, esto fue lo que ocurrió.

Recuerdo un momento en el que Iván Espinosa de los Monteros (VOX) se acerca a Teodoro García Egea (PP) y se ponen a hablar. Yo, que estaba bastante cerca de ellos, abajo en el hemiciclo, empiezo a mirarlos a ver si entiendo algo de lo que se están diciendo (saber si iban a pactar o no era crucial para el éxito de mi estrategia). Tanto los miré que, de repente, me empiezan a mirar ellos a mí y tengo que apartar inmediatamente la mirada para que no se den cuenta de que estamos tramando algo.

Cuando se proclaman los resultados, había que verles las caras. Las cuatro personas más votadas son: Sofía Hernánz (PSOE, 67 votos), Gerardo Pisarello (UP, 67 votos), Javier Sánchez (UP, 60 votos) y Adolfo Suárez Illana (PP, 58 votos). Por lo visto, el PP había decidido prestarle 30 votos a alguien —muy posiblemente y viendo el resultado de las vicepresidencias, a Ciudadanos, para ponerlos en 40 y, si sonaba la flauta y nosotros jugábamos mal, superar nuestros 35—, pero se habían asegurado 58 para quedar en todo caso por encima de VOX.

Con un poco de matemáticas y un poco de astucia, habíamos conseguido que Unidas Podemos tuviera tres representantes en la Mesa en vez de dos, que VOX tuviera uno en vez de dos y que la mayoría progresista fuera 6-3 en vez de 5-4.

La legislatura empezaba bien.

Por cierto, es precisamente durante la votación de la Mesa (pero en la breve legislatura anterior, después de las elecciones del 28 de

abril de 2019) cuando se produjo —obligados por la injustificable falta de accesibilidad del Congreso— una de las escenas más absurdas que he vivido durante mi experiencia como diputado.

Como los dos únicos escaños adaptados para silla de ruedas se encuentran en la última fila, en la fila más alta (lo que se denomina el «gallinero»), y como, en aquella breve legislatura, me habían situado allí, el presidente de edad de la Mesa —en la sesión constitutiva, al no haber sido elegida todavía la Mesa oficial, se conforma una preliminar con el diputado de mayor edad como presidente y los dos diputados más jóvenes como secretarios— decidió transportar él mismo la urna de madera desde la Mesa hasta el gallinero, subiendo todas las escaleras, para que yo pudiera depositar la papeleta en ella personalmente. Por si la situación no fuera ya lo suficientemente indescriptible en pleno siglo XXI, el presidente de Edad —mi querido Agustín Zamarrón, diputado del PSOE— luce una característica y larga barba blanca y la mitad de la gente en las redes sociales se puso a hacer memes comparándolo con Valle-Inclán, el padre del esperpento español.

Además de que tener que ocupar ese escaño me obligaba a estar lejos de mis compañeros del Grupo Parlamentario en contra de todo criterio político, la forma de llegar a él es de traca. Hay que coger un montacargas sin paredes y sin techo que, además, es el mismo que usan los trabajadores de la cafetería para subir y bajar los carritos con la comida y los cafés. Lo de compartir el montacargas con los camareros, ningún problema. Al revés, un placer. Lo de la falta de seguridad no me parecía lo más adecuado, pero yo no soy del tipo temeroso. Ahora, lo de que se estropeara varias veces —lo cual podía poner en peligro, incluso, alguna votación importante—, eso ya era la guinda del pastel.

Agustín Zamarrón subiendo la urna hasta el gallinero (mayo de 2019).

Por eso (y por muchos motivos más), después de las elecciones del 10 de noviembre de 2019, cuando ya sé que voy a ser el portavoz del grupo, decido que las cosas tienen que cambiar.

En el Congreso de los Diputados, los portavoces de los grupos parlamentarios van en la fila justo detrás de los bancos azules del gobierno (es decir, en la segunda fila). Para acceder a ella, hay que subir unos cuantos escalones por una escalera bastante estrecha y eso, para mí, es obviamente imposible. Al mismo tiempo, es inaceptable políticamente mandar a un portavoz de uno de los grupos más grandes al gallinero.

Así que, nada más comenzar la legislatura, me pongo en contacto con la presidenta del Congreso, Meritxell Batet, para ver si podíamos llevar a cabo algún tipo de reforma que me permitiese desarrollar mi trabajo parlamentario en condiciones de igualdad con los demás portavoces. A pesar de lo indiscutible de la petición y

a pesar de existir una propuesta arquitectónica técnicamente viable realizada por el arquitecto del Congreso, la cosa se ha ido posponiendo con diferentes excusas burocráticas y apoyándose en una supuesta (y más que dudosa) afectación del patrimonio histórico.

Yo he querido ser muy elegante con esto y no hacer daño públicamente, porque, además, en el plano personal, yo no tengo problemas por trabajar en unas condiciones o en otras. Pero el caso es que esto va más allá de las condiciones de trabajo de Pablo Echenique. Creo que mi paso por la Carrera de San Jerónimo como portavoz parlamentario podría haber sido la oportunidad de oro para que nada menos que la sede de la soberanía popular se actualizase al siglo XXI y llevara a cabo todas las actuaciones necesarias para asegurarse de no ejercer discriminación alguna sobre los diputados y diputadas con discapacidad. Pero, lamentablemente, no parece que esto vaya a ser así. Espero equivocarme y yo, desde luego, voy a seguir luchando por ello —no tanto por mí como por los que vendrán—, pero me temo que hay muchas probabilidades de que acabemos la legislatura sin que la presidencia del Congreso haya dado ningún paso en esta dirección.

Meritxell Batet es una persona inteligente y todas las veces que he tenido la oportunidad de hablar con ella a lo largo de estos años lo he podido comprobar. No tengo nada personal contra ella (al revés, siempre me ha tratado con mucha cordialidad), pero otro asunto muy distinto es la dimensión política. A estas alturas de la legislatura, ha quedado ya suficientemente claro que Meritxell Batet ha decidido ejercer su función como presidenta del Congreso de acuerdo con la interpretación política más estrecha posible. Es cierto que hablamos de la tercera autoridad del Estado, que debe ejercer un papel institucional, pero también es cierto que no sería presidenta del Congreso si el PSOE y Unidas Podemos no hubieran escrito su nombre en una papeleta en la sesión constitutiva. Es decir, es presidenta del Congreso con un mandato progresista y todos —absolutamente todos— los cargos públicos tienen que tomar en determinados momentos decisiones políticas. ¿O es que es lo mismo que la Presidencia del Congreso la ostente el PSOE o la ostente el PP?

Sin embargo, ella ha decidido mantenerse de forma radical en la más absoluta de las equidistancias y en el hiperformalismo. Los ejemplos son numerosos. ¿Es compatible con un mandato progresista colaborar con Marchena para arrebatar antidemocráticamente el acta a un diputado electo, como hizo en el caso de Alberto Rodríguez? ¿O permitir que se acredite a supuestos periodistas de extrema derecha para que intenten sabotear las ruedas de prensa de la Junta de Portavoces? ¿Es compatible con un mandato progresista no hacer absolutamente nada cuando un par de diputados de VOX revientan —por primera vez en la historia del Parlamento— unas jornadas organizadas por otro grupo parlamentario? ¿O no tomar ninguna medida cuando los 52 diputados de VOX dejan en blanco la declaración de intereses económicos, en completo desacato a las normas del Congreso? Salvando las distancias, ¿es compatible con un mandato progresista perder la oportunidad de que, bajo tu mando, la sede de la soberanía popular se vuelva —por fin— accesible para las personas con discapacidad? La respuesta a todas estas preguntas es evidente y, por eso, son retóricas.

Si te preguntabas por qué me ves por la televisión en medio del hemiciclo, abajo del todo, por delante de los ministros y ministras, y sin ocupar ningún escaño físico, ahora ya lo sabes: el Congreso de los Diputados de la cuarta economía de la zona euro —con su presidenta al frente— ha sido incapaz de garantizar que un portavoz en silla de ruedas pueda ejercer su trabajo en condiciones de igualdad con todos los demás.

Como tampoco puedo subir a la tribuna de oradores, también me habrás visto por la televisión interviniendo detrás de una pequeña tribuna portátil de madera que se coloca —de nuevo— en medio del hemiciclo, abajo del todo, justo delante de la tribuna de verdad desde donde intervienen todos los demás.

Después de conocer estos detalles, ahora ya entiendes por qué, el martes 7 de enero de 2020, me hallo abajo del todo cuando se conocen los resultados de la votación de la investidura de Pedro Sánchez que conduciría a la formación del primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia. Después de acompañarme durante todos estos capítulos, creo que ahora

comprendes también mucho mejor por qué, ese día, Pablo Iglesias y yo nos echamos a llorar con todas las cámaras de España delante.

Desde luego, el comienzo de la legislatura fue intenso.

Por si no fuera ya suficiente tener que gestionar la primera experiencia de coalición gubernamental en España en más de ochenta años, al poco de empezar a andar el nuevo gobierno, llegaría la peor pandemia en un siglo: la pandemia de la COVID-19.

Recuerdo aquellos días como a través de una densa bruma de preocupación mezclada con un sentimiento distópico de irrealidad, pero también con la conciencia nítida y determinada de ayudar lo máximo posible desde el lugar privilegiado de responsabilidad que me había tocado ocupar durante semejante tragedia.

En aquella época y para cohesionar a la recién formada coalición, Pedro Sánchez decidió reunir, todos los lunes a primera hora en la Moncloa, los así llamados «maitines»; una especie de órgano informal cuyo cometido principal es el de preparar políticamente las grandes líneas de la semana y que ha sido habitual en varios gobiernos. La novedad en este caso —por supuesto— es que se trataba de los primeros maitines de la historia en los que había dos fuerzas políticas y no solamente una. Por parte del PSOE, asistían al presidente Sánchez, su (por entonces) jefe de Gabinete, Iván Redondo, la (por entonces) portavoz parlamentaria, Adriana Lastra, la (por entonces) vicepresidenta primera, Carmen Calvo, la ministra de Hacienda, María Jesús Montero, el (por entonces) ministro de Transportes y secretario de organización del PSOE, José Luis Ábalos, y el (por entonces) secretario de Estado de Comunicación, Miguel Ángel Oliver. Por nuestra parte, asistíamos Pablo Iglesias, Irene Montero, Juanma del Olmo y yo mismo.

Aquellas reuniones de un grupo reducido de personas de confianza, presididas por el presidente del Gobierno, en la Moncloa, son posiblemente lo más cerca que he estado del poder político real en este viaje. Aunque, durante todos estos años, ha quedado perfectamente claro que los poderes mediáticos, ciertos sectores de la judicatura y del Estado profundo o las grandes corporaciones, en España, muchas veces mandan más —sin presentarse a las elecciones— que el poder político, lo cierto es que el Poder

Ejecutivo en los Estados nación de la Unión Europea todavía tiene unas cuantas palancas de poder y puede hacer muchas cosas. Aunque, por razones obvias, no puedo desvelar las conversaciones que allí se produjeron, sí te puedo decir que en aquellas reuniones —muy ejecutivas y que comenzaban con un análisis de la agenda mediática y la participación de los miembros del gobierno en la misma— se trataban temas verdaderamente importantes.

A medida que nos íbamos acercando a marzo de 2020 y empezaba a parecer evidente que aquel coronavirus que venía de China podía convertirse en un problema, se incorporó también a los maitines el (por entonces) ministro de Sanidad, Salvador Illa. Recuerdo perfectamente que, al principio, los informes que nos hacía el ministro eran tranquilizadores, pero, con el pasar de las semanas, se volvieron cada vez más preocupantes.

Cuando todo estalló, uno de los epicentros políticos —pero también epidemiológicos— fue el Congreso de los Diputados.

El jueves 12 de marzo de 2020, la presidenta Meritxell Batet convocó de urgencia una Junta de Portavoces (uno de los máximos órganos de decisión política del Congreso, del que formamos parte los portavoces de los grupos parlamentarios y también la Mesa) porque el Grupo Parlamentario VOX había tomado la decisión de autoconfinarse entero debido a la gran cantidad de positivos entre sus miembros y había solicitado la paralización de las actividades del Congreso.

Aunque llevaban varios días vociferando contra la manifestación feminista del domingo 8 de marzo, lo cierto es que, aquel fin de semana, y siguiendo las recomendaciones sanitarias, habían tenido lugar varios partidos de fútbol, varios conciertos y también un congreso multitudinario de VOX en la plaza de toros de Vistalegre. Algunos días antes, el diputado de VOX Javier Ortega Smith había estado de vacaciones en Milán —epicentro, por aquel entonces, de la pandemia— y, al volver, se le había visto en el congreso de Vistalegre dando la mano y abrazando a la gente al tiempo que estornudaba, tosía y se sonaba los mocos con un pañuelo. No era, por tanto, sorprendente que se hubiera contagiado prácticamente todo su Grupo Parlamentario.

En aquella tensa reunión de la Junta de Portavoces, yo defendí que, más allá de la evidente irresponsabilidad de sus señorías de extrema derecha, la situación era muy grave y debíamos, por ello, parar la actividad del Parlamento. No solamente porque es imposible cumplir ninguna distancia de seguridad en el hemiciclo. Es que, además, el Congreso de los Diputados es un lugar al que acuden cada semana personas de todos los rincones de España, para luego volver, durante el fin de semana, a sus territorios. Resultaba evidente que se trataba del mejor mecanismo para propagar una epidemia.

Aunque recuerdo que Cayetana Álvarez de Toledo, por aquel entonces portavoz del PP, empezó a defender lo indefendible y a decir que teníamos que seguir celebrando sesiones con total normalidad —sospecho que con la voluntad de utilizar el escenario parlamentario para sus propios objetivos políticos—, la inmensa mayoría de los portavoces que estábamos allí y también la presidenta Batet entendimos que era nuestra responsabilidad tomar la decisión más sensata ante la gravísima situación sanitaria que estaba teniendo lugar en el país. Por no mencionar el dudoso carácter democrático que tendría celebrar un pleno del Congreso cuando sabes que el tercer grupo de la cámara —te gusten sus ideas más o te gusten menos (o te den, incluso, un poco de asco)— está íntegramente en casa guardando cuarentena.

Dos días después, el sábado 14 de marzo de 2020, el gobierno de coalición acordaría el segundo estado de alarma de la democracia y el primer confinamiento. Las cifras de contagios y de muertos (unos 200 al día) ya empezaban a dar miedo.

El miércoles 25 de marzo, cuando se celebró el pleno del Congreso que era preceptivo constitucionalmente para convalidar el estado de alarma, ya contábamos 3000 muertos al día, la curva subía de forma exponencial y el miedo se había convertido en pavor.

Recuerdo como si fuera hoy bajar con el coche desde mi casa hacia la Carrera de San Jerónimo por un paseo de la Castellana completamente desierto, en un Madrid que parecía el escenario de una película apocalíptica. Recuerdo aquel pleno extraño, grave, opresivo, al que habíamos asistido muy pocos diputados por razones sanitarias y que se prolongó más allá de la medianoche. Recuerdo,

también, que la derecha y la extrema derecha ya estaban empezando a hacer política con la pandemia, incluso en esos momentos iniciales, y que eso me empujó a pronunciar —ya de madrugada— unas de las palabras que más orgulloso me siento de haber dicho desde la tribuna y haber dejado para la posteridad en el diario de sesiones:

Quiero hacer tres apuntes, que pido disculpas de antemano si son demasiado personales, sobre la sanidad pública española.

El primero. La atrofia muscular espinal es una enfermedad rara que, en sus casos más graves, fallecen los niños con menos de dos años. La investigación para curar esta enfermedad, básicamente, es pública, excepto en las fases en las que ya se ha demostrado que un fármaco puede ser rentable. La asistencia sanitaria es también —obviamente— mayoritariamente pública, como en todas las enfermedades raras.

Segundo apunte. Mi mujer no nació en España. Estuvo con un visado de estudiante durante un tiempo —hasta que nos casamos— y, cuando estuvo mala, con un visado de estudiante, se la atendió en la sanidad pública de una manera ejemplar; no solamente con profesionalidad, sino también con cariño. Creo que ese momento fue el momento en el que más orgulloso me sentí de ser español. En el año 2012, el Partido Popular, con argumentos racistas muy parecidos a los que utiliza ahora VOX, quitó la sanidad universal en España, incluso a gente que estaba legalmente residiendo en España, como mi mujer... [...] Esa «acción» del Partido Popular fue uno de los motivos que me impulsó a entrar en política y dejar temporalmente aparcada la física, y mi intimidad, y mi anonimato.

Tercer punto. Ya digo, pido disculpas, es un poco personal. Hace poco —ayer, creo—, vi ese vídeo que circula por las redes del primer extubado por coronavirus, en el Hospital de la Paz, en Madrid. Lo vi solo en casa y me eché a llorar... por muchísimos motivos que creo que todo el mundo puede entender. Y, después de verlo —y llorar un rato—, me dije a mí mismo: «No voy a hacer nada estos días que no sirva para parar esta epidemia que estamos viviendo. NADA que no sirva para parar la epidemia que estamos

viviendo».

Creo que vivimos unos días en los cuales, cuando escuchamos hablar a algunos portavoces políticos, tenemos que pensar si, cuando se vuelvan a ver esas intervenciones, dentro de cinco años... dentro de diez años, la gente va a pensar que esas intervenciones sirvieron para algo o no sirvieron para nada.

Muchísimas gracias.

Unos días después, el entonces ministro de Sanidad, Salvador Illa —a quien tengo un aprecio que creo que es mutuo y que proviene de saber, él y yo, que los dos hicimos en aquellos momentos lo que teníamos que hacer—, bautizó aquella frase que me dije a mí mismo desde la tribuna como «la regla Echenique».

Efectivamente, si la gente de tu país está muriendo y tú ostentas una posición de responsabilidad pública, solamente hay una cosa que puedes hacer: arrimar el hombro. Y, si no lo haces, no hay ningún argumento político que te salve de ser un miserable.

Portavoz con Salvador Illa (abril de 2020).

Fuente: Verónica Povedano.

El 28 de marzo de 2020, con 4600 muertos al día y la curva todavía creciendo de forma exponencial, el gobierno de coalición volvió a hacer lo que tenía que hacer: endureció el confinamiento, obligando a permanecer en sus casas a los trabajadores no esenciales durante diez días, y eso —y solo eso— fue lo que nos permitió doblegar la curva de contagios y de muertos.

Según numerosos estudios científicos, aquellas decisiones difíciles que tuvimos que tomar salvaron la vida a centenares de miles de compatriotas. Mientras tanto, aún hoy, las derechas políticas y mediáticas se dedican a decir barbaridades respecto de lo que, entonces, se hizo... sin decir nunca —por supuesto— qué habrían hecho ellos.

Una de las tareas principales de un portavoz parlamentario —y la

que, de hecho, explica su denominación— es la de presentar la posición política de tu grupo en la tribuna del Congreso en las ocasiones especiales. Cuando escribo estas líneas, en agosto de 2022, se cuentan por 23 las ocasiones en las que he tenido el honor de hablar en nombre del Grupo Parlamentario Confederal de Unidas Podemos-En Comú Podem-Galicia en Común desde la tribuna.

Además de ser la voz de mi grupo durante las difíciles comparecencias del presidente del Gobierno para las diferentes prórrogas del estado de alarma, así como sobre otros temas importantes (el Sáhara Occidental, varias cumbres europeas o el debate del estado de la nación), he tenido, también, la responsabilidad y el placer de defender en el Parlamento de mi país nuestras leyes para crear una empresa pública de energía, para mejorar el sistema de salud mental, para establecer un verdadero impuesto a las grandes fortunas o para legalizar la eutanasia y situar a España en la vanguardia mundial de las libertades individuales y los derechos humanos.

En aquel pleno que tuvo lugar antes del estallido de la pandemia —al comienzo de la legislatura—, contamos con la presencia de Ángel Hernández, una persona de una talla moral impresionante que había sido acusado de un delito de colaboración para el suicidio por haber ayudado a su mujer a morir dignamente. Cuando intervine desde la tribuna, difícilmente podía contener la emoción:

Mientras los patrioteros de charanga y pandereta se enorgullecen de una bandera o de un himno, para mí es un orgullo poder decir que, en España, las personas se pueden casar independientemente de su sexo, las mujeres pueden decidir sobre su propio cuerpo, cualquiera que caiga enfermo es atendido en la sanidad pública y, muy pronto, que España es uno de los pocos países del mundo que respeta las libertades individuales y la dignidad de la vida también en sus últimos momentos.

Ya para finalizar, decir que he leído mucho para documentarme para esta intervención y me he encontrado con cosas muy duras. Pero lo más duro que he leído lo decía Ángel Hernández en una entrevista reciente:

«Cuando el Congreso no aprobó los Presupuestos el pasado febrero, supe que el gobierno socialista no aguantaría más. Entonces, esperé a que Pedro Sánchez disolviera las Cortes en marzo para decirle a María José que no había ninguna posibilidad de que se tramitase la ley de regulación de la eutanasia. Ella no quería que yo diera la cara, pero, como la norma no iba a salir adelante, decidí hacerlo».

Señorías, espero que esta vez esta cámara esté a la altura.

Muchas gracias.

Y lo estuvo. Esa vez, lo estuvo.

En julio de 2021, pude leer en la prensa que Ángel Hernández había sido absuelto de todos los delitos en aplicación retroactiva de la Ley de Eutanasia y no pude sentirme más orgulloso de que eso fuera consecuencia de un texto legislativo que no solamente tuve el honor de defender en el pleno, sino que además me remangué para negociar personalmente (por cierto, es de rigor reconocer, también, el papel de Luisa Carcedo, del PSOE, que ayudó —y mucho— para que pudiéramos alcanzar ese desenlace).

Pero ser portavoz no sirve solamente para decir cosas hermosas desde la tribuna. Cuando se representa a un espacio político como el que yo represento en el Congreso, también se tiene la obligación de decir las verdades que otros no se atreven a pronunciar.

Durante estos años, ha sido para mí un motivo de orgullo —por ejemplo— haber podido certificar en sede parlamentaria la muerte de la «austeridad», en el debate de los presupuestos para el año 2021:

En primer lugar, y como marco global, estos presupuestos suponen la defunción de la receta neoliberal —cruel y fracasada— de la mal llamada austeridad. La Unión Europea levanta la cláusula de estabilidad y deja cristalino lo que muchos llevábamos años diciendo: «Pues claro que, cuando hay una tragedia o una crisis, el

Estado debe endeudarse para proteger a la gente... pues claro». Un 11,3% del PIB de déficit en 2020 y un 7,7% en 2021 según este proyecto de presupuestos. Todo lo contrario a su obsesión ordoliberal, señores de los tres partidos del «a por ellos». Casi un 20% del PIB en dos años —alrededor de 200.000 millones de euros — de deuda pública adicional. Para proteger a las familias, a los negocios y al empleo. ¿Cómo no van a estar ustedes rabiosos?

Y la Unión Europea, y el Fondo Monetario Internacional, y todo el mundo menos los integrantes de la alianza que gobierna con la ultraderecha franquista en Madrid, Andalucía y Murcia, dicen también otra cosa: «Hay que hacer lo contrario de lo que hizo Europa —y España— en la anterior crisis. Cuando vienen mal dadas, el estado debe aumentar fuertemente la inversión pública. No solo para proteger a la gente, sino también para hacer más corto el bache y relanzar la economía después». ¿Y qué hay en estos presupuestos y en los presupuestos de toda Europa? Pues un aumento histórico del gasto público. Más del 50% en España. Para que me entiendan, señores del trío de Colón. En vez de sus recortes salvajes, nuestro refuerzo de los servicios públicos. En vez de Friedman, Keynes. ¿Cómo no van a estar ustedes rabiosos, señores del club de fans verde, azul y naranja de los Chicago Boys, cuando Europa ha enviado al basurero de la historia su ideología económica fracasada y cruel y eso es tan evidente en estos presupuestos expansivos?

Más de un año después —y tras la sangrienta sucesión en el PP—, consideré que era mi obligación dejar constancia, también, en el diario de sesiones que el señor Feijóo había veraneado durante muchos años y en muchos sitios diferentes con el conocido traficante de cocaína Marcial Dorado. Aunque esto es la pura verdad, cuando lo dije en voz alta, la bancada del PP se puso a gritar como si fuera una barra brava. Al contestarles que esto no era mi opinión, sino que estaba documentado, y al repetir varias veces «hay fotos… hay fotos» —por lo que sea—, no conseguí calmarlos y tuvo que intervenir la presidenta.

Ya más recientemente y sin abandonar el ámbito de la delincuencia, no tuve más remedio que dejar unos cuantos nombres más en el

diario de sesiones. Yo entiendo que muchos portavoces de «izquierdas» no se atrevan a hablar de los audios de Antonio García Ferreras con Villarejo por miedo a que ya nunca más los invite a su programa o —incluso peor— que les empiece a disparar desde él. Pero es que yo soy de Podemos. Y, por eso, si se destapa que un periodista muy poderoso se ha dedicado a conspirar con ultraderechistas y con mafiosos para intentar alterar los resultados electorales, yo no me callo:

Este mismo fin de semana, hemos escuchado unos audios en los que un poderoso periodista, el señor García Ferreras, hablando con un mafioso, con Villarejo, pero también con el jefe de la brigada antiterrorista, y también con el señor Casals, reconoce haber publicado una noticia falsa —sabiendo que era falsa— contra Pablo Iglesias, a un mes y medio de las elecciones. Y hoy nos hemos desayunado nuevos audios en los que habla de usted, también, señor presidente. Habla de que le va a «calzar una hostia». Perdón por el vocabulario, pero es esto lo que se dice en estos audios.

Yo creo —y creo que mucha gente progresista así lo piensa— que esto es una grave amenaza para la democracia. Que la gente vaya a votar un domingo electoral cuando se está difundiendo información falsa, intoxicaciones, desde grandes cadenas de televisión pensamos que es un problema democrático. Y nos encantaría trabajar conjuntamente con el Partido Socialista para luchar contra esta intoxicación mediática que hace muchísimo daño a la democracia. Yo soy de Podemos y, por eso, no tengo miedo de decir públicamente el nombre de Antonio García Ferreras para que conste en acta.

Hay gente muy poderosa que no se presenta a las elecciones y creo que lo tenemos que decir en este Parlamento.

Quizás, para las personas que forman parte de otras fuerzas políticas, hacer este trabajo implique graves contradicciones éticas. Es muy posible que no les quede más remedio que mentir en muchas ocasiones, o por lo menos callar la verdad. Yo estoy muy

agradecido, en cambio, de formar parte de una fuerza política que es distinta a las demás, que no pide créditos a los bancos y que no tiene ninguna deuda con los poderes que no se presentan a las elecciones. Eso me ha permitido llevar a cabo mi labor como portavoz con algo que casi ningún otro portavoz tiene: libertad.

Y no solo en la tribuna del Congreso. También en la sala de prensa.

Otra de las responsabilidades que tenemos los portavoces parlamentarios es la de atender periódicamente a los medios de comunicación. Es habitual que, el mismo día que se lleva a cabo la Junta de Portavoces, cada uno de los portavoces demos una rueda de prensa ante periodistas de todos los medios acreditados y es posible que yo lleve ya más de 150 de esas ruedas entre pecho y espalda.

Lo típico es hacer una breve declaración inicial y luego admitir un buen número de preguntas que pueden versar sobre cualquiera de los temas de actualidad. Por eso, es también obligación de un portavoz conocer la posición de su fuerza política sobre todas las materias relevantes; lo cual, evidentemente, exige un esfuerzo y un trabajo de preparación previa no menor. Normalmente, las ruedas de prensa de la Junta de Portavoces son los martes por la mañana y, desde el lunes por la tarde, yo ya estoy leyendo la prensa y documentándome sobre los diferentes asuntos. La misma mañana del martes suelo llegar al Congreso entre una hora y una hora y media antes de que comience la rueda de prensa para acabar de prepararla con mi equipo.

Como tengo que hablar desde un atril, llego a la sala de prensa con la silla de ruedas subida al máximo. Para acceder a la tarima, hay una pequeña rampa cuya inclinación ya comprobamos que era segura al principio de la legislatura. Aún así, se suele poner una persona detrás de mí por si hubiera un accidente mientras la subo. Como no me puedo acercar del todo al atril porque me chocan los apoyapiés con el mismo y, entonces, los micrófonos que salen de su parte superior se me quedan un poco lejos, el técnico me tiene que colocar y enchufar un micrófono adicional de pie. Mientras lo hace, aprovechamos y movemos un poco la bandera de España y la bandera de Europa para que me dejen sitio para maniobrar. Llevo mi tableta por si tuviera que leer algún dato, aunque suelo tirar de

memoria la inmensa mayoría de las veces.

Rueda de prensa de la junta de portavoces.

Fuente: Podemos.

Cuando el técnico de sonido me da el OK, arranco con una frase que ya es tradición:

—Buenos días a todos y a todas. Muchas gracias por venir a la rueda de prensa habitual de la Junta de Portavoces.

Y además de marcar la posición del grupo parlamentario en la tribuna, y además de atender a los medios de comunicación, un portavoz tiene que hacer muchas cosas más: asegurarse de que hay números en las votaciones más difíciles, negociar —incluso personalmente si hace falta— las leyes más importantes, recibir a las organizaciones de la sociedad civil para escuchar sus quejas y

sus propuestas y, sobre todo, asegurar el buen funcionamiento del amplio equipo humano que es un grupo parlamentario; en nuestro caso, 35 diputados y más de 40 técnicos.

Todo esto —por supuesto— no se puede hacer sin ayuda y sin una organización y un reparto de tareas claro. Yo, desde luego, no habría podido conseguir que nuestro grupo funcionase razonablemente bien durante todos estos años sin el apoyo y el trabajo de un equipo fantástico. Pienso en Sofía, en Javi, en May, en Diego o en Hugo, pero también en mi equipo más cercano: primero Pau, Nuria y María y, más recientemente, también Irene. Para mí, que soy un militante —es decir, que no hago esto como una profesión, sino como una convicción y que, por tanto, puede haber temporadas en las que trabajo 24/7—, sería imposible llevar a cabo mi trabajo si no estuviera rodeado de personas que también lo son.

Estoy seguro de que mucha gente se pregunta cómo es posible que una persona con las limitaciones físicas que yo tengo pueda desempeñar adecuadamente un puesto como este que, evidentemente, requiere de un trabajo al máximo nivel.

Creo que, a lo largo de este libro, has podido ir descubriendo que esta pregunta tiene una respuesta compleja. Tiene —por supuesto— que ver con la gente que te acompaña y te ayuda. Pero también tiene que ver con trabajar mucho y con saber elegir muy bien las tareas que vas a llevar a cabo. Como, a mí, cualquier tarea que conlleve un mínimo esfuerzo físico me cuesta un montón, estoy obligado a priorizar; no me queda más remedio que descartar muchísimas tareas y elegir las más importantes todo el rato. De otra forma, no llegaría a cumplir con los objetivos que me marco. Y, aun así, es inevitable tener que hacer las cosas de una forma diferente y utilizando un montón de trucos.

Los días que tenemos pleno en el Congreso, me tengo que levantar a las 6:00 de la mañana porque me toma más o menos una hora llevar a cabo todo el procedimiento de levantarme, ir al baño, ducharme, vestirme y desayunar y tengo que salir a las 7:30 porque tengo más o menos una hora de viaje hasta allí en el coche adaptado.

Antes de salir de casa, colocamos en la silla una mesa artesanal que diseñé yo mismo y que fabricamos con ayuda de mi ortopedia de

confianza y también de mi suegro. En esta mesa hay un tornillo que sobresale hacia arriba, en ese tornillo se inserta un pequeño agujero en la funda de mi tableta y se ajusta allí una tuerca redonda para sujetarlo. Sería ridículo que estuviera desmontando la mesa y guardando y sacando la tableta cada vez que me tengo que mover, así que la opción más eficaz e inteligente es que la mesa esté fija y la tableta muy bien asegurada para que yo pueda ir por la calle o viajar en un coche con ella puesta y sin que se caiga.

Como no puedo acercar la mano a la pantalla y utilizar la funcionalidad táctil, tengo un ratón conectado por Bluetooth para usar todo el interfaz y poder escribir con el teclado en pantalla. Evidentemente, no puedo tampoco manejar documentos en papel o libros físicos, así que todo mi trabajo lo llevo a cabo en formato digital; ya sea en el ordenador de sobremesa o en la tableta (convenientemente sincronizados). Como, además, no puedo llevarme un teléfono a la oreja, he localizado una tableta que permite hacer llamadas —no te creas que hay muchas— y, así, lo hago todo desde ahí (lo cual me obliga, claro, a bloquear las llamadas cuando estoy dando un discurso, una entrevista o una rueda de prensa). Respecto de los auriculares, como no puedo volver a colocármelos si se me mueven o se me caen, he tenido que buscar mucho para encontrar unos que se queden bien sujetos en la oreja todo el día, haga lo que haga.

Al llegar al Congreso, tengo que coger dos ascensores para llegar a mi despacho y otros dos para ir de mi despacho al hemiciclo. El Congreso de los Diputados distribuye sus instalaciones en varios edificios y, como no todos están conectados en todas las plantas mediante trayectos sin escaleras, es habitual que tenga que dar bastantes vueltas para ir de un sitio a otro. Cuando tenemos un acto, una presentación o una reunión en una sala que está en otro edificio, es habitual escuchar a la gente de mi equipo diciéndoles a los compañeros:

—Nosotros vamos saliendo y os esperamos allí, que vamos por el camino largo.

Cuando hay pleno, como ya hemos comentado, me sitúo abajo del todo en medio del hemiciclo. Cuando me toca intervenir a mí, me salgo un momento de la cámara para que una persona de mi equipo

me ayude a prepararme (tomar un vaso de agua, durante la pandemia quitarme la mascarilla) y, entonces, en el momento en el que la Presidencia dice «por el Grupo Parlamentario Confederal de Unidas Podemos-En Comú Podem-Galicia en Común, tiene la palabra el señor Echenique Robba», entro en escena por un costado. Como no puedo manejar papel y la pantalla de la tableta es muy pequeña, si el discurso es más o menos largo, utilizo una aplicación de teleprompter cuya velocidad hay que ajustar con mucha finura en el punto medio entre quedarse sin aire y quedarse sin texto para leer. Los discursos me los escribo yo mismo y los ensayo varias veces los días anteriores, entre otras cosas, para medir bien el tiempo. Aunque, últimamente, me he dado cuenta de que me queda bastante mejor cuando llevo escritas solamente las ideas importantes en una lista de bullets e improviso sobre ellas.

A pesar de tener una discapacidad de casi el 90%, utilizando distintos trucos, puedo hacer la mayoría de las cosas que se requieren de un portavoz político... excepto algunas que son muy importantes. Como dar abrazos, dar la mano o aplaudir.

De hecho, estas dos últimas me han regalado varias situaciones graciosas —para mí— y, a la vez, patéticas —para algunos medios —.

A principios de 2020, cuando se abrió solemnemente la XIV Legislatura —y como se hace siempre— el rey dio un discurso en el pleno del Congreso de los Diputados. Como es normal, al haber por primera vez en ochenta años un partido republicano en el Gobierno de España, había mucha expectación respecto de cómo íbamos a reaccionar los diputados y diputadas de Unidas Podemos y las televisiones estaban atentas a cada pequeño detalle. Ya digo, esto es lógico. Lo que fue ridículo fue lo que hicieron conmigo.

Durante el discurso del rey, y dependiendo de lo que decía en cada momento, había diputados de Unidas Podemos que aplaudían y otros que no. Como yo no puedo aplaudir, lo que suelo hacer es un pequeño gesto con la mano derecha que pretende tener el mismo significado, pero que es difícil de percibir desde lejos. En estas estábamos cuando a Antonio García Ferreras le dio por hacer zoom sobre mi humilde persona y decir en directo en Al Rojo Vivo que Echenique no aplaudía al rey.

Cuando te dan un pase de gol a dos metros de la portería, los defensas no están y el portero se ha ido a por tabaco, no te queda más remedio que empujar la pelota. Así que le contesté a Ferreras en Twitter diciéndole que, efectivamente, no había aplaudido, y que tampoco me había puesto de pie ni había participado en el partido de futbito que hubo después de la sesión. Por supuesto, el tuit se salió de las tablas y tuvo que rectificar.

Lo curioso del caso es que, a pesar del terrible ridículo que hicieron entonces, hace poco estuvieron a punto de volver a caer cuando intervino telemáticamente en el pleno el presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski. Según he podido saber, ese día hubo periódicos de Madrid que iban a publicar que Echenique no había aplaudido a Zelenski y el periodista Enric Juliana tuvo que explicarles que tengo atrofia muscular espinal, salvándoles así de que se volvieran a hacer daño. Tal es la ansiedad por agredir a Podemos —y tal era el furor bélico otanista en los medios por aquellos días— que pasan estas cosas.

Al día siguiente del discurso del rey y de mi no aplauso, tenía lugar lo que se conoce como el «besamanos» y que consiste en que la familia real se coloca en el centro de una de las salas nobles del Congreso y las diferentes autoridades vamos desfilando por delante de ellos saludándolos y dándoles la mano. Como yo sabía que esto iba a pasar y habíamos decidido que yo tenía que asistir, le pedí a mi equipo que se pusiese en contacto con el departamento de protocolo de Zarzuela para que le avisaran al rey que yo no podía extender la mano y que, por lo tanto, no hiciera el gesto de darme la mano porque yo no iba a poder corresponderle y aquello iba a parecer un desplante, cuando, en realidad, no había nada de eso. El rey recibió correctamente el mensaje y, de hecho, no hizo el gesto de darme la mano. Sin embargo, tanto él como la reina, en un momento dado, me cogieron el brazo derecho en una especie de gesto de cariño. El problema es que el brazo derecho es el que utilizo para conducir y, cuando alguien me lo mueve, es muy fácil que pueda haber un accidente. Por eso, cuando me lo coge la reina y noto que la silla se me descontrola un poco, decido abandonar rápidamente aquella situación para no atropellar a la princesa de Asturias y a la infanta Sofía.

Para desgracia de algunas televisiones, el tiro de cámara era desde atrás y podía parecer que yo estaba rechazando el saludo de las dos niñas y siendo un maleducado. Esta casualidad —sumada a la ya citada ansiedad por agredirnos y el gatillo fácil que eso, automáticamente, produce— hizo que volvieran a hacer el ridículo y yo tuviera que volver a desmentir el hecho riéndome bastante. Todavía hoy, hay muchos tuiteros con banderita en el perfil que me insultan de vez en cuando por haberle negado el saludo a la heredera al trono y a su hermana.

En su descargo, hay que decir que es bastante entendible que ni el departamento de protocolo de Zarzuela, ni el del Congreso de los Diputados, ni las tertulias de los medios de comunicación estuviesen preparados para un portavoz como yo.

CAPÍTULO 20

UN FINAL Y UN NUEVO PRINCIPIO

A la mayor parte de la gente, Pablo se le fue de golpe. Pero, a mí, se me fue yendo por fases.

Casi se me fue en enero de 2019 cuando parecía que todo se iba al carajo y, aunque aquel sábado «salvé España» y conseguí que se quedara un poco más, a partir de ese día siempre supe que no quedaba mucho.

El viernes 19 de julio de 2019, casi se me fue de nuevo. Mientras estábamos grabando el vídeo en el que anunciaba que aceptaba dar un paso a un lado después del veto antidemocrático que el PSOE había situado en su persona, yo sabía perfectamente que, si las negociaciones para formar un gobierno de coalición prosperaban, Pablo no iba a volver. Pero el PSOE no quiso negociar en serio, nos intentó quebrar y nos fuimos a la repetición electoral con Pablo como candidato.

En noviembre de 2019, rompimos la cláusula de exclusión histórica y forzamos el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia y el único de toda la Unión Europea con un partido con nuestras ideas en su seno. Pero —paradójicamente— eso no alejó el final, sino que lo trajo más cerca. Si Pablo se hubiese ido en enero de aquel año, el trabajo se habría quedado sin hacer. Sin embargo, el gobierno de coalición, y la forma y la velocidad con la que habíamos logrado cambiar para siempre el tablero en España, eso sí era un legado político que hacía justicia con lo que Pablo había hecho, algo que va a formar parte de los libros de historia y que yo sabía que le permitía irse a casa de otra manera.

Estoy casi seguro de que corría todavía el año 2020 cuando me llamó un día a su despacho y me soltó la bomba.

Eran los tiempos del acoso fascista a las puertas de su casa y empezó por ahí, por lo que era doloroso y evidente: que eso no era vida para nadie, ni para él, ni para Irene, ni —sobre todo— para sus niños. Pero, como ha ocurrido siempre con Pablo, los motivos detrás de la decisión que me quería contar en confianza no eran personales sino políticos. El desgaste que había sufrido, el traje que le habían hecho los poderes mediáticos y también el haber sido capaz de acompañar hasta la primera fila a una nueva generación de mujeres que podían tomar el relevo con garantías de llevar el proyecto político aún más lejos —todo ello— hacía inapelable lo que Pablo me dijo y lo que yo ya sabía que me iba a decir casi desde que empezó a hablar: que más pronto que tarde iba a abandonar la política institucional.

A pesar de intuirlo, me costó mucho contener las lágrimas al saber y entender, en aquel despacho del Congreso, que —esta vez, sí— la decisión era irreversible.

Con este peso todos los días en la cabeza y en el ánimo —y, encima, sin poder contárselo a nadie—, se nos cruzaron a principios de 2021 las elecciones anticipadas en la Comunidad de Madrid. (Otra vez la Comunidad de Madrid).

Después del fracaso estrepitoso de la operación política del PSOE para intentar tomar el poder de la mano de Ciudadanos en la Región de Murcia, Isabel Díaz Ayuso sabe que su cuello es el siguiente que van a intentar cortar, lee la situación de forma adecuada y convoca sorpresivamente elecciones anticipadas en Madrid. Por nuestra parte y como si de un déjà vu se tratase, la máquina del tiempo nos traslada a enero de 2019 y, de nuevo, no tenemos candidato. Isa Serra podía ser inhabilitada en el juicio sin pruebas que le habían montado supuestamente por agredir a la policía durante una concentración para paralizar un desahucio —algo que nunca pasó— y Alberto Garzón, al que Pablo sondeó para dicha tarea, no quería. Al mismo tiempo y como ocurría dos años antes, éramos perfectamente conscientes de que desaparecer en Madrid —algo que, con un umbral electoral mínimo del 5% para obtener representación, siempre es una posibilidad— es un golpe durísimo que pone en serias dudas la continuidad de cualquier proyecto político.

Había que encontrar un candidato competitivo y, esta vez, Pablo no me dio tiempo a que me ofreciera yo como un miura. A pesar de las semejanzas con enero de 2019, el haber conseguido el gobierno de coalición lo cambiaba todo.

El 12 de marzo de 2021, me convoca a una reunión en su despacho y, cuando llego, ya estaban allí Irene Montero, Juanma del Olmo y Manu Levin con cara de conocer la noticia. Como hace siempre Pablo cuando va a soltar una bomba política, me lo dice directamente y sin introducción:

—Me voy a presentar yo.

Mientras apenas acierto a expulsar el aire como si me acabasen de pegar un puñetazo en el estómago y mi cara adopta una expresión seguramente indescriptible, entre sorpresa, incredulidad y computación acelerada de las consecuencias políticas, los demás me miran pasar por aquel trance con la sonrisa, entre divertida y maliciosa, del que acaba de pasar por lo mismo hace tan solo un rato.

Era obvio que ese paso era el principio del adiós de Pablo. Podía ser un adiós muy corto si nos iba mal en las elecciones autonómicas o podía ser un adiós un poco más largo si nos iba bien y teníamos que gobernar. Pero resultaba evidente que comenzaba la despedida.

Inmediatamente después de verbalizar la decisión, Pablo me explica los motivos que había detrás. Una vez más y como siempre, el razonamiento político es inapelable y, por mucho que duela, eso hace que la única respuesta posible sea la aceptación y el apoyo. Todos los que estábamos allí ya sabíamos que su salida de la política institucional se iba a producir antes o después, que había que dar paso a compañeras que hubieran sufrido menos desgaste y que no iba a ser el candidato en las próximas elecciones generales. Este movimiento concreto, aunque, para el común de los mortales, fuera un auténtico terremoto, para los que teníamos desde hacía meses cierta información, simplemente le ponía fecha a las cosas. Además, y como relata Pablo en su libro,32 no era descabellado pensar en aquellos momentos que su candidatura podía suponer un revulsivo que hiciese cambiar de color político la Comunidad de Madrid. Las elecciones anticipadas que había convocado Ayuso

eran, al mismo tiempo, un gran peligro y una gran oportunidad.

—Un militante debe estar allí donde es más útil en cada momento —diría Pablo en el vídeo33 con el que anunció la bomba tres días después. La lógica que siempre ha seguido y que nos ha enseñado, mediante el ejemplo, a los demás.

Como parte de la decisión, Pablo también señaló a la persona que entonces consideraba que debía ser la próxima candidata de Unidas Podemos para las elecciones generales —Yolanda Díaz— y dejó claro que iba a abandonar el gobierno y su acta de diputado para poder llevar a cabo la campaña electoral.

En política, las palabras son hechos, así que ya no había vuelta atrás.

Su intervención de despedida en el Congreso fue breve y emocionante:

—Hace poco más de cinco años, tomé por primera vez la palabra en esta tribuna democrática. Y mis primeras palabras de agradecimiento fueron para las generaciones de españoles y españolas que se jugaron la vida y que se jugaron la libertad para devolvernos la democracia arrebatada. Las gentes que quedan de aquellas generaciones peinan hoy canas y quiero que mis últimas palabras, en esta tribuna democrática, esta vez como vicepresidente del Gobierno, vuelvan a ser un homenaje a esas generaciones de españoles y españolas que lucharon contra el fascismo, por la libertad y por la justicia social. Porque fueron, somos. Porque somos, serán.

Cuando bajó de la tribuna, yo apenas podía contener las lágrimas. La sede de la soberanía popular nunca más volvería a escuchar un discurso de Pablo Iglesias y eso cerraba una etapa y eso hacía a nuestro país peor.

Yo entiendo perfectamente que España no es su derecha judicial

activista, ni tampoco sus poderes mediáticos entregados a la difamación y a la adulteración de la democracia. Yo sé que España es mucho mejor que eso, porque España es su gente trabajadora; España es ese 99% de la población que solo aspira a tener una vida digna, completa y feliz. Y, además de la sanidad pública, además del matrimonio igualitario, además del 15M, además del 8M, lo que nosotros habíamos conseguido era también la prueba de la decencia y la inteligencia de nuestro pueblo. Con todos los cañones del poder disparándonos mañana, tarde y noche, habíamos roto la cláusula de exclusión histórica y Pablo se despedía como vicepresidente. Yo todo eso lo sé y la rabia no va a hacer que se me olvide. Pero yo quería más. Yo quería poner a ese tipo al mando de mi país. Y quería hacerlo precisamente porque creo que nuestro pueblo se merece el mejor de los futuros posibles. Por eso, ese día, no podía sacarme del pecho la sensación de que este país, al que tanto quiero, había perdido su mejor oportunidad y, por eso también, a los pocos minutos de su despedida en la tribuna, Pablo me tuvo que permitir sollozar un rato en su despacho; esta vez, sin las cámaras grabando.

La última campaña electoral de Pablo Iglesias fue emocionante y fue un lujo y un honor participar en ella.

Como Pablo sabía que su carrera en la política institucional estaba tocando a su fin, se permitió a sí mismo hacer y decir cosas que nunca antes había hecho y dicho. Cada mitin era un nuevo espectáculo y el cierre de campaña, el 2 de mayo de 2021 en Vicálvaro, además de un discurso brillante, Pablo nos dejó —encapsulada en tan solo veinte minutos— la lección más clara, y sobre todo más útil, acerca del significado de estos años vertiginosos y cómo se conecta lo que hemos vivido y conseguido en primera persona con ese hilo histórico que viene de muy atrás y con todo lo que todavía queda por hacer.

Empezó hablando de un cómic que había perdido, pero que aún recordaba. En solo una página de viñetas, vemos a un corredor con una camiseta de tirantes con la hoz y el martillo, corriendo en zigzag. Desde lo alto de un rascacielos, dos hombres mayores y calvos, vestidos con ropa cara lo observan con ayuda de unos

prismáticos.

—¿Por qué corre en zigzag…? De hacerlo en línea recta iría mucho más rápido —dice uno de ellos.

—Desde luego… Pero él sabe que le están apuntando directamente a la cabeza e intenta avanzar de esta manera, ofreciendo el menor blanco posible —contesta el otro.

—Muy prudentes estos rojos, señor marqués.

—Sí, es que pasarlas putas espabila mucho, Mariano.

Y, después de regalarnos una de las metáforas más elocuentes de su propia trayectoria y las decisiones que habíamos tenido que tomar, Pablo «corredor en zigzag» Iglesias resumió en un breve párrafo el núcleo del significado político de estos años:

—Nacimos hace siete años como fuerza política, perfectamente conscientes de cuál era la correlación de fuerzas en nuestro país, con plena voluntad de cambiarla. Y, con todas las dificultades, con todos los francotiradores, siendo conscientes además de lo posible; siendo conscientes de que, en una coyuntura como esta, de lo que se trata, básicamente, es de asegurar que algunos de los principios sociales que recogía nuestra Constitución no fueran mera palabrería, sino que sirvieran para proteger a la gente, hemos sido capaces de cuestionar el monopolio del Estado por parte de ese bloque de poder que llevaba mandando muchísimo tiempo. Y, claro, hacer eso tiene su precio.

Recientemente y al hacer una entrevista a Fernando Paulsen, Pablo descubriría una nueva metáfora deportiva que complementa a la del corredor porque habla del trabajo en equipo. En el rugby, el «apoyo» es el jugador que corre detrás o al lado del que lleva la pelota para que sepa que tiene alguien a su lado.

Aunque nuestra hipótesis no se verificó y el aumento de participación en el sur de Madrid no provocó el triunfo de la

izquierda, el último movimiento de Pablo logró mejorar nuestros resultados y salvó a la organización en uno de los territorios más importantes del país.

La misma noche electoral —cuando ya se conocían los resultados prácticamente definitivos—, Pablo nos reunió a toda la dirección de Podemos en la primera planta de la sede y nos hizo saber que lo que todos sabíamos que tenía que pasar iba a ocurrir no al día siguiente o al otro, sino en cuestión de minutos. Además de valorar los resultados, Pablo iba a anunciar en aquella misma comparecencia que abandonaba todos sus cargos; en particular, el más importante de todos ellos: la Secretaría General de Podemos.

A muchas personas se les humedecieron los ojos aquella noche en aquella sala, pero no a mí. Yo ya había llorado muchas veces y, ese día, estaba tranquilo y contento por Pablo.

Como el plan era hacer una declaración sin preguntas para, después, bajar todos en bloque de la tarima y abandonar la sala —evitando, así, preguntas de la prensa que pudieran distorsionar el mensaje en un momento tan importante—, yo decidí no subir. El sitio era un poco pequeño, la rampa era un poco compleja y tenía miedo de entorpecer toda la operación. Como ya era casi medianoche, decidí bajar al garaje, montarme en el coche y volver a casa a cenar con mi mujer. Recuerdo que pensé que me importaba muy poco la especulación mediática que se pudiera producir a raíz de mi ausencia en la tarima porque tanto Pablo como yo sabíamos perfectamente cuál había sido mi papel a lo largo de estos años. Recuerdo también escuchar por la radio las últimas palabras de Pablo Iglesias como líder de Podemos:

—Me siento muy orgulloso de haber sido útil a mi formación política y a mi país durante estos años, muy orgulloso de haber servido como vicepresidente del Gobierno. Pero, cuando uno deja de ser útil, tiene que saber retirarse. He puesto toda mi inteligencia y toda mi pasión. No sé lo que es el destino. Caminando fui lo que fui. Hasta siempre.

Yo creo que, en España, se puede acabar con la pobreza.

Creo que es, solamente, cuestión de voluntad política conseguir que nadie pase hambre y que nadie tenga dificultades para llegar a fin de mes. De hecho, creo que, en España, es perfectamente factible que todas las familias tengan una vida en la que no solo estén cubiertas sus necesidades básicas, sino que, además, se puedan permitir pequeños lujos y, por supuesto, hacer un buen viaje durante su mes de vacaciones.

En otra época o en otras latitudes, esto, quizás, no sería posible. En el siglo XIX, a lo mejor, no había la suficiente riqueza en ningún país como para que todo el mundo pudiera tener ese tipo de vida que hoy identificamos con la «clase media». En 2022, en Mozambique o en Burundi, a lo mejor, tampoco hay la suficiente riqueza como para poder conseguir ese suelo social. En España, mientras escribo estas líneas, sí la hay. En España, hoy, hay la suficiente riqueza —si se distribuye de forma inteligente y justa— como para erradicar completamente la pobreza y situar a todas las personas en una condición económica de dignidad, tranquilidad y seguridad. De hecho, la redistribución que sería necesaria para conseguir este hito civilizatorio sin precedentes ni siquiera conllevaría la desaparición de la clase rica. Por poner un ejemplo con una cuenta sencilla, simplemente reduciendo su riqueza total a la mitad —lo cual significa que siguen siendo millonarios—, se podría elevar el patrimonio de todo el 60% menos pudiente de la población al nivel que hoy disfrutan los que se hallan en la parte más baja del 40% más pudiente (es decir, sensiblemente por encima de la media actual). Algo similar ocurre con los salarios.34

Puede parecer ingenuo lo que estoy diciendo, pero yo creo que no lo es. De hecho, ni siquiera es tan complicado imaginar las herramientas legislativas que nos podrían llevar a ese horizonte: básicamente, una fiscalidad de verdad progresiva que grave de forma adecuada a las grandes fortunas, a los grandes rendimientos del capital y a las grandes corporaciones, y un decidido refuerzo de la sanidad y la educación públicas —que son de las que tiran, mayoritariamente, las personas que no son ricas—, así como una renta garantizada pagada con esos nuevos ingresos del Estado para evitar que nadie caiga en la exclusión.

Del mismo modo que pienso que acabar con la pobreza en España

es cuestión de voluntad política, también creo que nuestro país tiene todo lo que hay que tener para crear un verdadero sistema nacional de cuidados para que lo público asuma íntegramente la asistencia de las personas mayores y dependientes y pueda complementar de forma suficiente las tareas de crianza de los niños y niñas. No es aceptable desde el punto de vista social que todos esos trabajos estén prácticamente invisibilizados, no remunerados y asumidos en su inmensa mayoría por mujeres. No es aceptable desde el punto de vista social y no es ni necesario ni sensato desde el punto de vista económico.

España es el país de los 8M más multitudinarios del mundo. Creo que no exagero si añado a todo lo anterior que pienso que tenemos los mimbres suficientes como para desmontar de una forma acelerada el machismo estructural y acabar para siempre con la violencia física y sexual, pero también política, mediática y económica, contra las mujeres. Y creo que tenemos que hacerlo no solamente por una cuestión de igualdad y de derechos —que es, obviamente, lo más importante—, sino porque, además, resulta directamente estúpido para un país desaprovechar toda la potencia intelectual, creativa y de trabajo que significaría liberar completamente a la mitad de la población de sus antiguas cadenas.

Respecto de otro de los grandes retos de nuestro tiempo, también estamos preparados. España tiene sol, tiene viento, tiene mucha costa, tiene buenos físicos e ingenieros formados en buenas universidades y tiene la convicción —sobre todo— de los jóvenes de que tenemos que hacer algo y tenemos que hacerlo ya porque no tenemos un planeta de repuesto. Yo estoy convencido de que España puede ser líder mundial en la investigación y producción de energías renovables, creando cientos de miles de empleos de calidad en el proceso.

Y creo, también, que podemos convertirnos en una potencia de la economía digital. Al fin y al cabo, levantar un sector de industria pesada lleva mucho tiempo, pero España ya tiene una de las mejores redes de fibra óptica de toda Europa, tiene la capacidad formativa suficiente como para producir nuevos profesionales en un sector tan dinámico y tiene uno de los mejores estilos de vida del mundo desarrollado para que vengan los mejores aquí a

teletrabajar.

Yo creo que España puede ser una potencia científica (de hecho, ya empezamos a ver que eso era posible durante el primer gobierno de Zapatero), creo que tenemos un sistema sanitario que —a pesar de los recortes y si sabemos reforzarlo— nos puede permitir ser vanguardia en nuevos tratamientos y en investigación biomédica, creo que —con casi 600 millones de hablantes de español a lo largo del mundo y con una riquísima diversidad cultural y lingüística en nuestro propio país— es incomprensible que no tengamos ya una industria cultural que compita de tú a tú con la industria estadounidense y creo que cualquiera que tenga dos dedos de frente se da cuenta de que, si cuidamos y potenciamos adecuadamente a nuestros pequeños y medianos agricultores y ganaderos, tenemos todo lo que hay que tener —y más— para hacer crecer la producción alimentaria de calidad como uno de los puntales de nuestra economía.

Y creo que todo esto puede hacerse garantizando, a la vez, la rentabilidad de las empresas, los derechos laborales, los salarios dignos y la sostenibilidad financiera y fiscal del Estado. Un sistema económico en el que no haya pobreza es muchísimo más eficaz. En las economías como la nuestra, el consumo privado es uno de los principales motores del crecimiento y la existencia de buenos salarios, con buenas cotizaciones, que contribuyen al sostenimiento de los servicios públicos mediante el pago de impuestos y evitando la economía sumergida es la mejor de las estrategias para cuadrar la contabilidad nacional. Por eso, también, yo creo que España debería dar todos los derechos a las personas migrantes que han venido a vivir y a trabajar con nosotros. Además de por una cuestión de derechos humanos, por pura eficiencia económica.

Yo creo, en definitiva, que mi país tiene todo lo necesario para que no haya ni una sola persona a la que se la despoje de las bases materiales de la libertad y la felicidad.

Obviamente, nuestras vidas humanas son complejas y están sujetas a múltiples avatares. Que lo común, que el Estado, que lo público nos proporcione una base mínima en términos de condiciones económicas y sociales no es garantía ninguna de que vayamos —cada uno de nosotros— a encontrar la felicidad. Pero, precisamente

por eso, precisamente porque la felicidad no está garantizada y nuestras vidas humanas son tan cortas, a mí siempre me ha parecido insensato, antirracional y cruel que una sociedad que tiene todos los mimbres materiales para —por lo menos— no añadir angustias en el plano material a las personas renuncie a hacerlo.

Por eso, me metí en Podemos. Por eso, quería que Pablo Iglesias fuera presidente del Gobierno. Y, por eso también, me has leído llorar tantas veces a lo largo de estos capítulos.

Pero no quiero que te quedes con lo que no hemos podido hacer.

Porque eso no es lo más relevante. Límites ya sabíamos que iba a haber. Las dificultades ya las conocíamos. Y, a pesar de ello, lo que hemos conseguido no se lo podía imaginar nadie hace tan solo diez años. Que un grupo de personas corrientes, lideradas por un profesor universitario con coleta y armadas únicamente con nuestra convicción, nuestra inteligencia y nuestras manos hayamos conseguido —bajo un fuego pertinaz, permanente y despiadado— romper una cláusula de exclusión histórica que llevaba ochenta años funcionando en España y construir el primer gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia y el único de la Unión Europea con un partido con nuestras ideas en su seno —que eso haya ocurrido— si algo demuestra es que todo es posible.

Porque, además, Pablo se ha ido, pero los aprendizajes quedan.

Las personas que lo hemos acompañado más de cerca (Irene, Juanma, Ione, Rafa, yo mismo), pero también el conjunto de los demás dirigentes actuales, también las personas que han dado la pelea en los territorios y en los municipios, las bases que nunca se han equivocado cuando hubo que tomar una decisión difícil, los simpatizantes, los activistas en las redes sociales, todo ese amplísimo grupo humano que llamamos Podemos, además de un partido político, es el depositario de una forma muy concreta de hacer política. Una forma de hacer política que es —precisamente— la que nos ha enseñado Pablo, la que hemos aprendido, también, cada uno de nosotros en nuestro propio viaje personal y la que nos ha permitido conseguir cosas que parecían imposibles.

Una forma de hacer política que no tiene ninguna deuda con la

banca ni con ningún otro poder económico para, así, tener las manos libres para defender los intereses de la mayoría social con toda la determinación y la contundencia. Una forma de hacer política que puede cometer errores —como todos—, pero que nunca, nunca olvida a quién defiende y nunca, nunca se equivoca de bando.

Una forma de hacer política que tiene prisa; que corre rápido, aunque tenga que correr en zigzag, porque hace suya la urgencia de los que peor lo están pasando. Una forma de hacer política que sabe que hay que tener una estrategia para el medio y largo plazo, pero que, al mismo tiempo, tiene muy presente que los compatriotas que más están sufriendo no pueden esperar y necesitan cambios aquí y ahora.

Una forma de hacer política que dice siempre la verdad sobre los grandes poderes fácticos que no se presentan a las elecciones aunque eso suponga recibir todos sus ataques, sus difamaciones y sus intentos de destrucción reputacional. Una forma de hacer política que siempre denuncia las injusticias y dice las cosas como son aunque los que se ganan la vida difundiendo odio y bulos nos acusen de «polarizar» y de «hacer ruido» y nos manden callar.

Una forma de hacer política que sabe perfectamente que la mejor forma de proteger el perfil político personal es meter la cabeza debajo de una piedra cuando están silbando las balas, pero que —sabiendo esto— hace todo lo contrario. Una forma de hacer política que ha aprendido en su propia piel que solo protegiendo a los compañeros y compañeras, solo cuidándonos, solo defendiéndonos, solo sacando los colmillos cuando vienen a por uno de nosotros, solo así, se puede sobrevivir; solo así tiene viabilidad política el proyecto.

Una forma de hacer política que conoce las reglas de la comunicación y que sabe que, por mucho «buen rollo» que se tenga con los poderes mediáticos que no quieren que nada cambie, si tienes una verdadera voluntad transformadora y cierta posibilidad de hacerla valer, te van a reventar. Una forma de hacer política que sabe que la única manera de que los grandes cañones te cuiden y te traten bien es que renuncies a cualquier transformación profunda de la correlación de fuerzas del poder.

Una forma de hacer política que no pide permiso. Que sabe que los de abajo tienen el mismo derecho a gobernar que los de arriba y lleva esa convicción hasta las últimas consecuencias. Una forma de hacer política que no se contenta con hacer crítica, oposición y propuestas, sino que quiere sentarse en la mesa de los mayores; que quiere ocupar todos los espacios de poder posibles, porque solamente desde ahí se puede cambiar la sociedad y porque son tan nuestros como suyos.

Una forma de hacer política que sabe que no se puede separar la batalla por las «cosas de comer» de la batalla por la democracia, porque la segunda es condición de posibilidad de la primera. Una forma de hacer política que tiene claro que el debate sobre el Consejo General del Poder Judicial, el lawfare, la estructura de propiedad de los medios de comunicación, la limpieza de los aparatos del Estado, la resolución de los conflictos territoriales por la vía del diálogo o el advenimiento de una República no es perder el tiempo, sino un ingrediente indispensable para que los avances materiales y en derechos no sean flor de un día y para que los cambios en las condiciones de vida de la gente trabajadora puedan ser verdaderamente profundos y permanentes.

Este breve pero cristalino manual, este breve pero cristalino conjunto de aprendizajes, es el ADN de Podemos, es lo que nos ha permitido conseguir cosas que parecían imposibles contra todo pronóstico histórico y es lo que sigue aquí aunque Pablo se haya ido.

Y ahora que estamos en un momento de reconfiguración de «la izquierda», quiero ser completamente claro con ello, aunque corra el riesgo de repetirme. La diferencia principal que trae el ADN de Podemos al panorama político por primera vez en décadas —con todo el respeto a los compañeros que estaban antes— es que nosotros y nosotras tenemos la firme voluntad de mirar a los ojos al bloque de poder (Gobierno de España, pero también poder judicial, poderes mediáticos, fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, fuerzas armadas, lugares de producción cultural, etc.) y decirles que, en democracia, las clases populares tienen el mismo derecho de acceder a esas posiciones que las clases privilegiadas que tradicionalmente las han ocupado según un esquema cuasi

dinástico. Porque, además, y como hemos demostrado a lo largo de estos años, esa es la única forma de conseguir avances ambiciosos en los derechos materiales y sociales de la mayoría.

Es esa firme voluntad de disputarle el poder a los que siempre lo han tenido —incluso en los momentos más difíciles de presión mediática y manteniendo el rumbo sin doblar la cerviz— la que constituye la principal diferencia entre Podemos y lo que había antes y la que explica la extrema violencia con la que se nos ha intentado hacer desaparecer.

Hay una anécdota de la última campaña de Pablo Iglesias que me encanta y que ejemplifica perfectamente esto que estoy diciendo. En uno de los mítines más importantes, en el barrio de Vallekas, contamos con la actuación del conocido cantautor Ismael Serrano. Fue un momento muy emocionante y fue muy valiente por parte de Ismael significarse de esa manera, pero también generó una interesante reflexión por su parte que recogió en un breve hilo de Twitter:35

He hecho toda mi vida campaña por IU, así que poco sorprenderá que ahora lo haga por Unidas Podemos. ¿Qué ha cambiado para que, con programas similares, los simpatizantes seamos señalados con este nivel de agresividad?

Antes éramos los simpáticos muchachos de la izquierda a la izquierda, personajes entrañables a los que se les reconocía su compromiso, idealistas aunque ingenuos, equivocados, según algunos, pero majetes.

¿Cuándo cambiaron las cosas? Cuando se estuvo a punto de conseguir una posición hegemónica en la izquierda, cuando la posibilidad de ganar fue real, cuando la capacidad para influir en la agenda política se hizo algo tangible. Cuando terminó el bipartidismo.

Desde entonces algunas de las bocas que mostraban su sonrisa condescendiente ahora enseñan los colmillos. Nos acusan de subvencionados y pesebristas. Porque solo pueden entender la

militancia política como contraprestación a favores personales. Esa es su cultura política.

Lo que verbaliza desde su perspectiva de artista comprometido Ismael Serrano tiene que ver con una cosa que está clarísima para cualquier observador avezado: el bloque de poder no tiene ningún problema con la existencia de una izquierda que no suponga ninguna amenaza al statu quo. Ninguno. No tiene ningún problema con una izquierda que —de aplicarse la suficiente presión sobre ella — ceda a sus demandas. El bloque de poder no tiene ningún problema con una izquierda que, llegado el momento, regale sus votos a un gobierno de Sánchez vicepresidido por Rivera, que acepte una posición testimonial en el gobierno bajo la amenaza de una repetición electoral, que acepte el veto-cacería del PP a Victoria Rosell para el Consejo General del Poder Judicial o que abrace el consenso otanista y belicista para que no la revienten desde los platós de televisión. El bloque de poder no tiene ningún problema con una izquierda que acepte comportarse como un animal domesticado para las cosas importantes. Con lo que sí tiene un problema el bloque de poder es con Podemos... y por eso lleva ocho años intentando matarnos. Porque sabe perfectamente que la forma de hacer política de Podemos es la que supone una amenaza real a sus privilegios y la posibilidad de llevar a cabo cambios profundos.

Con todo el respeto a los que vinieron antes, no es casualidad que Podemos haya conseguido mucho más —en términos de modificación de la correlación de fuerzas, pero también de avances sociales— que cualquier otra fuerza de izquierdas desde la recuperación de la democracia, y esto lo entienden perfectamente nuestros adversarios.

Creo que, en el actual proceso de reconfiguración del espacio de la izquierda, es importante que las personas que muchas veces no están encima de los detalles de las relaciones entre los diferentes partidos y los diferentes actores pero que valoran lo conseguido en estos años como algo valioso tengan estos elementos en cuenta.

El 13 de junio de 2021, Ione Belarra fue elegida como la nueva secretaria general de Podemos y la segunda persona en la historia en ocupar ese puesto. El solo hecho de haber aceptado semejante responsabilidad tras la marcha de Pablo podría bastar perfectamente para entender quién es Ione. «La sensibilidad y las agallas» tituló el propio Pablo Iglesias el obituario que le dedicó a Julio Anguita en La Vanguardia. Pues eso: la sensibilidad y las agallas. A ello, súmale el compromiso, la inteligencia y el ADN de Podemos —que nos ha permitido llegar hasta aquí— corriendo por sus venas y ya tienes una caracterización completa no solamente de Ione, sino también del sólido equipo de mujeres tan jóvenes como solventes que la acompañan: Irene Montero, Lilith Verstrynge, Isa Serra, Idoia Villanueva, Sofía Castañón, María Teresa Pérez, Ángela Rodríguez «Pam», Teresa Arévalo y tantas otras.

A Ione le ha tocado pilotar la organización, quizás, en su momento más complicado, pero también con el mejor grupo humano con el que se puede contar, con la mejor de las inteligencias colectivas y con las ideas muy claras. Si alguien tenía dudas de que Podemos iba a proseguir con paso firme después de la marcha de Pablo Iglesias, este año y pico de dirección de Ione Belarra ha disipado todas las dudas. Aunque yo ya llevo más de ocho años en la primera línea de la política y eso es mucho para una persona corriente que no quiere hacer carrera de esto, es para mí un honor poder seguir poniendo mi espada y mi escudo al servicio del proyecto y —ahora— al servicio de Ione mientras ella piense que puedo ser útil haciéndole el «apoyo» del rugby cuando corre en zigzag.

En lo político, mantengo viva la esperanza de que podamos transitar todos juntos hacia ese país mejor que sé que es posible y que creo que la gente decente de esta tierra se merece más que nadie. Y mantengo viva esa esperanza porque no se me escapa el tamaño de lo que ya hemos conseguido en circunstancias enormemente difíciles y porque sé que, mientras siga existiendo Podemos y su forma de hacer política, nada está escrito. Por eso también sigo aquí.

En lo personal, aspiro a poder dedicarle a mi mujer y a mi familia al menos una parte de ese tiempo que estos años vertiginosos nos han robado. Yo sigo perdiendo —poquito a poco— movilidad y no está

claro que pueda acceder a alguna de las medicinas que prometen frenar el avance de mi enfermedad, pero, si has leído con atención las páginas que tienes entre las manos, estoy seguro de que no te cabe ninguna duda de que voy a seguir peleando. En la pequeña casa que hemos comprado recientemente con mi mujer hay un hermoso álamo blanco en el centro del jardín (no es como si hubiera plantado un árbol, pero casi), con estas líneas doy cumplimiento a la tarea de haber escrito un libro y espero que pronto llegue ese bebé para completar —con mucha ilusión— la terna clásica. Soy consciente de que, a mis 44 años, llego un poco tarde a todas estas cosas, pero es que se me ha cruzado por en medio romper el bipartidismo a puñetazos.

Cuarta asamblea ciudadana de Podemos (junio de 2021).

Fuente: Dani Gago.

Porque, a mí, la vida y Podemos me han enseñado cosas parecidas:

que la patria son los demás, que la esperanza vence al miedo, que conviene lanzarse cuesta abajo por la calle Tucumán para no tener que arrepentirse treinta años después y que no hay que permitir que nadie te diga que no se puede.

NOTAS

1JULIANA, Enric, «España bien, Italia fatal», 2018, accesible en: < youtube.com/watch?v=5ptMkW9Zdi8 >.

2«Josep Oliu propone crear “una especie de Podemos de derechas”», 2014, disponible en elperiodico.com : < elperiodico.com/es/politica/20140625/josep-oliu-propone-crear-una-especie-de-podemos-dederechas-3329695. >.

3INBAR, Yoel, PIZARRO, David A., «Chapter Three - How disgust affects social judgments», Editor(s): Bertram Gawronski, Advances in Experimental Social Psychology, Academic Press, Volumen 65, 2022, Págs. 109-166.

4IGLESIAS TURRIÓN, Pablo, «Cinco candidat@s para ganar», 2014, disponible en publico.es : < blogs.publico.es/pablo-iglesias/857/cincocandidats-para-ganar/ >.

5GARÓFANO, Laura, «Teresa Rodríguez, madre y “samurái”: “Iglesias podría haberse esperado para comprarse un chalet”», 2022, disponible en elespanol.com : < elespanol.com/reportajes/20220604/teresa-rodriguez-samurai-iglesias-haberse-esperado-comprarse/677182732_0.html >.

6GRABOIS, Juan, disponible en twitter.com : < twitter.com/juangrabois/status/1562188165951401992 >.

7IGLESIAS, Pablo, Medios y cloacas , Escritos Contextatarios, 2022.

8PASCUAL, Sergio, Un cadáver en el Congreso , Editorial Altamarea, 2022.

9FERNÁNDEZ, Marina, «Pablo Iglesias, sobre las críticas a su equipo: “Las frustraciones privadas no se pueden convertir en debate nacional” », 2017, disponible en cadenaser.com : < cadenaser.com/programa/2017/02/09/ hoy_por_hoy/1486660286_207444.html >.

10 «Iglesias y Montero compran un chalé de más de 600.000 € con piscina y parcela de 2.000 m2», 2018, disponible en okdiario.com : < okdiario.com/look/famosos/pablo-iglesias-irene-montero-compran-chale-mas-600-000-piscina-parcela-2-000-m2-420580 >.

11 SERRANO, Rodolfo, «Indignación en IU por la petición a Interior de que pague el alquiler de la casa a Anguita», 1996, disponible en elpais.com : < elpais.com/diario/1996/11/01/ espana/846802820_850215.html >.

12 IGLESIAS, Pablo y RIVEIRO, Aitor, Verdades a la cara , Editorial Navona, 2022.

13 LOREN, Eduardo, «Esta es la Declaración de Toledo firmada por 11 líderes territoriales de Podemos», 2019, disponible en huffingtonpost.es : < huffingtonpost.es/2019/01/25/este-es-la-declaracion-de-toledo-firmada-por-11-lideres-territoriales-de-podemos_a_23652797/ >.

14 IGLESIAS, Pablo y RIVEIRO, Aitor, Verdades a la cara , Editorial Navona, 2022.

15 «Pedro Sánchez: “Pablo Iglesias es el principal escollo. No puede estar en el Gobierno”», 2019, disponible en lasexta.com : < lasexta.com/programas/al-rojo-vivo/entrevistas/pedro-sanchez-pablo-iglesias-no-puede-estar-en-el-gobierno_201907185d3059930cf2be64e25888d2.html >.

16 «Carmen Calvo: “Era previsible que Iglesias no se convirtiera en la pieza que impidiera a Podemos entrar en un Gobierno”», 2019, disponible en lasexta.com : < lasexta.com/programas/sexta-noche/entrevistas/carmen-calvo-era-previsible-que-iglesias-no-se-convirtiera-en-la-pieza-que-impidiera-a-podemos-entrar-en-un-gobierno-video_201907205d3375d20cf255058937abdf.html >.

17 «El documento de las peticiones de Unidas Podemos y el de las propuestas del PSOE salieron de Vicepresidencia del Gobierno según los metadatos», 2019, disponible en maldita.es : < maldita.es/malditodato/20190725/eldocumento-de-las-peticiones-de-unidas-podemos-y-el-de-las-propuestas-del-psoe-salieron-de-vicepresidencia-del-gobierno-segun-los-metadatos/ >.

18 IGLESIAS, Pablo y RIVEIRO, Aitor, Verdades a la cara , Editorial Navona, 2022.

19 FONSECA, César, disponible en twitter.com : < twitter.com/Cesar_Opinions/status/1554750789960273921 >.

20 CAZZULLO, Aldo, «Pedro Sánchez: “Nunca he pensado en pactar con el PP. Así desapareció el PASOK”», 2020, disponible en elmundo.es : < elmundo.es/espana/2020/07/08/5f0503cdfdddffab618b4705.html >.

21 CINTORA, Jesús, La conjura , Espasa, 2021.

22 DÍAZ, Paula, «Rivera ocultó que su acuerdo con Sánchez le haría vicepresidente », 2016, disponible en publico.es : < publico.es/politica/rivera-oculto-acuerdo-sanchez-le.html >.

23 GÓMEZ-LOBATO, Lucía, La moción , Samarcanda, 2019.

24 NIETO, Álvaro, «Caída histórica de PP y PSOE debido al auge de los nuevos partidos», 2018, disponible en elpais.com : < elpais.com/politica/2018/05/13/actualidad/1526222522_428410.html >.

25 JULIANA, Enric, «La declaración de Zaragoza», 2017, disponible en lavanguardia.com : < lavanguardia.com/politica/20170924/431517181433/la-declaracion-de-zaragoza.html >.

26 «Rivera rechaza las presiones para pactar con Sánchez: “Han votado los españoles, no la CEOE ni un banco”», 2019, disponible en europapress. es: < europapress.es/nacional/noticia-rivera-rechaza-presiones-pactar-sanchez-votado-espanoles-no-ceoe-banco-20190430121541.html >.

27 «El diputado de Teruel Existe, con medidas de protección tras recibir amenazas», 2020, disponible en lavanguardia.com : < lavanguardia.com/politica/20200107/472778049271/teruel-existe-tomas-guitarte-proteccion-amenazas.html >.

28 REGUÉ, Júlia, «Arrimadas anima a un 'tamayazo' para frenar a Sánchez », 2020, disponible en elperiodico.com : < elperiodico.com/es/politica/20200104/arrimadas-debate-investidura-sanchez-7794977 >.

29 DEL OLMO, Juanma, La política por otros medios , Los libros de la Catarata, 2018.

30 ROMERO, José Manuel, HERNÁNDEZ, José Antonio y ORDAZ, Pablo, «Francisco Martínez: "Voy a contarle al juez todo lo que sé"», 2020, disponible en elpais.com : < elpais.com/espana/2020-09-12/ francisco-martinez-voy-a-contarle-al-juez-todo-lo-que-se.html >.

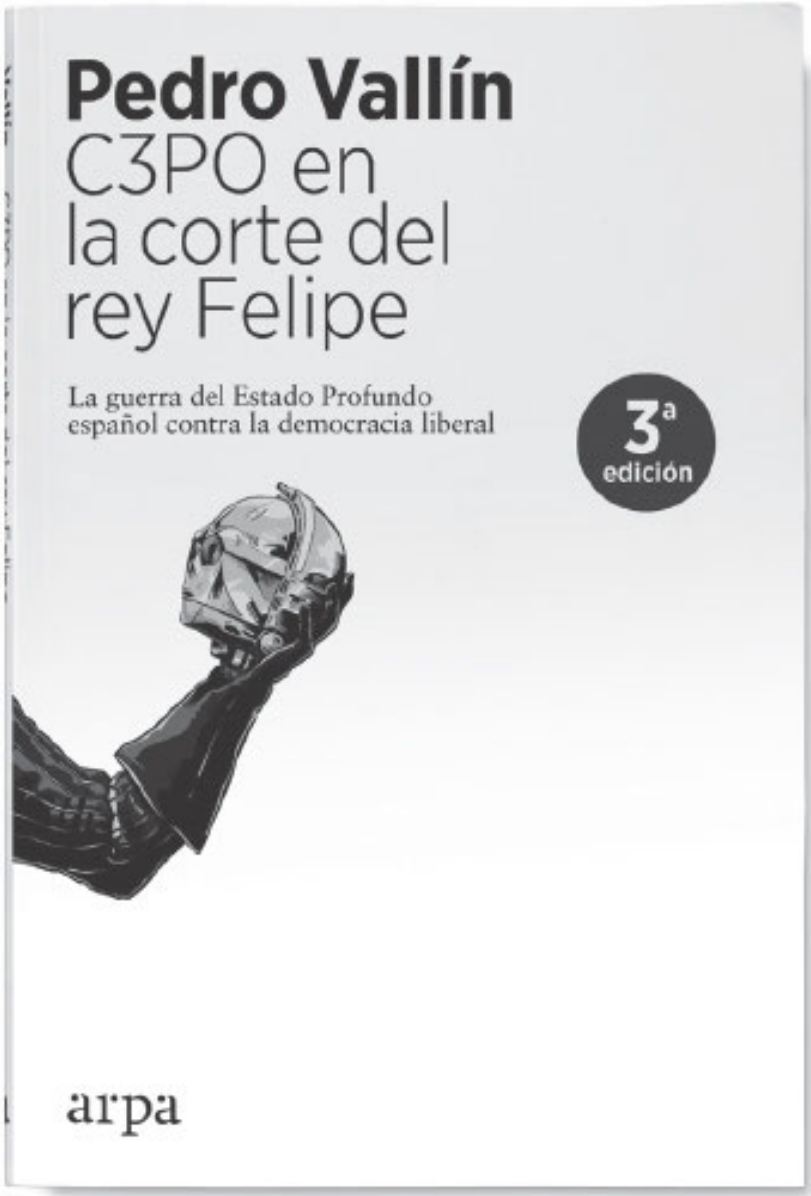
31 «El informe de Pérez de los Cobos sobre el 8M está basado en un despropósito de fechas y bulos», 2020, disponible en elplural.com : < elplural.com/sociedad/informe-guardia-civil-8marzo-perez-cobos-basado-desproposito-fechas-bulos_240567102 >.

32 IGLESIAS, Pablo y RIVEIRO, Aitor, Verdades a la cara , Editorial Navona, 2022.

33 IGLESIAS, Pablo, 2021, disponible en twitter.com : < twitter.com/pabloiglesias/status/1371422488878587911 >.

34 CHANCEL, Lucas, PIKETTY, Thomas, SAEZ, Emmanuel y ZUCMAN, Gabriel, World Inequaliy Report 2022, World Inequality Lab, 2022, disponible en wid.world : < wir2022.wid.world/download/ >.

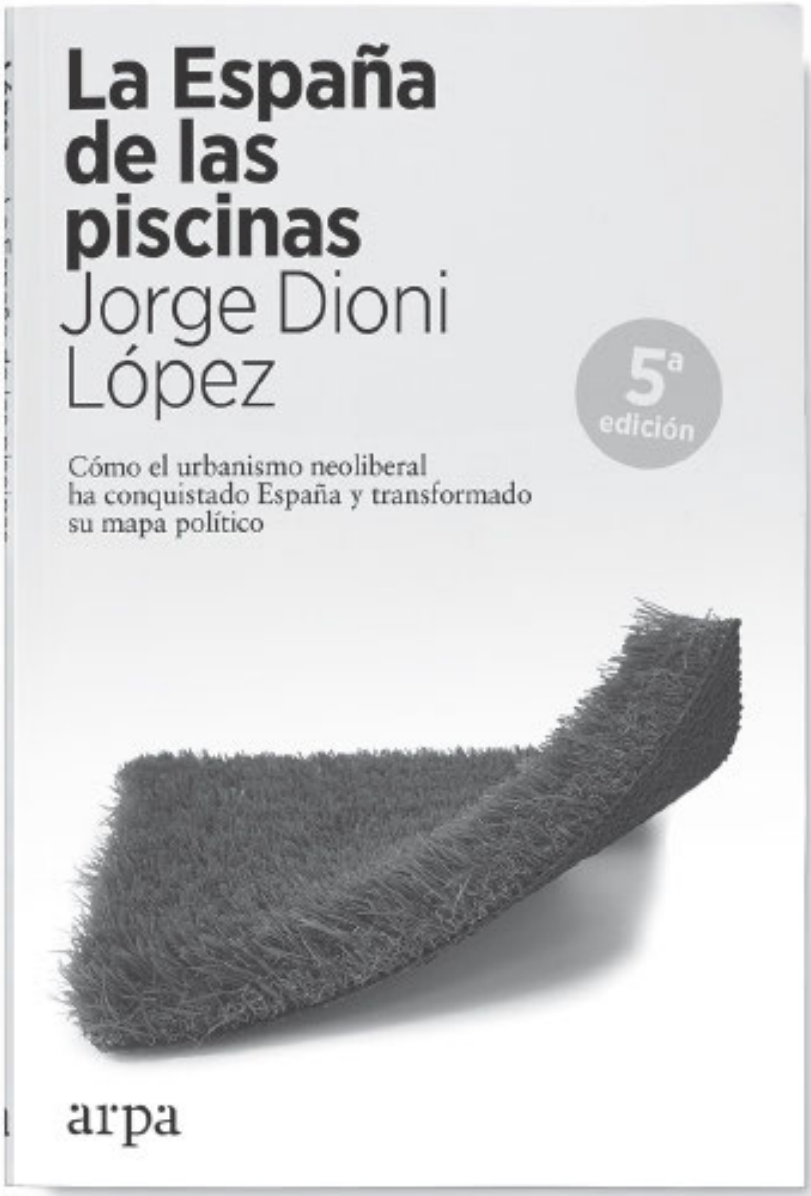
35 SERRANO, Ismael, 2021, disponible en twitter.com : < twitter.com/serranoismael/status/1384183421530898444 >.



«Pedro Vallín utiliza en este ensayo culto y juguetón, valiente y provocador, los arquetipos narrativos del

cine para desvelar cuál es la mecánica real de la política española». Jordi Amat, El País

Esta es la crónica exuberante de una pugna entre transformación y resistencia que ha producido cuatro años de secuestro del mandato de las urnas. La crisis de los consensos de la transición explica casi todo lo que ha ocurrido en esta década hasta desembocar en el momento reaccionario en que estamos inmersos, cruce de pulsiones que recorren todo Occidente y que aquí toman cuerpo en la constelación de un viejo nacionalcatolicismo que huele a Farias e incienso de sacristía, con un momento trumpista definido por la imantación popular de la más patente y violenta imbecilidad política.



«Un esperado ensayo sobre cómo los entornos urbanos moldean estilos de vida y maneras de ver el mundo».Carlos

Prieto, El Confidencial

El debate sobre la vivienda y el territorio suele centrarse en temas como la gentrificación, el precio de los alquileres o el vaciado rural. La España de las piscinas pone sobre la mesa otra cuestión esencial: el análisis de nuestro principal modelo de desarrollo urbano y cómo ha transformado la manera de entender el mundo, las aspiraciones y la ideología de millones de españoles.

Galardonado con el Premio Libro del Año en ensayo 2021 por el Gremio de Librerías de Madrid.

«Un ensayo riguroso y divertido que analiza las más modernas teorías de la conspiración, contextualizadas y conectadas con

ideas, miedos y paranoias presentes en las sociedades occidentales desde el siglo XVIII». Francesc Miró, El Diario.es

Desde la Revolución francesa hasta el coronavirus, pasando por los Illuminati, los ovnis, el asesinato de JFK, el terraplanismo, el MK-Ultra, el cambio climático, Facebook, el 5G o la oscura sombra del antisemitismo, este libro viaja del pasado al presente para crear una suerte de Teoría Unificada de la Conspiranoia, siempre bajo la premisa de que podemos descubrir mucho acerca de una sociedad si echamos un vistazo a sus peores pesadillas.